

MÉXICO MODERNO

REVISTA DE LETRAS Y ARTE

DIRECTOR:

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

TOMO I.

Agosto de 1920 a Enero de 1921.



MÉXICO

EDICIONES MÉXICO MODERNO

1920

HIMNOS BREVES

POR

JOSE VASCONCELOS

SOMOS nada. Una sola mañana en los campos, vale más que todo el diario vivir de los hombres.

En la noche llena de estrellas hay más ternura infinita que en todos los corazones humanos.

El cielo, la pradera, la montaña, el viento, la luz, todo esto en perpetua armonía y en perpetuo conflicto, significa más que todas las inquietudes de la conciencia. El yo es mudo, la naturaleza es elocuente.

Señor, somos nada. Danos fundir este pálido reflejo del Cosmos que es nuestra alma, en la esencia infinita de panoramas gloriosos. Y que la angustia nuestra se resuelva en el ritmo de júbilo que impregna a Natura.



¿QUIÉN ha dicho, busca a Dios en ti mismo?

En lo más hondo de mí mismo he contemplado largamente, y no hallé nada, no hay nada. Sólo cuando miro en los campos la fiesta de tus creaciones y en el cielo la belleza majestuosa; sólo entonces ¡Señor! tiembla mi alma y sospecho que soy algo, pues me alcanza y me inunda la alegría del Cosmos.

—¡Oh, Señor!, ¿qué sería de mí si fuese ciego? ¿Por qué permites que haya ciegos? ¿Por qué permites tanto absurdo? Sólo el absurdo es el enigma. ¿Por qué permites que vengamos al mundo a estar solos, perdidos?

Nosotros cuyas almas ambicionan el Todo, somos nada más Uno, y un Uno que se repite a millares, puesto que a cada instante nacen millares de hombres. ¿Para qué es esa multiplicación de lo inepto?

★

INTERROGO, Señor, a mi alma, pero mi alma es muda, como la montaña, y como ella pesada y sola.

Mi alma es un peso y ya no intenta volar porque ha visto desde su cumbre y sabe lo poco que vale el vuelo de las aves. Ni siquiera traspasa la región de las nieves. Sube más la nieve que el ala. ¡Oh doloroso fracaso del ala!

Yo he subido más alto, mucho más alto que la montaña, y sé que arriba se está solo y frío; en el Infinito; mi desierta morada!

Nadie responde, y sin embargo, si no fuese por la montaña y si no fuese por el vasto espacio sin fin, no entendería la grandeza.

Dentro de mí, en vano la habría buscado. Yo he visto, Señor, dentro de mí, y no he hallado más que un torvo apetito, y alrededor las cien murallas de lo imposible. ¡No hay nada en mí mismo!

Es blasfemia decir: busca en ti mismo. No hay más que un solo recurso: Salir de nosotros mismos. No ser nosotros, ¡ser Tú!



MI personalidad, qué me importa! De buena gana la trocaría por otra que fuese reluciente y alta.

¡Los que hemos amado! Sí, con qué fuerza llaman, y cómo nos inclinan a revivir el ayer, a prolongar el presente. Y el porvenir que dibuja amores vagos.

Mas ¿dónde hay miseria mayor que amar mucho? Desamparo y

Desamparo, eso son el amante y el amado. Todo amor es un largo llanto.

Vuelvo alrededor la mirada e invoco a los que amo y no sé si me siguen, no sé si me seguirán. ¿Son ellos o soy yo quien se queda solo?

A tu piedad los confío, para todos hay la hora de gracia, la visión del triunfo. Apresura la hora mía, la hora en que pase a ser otra cosa y ya no sea yo un hombre.

★

TAT twam ansi. Tú eres esto, dicen ante cada cosa los sabios ilustres del Upanishad.

Por algo ha seguido existiendo el mundo. El anhelo ya no es ese. Yo no quiero ser esto y aquello. Sólo me conforma lo Infinito.

No te hallo en la rosa, ni te hallo en la espiga. ¡Oh, Señor Infinito!, yo bien sé que estás más alto que la rosa y que eres mayor que los cielos. No es este mi reino. Señor, permite que diga: ¡No es este nuestro reino!

Todo lo que aquí luce es trasunto; pero no es ni tú ni yo.

Soy viajero y la belleza me señala la ruta divina, pero ella no es la meta, ni soy yo el fin de mí mismo.

La esencia no está tampoco en la cosa. La cosa es nombre y forma, es Maya, o como Kant dijo, representación formal.

Dentro de la forma gloriosa, suena una música; esa música se llama belleza. Siguiéndola llegamos a ti. La belleza es la ruta.

Y tú eres la meta.



ME sonrió la fortuna; me atormentó el dolor.

Sé mucho, me siento muy sabio. En el pecho una gran herida y en la frente un fanal. Señor, he comprendido tu ciencia y me explico el simbolismo de los siete puñales de la Dolorosa, y la corona de luz en la frente. Y me digo: Benditas las lanzas si abren heridas, que darraman gracia.

ALGO me llama por dentro y al acudir a encontrarlo, siento que he menester huir de mí mismo. No por mis pecados que un Dios de bondad redime con una sola mirada, sino porque hay algo impropio en mi esencia. Yo quiero tornarme a ti como arde el leño en la llama, limpio de toda mísera huella. Claro como el cielo después de la lluvia. Y busco el ritmo en que mi alma, resuelta en canto, ha de subir hasta el cielo.

EL CONCEPTO DE LA HISTORIA UNIVERSAL *

POR

ANTONIO CASO

I

PARA estudiar la verdadera naturaleza de la historia hay que recurrir no a las disquisiciones de los filósofos, sino a las obras mismas de los historiadores. Ellos, de preferencia, son quienes pueden indicarnos la esencia de la actividad que practican.

Recurramos a los maestros eternos del género histórico y veremos cómo su labor no es solamente un ensayo de crítica y documentación, sino, más bien una creación poética o que, al menos, mucho tiene de artística.

Verdad es que hoy la historia no se escribe con el propósito de moralizar ni deleitar; verdad, asimismo, que a cada paso se robustece con el auge de la erudición más minuciosa y genial que vieron los siglos. Sin embargo, lejos de poderse reducir a la mera erudición, la historia, estimada en toda su plenitud, es un esfuerzo orgánico de reconstrucción del pasado. Y sólo el que reconstruye la vida que fué

* Este artículo constituye el capítulo de "Introducción" del libro rotulado "El Concepto de la Historia Universal", que próximamente se publicará en las Ediciones México Moderno.

y el mundo que se hizo antes y después se disgregó en la sempiterna evolución de las cosas, merece el nombre de historiador.

En tanto que el filósofo tiende a investigar lo universal, el historiador se propone la reconstrucción de un suceso único. Lo que acaeció una sola vez en el tiempo y el espacio y no volverá nunca a ser como fué: tal es el fin de la historia. Ya sea que se trate de la historia humana o de la historia de las especies animales y vegetales o, en fin, de la propia historia del planeta.

Un hombre, un pueblo, una civilización, una raza: Shakespeare, Francia, la Civilización Italiana del Renacimiento, la Raza Aria o Indo Europea. Estos son los objetos de la historia, Seres únicos entre sus afines; hombres únicos entre los hombres; pueblos, razas y civilizaciones personales, individuales siempre.

Hase reservado para sólo la historia de una persona humana, la palabra biografía. Biografía es siempre la historia; es decir, pintura fiel de una vida individual, ya que se trate de un sér o de una nación.

Este es el primer carácter de la historia. Su esfuerzo no es generalizar como la ciencia, sino individualizar como el arte.

Los grandes historiadores son quienes, además de poseer las prendas indeclinables de la erudición y la crítica, saben restaurar, revivir el asunto de sus indagaciones.

Comienza el trabajo histórico con un proemio crítico y científico. Se discuten las fuentes; aquilátanse los documentos; depúranse los testigos ante el tribunal de la "pura razón". Mas este esfuerzo no basta. Es menester seguir adelante en la obra histórica hasta alcanzar el último fin.

Cuando los hechos se han discutido a concienia y los documentos hablan con claridad, todavía no empieza el trabajo más admirable. Es menester completarlo con una intuición sintética del conjunto.

Suponed, para usar de una metáfora que quizás ilumine la doctrina, que el historiador es como quien hubiese de construir un cuerpo sólido con los datos que, menguados y dispersos, yacen en los museos y las ruinas, en las bibliotecas y los archivos. Suponed que el sólido por construir fuere una pirámide. Más, a la vez, admitid que, a pesar de haber computado y dispuesto la construcción geométrica, no se tuviese aún la intuición rápida y luminosa de la pirámide total, que no se viera en la mente la conjunción de las caras de la pirámide en un punto. A pesar de todo el esfuerzo de la crítica, el sólido geométrico quedaría por construir, sin construir.

Así con el historiador como con el geómetra. Es preciso intuir,

proyectar la conciencia propia hacia un punto ideal en el que todo converge como las caras de la pirámide en la metáfora explicativa. Si se adivina el punto de convergencia, si se tiene genio artístico para simpatizar misteriosamente con el carácter de un pueblo o de un hombre de genio, se logra "ipso facto" la creación histórica. Si se permanece indefinidamente en la crítica descarnada e incompleta, no se es historiador.

Ahora bien, este último esfuerzo es esencialmente artístico. Sólo por la intuición se alcanza. Sólo por el genio poético se cumple.

¿Por qué nos subyuga la historia de Juana de Arco relatada por Michelet o la biografía de Federico el Grande escrita por Carlyle? ¿Por qué preferimos siempre a un repertorio de noticias sobre la República Romana unas cuantas páginas de Tito Livio y a todos los datos sobre los crímenes de los Césares el severo y gallardo estilo de Tácito? Porque la crítica no es la intuición, ni los repertorios voluminosos reviven el pasado. Porque la historia es siempre arte, profundo arte de evocar sobre el polvo de los siglos el alma de los siglos.

Dice el proloquio: "la historia se repite". No es verdad. La historia nunca se repite. Jamás renacerán de sus ruinas venerables la majestad de Roma ni el genio de Grecia. Jamás volverá Temístocles a acaudillar a sus generosas huestes triunfantes. Jamás los héroes que fueron volverán a ser. Hay un fondo de renovación eterna en el universo. Jesucristo dijo el misterio de la perenne juventud de la creación: "Mi padre trabaja todavía".

Por esto es la historia una noble intuición romántica, una melancolía estética, un sentimiento de amor hacia lo que nunca volverá. Por esto, también, al lado de los grandes artistas, junto a los grandes sabios y los filósofos que atisban el porvenir, están los historiadores buscando ávidos las huellas de la vida en el abismo de los tiempos.

II

Regularmente cuando se piensa en algo histórico, reflexiónase inconscientemente en la historia del linaje humano, con especialidad en su historia política. Sin embargo, ni toda la historia es política, ni tampoco simplemente humana. Los astros tienen su historia como las especies animales y vegetales. El concepto de historia universal debe abarcar la historia humana y no humana, esto es, la historia total del universo.

El sistema solar es testimonio del drama gigantesco que arrancó de la nebulosa primitiva sol y planetas, lanzándolos en sus trayectorias sobre el espacio. El anillo de Saturno, las lunas de Júpiter, el melancólico mundillo que alumbra las noches de nuestro globo, son restos, testimonios de la historia que delatan en su girar sempiterno.

Antes, todo yacía sumido en la incoherente homogeneidad primitiva. Los actos del drama cósmico se descifran pacientemente por los astrónomos y van revelándosenos los múltiples episodios dinámicos de la Creación. Planeta hubo, entre Júpiter y Marte, que se partió, acaso, en mil fragmentos irregulares, asteroides obedientes como los astros mismos a la gravitación universal.

También, probablemente, los diversos elementos químicos son datos de una "historia química". El nuevo espíritu científico parece realizar las fantasías de la vieja alquimia. Sir William Ramsay halla, sometiendo a las radiaciones del maravilloso "cuerpo simple" algunos compuestos químicos, vestigios que aseguran la posibilidad de la transmutación de unos elementos en otros. El ozono, que no es sino oxígeno electrizado, oxígeno alotrópico, reviste propiedades diversas de las que tiene el célebre elemento descubierto por Lavoisier.

Los geólogos revelan, en la superposición de las capas de la tierra, las dramáticas vicisitudes de su historia; y a cada capa corresponde una fauna y una flora especiales que analizan los paleontólogos y los naturalistas. Así como un historiador sabe reconstruír cierta civilización —desenterrada del venerable suelo helénico o latino,— con sólo unos cuantos restos de sus monumentos inmortales, Cuvier pudo reconstruir, con un hueso o una vértebra, la cabal forma esquelética de los grandes animales antediluvianos.

Los trabajos ejemplares de Lamarck y Darwin abrieron a la ciencia magníficas perspectivas históricas. Se concibió entonces que las especies más diversas, más distantes, podían proceder unas de otras; y el mismo hombre, aislado olímpicamente de sus hermanos, empezó a reconocer el cúmulo inmenso de cualidades y atributos que ligan su existencia con la vida universal. Las especies orgánicas, como los cuerpos simples de la química, no son estables, sino históricas. En un tiempo no hubo leyes químicas ni biológicas; después principió a desarrollarse la complejidad magnífica de atributos que hoy analizan de consuno químicos y naturalistas, físicos y biólogos.

La evolución es universal y no solamente humana. El tiempo ha obrado sobre todas las cosas y formulado su acción sobre todas. La historia no es peculiar o privativa de los hombres y las sociedades

humanas. Todo cuanto en el tiempo es, lejos de permanecer inalterable, lígase con lo demás en una incesante transformación. Las mismas órbitas de los planetas no son idénticas en cada revolución. Un registro eterno está abierto sobre la vida y el mundo, y en él se inscriben los acontecimientos luctuosos y fecundos, humanos y no humanos. Lo único que nunca cambia es la ley del cambio eterno. Existir es transformarse o, en otros términos, tener historia.

De este modo aparece el campo propio del historiador tan vasto como el del sabio o el filósofo. La ciencia es previsión, generalización para el porvenir, "anticipación de la experiencia". Su esfera es el futuro íntimamente ligado por el presente con el pasado más remoto. La filosofía investiga la naturaleza íntima de las cosas, las causas finales y ontológicas, el sér que se oculta en el cambio sempiterno, la esencia que permanece velada al través de evoluciones interminables. La historia vuelve la vista al pasado. Deja a la metafísica en su eterno presente y a la ciencia en su futuro constante, y se aplica a deletrear en el registro de los tiempos el mundo que ya se hizo, la realidad que fué. Es una romántica incorregible. Humildemente se aplica a saber cómo se desenlazó la vida sobre la tierra, cómo se desvinculó el globo de su origen, cómo cada sér concreto salió de lo imperceptible en el decurso del tiempo.

El heroico es el sabio. El santo es el filósofo. El historiador es el poeta. Uno simboliza la ambición que se anticipa a la realidad. Otro la quietud mística en el sér inalterable. El último recoge con sus piadosas manos la obra de los siglos y con el polvo de las edades reconstruye civilizaciones, especies y orbes desaparecidos. El tiempo, invencible e indiferente, a todos da razón y a todos desengaña.

III

El sentido histórico, dice Höffding, es una forma de la simpatía universal. Acaso sea la forma suprema de la simpatía humana. Saber interpretar en síntesis luminosas los trances sucesivos de la vida de la especie, es no sólo entender, sino amar; es amar intelectualmente; como amaba Spinoza, como Sócrates amó, como han sabido amar los que, en el desarrollo indefinido del pensamiento al través de sí mismo, llegaron a unificar, en un acto de conciencia, el conocimiento y la emoción, la representación y la voluntad, la lógica precisa, geo-

métrica, de la pura razón, y la lógica vital del instinto y del sentimiento. La verdad histórica, humana por excelencia, como la metafísica, no se engendra sino en la harmonía de las ideas y la intuición, dentro de la íntima coherencia del espíritu.

Hay que escribir la historia con toda el alma vibrante; sólo así se infunde nueva vida en lo inerte, y resurgen las instituciones y las creencias desaparecidas y cobra nuevos bríos el abigarrado conjunto de hombres y cosas evocado sobre las ruinas ungidas con la predilecta veneración de los pueblos en el vasto acervo de reliquias seculares que deposita la humanidad en el planeta, al cumplir su destino constante; su muerte perpetua y su perpetua resurrección.

Los grandes historiadores son, como los grandes metafísicos, investigadores de problemas últimos y eternos. El metafísico reduce el mundo entero a un conjunto de símbolos en los que se implican y resumen todos los demás; sintetiza en unas cuantas intuiciones todas las uniformidades y las simetrías, todas las semejanzas descubiertas, paso a paso, por el esfuerzo concurrente y complejo de las varias disciplinas científicas; y cuando ha logrado definir, explicar o demostrar todo lo definible o explicable, por virtud de unos cuantos postulados, continúa su pugna heroica; vuelve aún más sutil y penetrante su análisis, más vasta y menos rígida su síntesis; piensa de nuevo sus últimos datos, y su afán acrisolado de verdad única, de verdad completa y perfecta, le hace indagar un primer principio entre todos los principios, una causa primera entre todas las causas, y entre las explicaciones pertinentes, la intuición evidente por sí misma.

En suma, filosofar, diga lo que quiera el positivismo miope y dogmático, es determinar o tratar de determinar, eso basta, lo simple, lo esencial, lo perenne. Esta es la definición de la filosofía que todas las filosofías persiguen desde la antigüedad; éste el ideal sagrado, consustancial del pensamiento, que, como divina palpitación, conmueve al mundo desde que los físicos de Jonia transformaron la cosmogonía religiosa de Homero y Hesíodo en la audaz especulación o invención cosmológica, atributo privativo de las grandes inteligencias que honran a la humanidad.

En el otro extremo del esfuerzo cognoscente, en el límite precisamente opuesto, están los historiadores. Ellos investigan los hechos más complejos y heterogéneos; su objeto de conocimiento es la vida más rica de todas, la más rebelde, y por mejores títulos, a la forma, a la fórmula; la propia vida humana, desconcertante, interferente, creadora. A ellos toca revelar cómo, en ciertos momentos de la evo-

lución universal, por quién sabe cuántas remotas intersecciones de series de causas, del seno del pueblo, nace el hombre de genio, ese *monstruo por exceso* según la enérgica expresión del filósofo; cómo la individualidad de excepción que descorre un velo del misterio impenetrable para la multitud, se difunde y consume en servicio de los demás hombres, y se convierte en ley de sus esfuerzos, en alimento espiritual para sus conciencias, en móvil de luchas, en *lábaro de sus contradicciones,* como dice el Evangelio de Jesús; y también en obstáculo de sus destinos; porque los prejuicios contemporáneos no son, muchas veces, sino la influencia, la tiranía póstuma de un hombre de genio que vivió muchos siglos antes de que viviéramos nosotros.

A los historiadores toca explicar cómo a los humildes, entre quienes siempre hay inventores y geniales, conservan, aquilatan y depuran, merced al simple contacto de sus existencias anónimas, la fe de los redentores, el amor de los santos, la intuición de los videntes; y cómo, en fin, esa fe, ese amor, esa intuición, hechos carne y sangre de las razas, se difunden en ondulaciones asimétricas o acordes, en vibraciones imprevisibles, en el incesante prodigio de nuestras vidas conjuntas, que es hoy una violenta catástrofe y mañana una construcción harmoniosa, como una obra de arte, en la que alienta, apto para la vida, un futuro mejor.

Tales son los límites del conocimiento racional puro; la filosofía, que es intuición de lo universal, y la historia, que es reconstrucción de lo individual, de lo único, de las realidades inconfundibles que depositó en su continuo desbordamiento el ímpetu vital. Entre los dos caben todas las ciencias y todos los esfuerzos. El genio de Platón y el de Tucídides definen las cimas eternas de la inteligencia, desde las cuales se columbra el arcano infinito, inefable, que las religiones evocan o humanizan, a veces, con el esplendor de sus mitos y su impotencia piadosa y desconsoladora.

Las abstracciones científicas reducen la existencia a fórmulas y géneros. Pero la existencia real no es abstracta. La filosofía, que es intuición, y la historia, que también lo es, definen lo indefinible por las las ciencias. Ni los géneros supremos de los lógicos ni las especies ínfimas son definibles. Al llegar a las últimas nociones abstractas, la razón confiesa su limitación esencial. Es impotente para explicarlas y las postula, sin embargo, como principios de toda demostración. Lo mismo que cuando toca al otro límite de su esfera de acción. Los individuos y los episodios históricos, que implicarían la interferencia

de innumerables géneros, de innumerables leyes, de innumerables uniformidades y simetrías, son también indefinibles por la simple razón. Ni lo demasiado simple ni lo demasiado complejo: ni la esencia universal de las cosas, ni su carácter individual e inconfundible, ni la universalidad ni la individualidad son objeto de conocimiento para la razón pura, elaboradora infatigable de generalizaciones y abstracciones.

La historia es una *imitación creadora;* no una invención creadora como el arte, ni una síntesis abstracta como las ciencias, ni una intuición de lo universal concreto como la filosofía.

EL POEMA DE LOS SIETE PECADOS

POR

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

(Del próximo libro "La Palabra del Viento")

I

EN la opalina niebla se apareció la cumbre;
yo estaba junto a un árbol romántico y sonoro,
y el sol pujante y nuevo, con su pincel de oro,
sobre la vieja cima puso un airón de lumbre.

Dominadora y ágil, la matinal vislumbre
desperezó la selva, y al palpitante lloro
de vientos y de cantos, el diamantino coro
de estrellas indecisas huyó de la techumbre.

Y quise la soberbia azul de la montaña
que olvida los boscajes, que ignora la campaña,
y a cuyo pie borbotan y se retuercen ríos;

soberbia que no escucha, orgullo que no deja
llegarse a la plegaria, mientras la humana queja
ansiosamente surca los ámbitos vacíos.

II

Y como fue la hora en que el vivir inicia
su plenitud magnánima, absorto en la presencia
del repentino triunfo, cruzó por mi conciencia
el soplo huracanado de sórdida avaricia.

Y quise ser el hombre que guarda y acaricia
los hurtos de sus años al fin de la existencia,
y acapararlo todo, las formas y la esencia,
en sed inextinguible y en fiebres de codicia.

Y cuando ya en tinieblas dormitan las corolas
y acállanse los trinos, abrir mi cofre a solas,
mi cofre que revienta de gemas estelares,

porque mis ojos vieran en mágico derroche
diamantes desprendidos del manto de la noche
y perlas arrancadas al seno de los mares.

III

UN acre olor de polen contaminó los vuelos
de las nocturnas auras... La lumbre repentina
de antorchas crepitantes subió por la colina
y fué voraz efluvio de eróticos anhelos.

La desnudez en fuga se desciñó los velos
urgida por la fiebre que abrasa y que culmina,
y la espiral gigante de fuego y de resina
con ósculos de llamas empurpuró los cielos.

En vano por los aires va la cadencia pura
del délfico mensaje... En noches de locura,
otro cantar se cierne sobre la vida incauta.

Ya desató la viña sus manantiales rojos...
¡Y ay del que vió a Dionysos de chispeantes ojos
y del que oyó entre sueños la turbadora flauta!

IV

¡OH, *tú que vas buscando la cristalina fuente*
y ves las turbias ondas del mal y la mentira!
En tu conciencia prócer ya despertó la ira
y de rubor augusto se enrojeció tu frente.

Odias la vida falsa, el numen impotente
y la canción sin nervios de emasculada lira,
y en versos flagelantes, la fiebre que te inspira.
cae sobre los hombres como una lava hirviente.

En el rodar sin tregua de noches y de auroras,
impávida ante el paso furtivo de las horas,
tu cólera vigila, magnánima y robusta.

Ni sueño ni cansancio... ¡Ha de seguir mañana
sellando carnes flojas de la ignominia humana
con rúbricas de fuego la sibilante fusta!

V

TANTÁLICO *suplicio mi corazón tortura.*
En vano ven mis ojos el pasmo de la vida.
Se aleja de mis labios la fruta apetecida,
y de mi sed ardiente huye la linfa pura.

¡Oh, excelsitud nevada, oh, campos de verdura,
oh, selvas rumorosas, oh, llama inextinguida
del sol!...A mis deseos guardasteis escondida
la integridad que anhela mi espiritual locura.

¡Oh, vida, mar de espumas! Mi afán que no se agota
quiso apurar tus linfas, y apenas una gota
cayó sobre mis ansias de tu hervoroso armiño.

Y fue tu dón inútil, como al humano ruego
la lágrima de un hombre, como la arista al fuego,
y como guinda frágil a la avidez de un niño.

VI

TE *envidio, blanca estrella, que en el cenit prendida*
ostentas a mis ojos lumínica prestancia,
y sabia en el silencio azul de la distancia,
te asomas al profundo misterio de la vida.

Y a ti, piedra sin alma, que yaces escondida
en húmeda caverna, inmóvil en tu estancia,
ausente de ti misma, dichosa en la ignorancia
de tu callar eterno, y en tu quietud dormida.

Estrella, tú que sabes la esencia de las cosas,
y tú, callada piedra que inánime reposas,
os libertáis del hondo tormento de la duda.

¡Por vuestro sino augusto trocara mi tormento
de ser, en los vaivenes de un loco pensamiento,
despavorida sombra frente a la esfinge muda!

VII

ABSORTO *en el divino silencio de la estrella,*
en un sopor augusto cayeron mis sentidos;
ahogó la densa noche rumores y latidos,
y se apagó la llama y mi inquietud con ella.

Aquel callar del mundo borró la última huella
de luchas interiores; los cánticos dormidos,
con música sin notas besaban mis oídos,
y en la absoluta calma la vida era más bella.

Enaltecí mi sueño, y quise hundirme a solas
en piélago sin playas de sosegadas olas,
como la piedra dócil en el azul remanso.

Y vi que el alma entonces tornábase más pura,
soberbia en su abandono, brillante en su negrura,
sonora en su silencio, y activa en su descanso.

LOS AUTORES QUE NO LEEMOS YA: CHESTERTON

POR

ANTONIO CASTRO LEAL

HACE mucho tiempo que no leo los libros de Chesterton. Por el 1915 un grupo de nosotros se dió con fruición a las letras inglesas, que conocimos—lo he descubierto después—de un modo incompleto, pero con cierta intuición y amplitud de espíritu. Perdimos mucho tiempo en conversar sobre ese tema y sospecho que nuestra erudición aburría a las personas que no estaban al tanto del movimiento literario inglés. Estábamos enterados entonces de lo que pasaba en Inglaterra: ahora lo estamos de lo que pasa en Irlanda.

El tiempo ha corrido; el gusto ha cambiado y, además, los autores han envejecido y se repiten y se comentan a sí mismos. De cinco en cinco años, cada lector de criterio repiensa sus opiniones y se dedica a una trasmutación de los valores literarios. ¿Quién no ha modificado sus juicios sobre el pobre de Wilde? Quién, olvidando viejos odios, no ha descubierto que Víctor Hugo—para decirlo de un modo lapidario—no es tan mal poeta como pensaba; el otro se ha reconciliado con la obra llena de vigor y de sentimientos generosos de Pérez Galdós, y el de más allá coloca en su propio lugar, dentro de los cuadros literarios, a los simbolistas franceses. Esta trasmutación de valores no alcanza a las primeras figuras, que se mantienen por sobre los volubles movimientos de las opiniones de los lectores siempre infieles. Este poder de renovación en los juicios indica sentido crítico y buena razón. Gente he encontrado que care-

ce de ellos y se pasa toda la vida releyendo los libros de un autor sin méritos para ocupar todos nuestros ocios como Anatole France, por ejemplo. Con el tiempo la opinión se torna consistente y, como una masa que se prensa, arroja todas las burbujas de aire. Se ve entonces la literatura universal con ojos más justos y buscando perspectivas más exactas.

No es extraño que, después que cambió nuestro aprecio por determinados autores, se acerque alguien a hablarnos, con la admiración y el interés que mostrábamos antes, de aquellos héroes literarios cuyos nombres no se nos caían de la boca y que ahora celebramos poco.

—Me he dado con deleite a la lectura de Chesterton, nos dicen por ejemplo, esperando sorprendernos agradablemente.

Contestamos de un modo sencillo que hemos dejado de leer al buen Chesterton. ¿Qué pasa, se preguntarán interiormente, con este hombre voluble? ¿Pero alguien, interrogo yo, teme todavía a los policías o platica todavía con su novia por la ventana?

Chesterton es para mí un literato interesante y pintoresco, cuyos libros ya no leo. Aun en el mundo inglés resulta fantástico y gracioso este hombre gordo que defiende a las hadas. Sus costumbres burguesas son llamativas como una levita pasada de moda; su política de la vida es extraordinariamente sana: trata a los periodistas y a los editores con la franqueza con que se trata a los parientes; defiende la existencia quieta, tradicional, ortodoxa, con razones tales, que sólo convence porque despierta en el lector el espíritu de contradicción que éste ejercita inmediatamente con el libro que acaba de leer. Pero yo no leo sus libros. Es ya para mí motivo suficiente de admiración el saber que existe en Londres un hombre robusto, sano, goloso, individualista, con argumentos para defender todas las cosas y buen humor para discutir con todos los hombres y que este curioso personaje se pasa la vida escribiendo. Tiene ingenio y escribe: eso me basta: es de los nuestros. Estoy con él como un partidario político que no se ocupa de los manifiestos de su candidato.

What is wrong with the world es un libro que no tuvo bastante interés para obligarme a terminarlo; no leí más de tres capítulos y creo que no lo leeré nunca. Empezaba con la discusión clásica sobre qué existió primero si la gallina o el huevo y seguía con razones y paradojas que conducían por tortuosos caminos al propósito del autor. Si de los libros de Chesterton se quitaran los argu-

mentos inútiles o poco efectivos, su obra se podría reducir a unos cuantos folletos. Tiene el descaro de los periodistas, porque todo lo que escribe lo publica; da idea de no ver siquiera los originales antes de mandarlos a la prensa, y es un improvisador con bastante énfasis para imponerse al público. No se paga de lo que se haya dicho antes sobre el asunto de que escribe, ni toma en cuenta las opiniones depuradas y tradicionales sobre los temas en que puede aventurarse,—que son todos los del universo. Defendió la ortodoxia en un libro que podría estar con justicia entre los libros prohibidos por la Iglesia; y al frente de una pequeña historia de la literatura victoriana, publicada en una colección popular, los editores declaraban: "The Editors wish to explain that this book is not put forward as an authoritative history of Victorian literature. It is a free and personal statement of views and impressions about the significance of Victorian literature made by Mr. Chesterton..." En él es donde dice que Carlyle es como un escandinavo decorando una estatua griega caída en sus playas por milagro; que Emily Brontë era insociable como una tempestad a media noche; pero que en cambio Charlotte era más cálida y más doméstica, como una casa que se incendia, y que lo que enseña la obra de Macauley es que a éste le gustaba verse en el espejo. Sin embargo, prefiero a Chesterton como crítico que como ensayista y como poeta. Como ensayista parece una máquina que produce sofismas y logra convencer más por la cantidad abrumadora de ellos, que por su fuerza lógica.

Como se alimenta opíparamente no es amigo de la lógica y tiene pesadillas, de allí que defienda la paradoja como método literario y las hadas como suprema manifestación de la vida. A las hadas se da menos que a la paradoja y sus libros están cargados de éstas y parecen arquitectura churrigueresca y divierten más que impresionan. No es un buen defensor de las causas, porque las sostiene con todas las razones inverosímiles, como se puede ver en *The Defendant*. Es el tipo más curioso de individualismo literario y estoy seguro que nunca ha resistido la tentación de decir lo que le viene en gana.

Estas son por lo menos mis impresiones. Hace tiempo que no lo leo, ni ocasionalmente, porque la página que escribía en *The Illustrated London News* la escribe ahora Hilaire Belloc.

LA HUMILDAD PREMIADA

(APOLOGO)

POR

JULIO TORRI

ERA en una Universidad desconocida del Oeste, Badiraguato o Tapachula. Había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía un hermoso porvenir en la crítica literaria.

Lo que leía en sus libros por la noche lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Su inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron muchos años. Hasta que un hermoso día, en fuerza de repetir ideas ajenas, el profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pececito rojo en el fondo de un estanque.



PARA AUMENTAR LA CIFRA DE ACCIDENTES

UN hombre va a subir al tren en marcha. Pasan los escaloncillos del primer carro y el viajero no tiene bastante resolución para arrojarse y saltar. Su capa revuela movida por el viento. Afirma su sombrero en la cabeza. Va a pasar otro carro. De

nuevo falta la osadía. Triunfa el instinto de conservación, el temor, la prudencia, el coro venerable de las virtudes antiheroicas. El tren pasa y el inepto queda. El tren está pasando siempre delante de nosotros. El viento agita nuestras almas, y ¡ay de aquel a quien retiene el temor a la muerte! Pero si nos alienta un impulso divino y la pequeña razón naufraga, sobreviene en nuestra existencia un instante decisivo. Y de él saldremos a la muerte o a una nueva vida, pésele al Destino, nuestro ceñudo príncipe.

POEMAS

DE

MANUEL DE LA PARRA

EL TINTINABULO

TENGO una gran ventana abierta al cielo. Abajo
larga fila de árboles parece meditar.
Yo medito también: una ansia de trabajo
intenso y fuerte y bello impulsa a mi soñar.

Y, casi sin quererlo, me invade una tristeza
muy honda. A mis oídos llega un único són,
celeste tintinábulo de lírica belleza:
—¡Adelina, Adelina!—, canta mi corazón.

Si una racha de viento, al agitar las frondas
de la arboleda, canta canto leve y sutil,
repite el bello nombre, lo tremula en sus ondas
y todo mi sér llama a la amada gentil.

Obscurece y la luna enigmática finge
en su faz una mueca de dolor o placer;
y al són del tintinábulo, miro un rostro de esfinge
muy bello, ensueño único, transformado en mujer....

¡Adelina, Adelina...!

ANOCHECER

DESDE mi pupitre miro
un pedacito de cielo:
finge en su matiz morado
el soñar que traigo adentro;
matiz de mi poesía,
matiz de mi pensamiento.

Miro de mi observatorio,
ya nacarado segmento
de una nube que atraviesa,
ya el parpadear de un lucero
peregrino del ocaso.

La nubecita se esfuma,
se escapa dorada a fuego
y sólo queda la estrella.

Y la estrella es el señuelo
para orientar el querer
de mi espíritu en su vuelo
de añoranzas. La estrellita
dulcemente me ha llevado
a pensar en ELLA... Sueño
en el día que no llega
y pacientemente espero,
cuando le toque en el alma
la llamada de mi ruego
y abra su puerta y me diga
ansiosa: También te quiero.

Y mientras la tarde cae
y la sombra va extendiéndose;
así como en mi esperar
se han perdido tantos sueños

de una dicha que no llega,
el pedacito de cielo
ya no es más que obscura mancha,
y el rutilante lucero
se ha hundido como lágrima
dentro del lóbrego seno
de una nube negra.....

CAMPANITAS DE PLATA

POR

MARIANO SILVA ACEVES

LA CARCEL DE LA LUNA

LOS altos árboles de la calzada, en invierno, entrecruzan caprichosamente sus ramas negras contra el cielo. Uno que otro pajarillo friolento se mece sobre una rama. Yo iba a lo largo de la calzada, una vez, saludando a los pajarillos friolentos, cuando una inmensa luna redonda se asomó tras de los hierros en cruz y me detuvo para decirme que estaba prisionera. Al cabo de una pausa, traté de continuar mi largo viaje pero noté que entre las rejas de su prisión, la Luna me hacía gestos burlones. Esto me decidió a salir de la calzada y volverle la espalda.



HACIA ABAJO DEL PUENTE

LAS rizadas ondas del río pasaban sin cesar arrastrando grandes manchas blancas de espuma o jugueteando en remansos antes de entrar por las anchas bocas de los arcos. A trechos

las grandes pilastras de obscura cantería se hundían en el agua afirmando su inmovilidad al abrir la corriente movediza con el filo de sus aristas pronunciadas. En la superficie de las aguas se veía danzar suavemente la imagen de las esbeltas almenas que se alzaban en las extremidades del puente, reflejadas en el río.

★

DEBAJO DEL PUENTE

DESDE la orilla del río, el puente, alto y pesado como una muralla, dejaba ver del otro lado, por sus enormes arcos, el caserío lejano con sus tejados rojos y las torrecillas de sus iglesias pobres. En sus estribaciones los arcos disminuían y se curvaban sobre la tierra firme. Debajo del último arco—el más pequeño—dormían los mendigos, holgaban los truhanes, levantaban su tienda los gitanos y sus espesos muros estaban ennegrecidos con el humo de las fogatas.



EL TIEMPO QUE VUELA

LOS ijares del corcel del Tiempo ya manaban sangre y la bestia desvalida no podía correr más. Sin embargo era preciso continuar. El tiempo ya había corrido antes por sus pies pero esto no bastó cuando el Pasado creció amenazante para devorarlo. Tuvo entonces el recurso de su caballo veloz y así pudo escapar. Ahora el enemigo era formidable. El último medio de salvación fué desatar sus dos grandes alas y entregarles sin reserva toda la diáfana región del Porvenir.

EL COMPONEDOR DE CUENTOS

LOS que echaban a perder un cuento bueno o escribían uno malo lo enviaban al componedor de cuentos. Este era un viejecito calvo, de ojos vivos, que usaba unos anteojos pasados de moda, montados casi en la punta de la nariz, y estaba detrás de un mostrador bajito lleno de polvosos libros de cuentos de todas las edades y de todos los países. Su tienda tenía una sola puerta hacia la calle y él estaba siempre muy ocupado. De sus grandes libros sacaba inagotablemente palabras bellas y aún frases enteras, o bien cabos de aventuras o hechos prodigiosos que anotaba en un papel blanco, y luego, con paciencia y cuidado, iba engarzando estos materiales en el cuento roto. Cuando terminaba la compostura se leía el cuento tan bien que parecía otro. De esto vivía el viejecito y tenía para mantener a su mujer, a diez hijos ociosos, a un perro irlandés y a dos gatos negros.



YO VI UN DRAGON

ERA en el atardecer, hacia el Poniente. El sol lanzaba unos destellos vivos al ocultarse en un enorme macizo de nubes ya casi tocando el horizonte. El dragón estaba echado sobre la montaña lejana con la cabeza hundida en las dos gruesas manos y sólo dejaba perfilar sus dos orejas puntiagudas. De pronto arqueó el lomo como un gato que se despereza y una trompa prominente colgó de su nariz, en tanto que la extremidad de su cauda larguísima, caldeada por un fuego de fragua, se contraía dolorosamente. En un instante desapareció también, como si hubiera saltado fuera del mundo.

LAS FIESTAS DE LOS COLEGIALES DE SAN ILDEFONSO

POR

GENARO ESTRADA

LAS fiestas tradicionales de los estudiantes mexicanos han caído completamente en desuso y sólo de cuando en cuando regístranse, como alegre factor de la vida estudiantil, ciertas manifestaciones en honor de personajes de actualidad y mascaradas o bullangas con que se celebra el cierre de la temporada escolar.

No sucedía lo mismo en la época colonial, en la que, además de los actos extraordinarios en que tomaban participación los estudiantes, tales como las entradas de los virreyes, los funerales de los altos miembros del gobierno y del clero, y otros de diversa índole, existían, precisamente determinados, ciertos días en que cada uno de los establecimientos educativos de la colonia solemnizaban sus santos protectores y titulares. Así, la Real y Pontificia Universidad, el Colegio Mayor de Todos Santos, la famosa Escuela de San Juan de Letrán, el Colegio de San Ramón, el de San Bernardo y otros muchos, habían fijado, unos por tradición y otros en sus reglamentos, la celebración de determinadas fiestas; aunque sin duda, el que más se distinguió por el número y magnificencia de ellas fué el Real Colegio de San Ildefonso, cuyo local ocupa actualmente la Escuela Nacional Preparatoria. El gran seminario creado por los jesuitas desde el siglo XVI estaba adecuado, como ningún otro edificio, para las grandes solemnidades: sus extensos patios, sus

amplios corredores, su magnífica capilla, su gran refectorio y sus salas de actos y de estudios, sólo fueron superados después por los del colegio de las Vizcaínas. Además, la importancia que llegó a adquirir la Compañía de Jesús y su influencia dentro del Gobierno, hacían que las fiestas organizadas por su principal seminario, resultaran casi siempre con el mayor lucimiento.

En el "Apéndice Histórico" sobre la antigüedad y otros particulares interesantes al mismo colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso, que escribió don Félix Osores y se conserva en el antiguo archivo del colegio, que hemos consultado repetidas veces, encuéntranse muy curiosos datos acerca de las fiestas ildefonsinas.

"De más de doce o trece mil colegiales—dice Osores en el Apéndice inédito que citamos—que hasta aquí han vestido la veca, es considerabilísimo el número de maestros, doctores y rectores de universidades literarias: de regidores, síndicos, procuradores, alcaldes, corregidores, intendentes y gobernadores en las principales villas y ciudades: el de oficiales, jefes y generales de ejército: de abogados, relatores, alcaldes, oidores, regentes y presidentes de audiencias, cancillerías, consejos y tribunales supremos: el de guardianes, priores, provinciales y a lo menos dos generales: y es incontable el número de curas o párrocos: ni es muy inferior el de medio racioneros, racioneros, canónigos y dignidades de muchas catedrales de América y España: y de bastantes arzobispos y obispos como lo persuade, aún a primera vista, el catálogo de colegiales de San Ildefonso, formado en 1727 y eso que no contiene más que seis mil individuos: lo que acabará de evidenciarlo es la relación de muchos colegiales de San Ildefonso dignos de eterna memoria e insignes por su piedad, gran saber y distinguidos empleos, en la cual se medita y trabaja, y seguramente contendrá algunos centenares de ilustres alumnos".

Este insigne colegio, cuya importancia así exaltaba el bibliógrafo Osores a principios del siglo anterior, tenía en su catálogo de festividades señalada la celebración de no menos de veinte; para algunas se había previsto una cantidad fija con cargo a los gastos del establecimiento; para otras existían donativos de personas piadosas y de antiguos alumnos del colegio. Las fiestas religiosas de carácter obligatorio principiaban el 23 de enero con la celebración del santo titular del colegio y terminaban por Navidad: eran las de San Ildefonso, de San Francisco Xavier, de San José, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Resurrección del Señor, de San Juan

Nepomuceno, de la Ascensión, del Señor de Santa Teresa, de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, de San Luis Gonzaga, de San Juan Bautista, de San Ignacio de Loyola, de la Asunción, de Nuestra Señora de Loreto, de Santa Rosalía de Palermo, de San Carlos Borromeo, de la Concepción, de Nuestra Señora de Guadalupe, de la Natividad y la Calenda y fandango en día de Noche Buena.

La celebración del día de San Ildefonso—que por tradición cultural debía señalarse como la fiesta del estudiante en México—era sin duda, la de mayor solemnidad. Establecióse por mandato del Virrey Marqués de Guadalcázar el año de 1618, y a la misa solemne que ese día se celebraba asistían el virrey y la real audiencia, acompañados de otros altos dignatarios de la Colonia. Durante el sacrificio y en el momento del ofertorio, el rector del colegio presentaba una vela al virrey, en reconocimiento del real patronazgo. Esta costumbre modificóse después en el sentido de que el ofrecimiento de la vela se hacía al santo titular.

La celebración de la Virgen de los Dolores se hacía por medio de una novena y para los días de ésta eran escogidos nueve colegiales de los de más distinción, a quienes se confiaban los sermones de la novena. Estos sermones eran no solamente una costumbre piadosa de los estudiantes, sino también se les consideraba como ejercicios literarios.

La fiesta de San Luis Gonzaga era de particular interés, porque el santo había sido jurado como patrón de los estudios del colegio; en la de San Juan Bautista, además de la solemnidad religiosa, añadíase tradicionalmente un platillo al almuerzo y se obsequiaba a los estudiantes con una merienda especial; en la de la Concepción, el colegio asistía, junto con la Universidad y los frailes de San Francisco, a las festividades organizadas por el gobierno eclesiástico y en la de Noche Buena, que era la más alegre y bulliciosa, juntábanse los alumnos del *colegio chico* o del Rosario con los del *colegio grande* y en el refectorio de éstos se tomaba la cena, durante la cual había un concierto en el que casi siempre un músico de nota ejecutaba selectas piezas desde el púlpito del comedor.

Los colegiales asistían también a solemnes procesiones religiosas, en las cuales ocupaban un sitio preferente, tanto por el real patronazgo, como por la antigüedad del establecimiento. En estas ocasiones lucían sus mantos y vecas y en alguna vez llegó a suscitarse

cierta controversia por la prelación del sitio en un desfile religioso.

La procesión de San Felipe de Jesús, que se efectuaba el 5 de febrero, tenía particular importancia para los alumnos de San Ildefonso, por haber pertenecido a dicho colegio el mártir mexicano; también desempeñaba un papel muy principal en la procesión estudiantil de la Semana Santa, que partía del colegio de indios de San Gregorio, así como en las de la Purísima y San Luis Gonzaga, ésta última celebrada cada 21 de noviembre y en la cual la imagen del santo era llevada en procesión hasta la Universidad.

EL SUPLICIO DEL CONCERTISTA

POR

MANUEL M. PONCE

ALERTA siempre, eternamente inquieto, en constante tensión de espíritu, el concertista es un tipo muy interesante en su doble aspeto de sacerdote del ideal y obrero de un arte que se cotiza con regateos en los despachos de los *managers*. El concertista es una de tantas víctimas de la vida angustiosamente febril de las grandes ciudades. Débil esquife, el oleaje lo arroja y lo trae, lo sumerge y lo eleva; de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, va rodando durante los meses "de temporada" acechando el instante del transbordo en los trenes, contando los minutos en los andenes cubiertos de nieve, inquieto siempre, en el ferrocarril, en el hotel, en la sala de conciertos... La tiranía del *manager* lo convierte en esclavo. ¡Ha perdido su libertad por un puñado de dólares! Si está cansado, *sin gana de tocar,* contrariado por las mil pequeñeces que a diario destruyen—aunque sea brevemente—nuestra paz interior; si está disgustado o contento, triste o alegre; si experimenta la necesidad de alejarse de la multitud ignara y abstraerse en el éxtasis de su pensamiento, siempre encontrará ante sus ojos una mano sosteniendo un pliego de papel y un índice señalándole su firma al pie del funesto contrato.

Después de la tiranía del empresario, viene la tiranía del público. El concertista *debe* encontrarse siempre dispuesto, siempre en vena para deleitar a su auditorio; *debe,* asimismo, traducir las obras que interpreta con la precisión de una máquina,—si de la parte téc-

nica se trata—y desplegar las alas de su fantasía hasta alcanzar los límites de lo sublime, en lo que a la parte interpretativa se refiere. Mil ojos siguen ávidamente los movimientos de sus dedos sobre el teclado y el menor error es apuntado en el capítulo de "cargos". La multitud es cruel: goza con el sufrimiento de su víctima, ya sea ésta el torero herido en la plaza o el pianista angustiado frente a su instrumento. Todos los artistas, aun los más grandes, tienen sus *días malos*. Yo recuerdo con pena la desesperación de un concertista al terminar la primera parte de su programa: —"¡No puedo tocar hoy! ¡Esto es un desastre!", decía limpiándose las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente y luchando por contener el llanto. Y, sin embargo, ni el *manager* ni el público saben nada de esto: el uno exige su ganancia; el otro quiere divertirse, y nada más.

Hay entre los concertistas tres diferentes categorías: en primer término está el mimado del público, el artista del día; el semi-dios que, además de fama y gloria, tiene amplio crédito en los Bancos, (pudieran citarse como representativos de esta clase a Caruso y Paderewsky); en segunda fila militan los de menor categoría, que son los más numerosos: artistas estimables que sostienen su reputación ayudados eficazmente por anuncios y crónicas mercenarias. Por último, vienen los de la tercera categoría: los debutantes; gente ingenua que espera ver abiertas en un instante las puertas de la riqueza y de la gloria. De las tres categorías citadas—claro está—la primera es la menos numerosa. Los dichosos artistas que la forman no viven bajo la tiranía de los empresarios: en un momento dado pueden romper contratos y recobrar su libertad interponiendo entre la ambición del empresario y sus propios caprichos, un pedazo de papel que los Bancos convierten en un montón de oro.

En el corazón de estos próceres del arte, sin embargo, crece con los años, generalmente, la codicia. Y es cosa de asombrarse ver a los magnates de la música exponiendo su vida y su salud en viajes peligrosos para aumentar y satisfacer esa pasión roedora. En estos artistas se efectúa un fenómeno curioso: siendo el dinero el que los salva de la tiranía de los empresarios, la codicia se encarga de ponerles nuevamente el grillete.

Casi todos los "virtuosos" que constituyen la segunda categoría, son pobres o disfrutan de un discreto bienestar. Llegan a Norteamérica ansiosos de conquistar gloria y dólares (más dólares que gloria) y caen irremediablemente en las garras de los *managers*. La única ventaja que obtienen es la especie de moneda que ganan en

este continente: mientras los empresarios de allá les pagan con francos, liras o marcos, de los de acá reciben dólares. Empero, para afianzar un contrato, ¡cuántas penas!, ¡cuántas abdicaciones vergonzosas ante el *manager* insolente, cómodamente instalado en un *office,* con el habano entre los labios! Un notable cellista belga, durante la guerra europea, prefirió tocar en una cervecería de Nueva York, antes que pasar por ese calvario.—"Aquí nadie me conoce, me decía, y entre el chocar de los vasos y las brutales carcajadas de los hampones, no necesito dar nada de mi corazón; cumplo mi compromiso con la inconsciencia de un autómata".

Los debutantes sin reputación europea, son los *peces chicos* en el mar de egoísmo de las grandes ciudades. —"El recital, solía decir el *manager* de la Aeolian de Nueva York, es un negocio como cualquier otro. No basta aportar el talento o las aptitudes; es indispensable el dinero, el capital *en efectivo*". El propietario de la sala de conciertos, el impresor, el fotógrafo, el *manager,* los periódicos, todos ganan en el recital de presentación; el único que no gana nada es el debutante.

Otro de los aspectos tristes de la carrera del concertista, es la poca honradez y la ignorancia con que los críticos musicales suelen juzgar su labor y su talento. No parece sino que por una maldición, debe encontrar en su camino, ya sembrado de espinas, la piedra punzante de la crítica malévola que le hiere y ocasiona muchas veces su caída.

La crítica musical ejercitada generalmente por ignorantes o perversos, ha sido casi siempre, contraria al progreso del arte. Wagner, Rossini, Verdi, Brahms, Chopin... todos fueron zaheridos por el crítico (?) eternamente presuntuoso y ayuno de verdadera cultura musical. Y el tipo no ha desaparecido. A cada paso tropezamos con él, en diarios y revistas, ataviado con el ampuloso ropaje de una *erudición* falsa, dispuesto a modificar su *criterio* a la vista de un cheque al portador o ante el temor de perder el empleo.

El crítico mercenario abunda como la mala yerba. Y el concertista, de cualquiera categoría que sea, tiene que soportar sus intemperancias y su estulticia.

Cierto redactor de un semanario musical neoyorkino confesaba, poco tiempo ha—¡después de un cuarto de siglo!—que había atacado injustamente a Hans V. Bullow en una reseña escrita a propósito de los conciertos del gran pianista alemán en Nueva York. ¿Es-

te arrepentimiento tardío habrá aquietado, al menos, la conciencia del crítico?

El cronista musical de "La Renomée" de París, escribía en 1819 a raíz del estreno del "Barbero de Sevilla" de Rossini: "... Esta composición me ha parecido débil, incoherente, sin carácter, sin unidad..." ¡Sin carácter el *Barbero!* ¡Sin unidad, débil e incoherente la obra maestra de Rossini! ¡Con cuánta razón decía Boileau: "la crítica es fácil; el arte es difícil!"

Empero, para el "virtuoso" serio y amante de su arte, más que las críticas injustas, más que el despotismo y la avaricia del *manager,* más que las molestias inevitables en los viajes continuos, más que la inoportunidad de los "admiradores", el cambio de su arte libre en *métier,* de su ensueño en mercancía, de su alto sacerdocio en simple automatismo, debe constituir su más grande suplicio.

¡Cuántas veces recordará las horas de dulce intimidad, cuando tocaba *desinteresadamente,* por un secreto deseo de traducir por medio de las vibraciones sonoras el oleaje de sentimientos que brotaban tumultuosamente de lo más profundo de su ser! ¡Qué amarga, en cambio, la esclavitud aceptada voluntariamente, la obligación de traducir ante gentes extrañas y frecuentemente incultas, las páginas más amadas, sin la emoción generadora de estremecimientos inefables, agobiado por repentina enfermedad o por momentánea incapacidad para mostrarse fiel intérprete de los grandes compositores!

Y a este suplicio no podrán escapar los concertistas mientras la necesidad o la ambición los arroje en la vertiginosa corriente de la vida moderna, llevándolos de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, deleitando con su dolor, hasta que un día—¡oh, Maud Powell!—la muerte les sorprenda en algún cuarto de hotel.

Entonces llegará la suprema liberación.

LA ANTIGUA
UNIVERSIDAD DE MEXICO

POR

HERBERT IEGRAM PRIESTLEY

Traducción del inglés por Genaro Estrada.

EL estudio que sobre la Antigua Universidad de México publicamos en *México Moderno*, es una magnífica monografía que hace pocos meses escribió el eminente historiador norteamericano H. I. Priestley, quien últimamente estuvo en esta Capital a recoger documentos para sus futuras obras de historia colonial. Priestley es ampliamente reputado en los Estados Unidos como un historiador hábil y perfectamente preparado para los estudios de síntesis. Así lo justifican su admirable libro sobre el Visitador Gálvez, su monografía sobre la organización del municipio colonial en América y sus artículos de bibliografía crítica. Es oportuno consignar aquí que Priestley es el único profesor que en una Universidad extranjera—la de Berkeley—diera una cátedra de historia mexicana.

La monografía que hemos traducido es, hasta hoy, lo más completo que se ha escrito sobre la antigua Universidad mexicana, inclusas las mejores investigaciones de nuestros eruditos, y mientras la Crónica del P. Plaza continúe inédita, será este estudio el más autorizado en la materia.—G. E.

ENTUSIASMO por la educación fué lo que caracterizó al primer establecimiento de las colonias españolas en América. En todo lugar adonde iban los sacerdotes, establecíase pronto una escuela para la instrucción de los nativos, o un colegio para los eclesiásticos que estaban ya en funciones, así como para aquellos que pronto iban a recibir las sagradas órdenes. De los colegios nacieron las universidades que, en todos los dominios españoles, fueron fundadas en una fecha muy temprana, para el *curso de los estudios generales* que se hacían en aquel entonces en las grandes universidades peninsulares de Alcalá y Salamanca. Medio siglo antes de que los ingleses fundaran a Jamestown, ya la universidad de México estaba confiriendo títulos a graduados en leyes y en teología. No terminaba aún el siglo XVII, cuando ya habían sido erigidas en la América no menos de diecisiete universidades, y a sus graduados se les aceptaba con igual estima que a los de las instituciones españolas de igual grado.

La primera universidad en la América fue la establecida por la orden dominicana en la isla de *"La Española"*, hoy *Santo Domingo*. En 1538, lograron los dominicos que su colegio fuese elevado a la categoría de universidad, lo cual quiere decir que le fué concedido el privilegio de otorgar grados y el de gozar de todas las preeminencias, libertades y exenciones de que disfrutaba la universidad de Alcalá (1).

Las dos grandes Universidades hermanas del período de la conquista, fueron las de México y Lima. Difícil es determinar a cuál de las dos corresponde el título de más antigua; entrambas lo reclaman. Con fundamento de una autoridad, asevérase que la universidad de Lima fué fundada en 1549 por una bula de San Pío V (2); pero el papa de aquella época era Pablo III. No se conoce la bula, si es que en efecto se expidió alguna (3). El Testimonio contemporáneo primitivo, es la real orden del emperador Carlos V, datada en Valladolid a 21 de septiembre de 1551, por la cual "creamos, fundamos y constituimos, en la ciudad de Lima, del reino del Perú, y en la ciudad de

(1) F. J. Hernáez. "Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la iglesia de América y Filipinas". (Bruselas, 1879), tomo II, parte 6.a, sección 4.a, págs. 438-439.

(2) Antonio de Alcedo. "The geographical and historical dictionary of América and the West Indies", G. A. Thompson, tr. (London, 1812), tomo II, pág. 379.

(3) No la da Hernáez, en la obra y lugar citados, a pesar de que ésta contiene numerosos documentos de importancia, relativos al establecimiento de las universidades americanas; el editor lamentó que fuera incompleta su colección sobre esta materia.

México, de Nueva España, universidades y estudios generales..." (4). De suerte que, según la voluntad real, fué simultánea la fundación de las dos escuelas. En ambos casos, la acción del monarca había sido precedida por la iniciativa de los colonos. En el caso de Lima, el primer paso importante fué dado por fray Tomás de San Martín, primer provincial de los dominicos del Perú, quien, de viaje para España en 1550 con Pedro de la Gasca, le llevó al emperador la petición de las autoridades de Lima para la fundación de una universidad (5). En 1553, llegó al Perú una respuesta favorable a esta petición, probablemente la idéntica cédula de la cual se tomó la ley citada arriba. Durante los primeros años que siguieron, debe de haber sido muy incierta la obra de la universidad, pues el 19 de octubre de 1561, Felipe II expidió una cédula, ordenando que se rindiera un informe sobre si sería o no conveniente el establecer en Lima una universidad. Diez años más tarde, el 25 de julio de 1571, fué expedida la real confirmación de la fundación. En 1574, recibió la institución el nombre de *San Marcos,* y desde entonces, con nuevos fondos, comenzó a tener una posición dignificada e importante, con valiosos privilegios y muchos colegios agregados.

El establecimiento de la Universidad de México fue resultado de un progreso natural, del desenvolvimiento de una actividad educativa que está llena de interés. Antes del arribo del grupo explorador de doce frailes franciscanos, enviados a México en 1524, habíase llevado a cabo alguna labor educativa por los frailes Juan de Tecto y Pedro de Mura, o *Gante,* como es más conocido en la Nueva España. Estos dos religiosos llegaron precisamente cuando la ciudad de México estaba en vía de reconstrucción después de su conquista y demolición por Cortés y tuvieron que retirarse a *Tezcoco,* donde empezaron a reunir y a instruir a los niños principales de la ciudad. Sus primeros esfuerzos se encaminaron a enseñar la doctrina cristiana; pero no pasó mucho sin que agregaran la lectura y la escritura. En el convento de San Francisco tuvo Pedro de Gante una escuela a la que concurrían mil alumnos; estudiaban latín, música vocal e instrumental, lectura y escritura y la doctrina. Las autoridades españolas fueron inducidas a obligar a los señores y caciques indios a mandar sus niños a la escuela; hízose lo mismo con los *macehuales* o

(4) "Recopilación de Indias". (Madrid, 1791), lib. 1, tít. 21, ley 1.

(5) Joseph Skinner, edt., "The present state of Perú". (London, 1805), págs. 163-167; Sir Clements R. Markham, "Cuzco.... and.... Lima. (London, 1856), págs. 297 201.

trabajadores diurnos. Pero muchos de los niños asistían por su propia y libre voluntad.

En 1536, abrióse el famoso colegio de *Santa Cruz de Tlaltelolco* para la educación de muchachos indios. Fué puesto bajo el amparo del convento franciscano de la ciudad de México. Se daba instrucción en lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mexicana. No se impartía instrucción en teología ni en jurisprudencia, preeminentes materias universitarias; mas no debe sorprender la omisión, ya que era éste el primer ensayo en una escuela para instrucción superior de los indios. Dicha institución tuvo famosos educadores en el siglo XVI. Entre ellos figuraron: fray García de Cisneros, uno de los doce franciscanos que había venido con fray Martín de Valencia; fray Andrés de Olivos, distinguido por su conocimiento de varias lenguas; fray Juan de Gaona, de la Universidad de París; fray Francisco de Bustamante, notable predicador; fray Juan Focher, doctor en leyes, franciscano, de la Universidad de París, y fray Bernardino de Sahagún, distinguido historiador y etnólogo (6).

El colegio de San Juan de Letrán, establecido por el primer virrey, Mendoza, para expósitos mestizos, tuvo una vida de más de tres centurias. Había en su jefatura tres teólogos, cada uno de los cuales servía en turno anual como rector. De los otros dos, uno era el *maestrescuelas;* él, con la ayuda de sus discípulos aventajados, le enseñaba al pueblo la doctrina de Cristo una vez por semana. El otro enseñaba gramática latina. Dividíanse en dos grupos los discípulos: los que mostraban escasa capacidad para los libros, eran puestos a aprender oficios por tres años; seis de los muchachos más capaces y virtuosos eran elegidos anualmente para seguir la carrera de las letras por siete años. Entre las primitivas instituciones mexicanas, había escuelas particulares, escuelas fundadas por el ayuntamiento, y una inclusa para niñas. En esta última se enseñaban las *artes mujeriles* de coser y bordar, y, llegada la edad a propósito, se impulsaba a las jóvenes al casamiento.

El interés por la educación y el creciente número de jóvenes criollos que comenzaron a ir a la península a hacer los cursos de carreras profesionales, fueron causa de que el virrey, de consuno con el ayuntamiento y con los principales colonos, mandara, cuando gober-

(6) J. García Icazbalceta. "La instrucción pública en México durante el siglo XV I", en sus *Obras* (México, 1905), tomo I. págs. 163-265.

naba Mendoza, una petición al rey para la fundación de una universidad. Si hemos de creer al historiador Herrera, las primeras órdenes enderezadas a tal providencia, se dieron en el año de 1539. A Herrera se debe la aseveración de que en ese año, a petición de Bartolomé de las Casas, que estaba entonces en España, se le mandaron órdenes a Mendoza para que emprendiera la obra de la universidad (7). García Icazbalceta lo pone en duda, diciendo que si hubiera venido tal orden, no habría tardado tanto tiempo en cumplirse. Por otra parte, en las órdenes expedidas en 1551, nada se dice acerca de otras anteriores. He aquí cómo discurre Icazbalceta: "Probablemente lo que ocurrió fué... que a Mendoza se le había pedido por la ciudad la fundación de una universidad, y él designó profesores que dieran lecciones de las materias más estimadas entonces, animando a la ciudad con la esperanza de que pronto habría una universidad, y dando algunos *ranchos* ganaderos de su propiedad para la primera fundación. Es de sentir que no tengamos más detalles..., pues no encuentro mención de los nombres de los profesores, ni de las materias que enseñaban, ni del tiempo y lugar en que dieron principio a su tarea" (8). En todo caso el real permiso fué concedido en 1551, y llegó a Nueva España en 1553, en la época del segundo virrey, Luis de Velasco. Con esta autorización, inauguróse la primera universidad norteamericana.

La gente de aquellos días apreció profundamente el significado del acto. A 21 de enero de 1553, dió principio la solemnidad de la inauguración. Cada clase tuvo su sesión inicial en un día diferente, porque el virrey y la audiencia deseaban honrar más el hecho asistiendo a la primera lección de cada materia enseñada. El primer rector de la universidad fué el juez de la audiencia, Rodríguez de Quesada. Al juez Santillana lo nombraron *maestrescuelas*. La cátedra de teología se le confirió a fray Pedro de Peña, dominico que fué reemplazado poco después por el distinguido Juan Negrete, maestro de artes de la universidad de París y arcediano de la iglesia metropolitana. El famoso agustino fray Alonso de la Vera Cruz obtuvo la cátedra de sagradas escrituras y, más tarde, la de teología escolástica. El doctor Morones, fiscal de la audiencia, dió la clase de derecho canónico; el doctor Melgarejo desempeñó por algún tiempo la de decretos papales; pero poco después le sucedió el doctor Arévola Sedeño. También las *Institutas* fueron enseñadas después de 1569. La cátedra

(7) "Historia general", década 6, libro 7, capítulo 6.
(8) "La Universidad de México", en sus *Obras*, tomo I, página 135.

de *artes* (filosofía) se confió al presbítero Juan García; la de retórica, al famoso doctor Cervantes Salazar, y la de gramática, al bachiller Blas de Bustamante. Antes que terminara el siglo, agregóse una cátedra de medicina, y en 1640, concediósele más al espíritu de la época y del país, añadiendo cátedras de otomí y de azteca. Casi todos los primeros ocupantes de las varias cátedras eran hombres ya distinguidos por su aptitud literaria o por los altos puestos a que habían llegado. Todos los doctores que estaban en México al efectuarse la fundación, se convirtieron en miembros del claustro; entre ellos figuraba el mismo arzobispo Montúfar.

Los títulos del profesorado eran de dos especies: temporales y de planta. Los temporales se conferían cada cuatro años por *oposición,* lo cual quiere decir que el beneficiado tenía que habérselas en exámenes de competencia con los aspirantes a su puesto, ante jueces a quienes se suponía imparciales. Los nombramientos de propietarios subsistían hasta la muerte o resignación de los beneficiados. Si un aspirante obtenía por oposición una cátedra, se le obligaba a pagar ciertos honorarios y a prestar juramento de defender la doctrina de la Inmaculada Concepción, de observar una conducta recogida, y de abstenerse de bailes, teatros y otras reuniones públicas.

Cuando se agregaban cátedras a las siete originales, hacíase a menudo dividiendo una materia en dos partes; así cuando fué dividido el curso de medicina, la primera parte se llamó *prima,* y la segunda *vísperas.* En *prima* se enseñaba "todo lo perteneciente al cuerpo sano", esto es, anatomía y fisiología; en *vísperas* se explicaba todo lo concerniente al cuerpo enfermo y a su curación (9).

Veinticuatro dignidades de profesor, en total, componían las facultades de la universidad, que subsistió con este número hasta 1833, en que los cambios educativos intentados por Gómez Farías, fueron el comienzo de la desintegración de la universidad. El sueldo más alto pagado a un profesor era de setecientos pesos para la *prima* de teología. Otras cinco cátedras eran pagadas con seiscientos pesos cada cual, al paso que las restantes variaban de cien pesos a quinientos.

Las cátedras fueron provistas al principio, según Estallo, por voto de todos los cursantes, "razón por la cual todos los candidatos se esforzaban por granjearse la estimación general. Hoy (a fines del si-

(9). V. Riva Palacio, ed., "México a través de los Siglos" (Barcelona, 1888-89), tomo II, pag. 520.

glo XVIII), ha variado el sistema, pues los votos son dados por una junta compuesta del virrey, el arzobispo (en cuyo palacio se verifica la elección), el regente de la audiencia, el inquisidor principal, el *maestrescuelas* (*sic*), el deán de la facultad y el profesor de mayor edad del ramo (10). Después de la competencia ponían carteles llamados *vítores* en las paredes de la universidad, de la Inquisición y de otros edificios, para anunciar el nombre del vencedor, con el número de votos que había obtenido en la contienda.

Las cátedras del período posterior hacen ver a qué materias daba mayor importancia el programa de la universidad. De teología había clases designadas como *prima, vísperas, escrituras sagradas, Santo Tomás* (*Aquinas*) y (*Duns*) *Scotus*. Las dos últimas se daban siempre a frailes de la orden dominicana y a franciscanos de la *Provincia del Santo Evangelio* (de México). De leyes había clases denominadas: *prima de derecho canónico, prima de decretos, vísperas de derecho canónico, prima de leyes, vísperas de leyes, Institutas,* y *decretos clementinos*. En medicina había: la *prima* y *vísperas* matemáticas, práctica de medicina (*método*), y anatomía y cirugía (11). Del estudio de la medicina en la universidad, se decía que era puramente teórico, pues que los estudiantes gastaban el tiempo contestando preguntas tales como la de si la medicina era una ciencia o un arte, y otras abstracciones de este jaez. Se les daba práctica a los estudiantes en los hospitales; hacia fines del siglo, uno de los profesores estaba procurando reformas; pero murió antes que se llevaran a cabo (12). En botánica había un director que gozaba honores de profesor de medicina, y otro que servía tanto en la universidad como en el *Real Jardín Botánico*. Este último fué nombrado bajo el reinado de Carlos III.

En filosofía había cátedras de *prima* y *artes*. Continuaron como en el primer período las otras tres cátedras: una para retórica y una, respectivamente, para las lenguas mexicana (*azteca*) y otomí.

Cuanto al carácter de la instrucción dada, especialmente en el siglo XVI, sólo podemos hacer conjeturas basando nuestras inferencias

(10) Estallo, "El viajero universal" (Madrid, 1799) tomo 26, pág. 350.

(11) Esta es la lista como la da Estallo, op. cit., tomo 27, pág. 257. Las "Constituciones" de 1775 nada dicen de una cátedra de matemáticas, conexa o inconexa con la medicina; ponen en la lista una cátedra de astroligía, que Estallo omite. Cotéjese "Constituciones," folios 54-56.

(12) Estallo, op. cit., tomo 27, pag. 274.

en el hecho de que la universidad de Salamanca era la madrina de la de México; sabemos que estaba orgullosa de su ahijada, tenía numerosos graduados en las facultades de la flamante escuela, y probablemente le transmitió generosamente su sistema y espíritu. Por necesidad estaba limitada en cursos la institución mexicana; sólo se enseñaban los ramos más útiles y más altamente estimados: jurisprudencia civil y eclesiástica y teología. Para esa instrucción, servía el latín de vehículo, y la retórica de instrumento.

Por supuesto, era esencialmente escolástica la instrucción. Prueba de ello es el nombramiento de fray Alonso de Vera Cruz para una cátedra de *Santo Tomás,* cuya filosofía constituía la disciplina mental de la época de la fundación. Fray Alonso mismo emprendió algunas muy tímidas reformas en la filosofía escolástica; había hecho imprimir sus propios libros de texto a fin de disminuír la obscuridad de los escritores clásicos; pero en esto fué limitado su éxito. Era continua la discusión en las clases, y, siguiendo la costumbre predominante, acalorada, pero amistosa: puramente escolástica. A México no llegaban las herejías que perturbaban la vida religiosa de España. Las únicas señales verdaderas de prematuro liberalismo, fueron las exhortaciones de hombres como el obispo Zumárraga y el Padre Luis de León, que pedían con instancia la lectura de las Escrituras en lenguas vernáculas. Absolutamente nada padeció por sus opiniones ninguno de estos hombres, y Zumárraga llegó a ser arzobispo.

Pueden haber sido hábiles los profesores, según García Icazbalceta; pero los estudiantes no se encariñaban mucho con su *latinidad,* ni se aplicaban a las humanidades. Eran hijos, o de conquistadores, o de comerciantes ricos, y de estrecha perspectiva; las conquistas futuras en las fronteras no ofrecían incentivo para la carrera de las armas, aun cuando la vida de la encomienda no hubiera sido enervante. El comercio causaba desdén; las artes mecánicas se miraban como viles. La holganza constituía la única alternativa de emprender una carrera literaria como camino para la oficina pública (13).

Algunos de los reglamentos para los estudiantes dan indicios de la vida diaria de la institución. Se exigía la matriculación anual, y sin ella no podía graduarse un estudiante. Al matricularse, debía el candidato declarar para qué facultad se inscribía; los honorarios eran de dos *reales* (veinticinco centavos), la mitad de lo cual pasa-

(13) "La instrucción pública," págs 207-11.

ba a poder del secretario, y la otra mitad al tesorero (14). El curso de retórica entrañaba un requisito previo para todas las facultades, y tenía el estudiante que presentar su certificado de haber sustentado el examen final de ella, para poder inscribirse en otros cursos. Los estudiantes estaban gobernados por el rector, en lo tocante a elección de lugares para residencia. Les estaba prohibido usar *calzón* de color, pasamanería de oro, bordados, borlas de cabello pendientes de las guedejas o de los *copetes*. Los estudiantes que usaban capa larga (*manteo*) y sotana, no podían asistir sin bonete a las clases de la universidad ni a las funciones, so pena de perder la matrícula y los cursos. Quienes no usaban manteo ni sotana, no podían ir a la universidad llevando la *golilla,* a menos que fueran médicos; los demás estudiantes debían llevar golilla (15).

El gobierno de la Universidad era una de las interesantes reliquias de la edad media, en el Nuevo Mundo. Al principio, mantúvose la sujeción por estatutos provisionales dados por el virrey y la audiencia, siendo tales estatutos modificaciones de los de la universidad de Salamanca. En 1580, corrigió esos reglamentos el oidor Farfán, y de nuevo fueron modificados por el arzobispo y visitador general Moya de Contreras en 1583. Juan de Palafox y Mendoza, famoso visitador general y virrey de Nueva España, fué también visitador de la Universidad, y en 1645, le dió nuevos estatutos, que estuvieron vigentes hasta el último cuarto del siglo XVIII. Mucho se necesitaban, pues antes de aquella fecha, los reglamentos habían sido una mezcla de los de Salamanca y Lima, o las reglas de Moya de Contreras o de Farfán, para confusión y disgusto de todos los interesados (16). Las "Constituciones" de Palafox fueron impresas en 1668, y de nuevo en 1775. La primera edición es excesivamente rara.

Estas constituciones sometieron al *claustro* el gobierno de la universidad. Andando el tiempo, llegó a ser muy numeroso este cuerpo, compuesto de las facultades y los doctores y maestros residentes en la ciudad de México o cerca de ella. Presidíalo el rector, que era elegido anualmente por el *claustro menor,* cuerpo compuesto del rector saliente y de ocho consejeros conciliarios elegidos por suerte de en-

(14) "Constituciones de la real y pontificia universidad de México" (México, 1775), título XVI.

(15) *Ibid.*

(16) "Constituciones," pág. 3.

tre los doctores y bachilleres de todas las facultades. El segundo en categoría era el *maestrescuelas* (*sic*); cumplíanle los deberes menores de presidir y fijar fechas cuando se trataba de la investidura de licenciado, grado que no se mencionaba en las relaciones de los conferidos por la universidad (17), pero que ciertamente era otorgado entonces, como hoy....

Como en las universidades *medioevales* de Europa, tenía el rector jurisdicción sobre los doctores y estudiantes, cuanto a las infracciones de leyes universitarias o de reglamentos oficiales, no penadas con mutilación u otros castigos serios. De su decisión se podía apelar para ante la audiencia. Tuvo el rector esta jurisdicción desde la fecha de la fundación de la universidad. Por lo menos en un caso se la menciona como ejercida contra un médico de la Inquisición, que promovió un escándalo en una función universitaria pública. Fué multado por el rector, y alegó exención, apoyándose en su privilegio de miembro de la Inquisición, lo cual fué desaprobado por el rey (18).

En el período del gran virrey Revillagigedo (1789-92), el rector, según parece, no ejerció esa jurisdicción pues no se la menciona entre las muchas jurisdicciones privilegiadas de que con tanta justicia se quejaba el virrey. Escribió éste, sin embargo, que "el poder del rector era excesivo 'quizá. Todavía en aquella época se le dejaba al rector una curiosa reliquia de *medioevalismo*: podía, como el de la universidad de Lima, proveer de espadas a sus dos lacayos negros, para que las usaran cuando salían a la calle. Era éste un privilegio negado al virrey mismo, al arzobispo y al regente de la audiencia; así, el buen virrey habló del asunto con el rector y le indujo a que prescindiera del ejercicio del derecho. Con la adopción de la constitución española de 1812 y las posteriores variaciones del período de independencia, cesó la especial jurisdicción del rector.

Al principio, los rectores fueron, sin distinción, del estado eclesiástico o del secular. El primero fué un oidor de la audiencia, es decir, un lego. Más tarde, vedó el rey el puesto a un oidor o un inquisidor; pero no se hizo efectiva la prohibición. Es natural suponer que, formando la mayoría en el claustro los eclesiásticos, obtuvieran las más de las rectorías. En 1597, una real orden estableció que se

(17) Estallo, *op. cit*, t. 27, pág. 254.

(18) M (anuel) B (erganzo), en la expresión "Universidad de México" del "*Apéndice al diccionario universal de historia y geografía* (1856), tomo III.

alternaran, pero que debían ser solteros los elegidos de entre los legos. Los médicos fueron excluídos para siempre. También había rivalidades entre los regulares y los seculares, y muy pocos de aquellos fueron rectores (19).

La antigua vida de la universidad reviste vivo interés, por la historia de la legislación que modificó o suspendió las viejas costumbres. Una de éstas era la de dar una cena en los aniversarios de *La Noche Triste;* en 1598, esta exigencia se conmutó en una contribución de ciento cincuenta pesos colectados de todos los estudiantes. En la fiesta de Santa Catarina se exigía una procesión montada, so pena de doce pesos de multa por falta de participio, impuesta igualmente a doctores y estudiantes. En 1731, a causa de los disturbios promovidos por algunos de los estudiantes que se aprovecharon de las máscaras que usaban en la procesión, el corregidor de México y sus adherentes la atacaron, matando a algunas personas e hiriendo a otras. Resultado: siempre que volvía esa fiesta, acudía el rector al virrey y al vicepatrón de la iglesia para que dispensaran de la requerida procesión. En 1770 metieron tal desorden los estudiantes con motivo de las fatigas de tener que proveerse de caballos para la procesión, que fué necesario apelar al rey para que prohibiera la función.

Otra curiosa muestra de legislación en 1717, mandaba que los doctores de la universidad fueran considerados iguales a los de las instituciones similares de España y de las démás colonias.

En 1728 ordenó el rey que los dueños de casas adyacentes a la universidad, se las vendieran o alquilaran a los profesores, porque éstos necesitaban vivir cerca de su trabajo.

En 1720, una orden prohibió las corridas de toros en la plaza del *Volador,* frente a la cual estaba la universidad, excepto en la celebración de fiestas reales o al entrar un nuevo virrey. Fué ésto en deferencia a una petición en que se alegaba que las corridas de toros distraían a los estudiantes e impedían las procesiones acostumbradas por la universidad.

En 1664 revocóse la orden por la cual se requería a los candidatos a grados para que prestaran juramento de defender la Inmaculada Concepción.

En 1760 fue retirada la orden de que fueran repicadas las campanas de la catedral cuando la universidad pasara en procesión por la plaza Mayor.

(19) *Ibid.*

La institución estuvo establecida primero en casas pertenecientes a doña Catalina de Montejo, de la familia de los conquistadores de Yucatán. Dichas casas estaban en las calles denominadas del *Arzobispo* y del *Seminario.* En 1574 obtuvo la universidad las casas de Alonso de Ávila, que fue ejecutado por alegada complicidad en la conspiración de Martín Cortés; pero no las ocupó, porque eran muy pequeñas. En aquellos días celebrábanse los claustros en el palacio real, en el capítulo de la catedral, y, más tarde, en el cabildo, o casas consistoriales. En 1589 levantóse un edificio universitario en lotes pertenecientes al marqués del Valle, donde continuó hasta el fin.

El edificio contenía: en el piso bajo, una capilla, el *general*, o aula mayor, la habitación del bedel, la secretaría y algunos ejemplares de museo. En el piso superior estaban: el salón del claustro, algunas clases y la biblioteca, con cosa de diez mil volúmenes. Ahí estuvo en una época el Museo Nacional. En el *general* estaban colgados los retratos de las celebridades universitarias. Ahí se verificaban la colación de grados y los exámenes de los estudiantes de los colegios de la ciudad, menos el de jesuítas de San Ildefonso, que tenían lugar en una cámara especial. Durante la primera república, sirvió este salón como lugar para elecciones especiales, fiestas nacionales, sesiones de la junta patriótica y otros fines cívicos.

Consérvase recuerdo de algunos hechos notables de escuela, o más bien de proezas de memoria, de varios de los estudiantes. Más notable todavía era la extrema juventud de muchos de los graduados. Un rector, fray Marcelino Solís y Haro, que escribió la introducción de la primera edición de los estatutos de la universidad, asentó en aquélla que había habido muchos bachilleres graduados "a la edad de doce a catorce años.... Muchos, que eran de quince años o menos, habían entrado en las oposiciones para cátedras, leyendo magistralmente". Y hay que declarar que a menudo tomaban parte los estudiantes en las competencias para el nombramiento de profesores, no con la esperanza ni el deseo de ser electos, sino meramente por ejercicio escolástico.

El mismo padre Solís y Haro fue un estudiante precoz, pues escribió que recibió el grado de bachiller en derecho canónico pocos días después de haber cumplido trece años de edad; a los catorce, obtuvo el título de abogado ante la real audiencia, y sirvió una vacante en el puesto de relator ante aquella corte. Cuando tenía dieciséis y medio años de edad, diéronle el grado de licenciado y doctor

en derecho canónico, y desde entonces sirvió varias cátedras, hasta que finalmente ascendió al rectorado de la universidad (20).

Don Pedro de Paz Vasconcelos, muchacho ciego y, como Solís y Haro, nativo de México, logró su educación asalariando lectores privados; recibió grados de la universidad en gramática, retórica, filosofía y teología. También estudió jurisprudencia práctica y teórica, y era tan hábil, que podía citar sus autores a voluntad, diciendo de memoria aun las páginas de referencia. Cuando tenía dieciséis años entró en la competencia para la cátedra de vísperas de filosofía, y obtuvo un crecido número de votos, aunque no bastantes para alcanzar el profesorado.

Otro estudiante, don Antonio Calderón, vendía siempre sus libros tan luego como los había leído, pues de ahí en adelante era capaz de citarlos exactamente de memoria.

En general, si bien es cierto que hubo muchos otros casos famosos de aptitudes notables, debe decirse, sin embargo, que la institución servía a pocos, y no a muchos. Antes de 1775, graduóse un total de 1162 maestros y doctores· Aun en aquellos días se reconocía que era éste un número reducido, pues la universidad atraía alumnos del arzobispado de México y de los obispados de Puebla, Valladolid, Guadalajara, Antequera y Durango. El número de graduados habría sido mucho mayor, a no ser por las dificultades del viaje a México, los honorarios excesivos que debían pagar los estudiantes, y la dificultad para conseguir habitaciones en la ciudad. También los habitantes de la Capital se andaban con tiento para mandar a sus hijos a la universidad, porque los estudiantes mataban en los alrededores de la ciudad el tiempo libre, más bien que en residencias tales como las apercibidas por los colegios jesuítas. Esta última circunstancia de las escuelas jesuítas, era una de las razones de su notable popularidad. Una de las causas de los altos honorarios para los grados, era la pequeñez de la dotación· En el siglo XIX no tenía la universidad más que 6,500 pesos de dotación: muchísimo menos que el costo de sostenimiento. De por fuerza, pues, se le imponían gravámenes al estudiante.

"Cuando un estudiante", dice Estallo, "desea graduarse como doctor, busca empeñosamente un padrino rico y distinguido, no tan conocido por su sabiduría como por el hecho de que pagará la mayor

(20) García Icazbalceta, op. cit., p. 439.

parte de los gastos, que son exorbitantes. El padrino le da al candidato el anillo que es usado por todos, aun por el clero regular, como insignia de doctorado. También obsequia el bonete y la toga, que, sobre cojines de tripe, son mostrados al público en el balcón de la casa del padrino. El día en que va a efectuarse el examen, estas insignias son llevadas a la universidad en un coche en que van el padrino y su protegido. Allá, con la mayor pompa, tiene lugar la investidura, en presencia de muchos doctores y otros convidados. El padrino se sienta junto al presidente de la función, que por lo general es el *maestre escuelas*. El padrino pone el anillo en el dedo del candidato, o, si es médico, le confiere la espuela.

"El examen para licenciado se verifica en la catedral, así como en Salamanca tiene lugar en la capilla de Santa Bárbara. Los manteos de los doctores son como los de Salamanca; pero el bonete tiene, además de la borla, un ciprés de seda como de una cuarta de altura; de suerte que cuando la universidad marcha en procesión, desde larga distancia puede uno distinguir a los doctores.

"Desde que es tan numeroso el claustro de los doctores (había por esta época, doscientos cincuenta y un *alumni* residentes en México), los honorarios son muy grandes; por eso acostumbra el padrino pedir que no asistan todos los doctores a la investidura, o que se omitan los honorarios o una parte de ellos; pero a pesar de todo, los gastos son ordinariamente de más de dos mil pesos". (21).

Han de haber sido más fáciles de cubrir los derechos por el grado de bachiller, pues se graduaban veinticinco veces más bachilleres que doctores; había en efecto, 29,882 del grado inferior conferido entre los años 1553 y 1775, o 222 años; un promedio casi de ciento treinta y cinco al año.

A pesar del hecho de que la universidad de México era más progresista que algunas de las otras de la América española, corría la queja común contra ella, en el siglo XVIII, de que se dificultaba hacer reformas en el programa de estudios. Esta falta de elasticidad fué remediada estableciendo otras escuelas, tales como el Colegio de Minas, el Jardín Botánico y otras instituciones que hicieron notables las reformas de los Borbones posteriores. Cuando asumió el poder el liberal gobierno republicano de Gómez Farías, asevérase generalmente que habían perdido su valor los cursos que la universidad ofre-

(21) **Estallo,** ***op. cit*****, t. 26, pag. 351.**

cía. Imponíansele éstos, en aquella época, a los alumnos de los varios colegios de la ciudad, quienes se veían obligados a recorrer las calles para asistir a las clases, perdiendo así el tiempo en procurar concurrir a lecciones a que de ordinario faltaban los profesores, o en que no enseñaban nada útil, si se presentaban. Por supuesto, algunos de los profesores eran concienzudos y cultivaban la emulación entre sus discípulos. Esta emulación degeneraba a las veces en rivalidades, y, en ocasiones, aun en verdaderos combates; pero, en general, quizá ocurría esto con menos frecuencia que en las universidades de París y Viena (22).

En 1833 principiaron las muchas vicisitudes porque había de pasar la venerable institución antes de su extinción final. Gómez Farías fue el primero en levantar la mano contra ella en su proyecto para un sistema de escuelas nacionales; en 1834, fue él derribado por Santa Anna, quien restableció la universidad bajo nuevos estatutos. En 1843 se inauguró un nuevo curso de estudios; contenía éste la notable mejora por la cual los estudiantes de los colegios agregados ya no tenían la obligación de asistir a las clases de la universidad para recibir los grados. En 1854 volvió Santa Anna a reorganizar la institución, cambiando la tenencia de las cátedras, poniéndolas en manos de *pasantes* de las varias facultades. No fueron muy inteligentes que digamos los esfuerzos que se hicieron para modificar el carácter medioeval de la instrucción, excepto en la ligera modernización de los estudios de leyes.

También se debió a Santa Anna que se confiriera el grado de doctor a muchas personas que no habían hecho la tarea prescrita, e inició otros cambios que por fortuna no se llevaron a cabo, debido a lo poco que duró en el poder. Por unos cuantos años más continuó existiendo la universidad, nominalmente tan sólo, a consecuencia del descrédito debido a sus frecuentes innovaciones en los tormentosos días del primer régimen republicano. Extinguióla el presidente Comonfort en 1857; el presidente Zuloaga intentó darle nueva vida en 1858; y en 1861, el presidente Juárez decretó de nuevo su extinción. Reviviósela en 1863, para subsistir hasta el 30 de noviembre de 1865, en que el emperador Maximiliano la suprimió definitivamente. Desde entonces hasta 1910, dejó de existir el nombre de *universidad* en los anales de la educación mexicana (23).

(22) M(anuel) B(erganzo), *op. et. loc. cit.*

(23) *Ibid.*

LA JOVEN LITERATURA MEXICANA

SECCION A CARGO DE

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ

JAIME TORRES BODET a sus veinte fecundos años, ha escrito dos libros y publicado uno, "*Fervor*", que fué más que un anuncio de lírica adolescencia, el canto distinguido y sagaz de una alma de poeta, que siente la mágica predestinación apolínea y con noble sencillez y sonora vanidad, modula armoniosamente su mensaje:

Yo no sé de qué parte me llegó este divino
sortilegio, esta noble claridad, este grave
y seguro presagio de no errar el camino....
este timón de ensueños que ha de regir mi nave;

pero siento que hay algo, fugitivo y eterno,
el afán de una nota que sólo yo he sentido:
una voz en los labios que no mata el olvido
y una rosa en el alma, que no toca el invierno!

Pero si aquellas unciones líricas decían de su íntima vibración el recóndito deseo y el perspicaz secreto de las cosas, su nuevo libro "*Poemas*",—del que hoy entresacamos unas cuantas estancias—nos trae la nota de quien espió el misterio y descifró serenamente el sortilegio.

Ayer era su tímida alegría la *noble certidumbre* de haber gozado

de la cándida flor de una esperanza
y de la rosa roja de un pecado,

y hoy, místicamente humano, sincero, con una más honda comprensión de la vida y un mayor fervor, si cabe, musita uncioso: *Señor....*

¿Por qué las horas que nos envías
van, invariables y silenciosas
robando al seno de nuestras vidas el trigo dulce de los en-
en su desfile de segadoras... *(sueños,*

porque la poesía de este gallardo lírico, es hoy un fiel trasunto de sus claras modalidades interiores: con apariencias de complicada y aun pasajeramente huraña, es diáfana y noble, ingenua a veces, con dejos de sentimental; destila, sutil y parca, a través de los frescos alambiques de su tierna juventud, suaves vahos de pesimismo. Es un inquieto dolor, una divina resignación que nos dice —nunca mejor que hoy—de la purísima vibración de su espíritu.

Y fué tan claro el deseo de diafanizarse ennobleciendo su arte, ya de por sí aristocrático, que sin esfuerzo, sin retóricas, limpia y cristalina, su voz huyó de paradógicos y enfermizos verbalismos, cantando el símbolo y rimando el vuelo.

OCASO

CON *los últimos pastores que descienden la colina*
tras el rústico gemido de su flauta evocadora,
congregando en el silencio los rebaños de la aurora,
hacia el lírico pesebre ya la noche se encamina.

Al pasar junto a la fuente de la sombra vespertina,
en las ondas resonantes hunde un ánfora sonora,
y detiene el paso lento la dulzura de la hora
que adormece antiguos cantos en las ramas de la encina

Esperando su llegada, las mujeres de la aldea
en la rueca taciturna de una lánguida tarea
devanaron el ovillo silencioso del poniente,

y al sentir en las callejas su pisada conocida,
entreabren las ventanas sosteniendo gravemente,
como vírgenes sagaces, una lámpara encendida...



EL POEMA DE LA RAZON DOLIENTE

A AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ

ENTRE *la melodía de los nidos recientes*
se despereza el bosque nostálgico y sonoro,
mientras sobre el olvido póstumo de las fuentes
el invierno eterniza viejo manto de oro.

Esta mañana ofrece una franca alegría
a todo lo que sufre... su espíritu aconseja
resignar el secreto de la sabiduría
y reprimir el ansia de la virtud compleja;

abandonar el peso de la razón que espanta
y brotar a la vida como un fresco retoño,
y ser como ese nido primaveral que canta
sin buscar el verano ni temer el otoño.

Crecer, desnudo y libre, bajo el azul profundo,
con una sola esencia y un único destino,
sin las contradicciones que agitan este mundo
de mi pensar estrecho, tortuoso y clandestino.

El imposible anhelo con cada paso aumenta
y voy, por una senda de mágicos asombros,
sintiendo en todo instante, cual funeraria afrenta,
una psiquis asidua pesar sobre mis hombros.

Y al comprender que en vano la vida se proclama
magnífica y rebelde, que sin provecho gimen
los músculos esclavos y que cuando nos llama
la voz de la existencia, meditar es un crimen;

sobre la yerba humilde, para llorar, me arrojo,
me abrazo al viejo tronco con un amor fraterno
y en la fragua del llanto, como un acero al rojo,
mi voluntad se tiempla, bajo el azul eterno!...



REPROCHE

AL llegar al estanque que ha cubierto
de hojas secas un soplo repentino,
vi nacer, entre sombras, el camino
y en un oro triunfal morir el huerto.

Amargura prolija del que incierto,
ignora la virtud de su destino
y ha mezclado su sangre con el vino
y con su lloro el pan en el desierto.

Una tarde de otoño, como esta,
con el recuerdo aciago de la fiesta,
como la sombra asidua de un reproche,

tras un torpe anhelar, ruegos exalta
por hundir la memoria de su falta
en la unidad perfecta de la noche....

ENRIQUE GONZALEZ ROJO, como los tres o cuatro adolescentes que con él formaron el lírico Ateneo de la Juventud, ha surgido hecho poeta. Inquieto, inquisitivo, con élitros de infinita movilidad, pasa fugaz y comprensivo por sobre las mil corolas policromas y emerge en su primer libro—"*Los Vínculos*"—matizado de afanes dócilmente tenues. Con los átomos de su propio polen amasó, en gestación fecunda, su primera clarinada lírica de ondulante transparencia. *Sea mi vida así*:

Llama que alienta
vivificante amor.....
y dar al mundo mi canción suave
con el tranquilo aletear de un ave.

Devoto del paisaje y de la hora, ha sorprendido con amable candor el secreto silente del recodo en la escala de luz de un noble empeño y sus poemas de balbuceante amor encierran todo un inquieto anhelo, un afán juvenil de tentaciones, una eclosión sonora de corimbos en fuga...

Su abolengo intelectual francés, como el de Torres Bodet, es innegable; pero en los dos desciende de los más limpios orígenes, de las vetas más puras.

A través de su característica movilidad nunca satisfecha en formas ni en sanas curiosidades, su obra trasciende a un gran anhelo por oír la tentadora voz de la esfinge y comprender los místicos ecos del silencio.

ALTER EGO

POR *el mismo camino*
en que marcan las horas
crepúsculos y auroras,
anudaste tu vida a mi destino.

Afinidad brumosa
como la lejanía,
apagas mi alegría
locuaz, que se convierte en silenciosa.

Y vas tan allegado
a mi espíritu mudo,
que tembloroso dudo
si soy como un enigma duplicado.

Mas la pupila inquieta,
con pregunta que asombra,
en lugar de tu sombra
contempla solamente mi silueta.

¿Soy acaso la sombra y tú el poeta?

OCASO

UNA *herida se abre y otra herida se cierra...*
Una luz que se enciende y otra luz que se apaga...
Y, como roto esquife que entre las ondas vaga,
este pavor unánime con que gira la tierra.

En cada cosa un mundo con su dolor se encierra,
y un olor de florestas el espíritu halaga.
Horas tristes y dulces que corren a la zaga
de la lumbre imprecisa que corona la sierra.

Caen las hojas mustias de un árbol que la hora
circunda con un halo brillante, redentora...
Se escucha la campana vibrar con un profundo

sosiego incomprensible, que el dolor de la vida
recoge entre sus manos con la rosa caída,
para ofrecerlo luego a la ilusión del mundo.



LA ESTRELLA DE MAR

YO, *pescador de ensueños, cuando termina el día,*
echo mi red tres veces en el profundo mar.

Una vez de los cielos la claridad venía
a fundirse en las ondas de esmeralda y cristal.
Eché mi red de ensueños al terminar el día
y cogí de las ondas una estrella de mar.

Humilde y tembloroso la contemplé, y acaso,
(oh avidez de los ojos), marchaba sin cesar
a un recóndito olvido, como el doliente ocaso
huía hacia las sombras entre la claridad.

Mientras la mano incauta la estrella sostenía,
un movimiento brusco precipitóla al mar...
Y eché entonces las redes de la esperanza mía,
y le arranqué a las ondas con mi melancolía
una inquietud sin tregua y un imposible afán.

Yo, pescador de ensueños, cuando termina el día,
echo mi red tres veces en el profundo mar...

ALFONSO JUNCO. Alfonso Reyes, el inolvidable poeta, prosista y compañero nuestro que nos honra hoy ante el extranjero, abre este libro con las siguientes palabras: "La juventud que nace con una plegaria en los labios me ha inspirado siempre el mismo respeto que la juventud venida al mundo con una protesta en los labios". Y más adelante añade, refiriéndose a la obra de Alfonso Junco: lo que en el *Alma Estrella* no es directamente poesía religiosa, es, por lo menos, poesía de tono religioso". Esto basta para retratar al autor: es poeta, es creyente, es joven.

Y he aquí que la lírica contemporánea de México, y me refiero muy especialmente a la novísima poesía, tan exuberante como diversa en sus tonos, se enriquece aún más con la aparición de este nuevo libro del poeta regiomontano.

Aparte de esa característica esencial de religiosidad que asume la obra de Alfonso Junco, algo muy interesante es notar en ella un profundo afán de purificación y de hondura, de sinceridad y de perfección. Así, dice en el primer poema del libro:

"Poeta, dí verdad; no la mentida
canción artificiosa, de comprada emoción:
que tu canción, poeta, honda y estremecida,
seas tú mismo hecho canción.

Poeta: dí verdad íntima y bella:
danos tu alma desnuda,—¡realidad ideal!—
y que tu alma desnuda sea como la estrella:
limpia, radiosa y celestial".

("*El Alma Estrella*").

Sorprende asimismo esa emoción serenamente manifestada en versos llenos de sugestión, de las cosas del hogar, con la placidez y la unción con que se habla de las cosas santas. Perfume de sencillo amor y de alta poesía se desprende de algunas composiciones de este género, que nos recuerdan a Francis Jammes. "A Francis Jammes no se le lee; se le respira", dice André Gide:

"En el hogar hay bodas, y trasciende a azahares
que veinticinco inviernos no pudieron ajar.....
azahares que hoy triunfan. en plenitud intacta,
con su candor, su aroma, su frescura inicial.

Son de plata las bodas, y ella no está en las sienes
que apenas insinúan un lejano albear...
la plata está en los hondos cofres de dos espíritus
opulentos de ensueños, de ternura y de paz".

("*La Canción del Viajero*").

Sin embargo, esta unción, esta placidez, esta serenidad, se ven interrumpidas tan luego como el poeta se baña con su ardiente caridad religiosa, y entonces la tormenta de amor místico arrebata su palabra cálida por los senderos del dolor. En bellos sonetos que recuerdan los clásicos de Lope de Vega, exclama:

LOCURA

"SEÑOR, *te ha conquistado la locura!*
Tu amor voraz, tu fiebre de perdones,
te arrojó de las sacras fruiciones
y te fundió con nuestra raza impura.

Y, de la cruz ya cerca la pavura,
truécaste en pan y nu tres corazones.
¡y en caos de gloriosas sinrazones
eternizas tu amor y tu tortura!

Hoy, aunque es viva cruz para tu santo
cuerpo, mi sucia carne pecadora,
vienes a mí por que me santifique;

y tu piedad, de mi razón espanto,
clama: "Voy a tu cruz"..... ¡Y cada aurora
bajas para que yo te crucifique!



"EN TUS LLAGAS ESCONDEME"

VENGO, *Señor, cabe las ígneas huellas*
de tus sacras heridas luminosas:
quíntuple abrir de inmarcesibles rosas,
suma constelación de cinco estrellas.

Vengo a poblar sus oquedades bellas,
a estudiar en sus aulas silenciosas,
y a beber, con acucias fervorosas,
la miel de acíbar que pusiste en ellas.

Cuando zozobre mi valor, inerme,
y vaya en turbias ansias a abismarme
y llagado también llegue yo a verme,

deja a tus dulces llagas allegarme,
y en sus íntimos claustros esconderme,
y en su divina suavidad curarme".

Seguiríamos citando sin cesar los versos de Alfonso Junco. Las bellezas que encierra su último libro son muchas y tendríamos que reproducir todavía varias de sus composiciones. Las palabras de aliento que le dedica Alfonso Reyes en su Carta Prólogo, no hacen más que tributar justicia a su vigoroso ímpetu poético en frases admirables.

Como él, pensamos que la consagración del poeta vendrá en el futuro: "por muy seductor que se nos ofrezca el presente". Baste decir que, entre los libros de poetas jóvenes, que se han publicado últimamente en México, el de Alfonso Junco es el mejor.

Orgulloso de su fe, consciente de su obra: optimista de su vida, ha dicho:

"Finqué en la roca inabordable y viva,
y arraigaron más hondo mis bastiones
al desbocar borrascas y turbiones
su hervorosa vorágine agresiva.

Y con el supremo valor de la experiencia, nos brinda el eterno consejo a sus hermanos aún vacilantes:

"Deja tus dudas, tus cavilaciones,
tu frialdad, tu inconsistencia altiva,
tu arenal y sus vanas confusiones...

¡Tu fe repuja, tu humildad aviva,
y ardiendo en caridades y efusiones
ven a fincar sobre la Roca Viva!"

Y para terminar, lo haremos también con palabras de Alfonso Reyes. "¡Regocijémonos!: Aún queda mucho por hacer. ¡Gran tónico! ¡Gran alegría!: el arte es largo, y el tiempo... ¡no corre por nuestra cuenta!"

E. G. R.

EL ARTE MUSICAL EN EL MUNDO

SECCION A CARGO DE

MANUEL M. PONCE

Muy pronto se estrenará en la Gran Opera de París la "Leyenda de San Cristóbal", *misterio* lírico de Vincent d'Indy. El argumento de la obra fué tomado de la "Leyenda Dorada" de Jacques de Voraigne, monje benedictino o franciscano que, en la Edad Media, reunió todas las historias falsas o verdaderas que se referían a los santos.

Como muchos de los santos que tienen su lugar en el calendario, San Cristóbal tuvo una juventud tormentosa, sirviendo al Mal bajo el nombre de Auferus. De esa vida agitada en el reino del pecado lo sacó un anacoreta, cuyas palabras santas lograron encaminar su alma por la senda de Cristo. Entonces, Auferus se retiró del mundo buscando la soledad de una choza construída a lo largo de un río. Un día, dice la leyenda, se le presentó un niño suplicándole que lo pasara sobre sus espaldas al otro lado del río. Cristóbal consiente de buen grado; pero a cada instante el niño se hace más y más pesado "pesado como un mundo" y Auferus se ve obligado a detenerse. El niño, entonces, le revela que él es Cristo y que ha querido probarlo. "Desde hoy, dice Cristo a Auferus, tú te llamarás Cristóbal". (Porte-Cristo). San Cristóbal sufrió más tarde el martirio y fué colocado entre los bienaventurados.

Sobre esta leyenda, d'Indy ha escrito un verdadero "Misterio" semejante a los que se representaban en la Edad Media. En la obra figuran, además del santo, la reina de la Voluptuosidad, el rey del Oro, el príncipe del Mal, los Cinco Sentidos, los falsos pensadores, los falsos sabios, los revolucionarios, etc. Un personaje, "l' Historien", comenta cada uno de los cuadros frente al telón.

Los coros, importantísimos, estudian con esmero su difícil tarea. Mauricio Denis, ha hecho las decoraciones. Los parisienses esperan con ansia el estreno de la "Leyenda de San Cristóbal" y todo hace presumir que esta *premiére* será un acontecimiento.

*

El Consejo Municipal de París aprobó como se temía, el impuesto sobre los pianos. Hasta nueva orden, todos los pianos de París pagarán una contribución más o menos elevada, según sean, verticales o de cola. Estos últimos, naturalmente, pagarán más.

*

En el pasado mes de mayo se celebraron en la *Concertgebouw* de Amsterdam cinco grandes conciertos internacionales organizados por el famoso director de orquesta Mengelberg. En los programas figuraron los siguientes compositores: Alph. Diepenbrock, Sem Dressen, G. H. G. von Brucken-Fock, Jan van Gilsen, Willen Pijper y Julius Roetgen, de Holanda; Paul Gilson, de Bélgica; Carl Nielsen, de Dinamarca; Ad. Busch, C. R. Mengelberg, Max Reger, y Ewal Straesser, de Alemania; Claude Debussy, Maurice Ravel y Florent Schmitt, de Francia; Cyril Scott, de la Gran Bretaña; Alfredo Casella, de Italia; J. Halvoorsen, de Noruega; Arthur Schnabel y Arnold Schoeneberg, de Austria; Alexandre Scriabine, e Igor Stravinsky, de Rusia, y Jos. Suck, de Checo-Eslovaquia.

*

"Marta" fué la obra elegida para el debut de Caruso, en la Habana. Una tumultuosa ovación siguió a la célebre aria, cantada magistralmente por el gran tenor. El producto de esa

función fué de 47,000 dólares, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que las lunetas se vendieron a 35, la galería a 7 y las plateas a ¡1,200! dólares cada una.

*

La casa Pleyel de París ha fabricado un piano con doble teclado, siguiendo los dibujos del señor Hans, autor de la importante modificación introducida en el mecanismo del piano.

En la invención del señor Hans, las teclas negras del segundo teclado corresponden a las blancas del primero, de manera que los pasajes difíciles por el acoplamiento de las dos manos se facilitan notablemente. Además, como el segundo teclado está afinado medio tono más alto que el primero, ciertas escalas y pasajes que en el primer teclado resultan de ejecución difícil, en el segundo se pueden tocar con mayor comodidad. Por ejemplo, la escala de *mi bemol menor* resulta la de *re menor* en el seundo teclado; la de *sol sostenido menor*, de *sol menor*, etc. Otra de las grandes ventajas que presenta el teclado Hans es que se puede adaptar a cualquier piano ordinario, lo cual es una garantía de su futura popularidad.

El señor Hans organizó dos sesiones en la Sala Pleyel para demostrar las facilidades que a los pianistas ofrece su teclado. Carl Smulders tocó varias composiciones arregladas o compuestas expresamente para el doble teclado. La señorita Doerken ejecutó asimismo la "Invitation au voyage" de Dukas y la "Danza macabra" de Hans. Tanto los dos artistas como el inventor, fueron muy felicitados.

CRONICA MUSICAL MEXICANA

Para honrar la memoria del sabio doctor don Eduardo Licéaga, se celebró una solemne velada en el Anfiteatro de la Preparatoria.

El Dr. Licéaga fué un gran amigo de la música y el arte mexicano le debe muy importantes servicios. Su gestión en el seno de la benemérita Sociedad Filarmónica, fué un verdadero apostolado en pro de nuestra cultura musical. El nombre del Dr. Licéaga está íntimamente ligado a la historia de nuestro Conservatorio. ¿Por qué no organizan el Director, los profesores y alumnos de esa institución un homenaje al ilustre *amateur?* Resultaría, ciertamente tardío; pero... más vale tarde que nunca.

*

En el Anfiteatro de la Preparatoria se efectuó la primera conferencia de la serie organizada por la Dirección del Conservatorio.

La señorita Alba Herrera y Ogazón leyó un interesante estudio sobre la "Crítica de Arte". Lástima que, tal vez por las condiciones especiales del Anfiteatro o por los ruidos que producían los preparatorianos en los patios exteriores, la peroración de la señorita Herrera, fué escuchada a medias.

Tanto la distinguida escritora como la señorita González Peña, el maestro Rocabruna y el grupo de señoritas que bajo la dirección del Prof. Barrios cantaron una simpática composición coral. fueron calurosamente aplaudidos.

*

El joven profesor don Manuel Barajas presentó en la Sala Wagner a su discípula la señorita Enriqueta Gómez, quien sustentó examen de tercer grado de piano, interpretando brillantemente el siguiente programa:

Tocata y Fuga, Bach-Tausig.—32 Variaciones, Beethoven.—Berceuse, Chopin.—Estudio op. 25 núm. 9, Chopin.—Estudio op. 10 núm. 12, Chopin.—El rey de los Elfos, Schubert-Litzs.—Danza Negra, Cyril Scott.—Reflejos en el agua, Debussy.—Añoranza. Granados. —Sevilla, Albéniz.—Stacate, Rubinstein.

*

Hemos recibido el siguiente programa:

Recital de piano de Elena González, en la casa A. Wagner y Levien, Sucs. sábado 3 de julio de 1920, a las 7 P. A. Independencia, 6.—Puebla.

PROGRAMA

I. Sonata op. 35. Chopin. (a) Allegro molto (b), Scherzo.—(c). Marcha fúnebre, (d) Presto. II.—(a) Estudio III, Chopin. (b). Serenata. Ponce. (c). Carillons dans la bai Vuillenieu. (d). Triana, Albéniz. (e). Fantasía Húngara. Liszt. Dos pianos: 1.o Elena González. 2.o Salvador Ordóñez.

LAS ARTES PLASTICAS DE MEXICO

SECCION A CARGO DE

MANUEL TOUSSAINT

UN LIBRO DE JESUS T. ACEVEDO.—Por fin han sido publicados en volumen los escritos del más distinguido crítico de arte con que contaba México. El libro, como casi todas las obras póstumas, ha sido formado reuniendo diversos escritos bajo una rúbrica uniforme. En este caso, anima toda la obra un mismo espíritu, como que se trata casi de la totalidad de los escritos de Acevedo, y hasta la índole de las composiciones es semejante: son conferencias, charlas, *Disertaciones*. El tono es un poco oratorio, pero la frase siempre es elegante, bella y castiza. Las ideas son a veces justísimas, las imágenes brillantes y los juicios artísticos rara vez pueden dejar de ser tomados en cuenta.

Y cuando todas estas cualidades, animadas y vivientes forman un todo incomparable que da prestigio al asunto y que por sí solo está lleno de belleza, bien pueden ser olvidados algunos defectos, como la endeblez en la información histórica, pongo por caso, al tratar de Arquitectura Colonial. El mismo Acevedo la confesaba, por otra parte, y lo que sería imperdonable hoy, podía excusarse entonces. Bien está, por ejemplo, que sepamos que el autor del magnífico *palacio Rul* de Guanajuato fué Tres Guerras, bien que recordemos la interesante opinión de Humboldt, cuando dijo que ese palacio podía figurar ventajosamente en cualquier capital europea, ¿qué mejor evocación del palacio como obra artística que las admirables frases de Acevedo? Entre la abundancia de datos unida a gran pobreza de crítica y de estilo y la exuberancia de estas dos cualidades escondiendo erudición raquítica, me parece que nadie vacilaría. Aún no ha surgido entre nosotros el crítico perfecto que aúne todas virtudes: precisión histórica, crítica europea y elegancia de forma. Por hoy, es esta una de las mejores obras de crítica de arte, no sólo por lo que encierra en sus páginas, sino por la influencia benéfica que, a no dudarlo, ejercerá en los escritores mexicanos que se ocupan en estos estudios.

SATURNINO HERRAN Y SU OBRA.—Este es el nombre de un libro que circulará próximamente y que está dedicado a estudiar el arte del gran artista nuestro, cuya pérdida no cesamos de lamentar. La obra consta de un extenso prólogo, de que es autor quien estas líneas escribe, y en el que trata de precisar la evolución del arte de Herrán, sus influencias, su carácter, y de hacer la crítica de sus cuadros y de sus dibujos, y de sesenta y cuatro láminas grabadas magníficamente por Ezequiel Tostado. De éstas, cinco van intercaladas en el texto y las demás van a toda la plana, impresas en varios tonos como se hace en los libros de esta índole que nos llegan de Europa.

Dado el interés del asunto, pues se trata de un gran pintor nuestro, y considerando que los productos de la venta del libro serán entregados íntegramente a la viuda del artista, se espera que esta monografía tendrá algún éxito.

SECCION BIBLIOGRAFICA

A CARGO DE

GENARO ESTRADA

Biblioteca Latino-Americana dirigida por Hugo D. Barbagelata.—Rubén Darío.—Epistolario con un estudio preliminar de Ventura García Calderón.—Desgraciadamente, Rubén Darío no vertió en su correspondencia su talento poético, ni expresó sus interesantes y particulares ideas, ni siquiera nos habla en ella de las intimidades de su alma. Fuera de un bello estudio de Ventura García Calderón sobre la vida y la obra del gran poeta, el tomo carecería de interés.

C. G. R.

José Martí.—Versos.—Notas de Rubén Darío.—Ediciones Mínimas.—Buenos Aires.—1919.—Es un poco peligroso publicar ahora versos de Martí. No porque no sea un gran poeta, sino porque los tiempos son omisos para insertar acerca de poetas un poco lejanos de nosotros. Empero, esta selección llena ampliamente su objeto de dar a conocer este poeta nuestro, puesto que es americano; mundial, puesto que venció la mediocridad uniforme.

M. T.

RODO Y SUS CRITICOS.—Clarín Valera, Rubén Darío, Castellanos, Unamuno, García Calderón. Pérez Petit, Le Lenne de Duonmandie, etc. Publicado por la Biblioteca Latinoamericana dirigida por Hugo D. Barbagelata.—En las trecientas cuarenta y cinco páginas de este libro, ha reunido el director de la Biblioteca Latinoamericana, lo que de mejor se ha escrito sobre el insigne escritor uruguayo. Lo que se ha pensado en Europa y en América sobre el Pensador Uruguayo, ha sido reunido en este volúmen. Sólo hemos lamentado que en la recopilación del Sr. Barbagelata no haya sido considerado uno de los mejores ensayos dedicados a Rodó, el de Pedro Henríquez Ureña. Por lo demás, el libro es de gran utilidad para los que quieran conocer la obra del escritor uruguayo.

J. J. R.

José Vasconcelos. — PROMOTEO VENCEDOR. — *Tragedia Moderna.*—México.—Lectura Selecta.—1920.—Esta tragedia, en que José Vasconcelos aborda, con su valentía característica, los tremendos problemas éticos alrededor del genio del mal, constituye una de las más interesantes obras que se han publicado en México. Su autor es considerado como quien más capacidad puede desarrollar en un esfuerzo filosófico original. Su vigoroso estilo cautiva y su fuerza dialéctica es a veces incontrastable.

M. T.

Jesús T. Acevedo.—Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos.—DISERTACIONES DE UN ARQUITECTO.—México, 1920.—Acerca de este libro, puede ver el lector nuestra Sección de Artes plásticas en México, en la que damos amplios detalles acerca de él.

Henick Ibsen. — JUAN GABRIEL BORKMAN.—Traducción y prólogo de Carlos Barrera. — México. — Cultura. 1920.—Es esta la primera traducción de Ibsen que se presenta directamente en castellano. El autor, Carlos Barrera, domina el noruego lo precisamente necesario para dar una buena versión de Ibsen en lengua española. Es inútil insistir en el *Borkman*, obra universalmente reconocida como una de las más estupendas creaciones ibsenianas.

M. T.

OTRAS OBRAS RECIBIDAS: *Napoleón Pacheco.*—FILOSOFIA DE LA CRITICA.—*M. Vincenzi.*—Su personalidad crítica. — 1920. — San José, Costa Rica.—*Augusto Arias R.*—DEL SENTIR.—Pórtico de Gonzalo Pozo.—Quito.—1920.

CARTA DE AMOR

"¡Ay! del hombre que en los primeros momentos de una aventura de amor no cree que ésta durará eternamente".
Benjamín Constant.—ADOLFO.

PERDONAME, es la última vez, la última que cometo un perjurio y la primera que opongo en fin mi tardía razón a tu locura. Me marcho como un criminal, sin más adiós que esta esquela de lágrimas; abandono las mil felicidades adivinadas en tus ojos, para preservar alguna vez un recuerdo de amor, del amor profanado tantas veces en desganos cobardes y en agresivas melancolías. Te rehuso desgarradoramente cuando tus labios balbuceaban ya mi nombre bárbaro y los míos, tan temblorosamente torpes, buscaban para el tuyo diminutivos guturales y desolados. No nos veremos más, no me busques. Todo ha acàbado al comenzar. Porque te tengo miedo, Amada mía, cuando repites juramentos en que no puedo ni quiero tener fe.

¿Te acuerdas?,—¡y como no acordarnos si era ayer!—. Era en Versalles, por esquivos caminos que nadie surca; pero el hito blanco del fauno, en el confín de mirtos, nos sonreía, eterno cómplice. En el lirismo de la alameda nuestros dos cuerpos enlazados fueron dos consonantes de la estrofa divina; y por tu mano enclavijada yo sentía tu corazón acorde. Todas las hojas desprendidas eran sílabas de una misma confesión, la que murmura el Otoño siempre viejo a las estatuas siempre jóvenes.

Pero, se dice el alma precavida—y no sabes cuán dolorosa es esta reticencia,—llegará un día en que la ardiente aceptación de ayer nos pudiera parecer una cadena; pues he conocido esos minutos en que se quisiera animar con sangre de las venas el desfalleciente amor, mientras en los labios del perjuro se esponja ya la triste madurez del engaño.

Sí, por unas horas aún, en el estío del entusiasmo, hubiera podido comenzar contigo nuevamente el delirante poema siempre inédito. En los nupciales jardines de Versalles o Bóboli, en donde

las estatuas parecen tristes convidadas a eternas nupcias de los otros, te hubiera amado tal vez por un semestre. Allí, en islotes de amor o laberintos, pasados romeros fueron dejando, sobre los troncos o los mármoles, las iniciales de un amor más durable en el árbol que en la vida. Presentes e invisibles, mil entusiasmos de ayer prolongarían su suspiro perdido en el chorro que vierte un silvano verde sobre el agua muerta y los líquenes. Ya veo otra vez la sonriente complicidad de los paseantes apartándose del banco romano en donde escucho tu promesa encendida y juro nunca perderte. Avanzaría hacia nosotros, con su negra máquina, aquel Cupido venal de los jardines que va a eternizar en una postal nuestra pareja. Te miro soplar risueñamente la flor que ha suplantado a la margarita en los ritos de la luna de miel y voy en pos de la pluma extraviada para guardarla, con la postal y tu guante, en el relicario sentimental. Delicia de tus rizos en mis sienes al mirar juntos desde la popa de los navíos, la estela que nos liga a la luna, tu fragilidad vencida a mi rudeza como en el mito de una Galatea marina. Suavidad de tu contacto, calofrío de perderte si el gondolero nos designa Murano en donde avanzan los cipreses y se extravían las tumbas hasta la orilla del mar.

Todo esto fué ayer—¿será mañana?—y sin que tú supieras he recorrido mi pasado contigo, te he instalado fácilmente en cada paisaje de mi memoria porque perdura la sensación, pero se han esfumado los rostros. Estabas a mi lado en las serenatas del Gran Canal, cuando en la barca tendido como en el fondo de una guitarra triste, sentía en los nervios obedientes la mano del celeste músico. En tropicales puertos fué tu sortija la que arrojada a mares fabulosos volvía del fondo en los belfos de un buzo negro. Hemos pasado una noche entera sobre una barca de martirio en la inquietud del lago borromeo; y eras tú, Sulamita de América, la que adornada con pesados collares de las Antillas, trascendías a piña y a mamey cuando probé tu labio odorífico.

Leche y miel como en el cántico, dejó en el mío tu beso, primero y último recuerdo de una amistad gentil que no quisiera profanar, que he profanado sin querer al compararla con el encanto de otras viajeras de mi vida. Conmigo llevo,—perdóname—tu recuerdo más puro que tú misma, porque sólo se compone de los mejores minutos de tu entusiasmo, que preservo,—historiador sentimental,—con flores y con cartas sepultadas en una caja de guantes.

VENTURA GARCIA CALDERON.

UN CAPÍTULO DE LA VIDA DE MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Esta obra inédita de Luis Castillo Ledón cuyo capítulo V ofrecemos a los lectores de "México Moderno", es resultado de un viaje hecho en 1910 con objeto de recorrer el itinerario seguido por el Padre de la Patria al través del territorio nacional, desde el lugar de su nacimiento hasta el lugar de su muerte, y fruto de ocho años de minuciosas investigaciones, que hacen del autor la persona más bien documentada sobre tema tan importante, y de su obra la biografía de Hidalgo más completa que se haya escrito, no sólo por el cúmulo de datos desconocidos que contiene, sino por el plan seguido, el cual está inspirado en el método de Renán en su *Vida de Jesús,* perfeccionado de modo admirable por Anatole France en su *Juana de Arco* y por Navarro Ledesma en su *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.* Castillo Ledón "reconstruye" el personaje, su época y su medio, haciendo también historia de las costumbres, e intenta dar al lector la impresión viva de los lugares que recorriera.

LA REAL UNIVERSIDAD.—MIGUEL Y SU HERMANO JOSE JOAQUIN SE GRADUAN BACHILLERES EN ARTES.—VUELTA A VALLADOLID. RETORNO A MEXICO A GRADUARSE BACHILLERES EN TEOLOGIA.

CUANDO Miguel llega a México, ni su edad ni su erudición escasas pueden haberle permitido darse justa cuenta de lo que la ciudad moral y materialmente valía. Sin embargo, quien duda que, ambiente, habitantes y costumbres lo hayan impresionado con su aire cortesano.

Los templos, de seguro, fueron el objeto principal de sus admiraciones, más cuando en aquellos días la pompa católica desplegaba todo el esplendor de los oficios de Semana Santa.

Bajo el deslumbramiento de las procesiones, del brillo de los altares, del trajín urbano, Miguel vió abrirse la Universidad el lunes de pascua, sabe Dios si con alegría o con fastidio.

Allí, al costado Sur de Palacio y frente por frente de la plaza del Volador, de donde el marqués de Croix acababa de desterrar

las corridas de toros para que no molestasen a doctores y alumnos, erguíase la Real y Pontificia Universidad, madre creatriz de miles de bachilleres, amamantadora nodriza de muchos de los ingenios de Nueva España.

De dominante estilo de orden compuesto, su espaciosa y especiosa puerta primorosamente guarnecida de portada que forman estípites o escapos desplantados al aire, con traspilastras anudadas, ostenta en la dura y grosera cantería, pulida y delicada forma de labores y figuras; los pedestales, basamentos, arquitrabes, cornisones, frisos y cornisas labrados con todo esmero, simetría y ornamentos, propios del orden, forman tres cuerpos: en el primero represéntanse en magníficas estátuas las Facultades del Derecho civil y de la Medicina, y entre paños, tallada de medio relieve, la de Filosofía; el segundo lo ocupan las estatuas de la Teología y del Derecho canónico; en el tercero, bajo del escudo de las reales armas, sobresale un óvalo con la imagen del Soberano Carlos III, y a uno y otro lado sus augustos ascendientes Carlos I y Carlos II.

Traspuesto el umbral, descúbrese el anchuroso patio cubierto de fuertes losas de Tenayuca, con su doble columnata y arquería de piedra, todo estilo dórico, sus relojes solares para las distribuciones académicas puestos en los cuatro ángulos de la arquería superior, su balconería de hierro de extraordinario artificio, única en el virreino, y bajo dos arcos de rica talla, la escalera, obra de lo más bello dado a luz por la arquitectura colonial, de trazo atrevido, tendida al viento, de amplia gradería de cantera, bifurcada a derecha e izquierda en el descanso, con pasamanos de hierro de la misma fábrica que la balconería, y en la pared enorme tela representando en armoniosa composición a todos los santos doctores de la Iglesia y patronos de la Universidad.

Presentada la información de origen y limpieza de sangre de su madre doña Ana María; pagado el peso de derecho al secretario y los dos de la matrícula, por cada uno, y cumplidos los demás requisitos que mandaban los estatutos, Miguel y José Joaquín quedaron aptos para obtener por suficiencia el grado de bachiller en artes.

El primero en presentarse a sustentar su *actillo* o su *noche triste*, como en jerga estudiantil se llamaba al hecho de examinarse, sin duda en memoria de la cruenta noche en que a las puertas de Tenoxtitlán, tras la fuga y la derrota, se dice lloró de rabia o de despecho Hernán Cortés, el primero fué Miguel que, aunque más joven, era quien más se había distinguido en los estudios.

Portando bonete y manteo, comparece el día 30 de marzo en el aula mayor de la Universidad. El severo recinto, magníficamente decorado con primorosa y costosa estructura de puertas, portadas, lumbreras, artesones y paredes cubiertas, a esmero de hábiles pinceles, de monumentos de gratitud a los reales patronos y de memoria a algunos de los muchos y distinguidos alumnos que con mitras y togas le han dado lustre, debe haber sobrecogido un poco al sustentante. En lo alto de la cátedra estaban, de capelo y borla, los maestros arguyentes Dres. Fray José Domingo de Sosa, José Giral y Francisco Rangel, y presidiendo al grupo de examinadores, el maestro de la facultad en cuestión, Dr. Méndez; en la sillería del estrado encontrábanse también con sus talares vestimentas, el rector Dr. don Juan Ignacio de la Rocha, el secretario José de Imaz Esquer, los doctores que iban a replicar, el maestro de ceremonias empuñando su báculo de remate de plata con las armas de la Universidad, y los dos bedeles con sus mazas; en los demás asientos del aula, el auditorio, compuesto en su mayor parte, de estudiantes, entre el que es de suponerse estarían don Cristóbal Hidalgo y su hijo José Joaquín.

Colocado Miguel frente a los maestros arguyentes, éstos, turnándose, empezaron a dirigirle las nueve preguntas reglamentarias: la primera, de los libros de *Súmulas;* la segunda, de los *Universales;* la tercera, de los libros de *Predicamentos,* o posteriores; la cuarta del primero y segundo libros de *Física;* la quinta, del tercero y cuarto; la sexta, del quinto y sexto; la séptima, del séptimo y octavo libros de *Física;* la octava, de los libros de *Generatione;* la novena, de los libros de *Anima.* Contestado que hubo a argumentos y réplicas el examinado, los examinadores, para juzgar de la suficiencia de él, votaron en secreto, y como obtuviera mayoría, le dieron su aprobación.

Entonces Miguel, teniendo a sus lados los bedeles, hizo en latín, el juramento de defender la religión y la doctrina de la concepción de María, así como de guardar obediencia al rey, a los virreyes y a los rectores y constituciones de la Universidad; en breve oración pide luego el grado de bachiller en artes, y el Dr. Méndez, sin decir rezo ni arenga, se lo concedió en la fórmula "Auctoritate Pontificia, etc." El secretario Imaz Esquer hizo el asiento en el libro de grados de bachilleres en Artes empezado el año 1759; leyó lo escrito el bachiller José Joaquín Méndez Valdez, y a continuación bajóse de su cátedra el Dr. Méndez; subió a ella el nuevo graduado; comenzó a exponer un lugar a texto, y haciéndole señal al que presidía, de que callara,

dió gracias y con esto terminó el acto, ceñido en todo a los estatutos de la Universidad.

Entonces los bedeles, conforme a lo prevenido, fueron por todas las aulas: la de Retórica, Filosofía, Matemáticas, Medicina, Leyes, Cánones y Teología, publicando al són de chirimías el grado que se acababa de conceder, y llegaron a los catedráticos de la facultad, las conclusiones, para que las diesen a conocer a sus discípulos.

Miguel estaba para cumplir diez y siete años.

Al día siguiente, 31, era sometido José Joaquín a la prueba del examen y obtenía también el grado de bachiller en artes.

Después don Cristóbal paga los correspondientes derechos: cuatro pesos al arca de la Universidad; tres al rector; cuatro al secretario por lo actuado en razón de grado, asistencia, títulos, sello y asiento en el libro; dos al doctor que dió el grado y uno a cada bedel; total: quince pesos por cada uno de sus hijos. Quizás aprovechó con éstos la oportunidad de conocer el resto del célebre instituto; la amplia, espaciosa Sala de Claustros, con su portada de orden salomónico y su regia sillería de cedro; el salón de concursos, con su frontis de escapos de medio relieve, su adorno de molduras y tallas y su decorado de hermosos lienzos; el archivo, con su anaquelería llena de legajos; la biblioteca, con sus tres mil cuatrocientos volúmenes; la capilla ricamente decorada, llena de retablos y lienzos de gusto, dentro la cual y junto a las armas reales de Castilla y León, se conservaban el estandarte que Hernán Cortés enarboló al entrar a México y el que Cortés dió al capitán general de los tlaxcaltecas, en la segunda expedición que hizo contra el emperador Moctezuma.

Por último, es de suponer que no sin antes dar una nueva y rápida recorrida a la ciudad y sus templos; visitar a más de alguna persona conocida y recibir órdenes de la viuda del oidor Picado Pacheco, dueña de Corralejo, donde Cristóbal, reclamado por sus quehaceres, abandonó inmediatamente, en compañía de sus hijos, la metrópoli.

Miguel y José Joaquín tornan al colegio de San Nicolás, de Valladolid; prosiguen con mayor ahinco sus estudios, durante tres años, y al cado de este tiempo están listos para recibir el grado de bachilleres en teología.

En esta vez su tío don Vicente Gallaga y Villaseñor, que iba con el objeto de adquirir el grado de licenciado y doctor en Teología, es quien los acompaña a México en mayo de 1773.

Aun cuando la Universidad no concedía más grado por suficien-

cia, que el de Artes, los estatutos exceptuaban a los estudiantes agregados a tres o cuatro obispados de los principales, entre ellos Valladolid, que sí podían ser graduados por suficiencia en otras facultades, con sólo haberlo sido ya en Artes. Así, pues, los hermanos Hidalgo no tuvieron por requisitos sino probar ante el secretario que habían hecho sus cursos en regla, con la cátedra de Prima, la de Escritura, la de Vísperas y la de Santo Tomás, y leer en el aula de la facultad diez lecciones en diez días, durando lo menos media hora cada lección.

Presentado ante el rector, testimonio de los cursos y de las lecturas, por el secretario, Miguel y José Joaquín presentaron su acto un mismo día, el 24 de mayo.

Arguyeron los bachilleres en teología, Juan de Dios Miranda, José Francisco Esquivel Vargas y José Antonio Loma; otorgó los grados el Dr. y Maestro Cancio y fungían de rector y secretario respectivamente, el Dr. D. Alonso Velázquez Gastelú, y el mismo D. José Imaz Esquer. Tan satisfechos quedaron los señores arguyentes, de sus examinados, que se concedió a éstos el honor de replicar en un examen que para graduar a un alumno, se verificó al día siguiente.

Don Vicente Gallaga, que desde abril de aquel mismo año venía corriendo los trámites necesarios para obtener la borla que deseaba; que no pudo presentar sus informaciones sino a mediados de junio, y no logró graduarse sino hasta el 23 de julio, se vió seguramente forzado a dejar volver solos a sus sobrinos.

Miguel torna a Valladolid con una nueva investidura; los horizontes de su porvenir se ensanchan; su vida va a entrar en el primer período de actividad.

El día 9 de aquel mes de mayo había cumplido veinte años.

LUIS CASTILLO LEDÓN.

LAS CINCO ANTORCHAS CONTRA EL VIENTO

I

LA CARNE ARDIENTE

EN los jardines de un país horrendo
hallé a Fantina de ojos maternales
y desnudeces mórbidas, tejiendo
guirnaldas con las rosas vesperales.

Y cual las aguas túrbidas de un río
do un viento imprime procelosa huella,
gimió de amor mi corazón sombrío
y suspiró mi mocedad por Ella...

"Fantina"—dije, con ahogadas voces
que al brotar abrasábanme la lengua:
"quiero hundir mis mejillas en la falda
de tu traje, que apenas roza el viento;
entreverar un lirio en tu guirnalda
y ungir tus trenzas con precioso ungüento".

La vi volverse, rígida y sañuda,
por esquivarme el juvenil encanto:
¡quizá en mis voces se sintió desnuda,
y la vergüenza desató su llanto!

Y en la tórrida noche cenicienta
de vagas ondas, que al jardín caía,
miré mi carne ansiosa y opulenta,
y en un rojizo resplandor ardía....

II

CANCIÓN DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

EL dulce niño pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el lirio de su mano a la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en la pompa de jabón.

Yo pongo el corazón—pongo el lamento—
entre la pompa de ilusión del día,
en la mentira azul de la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento. Yo pongo el corazón...



III

PATERNIDAD

Al Dr. César R. Margáin.
mi más abnegado amigo.

UN viejo triste, huraño y sórdido,
cruzó mi tierra maternal:
tras lo turbio de sus pupilas
hallé tan sólo ruindad.
¡Cuán malo es!—dije en mí mismo:—
¡que no le vea nunca más!
Si no reprimo mis cóleras
le voy los perros a azuzar...—

Después ¡hermosura de la vida!
de aquel horrible hombre en pos

iba un niño por el sendero,
y en el sendero era una flor.
Un vaso de agua, con voz dulce
me pidió por amor de Dios;
tembloroso y lleno de lágrimas
dije:—¡Por amor tuyo te la doy!—

Era aquel niño vivo y fino
y lindo cual lirio de Abril;
a través del cristal yo miraba
de su boca el puro rubí.

—Pequeñuelo, te doy mi tierra,
mi pan, mi nombre: mora aquí.
—Mi viejo padre busca el pan de cada día
y es dichoso en mi amor... —(Yo comprendí)

¡Oh plenitud! Y desde entonces
a ningún padre odio jamás:
toda miseria la redime
una corona paternal.
Quien tiene un niño ha ejercitado
divinamente el don de crear:
¡quien tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad!



IV

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE

A Jesús Urueta.

MICHAEL Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullía el espíritu del Océano.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
que fué antes y tornará a ser después absolutamente casta.

Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
Eulalio de Gaspar creyó advertir las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo
y tenía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;
pero la vida, como un licor de bajo precio,
le producía una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban la victoria de una estirpe.
Había en su voz un glu-glu redentor,
y su amante le llamó una vez "El Príncipe de las hablas de agua".

Leonel Robledo era tímido
bajo una apariencia llena de majestad.
En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia,
y me dije: ¡hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros!

Stello Ialadaki era armonioso, rosado y azul
como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.
Efundía del mundo algo ideal, risueño y fantástico.
Se le miraba como marchando desde un cuento de Simbad el Marino
hacia un cuento de Sir John de Mondeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como trascienden los roncos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del "Todavía-no".
Sus palabras revelaban toda la fuerza de la Realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.



V

LAMENTACIÓN DE OCTUBRE

A Rafael Arévalo Martínez.

YO no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que agitado por soplos de centurias
el corazón anhela arder, arder.
Siento su impulso y su latencia, y cuando
quiere sus luminarias encender;
pero la vida está llamando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,
da al cielo de los niños rosicler,
y que bajo el laurel el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera, de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!
Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser;
pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender...

RICARDO ARENALES.

PASEOS COLONIALES

TEPOTZOTLAN

EL día es de una luminosidad incomparable. Las llanuras del Valle piérdense a lo lejos hasta las cordilleras bajas que por el Norte lo circundan. De pronto espejea una laguna. Es nuestra *Región de los Lagos;* por aquí, en los tiempos horrendos de las inundaciones, buscaban febrilmente salida, el agua, vuelta torrente silencioso y devorador, y la angustia de los desolados vecinos de la muy noble ciudad de México. Las campanas de la Catedral, cuyo inacabado aspecto semejaba el de un monstruo apocalíptico cabe la gran plaza, musitaban entretanto una interminable rogación. Por aquí el genio de Enrico Martínez, contra todas las persecuciones y torpezas, vió la única solución, el desagüe; entretanto, construíanse costosas albarradas que la fuerza del agua no tardaría en derrocar.

Mas no son estas tétricas ideas las que evoca la mañana radiante. Los barbechos se extienden interminables bajo la luz que acaricia y son como una promesa a la insaciable avidez humana: a la cosecha que acaba de pasar seguirá otra, y otras.

Cuautitlán es el punto en que el ferrocarril deja al viajero que va a Tepotzotlán. Era en tiempos de la Colonia, la Alcaldía Mayor de que aquél formaba parte. Hoy es una población sin más interés que la magnífica cruz que se yergue frente a la iglesia y cuatro soberbios cuadros de Martín de Vos. La cruz es un monumento de gran valor para el arte escultórico de la Colonia: lleva en su peana la fecha de MDXLV. Tiene esculpidos todos los símbolos de la Pasión de Cristo y es ella a su vez un símbolo: esos penachos que a primera vista son inexplicables y que están dispuestos en forma de flor de lis hacen la cruz igual al nombre jeroglífico del pueblo, tal como lo pintaban los indios en sus códices: Cuautitlán significaba tierra de árboles. De gran interés son dos cabezas esculpidas a los

lados del pie; a juzgar por su semejanza aparente diríase que el se glar representa a Hernán Cortés; es su misma barba, su misma nariz su misma franqueza. El otro se asemeja a los retratos conocidos de don Vasco de Quiroga: la gran calva, el cabello ralo rodeando el cráneo; pero hay quien asegura que el primero es Alonso de Avila, en quien el pueblo estaba encomendado y el otro el misionero en cuyo tiempo se levantó el monumento.

La iglesia ha sido totalmente renovada y carece de interés; sólo los cuatro grandes cuadros atraen al visitante con el poder de las obras maestras. A ambos lados de la entrada se encuentran los lienzos de *San Pedro* y *San Pablo,* figuras de una majestad imponderable, envueltos en paños de soberana maestría. En una capilla lateral, a la izquierda, se hallan los otros dos; un *San Miguel* hermosísimo y con la peculiaridad de que el diablo presenta la forma de sirena, y una *Concepción* que acaso es la obra inferior de los cuatro. Sólo el *San Miguel* está firmado: MARTINO DE VOS, ANTERPIECIS INVENTOR ET FECIT, ANNO 1581. Los cuatro revelan la misma amplitud de dibujo, la misma coloración refinada, a la vez que sencilla y desprovista de efectos.

De Cuautitlán al convento hay una distancia como de dos leguas escasas. Son las mismas llanuras, a veces alfalfares esmeralda, a veces grises barbechos o terrenos incultos; sólo una cintura de árboles va siguiendo el único río que serpea por aquellos lugares y una vez pasado por un vetusto puente, extiéndese de nuevo la llanura, desolada, escueta. Y no variará ya hasta llegar al convento; divísase éste a lo lejos, erguido en una leve colina al pie de unos cerros bajos; es un edificio amarillo, color de tierra, color de esta tierra calcinada como polvo de huesos, tal si hubiese surgido de ella para enseñorearla desde su colina.



El poblado que ciñe al monasterio es un miserable hacinamiento de casas. No es como antaño un importante pueblo que en un momento acuerda fundar un seminario para educar a sus hijos. Si Tepotzotlán, por su magnificencia, hace recordar a las grandes abadías Medioevales, a Saint Gall, a Cluny, a Citeaux, es en ésto contrario a ellas: allá a la vez que el monasterio, crecía el burgo; bajo la paz abacial florecen las villas, y más de una vez el monasterio prolongará sus murallas para resguardar las casas de sus fieles. Aquí,

conforme el monasterio va creciendo en fama y esplendor, el pueblo languidece, su desaparición sólo es estorbada por el gran prestigio que es lo único que ahora infunde vida en la comarca.

Apenas, como resto de la piedad famosa que habían alcanzado sus habitantes gracias al convento, vense sobre las puertas de las casas unos singulares nichos adornados con flores; el santo, guarecido tras un cristal, esconde su silencio. Por su forma caprichosa, por el insólito vidrio, estos nichos, algunos de ellos pequeñísimos, son característicos del pueblo.

Y el viajero se va aproximando por una tortuosa calleja y el monasterio va creciendo a su vista, ensanchando su mole vigorosa, amarilla; realzándola sobre el cielo azul. Y también amarillas son las casas del pueblo. Se diría que han surgido por milagro del suelo, conservando sus mismos matices. Y casi así es, en efecto. Observemos cualquier muro de los que nos rodean; están construídos con sillares de algo muy parecido al *tepetate,* aunque de grano más fino y de mayor resistencia; es una *arenisca compacta,* un intermedio entre el *tepetate* y la piedra que ofrece grandes ventajas en la construcción por su ligereza y por la facilidad en su obtención y manejo.

Pero ya la iglesia del convento se ofrece a nuestras miradas en todo su esplendor. Lo que admira desde luego es la enorme altura de la torre y de la fachada principal. Situada en una pequeña elevación, la iglesia señorea los contornos y las escalinatas que hay que subir para alcanzar su atrio contribuyen a aumentarle su altura. Observada con más detenimiento, la iglesia produce la impresión de una gran vetustez de conjunto comparada con la magnificencia de la fachada y de la torre. La iglesia es, en efecto, anterior en un siglo a la fachada y bastaría para indicárnoslo esa ancha faja de arabescos realzados en estuco, que ciñe todo el contorno del templo en su parte superior y desciende en el centro del ábside en una hermosísima cruz. Son idénticos a los que cubren las fachadas de las casas que en México comenzaron a ser construídas a fines del siglo XVI, y constituyen una de tantas influencias orientales que nos legó la Metrópoli. Es asimismo anterior la portada lateral que oculta su modestia entre los macizos contrafuertes; reproduce el tipo común de portadas, con su nicho superior rematado por la cruz jesuíta y sus medallones laterales en que se esculpían escudos o se grababan leyendas.

Inmediatamente detrás de la fachada, en el lado opuesto a la to-

rre, un pequeño campanario del siglo XVII, coronado por cuatro estatuitas, parece en su vergüenza reprochar al arquitecto su conmiseración o su olvido. Seguramente pertenecía a la primitiva fachada del templo y como no estorba a la nueva, fué allí abandonado para perpetua humillación. Porque la gran torre lo aniquila, lo escarnece desde su triple altura y lo confunde con el lujo de su ornamento.

Sea como fuere, en nada más podemos distraer nuestra atención cuando logramos contemplar la soberbia fachada. Sólo admirar, sólo sentir que se apodera de nosotros para hacernos presas de nuestra pequeñez, de nuestra pequeñez herida por su hermosura y de nuestra sujeción causada por su grandeza. Se puede fácilmente denigrar el arte churrigueresco, hallarle debilidades y errores, ¿quién podría negarle grandiosidad a esta fachada?, ¿quién belleza?, ¿quién una profunda expresión de la piedad de sus fieles y un perfecto acuerdo con el fin perseguido por sus autores? Porque si un templo debe revelarse todo en la menor de sus partes, he aquí que esta fachada no sólo muestra los divinos misterios, sino que parece ensalzarlos en una plegaria, en una plegaria que a la vez fuese una sinfonía y que arrastrase consigo al espectador y al artista.

Comparada con ésta, todas las fachadas churriguerescas parecen menos ricas. Si el *Sagrario* es de cantería magníficamente labrada, si la *Santísima* parece tallada en maderas finas cubiertas por el tiempo de agradabilísima pátina, ésta dijérase esculpida en marfil por un artífice recién llegado en el galeón de Manila; por momentos nos admiramos de que la torre no presente esa forma ligeramente encorvada que tienen los Cristos medioevales, postura de dolor debida a la forma del hueso en que fueron labrados.

Nada de cuanto se diga puede dar idea de la perfección técnica de los adornos que cubren la fachada y la torre. También en esto Tepotzotlán le lleva ventaja a sus compañeros; hay en estos tallados, hechos en una piedra de color admirable, una verdadera ciencia del modelado. Los relieves son más profundos que en otras portadas churriguerescas y la luz produce sorprendentes juegos en ellos, claroscurándolos con suavidad y causando cálidas sombras. Racimos de frutos surgen doquiera y es cada detalle decorativo tan perfecto que, aislado, tiene mérito propio y aun parecería imposible, tanta es a veces su pureza, que formase parte de un conjunto churrigueresco.

La fachada se halla ricamente provista de esculturas que no



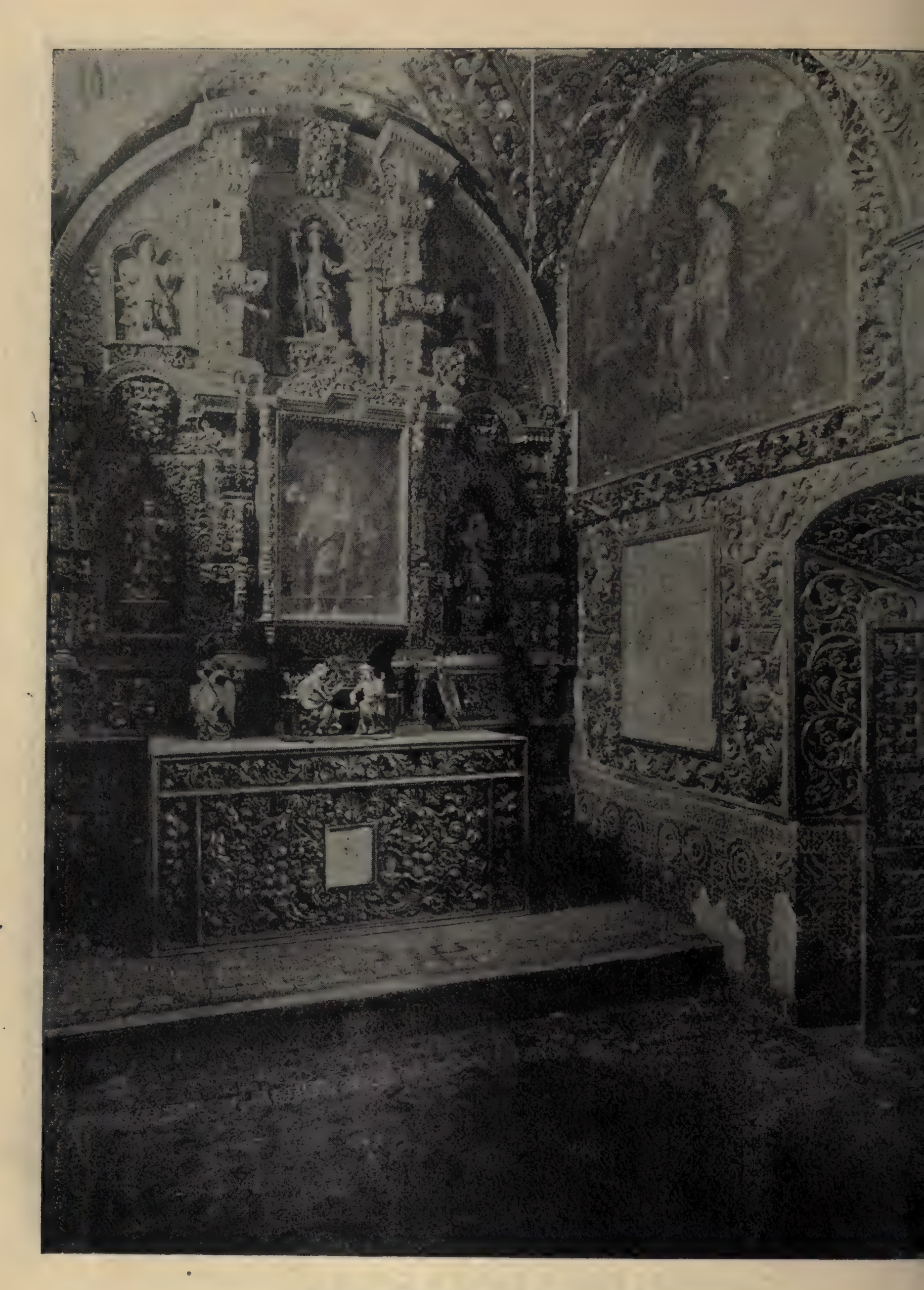
VISTA GENERAL EXTERIOR
Tepotzotlán, Méx.



RETABLO PRINCIPAL
Tepotzotlán. Méx.



CAMARIN DE LA SANTA CASA DE LORETO
Tepotzotlán, Méx.



RELICARIO DE SAN JOSE
Tepotzotlán, Méx.

son meros adornos sino obras de propio espíritu, testigo ese *San Ignacio* que pone en el centro la viveza de su movimiento y la verdad de su expresión.



Consideremos ahora la iglesia en conjunto. Desde luego, resalta el propósito de dar una fachada a un templo. La fachada es grandiosa en sí, pero la obra no es homogénea; no es una iglesia completa como la Santísima, Santo Domingo o el Sagrario, admirable en su estructura; algunas partes de ella, la cúpula, por ejemplo, no tienen relación con el resto. Para homogeneizarla se han puesto en los ángulos salientes remates de piedra semejantes a los de la fachada. Esta está construída con el deliberado propósito de agrandar, o mejor dicho, de levantar el templo; por esto el tercer cuerpo de la fachada no es sino un muro sin oficio alguno más que el de simular elevación. A cambio de este error, la gran ventana central, reminiscencia acaso de la *rosa* que tenían las catedrales góticas, se halla mejor situada que en otras iglesias churriguerescas: en el segundo cuerpo, formando el centro de la fachada.

La torre es de admirables proporciones vista desde el frente. Su base almohadillada tiene una sencillez majestuosa y el ornamento de sus ventanas es digno de las demás magnificencias. Algo viene a restarle grandiosidad esa especie de tribuna volada de hierro que la circunda a la altura del pretil de la iglesia; ciertamente, las rejas del barandal son magníficas, mas su inutilidad es palpable y aun la misma forma en que está construída indica que se trató de hacerla lo menos visible.

Al penetrar en la iglesia es cuando se nota el propósito de elevación a que tiende la fachada. Si algo llama la atencion es la anchura, y Baxter encomia sus buenas proporciones. La impresión que este templo produce es la de una grandiosidad insospechada. La nave es anchurosísima; los retablos del ábside, porque son tres, cada uno con su altar, dan la idea de una caverna de milagros en que los sueños más audaces han podido adquirir forma. La técnica del tallado dista de ser tan perfecta como la del relieve en la fachada; pero, en cambio, se ha perdido aquí toda prudencia, como si la fantasía fuera la única ley y vencer dificultades el único deseo. Luego, la ausencia de pinturas produce magnífico efecto: no hay superficies planas que interrumpan el retorcimiento del ornato, sino grandes esculturas que parecen continuar la vibración en el vigor de su ademán, en el movido pliegue de sus paños.

Cada brazo del crucero tiene otros tres retablos y en el lado Sur de la nave hay otro: son pues, diez en total; los diez que fueron construídos en el año de 1750. Todos ascienden hasta el arranque de las bóvedas y se ciñen a lo largo de las ventanas que dan luz a la iglesia, y entran en ellas y las convierten en joyeles luminosos.

Así se acumularon aquí locuras místicas que el fervor hizo brotar y los artífices escondieron sus nombres bajo una lápida de olvido. ¿Para qué habían de recordar su parte humana precisamente junto al soplo en que cristalizó por un momento su apariencia divina? Los grandes movimientos artísticos llegan a simbolizarse en algunos nombres, pero la gran masa de artífices que les da vida siempre es anónima.

La admiración que causan estos retablos es subyugadora; después de verlos nos figuramos que todo va a parecernos pobre y, sin embargo, Tepotzotlán, inagotable fuente de tesoros, nos guarda aún maravillas. Aquí mismo, en la nave de la gran iglesia, hay un cancel de cedro que puede pasar por uno de los mejores de Nueva España y unos magníficos frontales de altar.

Una pequeña capilla, adherida al costado de la iglesia, se abre ante nosotros tras minúscula puerta; llámanla el *Relicario de San José*. La capilla desaparece bajo sus ornamentos realzados y el retablo es de una pasmosa labor de talla. La técnica de los realzados de argamasa indica la presencia de manos indígenas y los tallados del retablo, anteriores a los de los altares de la iglesia (son de 1737), presentan más finura. En conjunto, el relicario encanta al espectador; lo más valioso de él acaso es el piso, el piso cubierto de magníficos azulejos con el águila bicéfala al centro.

Menos valor artístico tiene la capilla denominada la *Santa Casa de Loreto,* quizás porque se ha querido representar la casa, con dimensiones exactamente iguales a las de la auténtica casa de Loreto como lo enseña una inscripción, dentro de la capilla. Pero nunca ha de faltar algo admirable—dos bancas ricamente talladas recogen la silenciosa ofrenda del visitante en el centro mismo de la capilla. Detrás de ésta, visible a través del nicho que ocupa Nuestra señora de Loreto, se encuentra el *camarín.* Es una capilla de planta octagonal cubierta del más curioso modo que pueda imaginarse: cuatro arcos, arrancando de los vértices del octágono y cruzándose paralelamente, forman una especie de cúpula que sostiene una ancha linternilla. La decoración interior es estupenda; seguramente es de factura indígena—no sólo la técnica sino algunos motivos or-

namentales lo demuestran—pero presenta una extraña influencia, acaso sea sólo fortuita semejanza, de pompa veneciana. Podrá no ser perfecta en sus labrados; pero ese abigarramiento de francos colores, esa profusión de oro, esos negros que sostienen canastos de frutos, subyugan al espectador que nunca, en monumentos coloniales, verá cosa parecida. Luego, al pensar que ésta es obra del siglo XVII, como lo indican las águilas austriacas con que termina hacia abajo la decoración de las pilastras, nuestro interés crece. Y casi olvidamos los cuatro retablos que ocupan los intercolumnios.



El convento de Tepotzotlán es uno de los sitios más apacibles que pueda uno imaginarse. Los claustros solitarios recogen el eco de los pasos de los visitantes, y todo el edificio parece estremecerse, como si este insólito ruido lo despertase de un sueño mortuorio. Alrededor del patio llamado de los algibes, los claustros son todo reposo; el claustro superior está adornado con una serie de cuadros que representan la vida de *San Ignacio* debida a Villalpando. Todos los cuadros son, en general, de agradable colorido, y algunos pudieran pasar por obras aceptables. Desgraciadamente, Villalpando pintó tanto, que rara vez se encuentran cuadros suyos en que vibre el espíritu del pintor en un momento de arrebato espiritual.

Entre los arcos, la verde suntuosidad de los naranjos es toda frescor; algunos se doblan bajo el peso de los frutos, pero todos irrumpen en alegres notas de claridad y ese esplendor vital, esa inesperada primavera junto a la muerte misma del abandonado convento, ponen en el espíritu del visitante insólita sensación.

Se recorren los anchos corredores cubiertos de ornatos pintados al temple, se visitan las amplias celdas con ventanas abiertas a la campiña, celdas en que la meditación tenía que ser fecunda y la oración agradable, y se comprende fácilmente que hayan salido de Tepotzotlán tantos hombres doctos y tantos sabios que ilustraron el prestigio de la colonia por todo el mundo.

Seguramente la capilla doméstica era sitio preferido de los frailes jesuítas. Su retablo presenta decorado singular: lo adornan espejos venecianos y estatuitas de marfil, muchas de éstas han desaparecido, pero los primeros producen extraño efecto. Dignos de admiración son los azulejos que hay en esta capilla, y unos ángeles esculpidos en madera y ricamente estofados, que seguramente son de lo mejor que existe en su género.

Como en todos los conventos, un amplio huerto se extiende jun-

to al de Tepotzotlán. El sol inunda este huerto que se ha convertido en sitio agreste e inculto. La vegetación campea por doquiera, una viciosa fragancia se desprende de los hinojos, y una pequeña capilla, a la distancia, pone con su esbelto ciprés una nota romántica en esta abigarrada vegetación.



Y cuando retornamos a nuestra gran ciudad con añoranzas por la vieja y esplendorosa ruina que acabamos de dejar, sentimos inevitablemente tristeza por el pasado, admiración por la viva frescura del arte que no desaparecerá nunca, y la melancolía de la tarde parece consonar con el estado de nuestro espíritu. Y no podemos olvidar la paz soberana del convento, sus anchas celdas persisten en nuestro sentimiento y aun el recuerdo de la magnífica solana que desde un elevado sitio permite dominar todos los contornos, surge de pronto en nosotros.

¡Qué admirable la vida religiosa que obtuvo semejantes creaciones! ¡Cómo la vida del espíritu supo edificarse verdaderos palacios y camarines de ensueño! Nuestros tiempos son duros; pero al contemplarlos junto a los siglos pretéritos, nos parecen raquíticos y fríos. ¿Es ley inexorable que el progreso destruya la vida de las civilizaciones pasadas?

El fin del día se entristece con nosotros. Hay un hueco de claridad azufrosa entre las nubes plomizas y de pronto un grupo de elevados eucaliptos con sus hojas afiladas y colgantes destaca su larga silueta sobre la claridad. Parece una reminiscencia de Henri Martin: nuestras ensoñaciones son como ángeles impalpables que volaran entrecruzándose con las ramas obscuras, y en el ambiente melancólico del paisaje, nuestro sentir, cargado de vislumbres dorados, tiembla.

El arte antiguo concibió creaciones inmortales; conocerlas y ensalzarlas es nuestro culto. El arte moderno realizó acaso creaciones que se encuentran más cerca de nuestro espíritu; no las comparamos con las antiguas, pero sentimos que hay en ellas más de nosotros mismos, de nuestras inquietudes y de nuestras contradicciones, de nuestro terror de niños grandes, y de nuestra sabiduría de ancianos eternamente jóvenes.

El paréntesis que en nuestra vida diaria parecía haber abierto esta mañana, claridad y sonrisas, ahora parece cerrarlo la hosca severidad de la noche.

Llegamos a la ciudad de México.

MANUEL TOUSSAINT.

LA CONQUISTA

ASESORADOS por nuestros luteranos, miro a los yankeees que vienen a evangelizar al harapo que algunos llaman raza indígena y a los ribetes de población que separan a la gleba de la clase media. Vienen con sus mujeres estos sacerdotes, del peor modo carnales, carnales evangélicamente. A su vista he comprendido la gran fuerza autoritaria ejercida por el celibato romano, cualesquiera que sean sus despeñaderos.

Digno o indigno el clérigo célibe, no descubro qué autoridad pueden lograr, ante nuestra malicia latina, los pastores que dentro de la ley, se regalan al igual de las ovejas. El endiablado olfato, herencia de moriscos, inquisidores y sacrificadores del Monolito descorazonado, distingue, dos horas después de los sucesos, en cada mano teocrática, el aroma de los salmos y las montuosas resinas de Afrodita.

No le demos vueltas. Roma, entre sus genuinas sagacidades, cuenta la de haber fijado en la columna vertebral la diferencia consuetudinaria, incesante y natural que coloca al hombre del cayado dos codos arriba de los hombres de la grey.

En México, las gentes de responsabilidad intelectual no pueden ser más que librepensadores o católicos. Las componendas del libre examen resultan sobradas de ingenuidad para el temperamento criollo.

Sobre las plebes, parece avanzar el protestantismo. Nuestra dolorosa nacionalidad, discutida por muchos y negada por no pocos, seguirá achatándose en su arista casi única, la religiosa, si en los palacios diocesanos, y aún en el Nacional, se descuidan. Un día del último febrero, en que con meros ojos de mexicano, dentro de las naves de Guadalupe, vi arder cera en los guantes, cera en los dedos de los niños, cera en el brazo del peón, cera en la viuda vergonzante, cera en la palma del oficinista, cera, en suma, en las manos abigarradas del Valle, persuadíme de que la médula de la Patria es guadalupana.

Si por las biblias en inglés dejara de serlo, la afinidad para la conquista se hallaría a punto. Las afinidades en un culto pedestre ahogarían la última flor de nuestro denuedo, desatando sobre el país, que fuera aventurero y dogmático, una tempestad de arena.

Nuestra sociedad, enferma de prosa, adolece del vicio consiguiente: lo comodino. Tal es, quizá, su vicio principal, explicación de casi todas sus desdichas. Complementarias de esa prosa comodina, las campanas callejeras de los Ejércitos de Salvación convergen al prurito de ir a los cielos con pasaje ínfimo, a la módica tarifa del mal gusto.

★

ANATOLE FRANCE

ACOMETER la síntesis del anciano, equivale al riesgo de urdir un perfecto mosaico vital.

Lo supo todo y de todo gustó. Su experiencia, desencantada y voluptuosa, como una dama vestida de ala de mosca, que portase en el pecho una roja flor, esquivó el rompecabezas desaseado del Mundo.

No militó sino para su complacencia, jugando entre las ideas más abstrusas como con obedientes amigas corporales. Para los laicos y ultramontanos que amortizando su carne blasonan de poseer la verdad, tuvo el jocoso desdén con que el Par Oliverio hubiese glosado a los eunucos bizantinos. Recelando del microscopio y del trance intuitivo, no atendió a otra voz que la de la limpia Harmonía.

Hizo el retrato malicioso y tierno de la humanidad, y su risa áulica respetó la chispa divina extraviada en la escoria. Alma sin ira, sólo condenó lo deforme. No disimuló su sonrojo ante la Creación, mas su crianza de nieto de Montaigne lo preservó de la blasfemia. Con la sagacidad más apta que haya residido en un cainita, abrió la puerta de escape en el abismo de las apariencias sensibles, como

él decía. De la gentilidad y del cristianismo recogió los esmeriles en que se desbrava la conducta. En un lenguaje sin mancilla, el melodioso censor vierte las piedades en que se cristaliza su enfado.

Veneramos en él el portento harmónico. Nuestros catolicismos errabundos hacen escoleta al cordial parisiense, antídoto de la fealdad universal. Su afable orgullo se retrajo de tomar papel en el drama de la estirpe de Caín, prefiriendo gastar su hoguera sincrónica en una insospechable actitud estilista y estilita.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE.

(Del libro en preparación "El Minutero").

LAS TRANSFORMACIONES DEL DERECHO

"Voici près d'un siècle que nons vivons sur le malentendu d'une fiction .... Il faut enfin revenir a la réalité
R. Saleelles.

LA maravillosa inmovilidad del derecho, que durante veinte siglos ha permanecido poco más o menos idéntico en sus postulados centrales, en su orientación y en sus fórmulas mismas, al lado de las múltiples y profundas transformaciones de las disciplinas científicas, de las necesidades y de las condiciones sociales, parece romperse.

Aparte del derecho Penal, cuya honda transformación es patente, especialmente el Derecho Mercantil y el Derecho Público han contribuído en la evolución que se inicia.

En el derecho Mercantil, los esfuerzos más pacientes, eruditos y sutiles, han resultado inútiles para cohonestar con el régimen conocido de la contratación, los nuevos contratos y las nuevas formas que el legislador, forzado por la vida, se ha visto obligado a adoptar.

La doctrina cambiaria, el régimen de la quiebra, la empresa y los contratos de transportes y de seguros, la reglamentación de las sociedades; he aquí algunos hechos jurídicos parecidos a la delegación, al mandato, a la fianza, a la prestación de servicios, a los antiguos contratos aleatorios, al concurso; pero que no son exactamente una delegación, ni un concurso, ni una prestación de servicios, ni un contrato aleatorio, ni un mandato.

La vida ha impuesto estas nuevas formas jurídicas; el legislador no ha realizado ninguna obra importante de creación; ha recogido y depurado lo que el uso diario y extralegal le proporcionaba, o se ha esforzado, por una serie de medidas y tanteos sucesivos—como en la legislación sobre sociedades anónimas—en delimitar los contornos y fijar los caracteres convenientes de las instituciones que el comercio utilizaba en su natural desarrollo y en su incontenida y esencial movilidad.

Los juristas han venido, después, a racionalizar este hecho y desgraciadamente la pobreza de su procedimiento, que los lleva a estudiar la reglamentación legal y no la vida, invirtiendo la posición del fenómeno, ha entorpecido la evolución iniciada desleyendo su fuerza primitiva en un vacío conceptualismo.

El régimen mismo de la propiedad, sufre una honda transformación. La irreivindicabilidad de los títulos al portador, los privilegios concedidos al vendedor de cosa determinada, el desapoderamiento de los bienes del fallido, la despersonalización del derecho de propiedad en las sociedades anónimas (es tiempo de librarnos del mito de la persona jurídica), son datos que revelan claramente el desmoronamiento del viejo régimen napoleónico.

Estos hechos son más elocuentes que la serie de rectificaciones impuestas por los derechos de usufructo, de uso y habitación y por las múltiples servidumbres del derecho civil, al concepto teórico de la propiedad burguesa.

Pero estas modificaciones no han trascendido formalmente a los sistemas legales, ni son tomadas apenas en cuenta por los comentaristas.—Existen la margen de la ley.—Los *tratados* las ignoran o las rechazan y los Códigos permanecen aparentemente intocados.

En el dominio del Derecho Público, la evolución es incomparablemente más intensa y más fácilmente perceptible.

En latitud y en profundidad, el Derecho Público crece día a día y como en este campo el cambio se anuncia frecuentemente a cañonazos, logra interesarnos más hondamente el fenómeno.

La crítica socialista ha minado las bases del viejo constitucionalismo, enseñándonos la pobreza intelectual y la honda iniquidad de las doctrinas y procedimientos nacidos a la práctica con el siglo pasado, y las reivindicaciones obreras han acelerado la evolución.

La soberanía popular, la representación, el poder público, la construcción jurídica del Estado con su división de poderes, con el sutil mecanismo de facultades y prerrogativas limitadas entre sí, de frenos y contrapesos, de divisiones de jurisdicción; el reconocimiento y el régimen de garantía de los derechos del hombre.... son meros fantasmas; figuras de retórica para suplir defectos de comprensión, impensados restos del viejo espíritu, sofisticación involuntaria de hondos anhelos populares siempre peligrosos para el orden establecido; no nos ligan ya, empiezan a perder sus virtudes de sugestión y suenan a hueco.

La ciencia y la vida—no el derecho—han marchado aquí paralelamente. El último acontecimiento inquietante y lleno de enseñanzas y promesas, que en el campo del derecho público se ha realizado y que es más útil para el mundo mientras es más lejano y menos profundamente conocido, es una comprobación de este aserto.

El bolchevismo no es sino el socialismo científico con el reactivo de Schwartz, según una buena frase parcialmente acertada.

Y en efecto, la crítica tenaz que los economistas hicieron y que fué lentamente secundada por la gran mayoría de los pensadores y aun por algunos juristas, sostuvo y secundó el movimiento obrero tantas veces engañado y desorientado, hasta llegar, pasando por los conflictos transitorios de paros y huelgas y por organizaciones primitivas, a cristalizar, (un poco ásperamente en verdad) en un movimiento de renovación integral y no paulatina de los diversos aspectos de la constitución social.

No es posible aventurar un juicio definitivo sobre este movimiento que sólo conocemos a través de calumnias y exageraciones favorables y contrarias a sus fines y a sus procedimientos; pero al menos, podemos decir de él que constituye una experiencia utilizable en lo futuro y un enorme conjunto de sugestiones que nos son inmediatamente útiles, llevándonos a pensar en la posibilidad práctica de realizar viejos anhelos y haciéndonos ver claramente las causas que motivan la deficiencia e iniquidad esenciales al Estado y a la organización social del presente.

Muchos años antes de esta dolorosa revolución rusa que atemoriza al "estatismo" burgués reinante en el mundo, con la aparente destrucción de los dos conceptos gemelos: Autoridad y Propiedad, en que él apoya su existencia y su funcionamiento organizando la arbitriaridad, si puede decirse así, algunos hechos como la formación de los sindicatos de funcionarios y la posibilidad de exigir responsabilidad civil del Estado por actos de sus agentes, iniciaron la honda transformación política que acabará por romper los moldes constitucionales de ahora.

Las transformaciones del derecho político, encuentran resonancia en el derecho privado, sustrayendo de su acción grandes ramas legislativas y originando la formación autónoma de nuevos cuerpos legales. Así el contrato de prestación de servicios, reglamentado por unos cuantos artículos del Código Napoleón, ha sido arrebatado ya al derecho civil y constituye ahora el objeto de una inquietante disciplina jurídica moderna: la legislación industrial.

El estudio de esta nueva rama legislativa proporciona asombrosas conclusiones al jurista.

Apenas iniciada la legislación industrial, se ha manifestado una multitud de problemas tan graves y tan numerosos como los del viejo derecho civil y es interesante advertir como la reconocida sutileza jurídica no los había descubierto antes.

El fenómeno se explica fácilmente. Una vez obtenida la declaración de los derechos del hombre, su efecto sugestivo fué maravilloso y paralizó el desarrollo jurídico.

La igualdad humana y la libertad de trabajo, puestas como base de la organización jurídica, "prolegómenos de todo derecho futuro", cautivaron a los juristas y aún al pueblo y constituyeron la venda que les impidió ver—a los primeros, sobre todo—que el postulado afirmado formal y generalmente por la ley no estaba realizado aún en la práctica.

¿A qué pensar en legislar sobre el contrato de trabajo? ¿A qué una legislación protectora de ciertos individuos, de cierta clase social, si la legislación reconocía ya y admitía como principios esenciales, la igualdad y la libertad?

Un fenómeno idéntico se advierte en otras muchas cuestiones jurídicas y ha sido menester que el pueblo, los comerciantes, en general los directamente interesados, *sintieran* que, a pesar del texto legal, no existían en la práctica las ventajas y la organización enunciadas y reconocidas en la ley, para que los juristas ocupados en una labor de desarrollo interno del derecho, volvieran su actividad al exterior.



El optimismo económico de principios del siglo XIX, fué discutido por los filósofos en nombre del principio moral que él negaba; de entonces acá—a pesar del materialismo histórico—el problema social no puede ser ya considerado como del resorte económico únicamente. Moralistas y Juristas deben ocuparse de él, reivindicando para sí el estudio de las numerosas cuestiones que los economistas dieron de lado. Pero fué la obra de los economistas doblemente útil para la evolución jurídica: por una parte, marcó a la obra legislativa nuevos derroteros—ya iniciados con la supresión de las leyes en contra de la usura—y, por otra, el confortamiento de los postulados jurídicos obtenidos racionalmente, con la realidad económica, desvirtuó la construcción escolástica de la escuela liberal, introduciendo un fer-

mento pragmático en esa enorme y aparentemente inquebrantable cadena de sorites que es el derecho.

De Juan Jacobo a Laurent, el desarrollo jurídico—así en derecho público como en privado—es el desarrollo interno, puramente deductivo, silogístico, de un postulado central lapidariamente expresado ya por los romanos; pero absolutamente formal, vacío de contenido, vago y deforme en su cambiante connotación.

Y cuando la organización jurídica fruto de este desarrollo—no diferente, en el fondo, al desarrollo de la época anterior de los juristas-teólogos—se puso en contacto con la verdad social, con la realidad económica, sobrevino el fracaso.

Los derechos absolutos de libertad y de propiedad, lógicamente ilimitables, base de toda organización, anteriores y superiores al hombre y a la sociedad, resultaron de hecho inexistentes.

La libertad contractual—trinchera última del liberalismo—es imposible y absurda en la vida.

El derecho de propiedad—teóricamente perfecto y fundamental—es, en la práctica, un mito para una inmensa porción de la humanidad, y en vez de constituír la guarda y la manifestación segura de la individualidad, es un factor contrario a ella.



Se llegó a reconocer así "l,affreux sophisme" de Rousseau, según dice Duguit—y empezamos a darnos cuenta, también, del espantoso sofisma de Laurent cuyo "Legislador" omnisciente, ha llegado a constituir—para algunos de nosotros, al menos—una verdadera obsesión.

Paralelamente a las transformaciones legislativas y de la práctica jurídica que ha impuesto paulatinamente la vida, se inicia la evolución interna del derecho.

La filosofía del derecho y la teoría general del derecho, ante la experiencia, revisan sus postulados y comienzan a dudar de su más firmes verdades.

Como al optimismo económico sucedió un período de crítica tenaz desde el punto de vista puramente científico, tanto como desde el punto de vista utópico, al optimismo jurídico y a la filosofía clásica del derecho, sucede una era de escepticismo, naturalmente motivadora de una revisión de valores.

Primero, el positivismo abrió grandes brechas en la vieja doctrina jurídica; mas no pudo reconstruir lo destruído y aun cuando en sí

mismo signifique ya un progreso, paró en absurdos que todavía hoy impiden la evolución del derecho.

Después, la crítica irrazonada y sentimental de cierto socialismo, rompió en otros lugares los antiguos moldes jurídicos y sobre todo inició una corriente de opinión en contra de algunas instituciones: la arbitrariedad y la irresponsabilidad del poder público, la iniquidad de la sanción del reparto desigual, la injustificable institución de la herencia, la aplastante brutalidad de la patria potestad y de la potestad marital, etc.; pero, como el positivismo, no llevó su crítica a lo hondo del problema, fué una embestida superficial, y por ende, no logró destruir el viejo organismo ni sustituyó las instituciones derribadas.



Este es el punto en que ahora estamos; los hombres de acción, los hombres de ciencia, los filósofos, los juristas, los literatos, se ocupan de la organización política, están de acuerdo en señalar los puntos criticables de la organización presente; mas no lo están al señalar las causas del mal ni las bases del nuevo orden que vendrá a substituir al que por ineficaz y lleno de crueldades, deseamos abandonar.

Cada día nos libramos de alguno de los viejos conceptos expresados en aquellas grandes palabras que conmovieron a nuestros abuelos: Libertad, Igualdad, Fraternidad, Democracia; porque sabemos que la libertad humana es un mito: ante el fuego de los secretos engranes del mundo económico y social, más poderosos que todas las buenas voluntades particulares; que la democracia es un buen pretexto para afirmar un gobierno de los tontos por los pícaros y que la organización política exterior de las sociedades, de nada servirá para el bien de los hombres, mientras no se modifique la organización interna, la constitución íntima de las agrupaciones humanas.

Las ciencias sociales nos enseñan la existencia de una multitud de fuerzas y de factores que contribuyen más que todas las leyes y todos los gobiernos, a disminuir o a aumentar los dolores humanos, y en el Derecho mismo, en sus orígenes, en su evolución y en sus efectos, descubrimos una nueva multitud de datos antes ignorados.

En la búsqueda de la nueva organización, deberemos tener presentes, como lo ha hecho el eminente Profesor Gèny, las palabras de Shakespeare: "There are more things in haven-and earth-than are dremt off in your philosophy."

MANUEL GÓMEZ MORIN.

LA AMIGA

FRAGMENTOS DE UN POEMA

L'amico mio, e non della ventura.
Dante Inferno.

I

TRAE *en sus manos la madura espiga*
que el divo pan dará y el sacrificio
de su inefable comunión la Amiga.

Vértigo ante florido precipicio
fuí ante su belleza inverecunda,
de donde el vuelo espiritual inicio.

Mi ánima en llanto íntimo se inunda,
y en el albor de mi nocturna pena
discurre aun la materia, sitibunda.

Mayo los campos y las almas llena.
Primavera conoce mi secreto,
y, vaga en mí, su música resuena.

Yo esperaba a la Amada en el discreto
recodo en que mi trágica alegría
trocóse de torrente en lago quieto.

Yo de los mundos cálidos venía
en que la bestia ante sus presas ruge
y tiembla Psiquis cándida en la orgía.

Ronco rumor diabólico, en que cruge
la seda de metálicos reflejos,
de aquellos mundos solitarios truje.

Penas insomnes y tormentos viejos
a amar volvía entre mis libros caros,
murmurando: La amada no está lejos...

Por mares vastos y senderos claros
yo a mi ciudad de la Ilusión volvía:
¡a mi ciudad de los eternos faros!

La Amada del poema no venía...
Dispersa en todo la encontró la suerte...
Y vine a mi olvidada poesía:

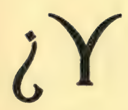
¡Hermana Poesía, en que la muerte
ve lo eterno, la vida eleva el canto
y lo infinito sus raudales vierte!...

Y habló la Amiga en el sublime espanto
de aquella hora férvida: "Soy vida,
"y, como lo fatal, no tengo llanto.

"Amor es fuente nunca poseída,
y vela sobre el tálamo, inclemente,
la lámpara de Psiquis encendida".

¡Mi ánima aun su sacro beso siente:
el extrahumano ósculo que inclina
el sér al propio abismo, en que presiente
ha de surgir la radiación divina!

II



es la venusta frente, a que el Tirreno
cantara sus jocundas barcarolas,
en la que arde el Ideal sereno?

Fraterno ritmo de latinas olas,
eolio són de mitilenias flautas,
su voz difunde entre mis penas solas:

—Huye las naves del deseo. Incautas
viajeras son: sortílegas sirenas
pueblan las noches de sus ebrios nautas.

Ten, como Apolo olímpico, en las venas
incruentas, el ícor de dulzura,
cuando mi amigo beso roce apenas

tu humana, miseranda vestidura.
Fiebre no sea el ósculo en tu boca:
"Amico mio, e non della ventura...."

¿Por qué a mi alma atónita sofoca
con el radiante símbolo? ¿Qué quiere
llorar quizá, cuando el horror evoca?...

Nada responde a mi ánima, que inquiere
en su mutismo súbito.. Se aleja,
se abisma para mí... y acaso muere.

Otoño rosas vespertinas deja
en los fragantes hombros, en que aspiro
vagos aromas de un ayer de queja.

Bebo en su beso délfico suspiro,
y, como el genio, contristado veo
huir su alma en el horrendo giro.

¡La atroz leyenda del Infierno leo!
Y la lágrima íntima resbala
de mi extrahumano, místico deseo,
sobre su alma, que el olvido exhala....

III

VUELVO *a mi Amiga el ánimo transido*
por mal sin paz que al corazón conturba,
y está a sus pies el ánimo rendido.

En su cordial frecuencia nada turba
la llama del espíritu. Su risa
es mi jardín en la extranjera urba.

¡Cómo viene en su voz la luz que irisa
y duerme en tu paisaje hondo y marino,
oh, Monna Lisa, ho vaga Monna Lisa!

Ella, cual tú, no ama; y el destino
quiere que, como tú, bajo el jocundo
gesto, guarde el sereno dón divino.

Su exangüe beso fiel, meditabundo,
mata el sentido terrenal horrendo;
y así su barro triste vuelve al mundo.

Mudo, èn la luz de su ideal tremendo,
de su razón olímpica y suave
la ignorada verdad voy comprendiendo.

Su voz inspira a mi conciencia grave.
Ella de toda misteriosa puerta
doquiera vuelve la segura llave:

—A toda costa el alma en paz abierta;
a todo sér el ánimo tendido,
y a todo corazón la carne muerta.

Sé como pario mármol esculpido,
tú que sangrando estás, bajo las garras
de la Quimera fúlgida dormido...

Yo recuerdo a Academos... Las cigarras
cantan la siesta helénica, y escucho
la platónica voz bajo las parras.

—Amiga, digo, aun en mi alma lucho
con la razón misérrima y exigua
del corazón, en vana ciencia ducho.

Naturaleza mínima y ambígua,
él de su barro triste se depura
en tu feliz esplendidez antigua.

Amor no toca con esencia impura
la veste en que tu ánima se esconde
entre la humana noche de pavura.

Como el maestro al guía que responde,
te digo a tí: Condúceme, maestro.
Y voy contigo, sin pensar adónde,

cual tras aquel del povoroso estro.

LEOPOLDO DE LA ROSA.

AL MARGEN DE LA VIDA

AL margen de la vida, permanecen los que tan sólo buscan el secreto de ella en gruesos volúmenes; al margen de la vida están los que no se apasionan por nada, almas frías, incapaces de sentir, de anhelar y de amar; al margen de la vida, quienes no hallan cómo llenar su tiempo, cómo alimentar su alma, cómo ocupar su mente. Desean algunos justificar la idea que se han forjado sobre el mundo y para ello no acuden a él, sino que se entregan al estudio de libros y libros, mientras el río de la vida corre junto a ellos, y no perciben el olor de las yerbas acariciadas por las ondas aladas, ni sus oídos saben escuchar el murmullo cristalino. Quieren al empezar la vida, conocer todos los secretos, saber de las esencias antes que de las apariencias despreciables o hermosas. Son incapaces de sentir la belleza. Se parecen a los viejos maestros académicos que antes de admirar un cuadro y disfrutar de él, se preocupan por definir exactamente lo que es la belleza abstracta, y cuando acuden a las obras de arte sus ojos cansados no pueden disfrutarlas ya. Son los inteligentes, los simplemente inteligentes, cuyo corazón se ha atrofiado. No palpitan sino rara vez en una hermosa tarde, al contemplar el sol poniente, y no tienen el valor de amar la vida como es, único heroísmo verdadero, según la frase justa de Romain Rolland. Amar la vida como es... Yo no he encontrado mejor regla para poder entregarme a mi tarea y estudiar a los hombres y hacer por entenderlos.

¡Qué importa que la vida nos arrastre por senderos que anhelaríamos no recorrer nunca! Siempre hallaremos cómo evitar los pequeños escollos que presenta y hacer lo que deseamos realizar. Si no podemos elegir el río por donde boga nuestra barca sí podemos evitar que encalle en algún banco, que las ondas la hagan azotar en peñascos agudos o que navegue a la derecha o se desvíe a la izquierda. Dejémonos llevar por donde el destino nos arrastra, ya que es más sabio que nosotros, y limitémonos a completar su obra. No hay que

oponerse nunca abiertamente a los designios insondables del Hado, sino realizar con tranquilidad serena la tarea que nos hemos impuesto, y desenvolver así nuestra personalidad.

El problema de Hamlet es de adolescencia. Quizás resulta lamentable no haber nacido a tiempo para arreglar el mundo; pero el hecho es que existe y que en él se agita la vida, cada día con mayor intensidad y cada vez reclamándonos más.

¿No nos parece bien? No importa. Así es y así debemos admitirlo. De esta manera es la verdad, y no comenzaremos a ser completos hasta que la sepamos comprender y tengamos el valor de vivirla.

¿Hay algo más absurdo o ridículo que ser por siempre un Hamlet?

Bien lo sintió Shakespeare y por eso lo hizo morir en el momento justo en que era necesario que muriera. Yo no sé qué hubiera hecho de él, si hubiera prolongado su vida.

¿No está bien el mundo? Claro que no está bien; claro que no es perfecto. Solamente un imbécil puede encontrar que los hombres cumplen con su destino; pero no importa; la vida nos reclama, y con supremo orgullo, muy alta la cabeza, hay que cruzar por ella y hacer nuestra labor, contra todos los obstáculos, contra todas las molestias, a pesar de todos los comunes deseos y las vulgares complacencias. Con la cabeza erguida, sin una queja, aparentando plena felicidad aunque el corazón sangre, hay que vivir la vida y hay que amarla. El problema de Hamlet es de la primera juventud.

La vida nos reclama. Ahora menos que nunca quiere que existan *diletantti*. No hay nada más triste que el aspecto que ofrece un *diletantte* de la vida. No sabe qué hacer de su existencia, cómo emplear sus minutos. El mundo sufre o goza, presenta multitud de problemas y de espectáculos, infinitas fealdades y bellezas y el pobre *diletantte* no se da cuenta de ello o no le importa. Nada le interesa, todo le aburre. Lo atormenta el *ennui*.

Anatole France, en uno de sus más bellos libros, afirma que no hay nada más horrible que el tedio; ¡Cuánta razón tiene! Ni la pobreza más miserable, ni el dolor más agudo, ni la tristeza más desesperante son comparables al *ennui*. La verdad de las cosas es que la vida ha sido demasiado cruel con quienes sufren tal dolencia. ¡Se aburren! ¡No hallan cómo llenar el tiempo! La vida ha sido demasiado cruel para ellos, pues no les impone tarea alguna, ni los fustiga con el dolor, ni los abrasa con la felicidad suprema que si dura un instante, ansía la eternidad, *quiere la profunda eternidad.*

Yo me imagino a un *diletantte* de la vida como al pequeño hijo de un millonario en su cuidada *nurserie,* con mil juguetes al alcance de la mano, tan fáciles de poseerse que ninguno se antoja, o como a la pobre de María Bashkirtsev ante los anaqueles de su biblioteca, que le ofrendaban tantos que no hallaba cuál leer. Tal vez en uno de estos hombres sí puede perdonarse el suicidio. La vida no los ama, la vida no los odia, la vida los arroja con desprecio lejos de sí.

Un pesimista sufre y analiza las causas de su pena y el pesimismo entonces es creador.

—¿Qué diría un pesimista si lo ahorcaran?—pregunta Leónidas Andreiev. Ya sabemos nosotros lo que un pesimista diría entonces. Gracián ha respondido por todos:

—Oh vida, no avías de començar; pero ya que començaste no avías de acabar.

Al pesimista la vida lo azota; pero al atormentarlo lo obliga a vivir, como el amar al optimista lo hace vivir también.

Buscar el secreto de la vida en gruesos libros... Así lo hacen algunos y así permanecen siempre al margen de la vida. También la vida ha sido cruel con ellos. El secreto de la vida está en la vida. Nos lo revela poco a poco, si nos dejamos guiar por ella. La vida nos muestra todos sus accidentes, su apariencia bellísima al principio, y poco a poco, cual una amante sabia, nos va mostrando todos sus encantos y todos sus secretos, haciéndonos gradualmente comprender la verdad y vivirla, hasta que nos convence, al cabo, de que el secreto y fin de la vida está en vivirla.

—¡Amame y víveme! ¡Este es el secreto!—diríase que grita desde las montañas más altas y las más intrincadas espesuras.

Si los hombres son torpes,—parece musitar a nuestro oído—mira el ejemplo de la naturaleza, mira cómo todo vive, cómo todo se agita y cómo lucen las flores y fructifican las mieses y dejan lo demás al cuidado de Dios. Vive y sabrás que para eso es la vida.

Tal me parece escuchar siempre que salgo a la llanura o que paseo por la arena del mar o las rocas quebradas de los montes.

¡Para qué atormentarnos con palabras huecas y difíciles de pronunciar!

Las palabras abstractas son las responsables de estos tormentos nuestros. Las palabras abstractas y el afán de colgarnos un marbete para clasificarnos convencionalmente como mercaderías.

Nos atormentamos con problemas que inventamos nosotros, que casi me atrevo a tachar de literarios, como lo que se inventa un here-

dero rico que no tiene qué hacer. Sepamos hallar nuestra tarea en la vida y estos problemas, hijos de la impaciencia y la costumbre, desaparecerán de nuestra vida, porque nosotros los hemos inventado. Sí, son problemas que inventamos nosotros; ¿Si *todo* en la materia es accidente?, ¿si nosotros no podemos conocer nunca?, ¿si nosotros no podemos percibir sino una apariencia limitada de las cosas?, ¿si es absurdo intentar clasificarnos?

Por eso la única filosofía posible es la que nos da la misma vida, la de fuerza y amor de algunas religiones, de ciertos filósofos moralistas y de todos los grandes poetas que todo lo aman porque todo lo entienden.

¡Querer encontrar el secreto de la vida en gruesos volúmenes...! ¡qué absurdo! ¡Como si la vida fuera un producto lógico y frío, ordenado y mezquino de la mezquina inteligencia humana!

Córdoba, Ver., 3 de diciembre de 1919.

XAVIER ICAZA, JR.

UN BELLO EJEMPLO

INMENSA resonancia ha tenido en el mundo artístico el *Festival Mahler* celebrado en Amsterdam con motivo del jubileo de Willem Mengelberg, director de los conciertos de la institución *Concertgebouw,* durante los últimos veinticinco años.

Mengelberg es en Holanda tan conocido como el mismo Príncipe Consorte. Nada de extraño tiene, pues, que durante las dos semanas dedicadas a festejarle, toda la vida de Amsterdam se concentrase en un solo punto: Mengelberg y su orquesta de la *Concertgebouw.* Fueron días de grandes emociones para el célebre director: la ciudad engalanada; los tranvías adornados con banderas; los retratos de Mahler y Mengelberg en periódicos, revistas, folletos, tarjetas y botones; los mil detalles, en fin, con que un pueblo sabe agasajar a sus ídolos. Y bien, nos preguntará algún lector mexicano poco enterado de cosas musicales: ¿ese señor es general? No, señor; afortunadamente existe todavía un país cuya cultura permite glorificar a un héroe que ostenta como única arma una débil varilla de madera y como gloriosas jornadas las audiciones en las Salas de Concierto. Y ese héroe es Mengelberg.

Llegó a Amsterdam hace veinticinco años y conquistó desde luego la admiración del culto público de la *Concertgebouw* (institución musical importantísima que cuenta con una espléndida Sala de audiciones, una orquesta de 150 músicos, una sociedad coral, etc.), interpretando con maestría el V Concierto de Beethoven. Artista infatigable, lleno de fe y entusiasmo, supo comunicarlo a sus compañeros y bien pronto formó la agrupación que actualmente es una de las más notables orquestas del mundo.

Los clásicos, los románticos, los modernos, todos los autores han

encontrado en Mengelberg un intérprete inteligente de clarísima comprensión y temperamento bien equilibrado. Estas cualidades, a las que habría que agregar su laboriosidad increíble, la fascinación que ejerce sobre sus subordinados, una gran energía puesta al servicio de su voluntad dominadora y el conocimiento profundo de las partituras que interpreta, le colocan en un altísimo puesto como director de orquesta.

Para celebrar el jubileo del gran conductor, los directores de la *Concertgebouw,* quisieron facilitar a Mengelberg todos los medios para organizar grandes conciertos, dignos de su nombre y del prestigio de la institución. Mengelberg, aprovechando los elementos que tan generosamente se le brindaran, acometió la titánica empresa de exhibir íntegra, la obra sinfónica de Gustavo Mahler, su amigo desaparecido.

Tres lustros hace que Mengelberg, con tenacidad poco común, se dedica al noble apostolado de propagar la música del maestro checo, tan poco estimada todavía. Mahler, el más grande sinfonista después de Beethoven, permanece aún desconocido para la inmensa mayoría de músicos y *dilettanti.* Pero en Holanda, gracias al esfuerzo de Mengelberg, las obras de Mahler son bien conocidas y apreciadas. ¿Este culto del director por la obra del Sinfonista está justificada? ¿La música de Mahler es digna de la devoción de Mengelberg? Tales preguntas se ocurren cuando comprobamos con extrañeza que la gloria del autor del *Canto de la Tierra* casi no ha traspasado las fronteras germanas. El espíritu latino, amante de la ponderación, de la armonía y de la claridad ¿no se amolda a las creaciones desmesuradas y profundamente simbólicas de Gustavo Mahler? ¿Todavía no ha llegado el momento en que las gigantescas Sinfonías afirmen su imperio en el mundo? Tal vez el huracán sangriento de los pasados años de guerra ha retardado el triunfo definitivo del músico genial y, como en el caso de Ricardo Wagner, la indiferencia de los públicos latinos por sus obras se torne más tarde en ferviente admiración. Por ahora, Alemania y Holanda, en virtud de los trabajos de vulgarización de la obra de Mahler, emprendidos por Oscar Fried, Bruno Walter y Willem Mengelberg, han aceptado en sus festivales más significativos, la música del maestro bohemio.

Y ya que hemos hecho referencia a Mahler y su música, creemos pertinente, dado el desconocimiento que en México existe acerca de la personalidad de Gustavo Mahler y sus obras, consagrarle unos breves apuntes.

Mahler nació en Kalisch, Bohemia, el 7 de julio de 1860. Desde su más tierna infancia demostró una rara afición por la música. A los cuatro años de edad tocaba algunas marchas militares en una *Concertina* que sus familiares le habían regalado para su diversión. A los ocho, era ya alumno de piano; pero las lecciones hubieron de suspenderse porque el alumno prestaba poca atención a los estudios. A los quince, le encontramos en Viena, estudiando bajo la vigilancia del profesor Epstein, quien aseguró al padre de Mahler que su hijo *había nacido músico* y que *en este caso, estaba seguro de no equivocarse* (1).

Además de los estudios musicales emprendidos en el Conservatorio bajo la dirección de Epstein (piano), Fuchs (armonía) y Kreen (composición), Mahler asistía como oyente a los cursos de filosofía e historia y a las lecturas de Bruckner, en la Universidad de Viena. Al mismo tiempo que nutría su espíritu con lecturas de Kant, Schopenhauer, Fechner, Lotze y Helmholtz, su emotividad se afinaba con las obras de Goethe, Schiller y los románticos, entre los cuales Hofmann y Jean Paul eran los preferidos, sin olvidar a Dostoiewsky, cuyas novelas psicológicas le atraían especialmente.

Con este bagaje de conocimientos, comenzó a desarrollar su talento de compositor. Después de una Sinfonía *Norther* (perdida) vino una ópera *Los Argonautas,* ejecutada a medias. La *Canción lamentosa* es la única obra juvenil de Mahler que conocemos, aunque no en su forma primitiva.

En 1883 comienza Mahler su carrera de director de ópera. Primero en Olmütz y Cassel, con modestas compañías; más tarde en Praga, en cuyo teatro exhumó el *Don Giovanni,* de Mozart, presentándolo con inusitada perfección, tanto en la parte vocal como en la orquestal y decorativa. En 1888 aceptó un contrato para dirigir la ópera de Budapest. Al hacerse cargo de su nuevo puesto, todo lo encontró desorganizado: los artistas, las finanzas, la orquesta.... Pero el carácter indomable de Mahler, todo lo venció; y en poco tiempo los húngaros contaron con espléndidas representaciones de las óperas de Wagner y de los más notables compositores de esa época.

Hamburgo, fué, después de Budapest, el centro de las actividades del infatigable director. En ese puerto Hans von Bülow le colmó de atenciones y en 1894, a la muerte del gran pianista, acaecida en el

(1) Dr. Paul Stefan—*Gustav Mahler Eine Studie über Personnlichkeit und Werke.* 1920.

Cairo, Mahler le sucedió en la dirección de los conciertos de la *Sociedad Amigos de la Música de Hamburgo.*

Estos trabajos no le impedían desarrollar su inagotable energía en la preparación de las óperas que se representaban en el *Teatro de la Opera de Hamburgo,* por cuyo escenario desfilaron en esa época multitud de obras antiguas y modernas, entre las cuales podemos citar *Freischütz, Tannhauser,* el *Demonio* de Rubinstein, *Eugenio Oneguin* de Tschaikowsky, *Djamileh* de Bizet, *Falstaff* de Verdi, *Apotheker* de Hadyn, *Dalibor* de Smetana, *Attaque du Mulin* de Bruneau, *Columbus* de Franchetti, *Manon* y *Werther* de Massenet, etc.

De Hamburgo pasó Mahler a Viena, como director de la Opera. Jamás ningún teatro alcanzó mayor propiedad en sus representaciones que el de la Corte austriaca, bajo la jefatura de Mahler. *Cuando Mahler dirige* —dice un escritor de la época— *cada compás gana en interés y adquiere nueva vida.*

Diez años permaneció Mahler al frente de su falange artística, agotando su caudal de energía en los ensayos minuciosos de las partituras, en los detalles del vestuario y decorado, en la dicción de los cantantes. En 1907 fué contratado para dirigir algunas óperas y conciertos en Nueva York. A su regreso a Europa, su organismo debilitado por una vida de trabajos incesante y de actividad extraordinaria, comenzó a declinar rápidamente. Y el 18 de mayo de 1911 moría Gustavo Mahler en un sanatorio, cerca de Viena.

Increíble parece, al repasar la vida de constantes luchas de este gran director, que en medio de esa vertiginosa y brillante carrera haya realizado, como compositor, otra tarea más trascendental e importante: la creación de obras de proporciones colosales, sin precedente en la historia de la Sinfonía. ¿Cómo pudo este genial visionario emprender tales trabajos sin la tranquilidad de muchos años que demandan sus desmesuradas proporciones y la profundidad de las ideas? Este hombre diabólico, sin embargo, como los brujos en los cuentos fantásticos, durante los meses de descanso, en el verano, creaba con estupenda rapidez una música caldeada por inspiración crepitante, arrolladora como la corriente de lava de un volcán en erupción.

Y así, en los meses calurosos del estío, en la calma de las florestas de Toblach, el mago de la orquesta trabajaba con ardor para *descansar* de las fatigas acumuladas durante las temporadas de ópera.

Mahler abordó sólo dos géneros: el *lied* y la *sinfonía.* De los primeros, la colección *Des Knaben Wunderhorn* y los cantos titulados

Kindertotenlieder muestran el lado afectivo y paternal del compositor y son los más estimados.

En cuanto a la obra sinfónica, he aquí la lista completa de las grandes creaciones:

Canto lamentoso para soprano, contralto, tenor, coro mixto y orquesta.

Sinfonía núm. 1 para grande orquesta.

Sinfonía núm. 2 para grande orquesta, coros y contralto.

Sinfonía núm. 3 para grande orquesta, coros de mujeres y niños y contralto solo.

Sinfonía núm. 4 para grande orquesta y soprano solo.

Sinfonía núm. 5 para grande orquesta.

Sinfonía núm. 6 para grande orquesta.

Sinfonía núm. 7 para grande orquesta.

Sinfonía núm. 8 para grande orquesta, dos coros mixtos, coro de niños y siete solistas.

El Canto de la Tierra, Sinfonía para tenor y contralto (o barísolo y orquesta.

Sinfonía núm. 9 para grande orquesta.

La brevedad de estos apuntes nos veda entrar en un examen más o menos minucioso de estas gigantescas obras. Mahler acumuló en ellas todos los elementos de que puede echar mano un compositor para obtener los más variados efectos. Las voces se mezclan a los instrumentos, a las campanas, en los emocionantes pasajes en que el compositor canta el Himno de la Redención, como en la segunda Sinfonía. En esta obra habla el hombre. En la tercera Sinfonía, habla la Naturaleza. Los árboles, los pájaros, las piedras, el Alma de la Tierra se levanta en un grandioso esfuerzo del compositor. *Lo que me dicen las flores y la pradera,* se titula otra parte de esta Sinfonía. En el final se mezclan las palabras de Zaratustra con los cánticos jubilosos de los ángeles y la voz de la contralto, arrepentida de haber infringido... los diez Mandamientos! Un estupendo *Adagio* cierra gloriosamente la obra. Y así, en sus creaciones extrahumanas Mahler asciende hasta la cima en la Octava Sinfonía, cuya interpretación demanda *mil* ejecutantes. Esta obra, síntesis colosal de la inspiración mahleriana, habría bastado para inmortalizar el nombre de su autor.

Willem Mengelberg, pues, con toda justificación eligió las sinfonías de Gustavo Mahler para celebrar su jubileo en Amsterdam. Sus admirables dotes y la vieja amistad que le ligó al compositor, le autorizan a ostentar el título de apóstol de la música de Mahler.

Si musicalmente el jubileo de Mengelberg puede considerarse co-

mo la nota artística más importante del presente año, socialmente, esos festines líricos tienen una gran significación. Músicos notables de diferentes países se estrecharon fraternalmente las manos, olvidando los viejos rencores de sus pueblos, ante la grandeza de Mahler y la abnegación de Mengelberg. Fué la celebración de la paz entre los músicos. Arnold Schoenberg, Florent Schmitt, Schmüller, Casella, Kreutzer... todos: franceses, alemanes, italianos, austriacos, rusos, escandinavos, americanos, unidos por un nuevo vínculo de cordialidad, constituyeron una sociedad para propagar la música de Mahler. Por su parte, el pueblo holandés secundó con verdadero entusiasmo el esfuerzo de Mengelberg, dando un ejemplo de cultura colectiva bien raro en los tiempos que corren.

Holanda ha demostrado en esta ocasión que sus hijos conservan aún intacto el amor a las bellas artes que impulsara a un panadero, en el siglo XVIII, a pagar 600 florines por una figura pintada por Vander-Meer, de Delft, según refiere Taine.

Para honrar al gran director, se ha cambiado el nombre de la calle cercana a la *Concertgebouw*, por el de *Mengelberg Straat*.

¿Sabremos aprovechar algún día el bello ejemplo de alta cultura que Holanda nos presenta?

Hay un detalle consolador: hace pocos días que los vecinos de la barriada de Peralvillo descubrieron, en medio de la tumultuosa alegría popular, la placa de una nueva calle en la que se lee:

CALLE DE BEETHOVEN.

Este homenaje al gran músico es, en efecto, consolador.

MANUEL M. PONCE.

EL PAPAGAYO DE HUICHILOBOS

A. Mariano Silva

CUANDO el Duque de Ayamonte me nombró bibliotecario de su ilustre casa, creí que mi vida iba a deslizarse tranquilamente en los bajos de su palacio de Madrid; y hasta vi en lontananza la publicación de varios trabajos de índole histórica, que desde hacía muchos años codiciaba, y los cuales, sin embargo, permanecen inéditos, su mayor parte todavía dentro de mi tintero. Todo lo contrario de lo que yo esperaba, el magnate resultó ser un investigador incansable, y mientras él dedicaba largas horas a explorar en los archivos de la Corte, me enviaba a menudo en busca de documentos a Provincias.

Así fué que en el verano pasado dí con mis cansados huesos en la histórica y hoy muerta ciudad de Alcalá del Valle, en lugar de marcharme, como hubiera deseado, a veranear a la costa. Estaba yo en vísperas de contraer matrimonio, y aunque el sueldo que disfrutaba no era corto, no desperdiciaba medio alguno de hacer economías. Por lo tanto, no quise alojarme en el principal hotel de la localidad, que a pesar de ser malo era caro, sino que busqué más modesta vivienda. Después de recorrer varias fondas, decidí aceptar la habitación que en su casa me brindaba cierta viuda, mediante muy reducido estipendio. Era una pieza humildísima, sin duda alguna, pero limpia como una patena, y lo que más me atrajo fué el risueño aspecto de su balcón. Como soy ignorante en botánica, no podré decir con exactitud qué plantas eran las que tan profundamente lo adornaban, pero me parece que las que crecían en el viejo bote de petróleo eran azáleas, y estoy seguro que había hortensias en una barrica, geranios en varios cacharros desportillados, y no-me-olvides en una lata de sardinas. Desde el interior del cuarto, sólo se veía el muro de la torre de la Catedral, pues la calle que mediaba era sumamente estrecha; pero cuando me asomé al balcón, grata fué mi sorpresa al hallar que había delante del famoso templo una plazoleta con árboles, y que como aquella era la parte más alta de la ciudad, dominaba la vista las extensas y pintorescas vegas del contorno.

Nunca he dormido tan bien como la primera noche que pasé en aquella modesta alcoba. A pesar de haber dejado abierta la ventana, pues lo permitía la temperatura, no sufrí ruido molesto de ninguna especie. Al contrario, creo que me arrulló suavemente el constante y sonoro toque de campanas.

Desperté temprano, como es mi costumbre, y desde el lecho empecé a admirar de nuevo el grato aspecto de mi balcón florido: las hortensias, con sus esferas de azul y rosa; las azáleas y gerânios, con sus variados tonos de rojo y blanco; mas ¿qué era esa flor maravillosa, en el centro de todas, en la cual no había yo reparado la víspera?

Salté del lecho, y vi con sorpresa que no era flor alguna, sino un pájaro que se posaba en el barandal mismo del balcón. Me acerqué con grandísima cautela, por miedo de ahuyentarlo. Al principio lo tomé por un loro, pero enseguida comprendí que era de mayor tamaño. No intentaré describir su maravilloso plumaje, porque no podría hacerlo. Sólo diré que me hizo la impresión de una joya inmensa, esmaltada con los colores más vivos que puedan imaginarse: verde, azul, rojo, amarillo...

No sé cuánto tiempo permanecí asombrado. Sólo sé que repentinamente experimenté una sensación extraña, una codicia exagerada de poseer tan exótica ave. Sentí lo que debe sentir el ladrón cuando se propone apoderarse de lo ajeno, y me di plena cuenta, en aquellos instantes, de que cometería cualquier crimen, con tal de hacerme con aquel pájaro de rico plumaje. Largo espacio de tiempo permanecí inmóvil, pensando en la mejor manera de llevar a cabo mi intento. El ave movía las alas, que brillaban fantásticamente como abanicos de esmeraldas; y con la certeza de que no podría yo asirla viva, decidí darle muerte. Con la mayor cautela, tomé un grueso bastón que solía acompañarme en mis viajes, y conteniendo la respiración y avanzando unos pasos, le asesté tremendo golpe sobre el ala izquierda, que sonó seco y lastimero contra el barandal de hierro. Cayó el pájaro a la calle, y yo, por lo pronto, no me atreví a asomarme, temiendo que algún transeunte fuese testigo de mi acción nefanda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo; me sentí culpable y avergonzado, como debió sentirse el viejo marinero del poema cuando dió muerte al albatros con su ballesta.

Por fin me asomé. Ni el pájaro yacía en la casi desierta calle ni advertí trazas de sangre en el barandal de la ventana. A poco tuve todo aquello por una alucinación y quedé desconcertado. ¿Sería un preludio de locura?

No pude encontrar en el Archivo de Protocolos de Alcalá del Valle los documentos que el Duque de Ayamonte necesitaba, y el encargado de aquella oficina me indicó que quizá obrarían en el de la Catedral. Provisto de una carta de presentación para el Deán, me encaminé al famoso edificio, y desde el momento que penetré en él, olvidé por completo la misión que me llevaba allí. Del Presbiterio al Coro, y de capilla en capilla, fuí recorriendo el templo y admirando las múltiples bellezas que encierra. Como acontece siempre en los recintos históricos, varios guías se ofrecieron a acompañarme, pero yo los rechacé a todos, deseando saborear a solas tanta obra de arte.

Repentinamente, oí una exclamación de sorpresa y, volviendo el rostro, me encontré cara a cara con el Padre Montero, mi antiguo condiscípulo, a quien no había visto en cinco años. Fungía de Sacristán mayor de la Catedral y llevaba un manojo de enormes llaves, pues era hora de cerrar el templo, para volver a abrirlo a las tres de la tarde. Inútil me parece relatar el gusto que me dió volver a ver a tan buen amigo mío. Convidóme a almorzar y prometió enseñarme él mismo, después, las mil maravillas que poseía aquel Cabildo, y que raras veces se exponían al público.

Sonaban las tres, cuando el Padre Montero y yo empezamos a recorrer el Salón de Cabildos, las sacristías mayor y menor, la clavería, el camarín de Nuestra Señora de las Rosas, el vestuario y demás dependencias. Sólo con enumerar las múltiples bellezas que me mostró se llenaría un volumen; y cuando creí que había terminado mi visita, me anunció con cierta satisfacción:

—Te falta ver lo principal: el tesoro.

Ante una puerta de roble con remaches de hierro, que al principio creí daría acceso a la escalera de la torre, un canónigo nos esperaba, rezando su oficio. Hechas las presentaciones del caso, el Tesorero abrió la pesada puerta de madera, y apareció otra, moderna, semejante a la de una caja fuerte. La abrió a su vez, y enseguida una fuerte reja, que todavía impedía el paso. Pero ni ese aparato de seguridad haría sospechar la riqueza que en aquel aposento se guardaba. Más de una hora permanecimos admirando custodias, cálices, atriles, estatuas, y toda clase de joyas, cuyo interés acrecentaban los eruditos informes del canónigo. Súbitamente dejé escapar un grito de sorpresa. ¡Allí, delante de mis ojos, encerrado dentro de una vitrina y posado en una peana de oro, se hallaba un pájaro idéntico a mi visitante de aquella mañana. Estaba cuajado de esmeraldas, rubíes, diaman-

tes, en fin, de la más rica pedrería que pueda imaginarse; y labrado todo con tal arte, que a primera vista parecía estar vivo!

—Comprendo su emoción, dijo el canónigo. Está reputada esta joya como una de las más notables de que hay noticia. Con decir a usted que el Museo Británico ha ofrecido millones,—así como suena, millones—por ella, se dará usted cuenta de su alto mérito artístico y valor intrínseco. Pero el Cabildo antes enajenaría todo lo que hemos visto que deshacerse de esta incomparable joya. Fué en un tiempo el adorno principal del templo mayor de los aztecas; uno de los conquistadores de México lo arrancó del altar mismo del famoso *Huichilobos,* y lo trajo a Carlos V, quien lo donó a esta Santa Iglesia.

Viendo que permanecía yo estupefacto, quiso que mi admiración fuese mayor, y abrió la vitrina para que examinara a mis anchas aquel portento de orfebrería. Tomó la joya en sus manos, y al acercarla a la luz, para mejor mostrármela, exhaló una exclamación de espanto.

—¡Dios me valga! ¿Qué es esto?

¡El papagayo estaba lastimosamente maltratado en el ala izquierda, como si hubiese sido golpeado con un martillo! Imagínese la consternación del canónigo y del sacristán mayor. En cuanto a mí, sentí como si fuera el autor de aquel atentado y temí que lo revelara mi semblante. Pero mis compañeros estaban demasiado ocupados en examinar el desperfecto para fijarse en mi persona.

—¡Cómo ha podido ser esto! ¿Quién pudo llegar hasta aquí y cometer tan audaz sacrilegio?, exclamaban ambos admirados.

El Tesorero ordenó al Padre Montero que avisase al Deán, y la nueva corrió rápidamente, pues a los pocos momentos acudieron varios canónigos y prebendados, quienes anunciaron que Su Eminencia en persona iría a comprobar con sus propios ojos el inexplicable y audaz atentado.

Mientras se daban los pasos oportunos para descubrir al autor del delito, dispuso el Cardenal Arzobispo de Alcalá del Valle que la maltratada joya fuera guardada dentro de un cofre fuerte que había en el Tesoro, y que hasta nueva orden se suspendieran las visitas del público.

Oprimido por la vergüenza y el temor, me despedí del Padre Montero, y olvidando por completo la búsqueda de documentos que a la Catedral me había llevado, dirigí mis pasos lentamente hacia mi alojamiento.

Renuncio a describir mi estado de ánimo durante el resto de aquel día. Quise rechazar mi constante preocupación por medio de

la lectura, pero dió la casualidad que la única obra que había llevado conmigo era la Historia de Bernal Díaz del Castillo, y ella, lejos de proporcionarme distracción, daba rienda suelta a los más extraños pensamientos. Dejé el libro y salí a pasear por las vegas, hasta el anochecer. Cuando regresé a mi alcoba, me sentí calenturiento y me metí entre sábanas: pero sólo logré conciliar intranquilo y mil veces interrumpido sueño. Recuerdo que aquella noche fuí testigo de los episodios más sangrientos de la conquista de México. Los sacerdotes aztecas abrían el pecho de sus víctimas y arrancábanles el corazón, palpitante aún, para ofrecerlo al terrible Huichilobos, que presidía el Cu mayor... Constantemente se oía el rumor de la pelea y arroyos de sangre por todos lados me cercaban... Retumbó en mis oídos el "triste sonido" del atambor que, según Bernal Díaz, podía oírse a dos leguas de distancia, y desperté excitado. La campana mayor de la Catedral sonaba lúgubremente.

Con la codiciada aurora, recobré la tranquilidad de espíritu. Trabajé todo el día en el archivo de Cabildo, en donde pude hallar los documentos que buscaba, y hasta llegué a olvidar los extraños sucesos de la víspera.

Pero al llegar a mi habitación en la tarde, encontré que me aguardaba allí el Padre Montero. Al verlo, me sentí de nuevo avergonzado y culpable.

—¡Hola! dije, procurando demostrar completa tranquilidad. ¡Cuánto gusto en verte! ¿Quieres que demos un paseo por las márgenes del río, antes de que la noche llegue?

—Rafael, exclamó, sin hacer caso de mi pregunta. ¿Te acuerdas del papagayo de Huichilobos que viste ayer?

—Sí, dije casi como un reto. ¿Se descubrió ya al autor del atentado?

—Eso no sería fácil en tan corto espacio de tiempo. Lo que quiero contarte, puesto que confío en tu discreción, es lo siguiente: Has de saber que Su Eminencia, que es hombre activo, envió ayer mismo un mensaje a la Corte para que viniese en seguida uno de los mejores joyeros y restaurase cuanto antes el desperfecto causado al papagayo. Llegó en el tren del mediodía, y el Deán, el Tesorero y yo hemos ido esta tarde a recoger la joya para entregársela; pero, calcula ¡cuál no sería nuestra sorpresa, al abrir el cofre y ver que el papagayo ha desaparecido! Cómo ha podido llegar hasta allí el ladrón, nadie puede explicarse.

Instintivamente nos habíamos acercado a la ventana, pues la

puesta de sol prometía ser hermosísima aquella tarde. Las gárgolas y demás partes salientes de la enorme Catedral tenían ya perfiles de fuego, y las copas de los árboles de la plazoleta, y hasta las hortensias de mi balcón, empezaban a teñirse de carmín.

Súbitamente, mi compañero dió un grito de sorpresa. Dirigiendo la mirada hacia el lugar que febrilmente señalaba, vi al Papagayo de Huichilobos, a poca distancia de nosotros, posado sobre un saliente de la torre.

—¡Es idéntico!, exclamó.

—No, dije yo, con bastante calma. Es el mismo. Está vivo, pero tiene rota el ala izquierda. Yo mismo se la he roto.

El Padre Montero me miró con extrañeza y vi que sus trémulos labios iban a formular una pregunta; pero en ese momento el ave movió las alas, que brillaron a la luz del ocaso, como si cayera una cascada de gemas dentro de una hoguera, y tendió el vuelo en dirección nuestra. Vino a posarse de nuevo sobre el barandal del balcón. ¡Sí, estaba allí el Papagayo de Huichilobos, al alcance de nuestras manos, y no osábamos tocarlo! Contuvimos la respiración y no nos movimos durante largo espacio de tiempo, fascinados por el inesperado suceso.

Con no sé qué supremo esfuerzo de la voluntad, el Padre Montero súbitamente procuró apresarlo. Pero el ave se le escapó de entre las manos, y tendió el vuelo hacia el Occidente. Yo quedé extasiado, viendo al pájaro alejarse por los aires, lenta y majestuosamente, hasta convertirse en minúsculo punto de luz, hasta perderse en lontananza como si se hundiera con el sol en el horizonte.

Al volver el rostro, advertí que el Padre Montero permanecía inmóvil con la mirada fija en la abierta palma de su mano. En ella brillaban cuatro esmeraldas y tres rubíes de gran tamaño.

EL MARQUES DE SAN FRANCISCO

LA JOVEN LITERATURA MEXICANA

SECCION A CARGO DE

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ

JOSE GOROSTIZA ALCALA.—Llega casi sereno, contemplativo, con aparente tímidez y una ingenua malicia, musitando suave y lento su lírico cantar.

Inquieta perplejidad ahonda el misterio de fe que pone en la mirada avizora por descubrir el oculto latido de las vidas que palpitan bien cerca su monorritmo de angustias, o acompasado y silencioso pide a las mil triviales cosas que atestiguan los infinitos regocijos, las fatigas y las añoranzas, su místico rumor:

En el hondo paisaje se depura
una tristeza del atardecer
y el reloj descompuesto parece una dolida
conciencia de caoba en la pared.

Una pobre conciencia cuya charla
con la vieja cachimba de nogal,
es el agrio murmullo de un postigo
y el recuerdo amarillo de un rosal...

Así es como, sin una clara influencia que ruborice su joven pudor poético, ha escrito Gorostiza Alcalá sus primeros poemas con un hondo sentido de nuestra vida sencilla y clara; y lo noble de esta manera que despunta, es que, continuando una poesía iniciada entre nosotros con gallardía nobilísima hace algún tiempo, sólo toma de ella su profundo y cristalino sentido, y sin extravíos de forma atormentada y torva, sin sorpresas de términos vulgares y sin ocurrir a temas de ofensiva y grosera realidad, dice—confiado y doliente—su sincero can-

tar. Es que no es esta para él una *postura* fugaz de inconciencia artística o incapacidad poética:

Cuenta la Hermana cuentas de rosario
y piensa en el Calvario
del Señor.....
Mas viene en la penumbra vespertina
un extraño temor,
y en el péndulo inmóvil se adivina
la séptima caída de un amor.

Su obra no es exuberante y caudalosa, muy al contrario se encierra hasta hoy en bien limitados términos y es que, a un justo y manifiesto deseo de perfección, que castiga—sañudo y despiadado—se une cierta ostensible rebeldía del término que (acaso) atormenta la suprema aspiración de musicalidad. Todo ello, empero, si así es, fustigará los ya alados corceles decidiendo felizmente la lucha entre la poesía interior que pugna por volar dispersa, etérea, misteriosa y divinamente humana y el dique del severo ritmo que contiene pasajeramente la apolínea vibración.

VUELVO A TI

AMADA, vuelvo a tí como de un largo viaje
con la frente ceñida por un buen pensamiento
y en los ojos ilusos mi ansiedad de paisaje.
Yo soy como un celaje
en las manos solemnes y rústicas del viento.

Y regreso a contar mis horas de fatiga
con esta voz opaca de extrañas lentitudes,
si junto a la ternura piadosa de la amiga
mi dolor es apenas un llanto de laúdes.

Y regreso, divina fontana de inocencia,
a tus nobles rediles,
mientras silban y cantan dos flautas pastoriles
los ensueños remotos y tristes de mi ausencia.

Porque es grato a los hombres reposar su tristeza
en un viejo poniente de labios de cereza
donde hilvana la Vida los hilos de su tul.

Y a la sed del viandante un recuerdo muy vago
es como la ribera cristalina de un lago
azul, azul, azul!

Y así, mientras mi canto más hondo se dilata
al arrullo de lentas penumbras vespertinas,
el amor en sus límpidos surtidores de plata
pondrá la voz y un rayo de luz en sus piscinas.

Pondrá un amor la voz de simples enseñanzas
y la luz de su estrella sobre el dulce regreso,
en tanto por mi boca trémula de esperanzas
despierta la sonrisa lejana de algún beso.

Porque un dolor oculto va conmigo de viaje,
todo pide y anhela descansar un momento.
Esta nube retorna al antiguo paisaje,
y yo soy un celaje
en las manos solemnes y rústicas del viento.

★

GAVIOTA

M*IENTRAS el mar hilvana un pensamiento*
en el azul tan limpio de sus olas,
tú, gaviota de paz, ritmo de viento,
tú la tristeza vesperal inmolas.

Viajas, rizo de espuma, por un lento
camino azul donde se viaja a solas
y miras a las naves del momento
florecer como trémulas corolas.

Alma pequeña y copo cristalino,
tú ves la nave, la ciudad, la estela.....
Mancha de gis en el cristal marino

y en esta soledad única vela:
¿Cómo sabrás de mi dolor divino
si yo mismo lo extraño cuando vuela?

LETRAS FRANCESAS

SECCION A CARGO DE

JAIME TORRES BODET

A PROPOSITO DE FRANCIS JAMMES

Cuando en 1896 escribía Charles Louis Philippe a Henri Vandeputte sus impresiones acerca de Francis Jammes, podía quejarse con razón del orgullo inflexible del poeta. No hubiera entonces imaginado las serias discusiones que sobre sus méritos llegarían alguna vez a suscitarse.

Mr. Pierre Laserre, quien desde mucho antes que Julien Benda publicase "Belphegor" había venido preconizando la necesidad de un retorno al clasicismo, toma ahora entre sus manos robustas (¡y tan ágiles!) la vasta reputación de Jammes y la pondera con una imparcialidad casi implacable.

En el último número del "Mercure de France", Léon Moulin analiza el estudio consagrado por Mr. Laserre a Jammes y lo hace con discreta habilidad y agudo entendimiento. Hubiésemos deseado advertir mayor franqueza espiritual en esas líneas; sentir un vigor más consistente, palpar una más recia musculatura bajo la fina piel del ensayista... Aceptemos, sin embargo, lo que Léon Moulin nos ofrece.

En vez de desmenuzar la obra de Jammes en varias tendencias, preferimos hacer a un lado sus novelas católicas, disociándolas de su labor poética y literaria anterior.

Sólo sinceros elogios podemos tributar a esta primera parte de su producción, sin dejar por ello de reconocer el valor de las objeciones que contra ella establece Mr. Laserre. (1)

(1) Marius André, a cuya pluma delicada y sagaz fué dado formular los juicios poéticos de la MINERVE FRANÇAISE (1919) hacía ya advertir el uso inmoderado que hace Jammes del alejandrino *trimetro* que, si bien da al poema rapidez y flexibilidad envidiables, resulta inadecuado para expresar otro género de emociones o de actitudes.

Aun aceptándolas en toda su amplitud, poco lustre pudieran restar al mérito general de la obra; mérito que resulta sobre todo de la sensualidad maravillosa del poeta. A Jammes no se le lee, se le respira, decía con expresiva y deliciosa frase André Gide a propósito de ALMAIDE D'ETREMONT; es, en efecto, el más natural de los escritores franceses actuales; nada hay en él que pueda representarlo como un *poeta de capilla.*

Si hablo de sensualidad, no debemos entender esta palabra en el estrecho y repugnante sentido que adquiere cuando la pronuncian los labios púdicos de algún puritano candoroso; sensualidad es, en literatura, todo sano intento por expresar la felicidad que recibimos de las cosas. En una virtud poco occidental, demasiado griega para haberse verdaderamente vulgarizado. En este sentido, Homero es profundamente sensual; tan sensual por lo menos, como los cuentos de las Mil Noches y una Noche.

No es sensual el desmedrado escritor que substituye a la existencia multiforme y varia de una rosa el sustantivo incoloro de "flor"; ser sensual, es casi ser poeta, puesto que saber sentir es en el fondo saber adjetivar: virtud difícil que debe hallarse siempre en la base de toda obra maestra. Por esta razón están condenados a tan adversa memoria los neoclásicos de todas las literaturas: porque creyeron que un buen diccionario de Botánica era susceptible de reemplazar al mejor jardín del Universo. Por ventura, Francis Jammes, es un hombre para quien el *mundo exterior existe* según la ingeniosa frase de Gautier. Existe de modo tan decisivo y tan profundo que por momentos parece desvanecerse la fina personalidad del poeta; desconfiemos sin embargo, precisamente entonces es cuando el escritor está más presente en su obra, cuando ha llegado a depurarse al punto de ser como un límpido cristal entre nosotros y el Mundo.

No intentaré defender a Francis Jammes de los ataques que Mr. Laserre dirige a sus novelas católicas; y no lo haré por dos magníficas razones: siendo mi escasa competencia la primera, creo no equivocarme al pensar que la segunda radica precisamente en la benevolencia misma con que él las ha juzgado.

Quiero manifestar en estos últimos renglones la abierta oposición en que me encuentro con Mr. Laserre a propósito de las Geórgicas Cristianas, libro, que a pesar de haber sido premiado por la Academia Francesa, es verdaderamente hermoso. El que se encuentren versificadas en dísticos alejandrinos, carentes de flexibilidad y de elegancia no significa una gran objeción; antes bien, muchos espíritus existen—yo entre ellos—para quienes una de las delicias del poema estriba en esa rudeza exterior del estilo que encierra, como la nuez áspera del coco, dulzor y frescura inalterables.

EL ARTE MUSICAL EN EL MUNDO

SECCION A CARGO DE

MANUEL M. PONCE

Ricardo Strauss va a la Argentina. El ilustre autor de "Muerte y transfiguración" ¿irá a buscar en la soledad augusta de las montañas andinas un descanso para su espíritu fatigado por los largos años de guerra y también por la creación de su última ópera "La mujer sin sombra"? ¿Le llevará al país del Plata algún proyecto artístico-financiero? Es posible que esto último se acerque más a la realidad, pues en Buenos Aires se habla de contratar para el "Colón" la orquesta, coros, vestuario, decorados, cuerpo de baile y dirección de escena del ex-teatro Imperial de Viena.

De todas maneras, la presencia de Ricardo Strauss en la Argentina redundará en beneficio del arte y de los artistas de la República hermana.

* * *

La excelente revista bonaerense "Música de América", abrió una encuesta para saber el número y la clase de obras en que actualmente trabajan los compositores argentinos.

El resultado no pudo ser más halagador. He aquí la lista de compositores que enviaron los datos que solicitaba nuestro estimable colega:

Julián Aguierre: Suite para orquesta *Evocaciones Indias* y dos melodías para piano y canto.

José André: *Trio* para piano, violín y cello y una serie de melodías para canto y piano.

Felipe Boero: *Raquela* drama lírico en un acto y una segunda Suite para piano.

Alfonso Broqua: *La Cruz del Sud*, drama lírico en tres actos.

Joaquín Cortés López: *Trío*, op. 5; Canción Patriótica para coros y orquesta; *Preludio* para orquesta y *Suite* para orquesta de cámara.

Ernesto Drangosch: *Obertura Criolla* para orquesta y cuatro melodías sobre poemas de Amado Nervo.

Pascual de Rogatis: un drama musical en tres actos, de ambiente americano, en colaboración con Vicente Martínez Cuitiño.

Vicente Forte: una serie de preludios para piano, *La Vidalita*, *La Ta-*

pera, A la sombra de los sauces; un poema sinfónico *La Quebrada de Humahuaca* y una leyenda lírica en un acto *Nausicaa.*

Constantino Gaito: *Flor de Nieve* tragedia pastoril y *Los Pajes de su Majestad.*

José Gil: *Cuarteto* con piano y una serie de melodías para canto y piano.

Alejandro Inzaurraga: *Suite* para piano *Por Tierra de Córdoba.*

Luis Le Bellet: *Suite Riojana,* para piano, melodías regionalistas y *La Salamanca,* poemas para orquesta de cámara.

Carlos López Buchardo: *Escenas Argentinas, Suite* para orquesta y *Sonatina* para piano.

Alberto Machado: *Ananké* ópera en un acto; Trío para piano, violín y cello; una *Sonata* y *Variaciones* para piano y *El Nilo,* poema sinfónico.

José Martín Colomb: Poema sinfónico para tenor, soprano, coros y orquesta.

Athos Palma: dos *Sonatas,* una para piano y violín y la otra para piano solo.

Rafael Peacan del Sur: *Madame Chrisantème,* ópera en dos actos.

Carlos Pedrell: "*Cuento de Abril*" sobre asunto de Valle Inclán y dos lieder con poesías de Leopoldo Lugones.

César A. Stiattesi: "*En las Tinieblas*" obra en un acto.

José Torre Bertucci: *Sonata* y *Variaciones* para piano y una serie de melodías para piano y canto.

Floro M. Ugarte: *Saika* cuento de hadas en un acto; *Entre las montañas.* poema sinfónico y un *Cuarteto* con piano.

José T. Wilkes: *Nuit Persane,* ópera en dos actos.

Alberto Williams: un drama lírico (poema y música) la nueva versión del final de su Tercera Sinfonía, con coro de hombres y algunas obras de piano.

¿Y nuestros compositores profesionales? Temerosos de obtener un triste resultado con una investigación semejante, nos abstenemos, por ahora, de hacerla, deseando solamente que el ejemplo de los músicos argentinos estimule a nuestros pesimistas compositores.

* * *

Seguramente que muchos de nuestros lectores no han olvidado todavía los clamorosos éxitos de Pepito Arriola, niño prodigioso que despertaba la admiración y el entusiasmo de los públicos ante los cuales ejecutaba las más complicadas páginas de la literatura pianística. Pues bien, al correr de los años, aquel Pepito de pantalón corto y cabellera larga se ha convertido en el pianista D. José Arriola. Y ya transformado en hombre formal, le encontramos en Buenos Aires tocando en el Teatro "Odeón." Lo triste del caso es que, conforme han pasado los años, el pianista no sólo no ha logrado el perfeccionamiento de su técnica y el desarrollo de su personalidad artística, sino que ha perdido muchas de las cualidades que antaño le proporcionaran infinitos triunfos.

"Música de América", al hablar de José Arriola dice: "Por desgracia, si bien la musicalidad y la intuición existen aún, la falta de método en los estudios, al parecer no muy profundos, la carencia de auto-crítica y de cultura, hacen de este pianista español un buen alumno de Conservatorio, de técnica muy deficiente, que no logra encubrir un efectismo para grueso público."

¡Con cuánta razón el buen Lavignac había escrito las siguientes líneas, al hablar de los niños prodigios!: "... en general, los niños prodigios, flores enfermizas de estufa, no terminan o ter-

minan mal la larga carrera de gloria que las esperanzas y promesas prematuras hicieron concebir; todos esos desgraciados y diminutos violinistas, pianistas y demás, de seis, de cuatro años, producto de una explotación inmoral que los Barnum pasean por el mundo, están destinados a aumentar el montón de músicos mediocres o a desaparecer prontamente del horizonte artístico donde brillaron un día."

* * *

Copiamos de nuestro colega "Música de América": "En un programa de la Orquesta Sinfónica de Nueva York, se anunció la *Procesión del Rocío* del compositor español Joaquín Turina, reemplazándola a última hora por la Obertura de Roi d'Ys de Lalo, lo que no fué óbice para que al día siguiente eminentes críticos de grandes diarios como "The Times". "Tribune", "Post" y otros, analizaran la obra y... maltrataran al autor."

Después de lo que antecede, ¡vaya Ud. a creer en la eficacia de la crítica yanqui!

* * *

Los compositores pobres que no cuentan con elementos para editar sus obras y melancólicamente contemplan sus partituras manuscritas envejecidas en un armario, los autores que han recibido la negativa de los grandes editores; los principiantes que sueñan con su primera obra impresa; los músicos. en fin, condenados a no oír sus producciones jamás, pueden encontrar, gracias a los conciertos de "L'Oevre Inédite" que organiza anualmente "L'Office Musical Français" un público que les estimule y, posiblemente, un editor.

En la última temporada de conciertos, que ha concluído recientemente, se tocaron 280 obras inéditas de 76 compositores, de las cuales, 30 merecieron el honor de la edición. Algunas otras han sido sujetas a una revisión escrupulosa.

No cade duda que la forma en que "L'Oevre Inédite" procede es la más adecuada para estimar la producción musical. ¿Cuántos talentos se revelarán al público en esas interesantes audiciones? ¿Cuántas obras bellas se salvarán de un olvido seguro? He aquí un medio eficaz de alentar a los compositores.

¿Podríamos intentar algo semejante, aunque fuese en pequeña escala?

CRONICA MUSICAL MEXICANA

MORGANA.—Leyenda lírica en un acto, del maestro A. Cuevas.—Una sencilla leyenda bretona dió margen al maestro Cuevas para escribir una música sincera, inspirada en muchos pasajes, correcta siempre.

Una pareja de enamorados se cuentan sus amores a la orilla del mar. El joven pescador y su amada esperan realizar plenamente sus sueños de felicidad. Pero el pescador escucha el canto de la sirena Morgana y, vencido por sus hechizos, la sigue al fondo de los mares, donde en vez de los placeres que ella le ha prometido, encuentra la muerte. En el momento en que el joven se decide a traicionar a su amante, una tempestad se desata en el océano,

desapareciendo en un instante el castillo encantado que la seductora brindara al pescador.

El mar devuelve a la playa el cuerpo inanimado del héroe de la leyenda y la prometida, loca de dolor, desaparece entre las olas.

Este es, en dos palabras, el argumento de "Morgana".

La música, como ya hemos dicho, es ante todo sincera. En vano buscaríamos tendencias modernistas en su factura. Habla el lenguaje del corazón y eso nos basta. En cuanto a la instrumentación, se ve en seguida la mano de un maestro: discreción y variedad en el empleo de los diferentes timbres, combinaciones de instrumentos bien logradas siempre, y, del mejor gusto, uso adecuado de los ruidos.

Nos atreveríamos, sin embargo, a preguntar al autor: ¿por qué la parte de la sirena está escrita en la forma anticuada de *fermatas* y *vocalizaciones?* ¿Una melodía penetrante y simple no hubiera convenido más al carácter del personaje?

De todas maneras, esta simple objeción en nada modifica el excelente efecto que "Morgana" nos produjo. El público recibió, asimismo, con todo cariño la obra.

El maestro Cuevas puede contar como una victoria el estreno de su primera ópera.

Una idea: ya que las dos mujeres de su leyenda llevan los nombres de Morgana y Nina ¿por qué el autor no dedica su obra a la célebre cantante Nina Morgana?

Tal vez con esa madrina la nueva ópera mexicana triunfe en tierra yanqui.

* * *

Bajo la dirección del maestro don Julián Carrillo, la Orquesta Sinfónica Nacional ha reanudado sus trabajos con el aplauso de los amantes de la música sinfónica.

Los primeros conciertos efectuados en el Anfiteatro de la Preparatoria (lugar poco apropiado para audiciones orquestales) se han visto muy concurridos.

Entre las obras más importantes que la Orquesta ha interpretado, figuran, en primer lugar, las Sinfonías VI de Tschaikowsky y III de Saint-Saens y el Concierto en *do menor* de este mismo maestro, que Antonio Gómez Anda, joven pianista de brillante porvenir, ejecutó con su entusiasmo acostumbrado.

La Orquesta, en general, toca discretamente, aunque en los *tutti fortissimo* los metales—que *gritan* furiosamente,—nulifican en absoluto a los instrumentos de arco y a las *maderas*. El final de la Obertura del Tannhauser, es una buena prueba de ello.

El maestro Carrillo hará bien en equilibrar las fuerzas de las diferentes familias que integran la Orquesta Sinfónica, teniendo en cuenta la excesiva resonancia del Anfiteatro.

REVISTA DE LIBROS

SECCION A CARGO DE

GENARO ESTRADA

AGUSTIN F. CUENCA.—*Poemas Selectos*, Biblioteca de Autores Mexicanos, Modernos, México, 1920, en 8o. —Agustín F. Cuenca pertenece a una clase de escritores que, por desgracia, abunda mucho en nuestro país: es incompleto y difuso, tiene rasgos de gran poeta y abundan en él las caídas lamentables. Como en vida no publicó ningún libro, comprendemos dentro de su obra poemas que, sometidos al juicio severo del autor, probablemente éste no los hubiera incluído en un volumen.

Este es para mí uno de los defectos inherentes a esta clase de publicaciones póstumas. Pero bien cierto es, en cambio, que con ellas se contribuye notablemente a salvar de un penoso olvido la memoria y las producciones de los grandes poetas malogrados. Cuenca fué un gran poeta malogrado no sólo porque su vida fué muy corta (1850-1884), sino más bien porque esta vida lo encaminó por senderos y actividades que probablemente no estuvieron de acuerdo con su espíritu.

En el interesante prólogo que encabeza la edición, dice Manuel Toussaint: "La vida de este poeta ofrece un raro contraste con su modalidad artística: Campeón en el periodismo político de una inquieta época de nuestra historia, ¡cuán lejos no se halla de las muelles delicias que canta en sus versos!"

En México, el medio más adecuado de vida para los escritores lo proporciona el periodismo. Y nadie puede negar la enorme influencia que ha ejercido el periódico sobre muchos de nuestros más preclaros espíritus poéticos. Ya bajo la forma de crónicas líricas, ya en el terreno de la política, cual más, cuál menos, nuestros poetas han puesto sus energías al servicio de la Prensa diaria. Recordemos, además de Cuenca, a Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Urbina, etc.

Actualmente, todos los jóvenes se han visto arrastrados por el vértigo de las rotativas, pues en el momento presente la lucha de ideas se recrudece, y su resultado será seguramente un porvenir de mayor justicia, social y políticamente considerado, para nuestra Patria.

No se halla desligada por entero la obra de Cuenca de sus actividades en el periodismo político. De ese mundo que

ni retrocede a los pasados días
ni pára nunca a recobrar aliento,
ni vira en las vorágines sombrías
el timón de su eterno movimiento,

ha recogido el poeta una cordura grave y discreta que coloca su arte no en el fondo de enmarañada selva inaccesible, sino en la cumbre cercana, desde donde se contempla con perfecta serenidad el paisaje propicio o adverso.

Cuenca fué, puede decirse, un escritor post-romántico. Decididamente anuncia una poesía más nueva que la de sus contemporáneos. Gutiérrez Nájera y él tienen muchos puntos de contacto.

Su actitud espiritual hubiera merecido en otros tiempos el epíteto de *aristocrática*. Hoy reconocemos que es *humana*: ¿El orgullo no es una de las manifestaciones de la conciencia del hombre?

E. G. R.

ANTONIO CASO.—*Dramma per Musica*, "Cultura", México, tomo XII, número 5, 1920.—Cuatro estudios musicales y un bello diálogo de Antonio Caso nos ofrece "Cultura" en su último número. Las letras mexicanas están de plácemes con la aparición de este libro de uno de sus más preclaros y conspicuos representantes. Caso, en efecto, con Vasconcelos, Alfonso Reyes y González Martínez asume el más alto papel en el movimiento intelectual mexicano de la época presente. Y muy noble y de mucha trascendencia es su actuación respecto del positivismo spenceriano que se había erigido entre nosotros a la categoría de dogma oficial. Caso, sin embargo, no sólo representa y llena casi totalmente ese patético instante de liberación en la historia del pensamiento mexicano; su acometividad intelectual, tan pujante y tan bella, le lleva a asentar los postulados de una nueva filosofía, la del mundo como economía y como caridad. Y al lado de estos aspectos superiores de la obra de Caso conviene parar mientes en actividades más humildes en apariencia, pero no menos loables para quienes no pierden de vista el bien general y el porvenir del país. Nos referimos a la labor de Caso como maestro de jóvenes, como conferenciante, como sembrador de ideas fecundas. Aun sus amigos íntimos han experimentado su rígida disciplina. Los más lejanos de sus admiradores, los lectores ocasionales de sus libros, han hallado en él un generoso "profesor de idealismo", un luminoso exponedor de las doctrinas eternas, un espíritu simpático en quien hallan un eco grave y profundo todos los problemas del alma humana.

En las páginas del libro a que nos referimos, Caso nos parece como un alto crítico de arte. Con qué precisión alude a ciertas tendencias "disonantes" del arte contemporáneo. "¿Será el arte moderno—se pregunta—un arte caricaturesco el que solamente se exalta lo que nos conmueve como revelación del espíritu? ¿Terminará la evolución del arte romántico en una especie de sistema abreviado de signos de las pasiones humanas que equivaldría en lo estético a la taquigrafía sumarísima de la emoción?" Después de fijar las limitaciones del arte presente en sus más exaltadas y agudas manifestaciones, estudia el autor, con sin igual pujanza de estilo, la aparición de Beethoven, la creación de sus Sinfonías portentosas. Después viene el drama musical, la tetralogía wagneriana, a reflejar en la trama de un mito germánico el misterio del mundo y de la historia.

En el Elogio a Verdi, Caso se pone resueltamente fuera del estrecho círculo de los que profesan la religión de la música con un algo de snobismo, del snobismo que casi todos vamos insen-

siblemente adquiriendo en fuerza de estudiar desproporcionadamente la cultura teutónica y la mediterránea. El autor se coloca, respecto a Verdi, desde una perspectiva más amplia que la nuestra usual. El autor de *Falstaff* es un acontecimiento europeo y el ensueño de Dante, de Petrarca, de Maquiavelo alienta también en el pecho del gran compositor.

¡Con qué finura de percepción analiza Caso la obra de Débussy! "Jamás se contrae el artista—dice—a los estados sustantivos del espíritu. Interpreta los que James llamó "momentos transitivos" del alma; fugaces momentos que irremediablemente escapan al común de las conciencias. Sabe decir el desfallecimiento del deleite, la intranquilidad del deseo, el asombro del miedo, la insondable morbidez de la muerte. Toma sus datos del corazón humano, y luego los extiende sobre el mundo, sobre el agua, sobre la luz. La realidad *única de la existencia*, en que nada empieza ni termina jamás, forma su dominio embrujado. Es un bergsonismo musical que asiste al espectáculo del sér que se prepara en la sombra, en la penumbra..."

El libro termina con un brillante diálogo en que exponen, en todo su vigor, los dos puntos antagónicos ante la vida, del moralista y del esteta, de acción y de contemplación desinteresada. Por una de las más bellas páginas de Caso diputamos este diálogo en que las ideas aparecen radiantes y misteriosas a conturbar una vez más, como en las antinomias de Kant, a los espíritus que no están ya rendidos al anti-intelectualismo afirmativo.

J. T.

•

ANTOLOGIA DE POETAS MODERNOS DE MEXICO, Cultura, México, 1920, en 8.o—La poesía mexicana que alboreó hacia 1890 con la obra germinal de Gutiérrez Nájera, y que ha logrado su tónica más profunda en *El poema de los siete pecados*, de Enrique González Martínez, está CASI totalmente resumida en la Antología que acaba de publicar la admirable colección de *Cultura*. Pero este CASI nos deja ver el campo vibrantemente real, el santuario del amor doméstico, la iluminación de la Patria, la amargura del pueblo, el estrépito de las batallas, el iris de esperanza formado con vapores de sangre.... La única puerta por donde penetraba en la ideal Leucópolis de nuestros poetas el eco de las realidades inmediatas de la Nación, está cerrada... No hay en el volumen un canto que evoque la sombra de los héroes, el esfuerzo de las generaciones que nos engendraron, el dolor y el ensueño—que son los coeficientes de nuestra perspectiva en la Historia. No hay ni siquiera uno que traiga ecos de estos diez años que nos han dado la angustia de una locura relampagueante. Poesía interior, tenue, irisada, fina como una hebra de luz, trémula como el ala de un colibrí, vágula en su gravedad casi religiosa, cruzada de melodías que se apagan entre los tules del ingenio y las sedas de la discreción. Poesía que no cobra vigor sino para expresar los tormentos metafísicos. Poesía que transpira excelsitud y que deja advertir, como a través de cendales, una representación gris y algo triste del Universo. Poesía profundamente bella y como elaborada en la soledad de una torre. Poesía, en fin, que es ya una victoria contra el tiempo y contra el espacio... He aquí lo que hay en el volumen.

¿Son éstas las virtudes conspicuas de la lírica moderna de México? Sí. Por un contraste singular—en el cual reside, acaso, uno de los encantos con que este país nos embriaga—cuanto más

ruge la barbarie medioeval que nos está circundando, más se aguza y brilla la medioeval delicadeza de nuestros cantores. Una anécdota que se divulgó con rara presteza en los cenáculos de la capital, y que no es invención de mi fantasía, fija este contraste y le da relieves casi humorísticos. Bajo los fuegos de la *decena trágica*, y cuando México ardía en las fétidas llamas de la discordia (palacios en ruinas, estatuas patas arriba, muertos podridos en las calles, estruendo de cañones y fusiles, los hilos de la electricidad colgando como lianas tronchadas) el autor glorioso de *La muerte del cisne* cantaba:

Sobre el dormido lago está el saúz que (llora...

Una bala, que parecía tener enemistad personal con la Musa, penetra por la ventana, rompiendo los cristales, y el poeta se ve obligado a retirarse a un paraje repuesto. ¡Por encima del dormido lago se oía el agudo silbido del máuser!

Una generación de intelectuales que se aisla de esta manera, que se hunde con deleites morosos en un concepto del Arte—en SU concepto—y que, una vez dentro, no escucha el fragor de las catástrofes preñadas de ideal que revientan en la superficie, no puede elaborar sino una rectificación arbitraria de la realidad. Por fortuna, en este caso la rectificación ha sido estética. Y somos los varones estéticos de la poesía continental... Ni Cuba, con la espontaneidad de un corazón que no reprime el entusiasmo como un diamante no reprime la luz; ni Venezuela, estátua de Loth que se vuelve hacia la viña de sus antiguas embriagueces de gloria; ni Colombia, de alma contemplativa y férvida; ni la remota Argentina, suntuosa y llena de ímpetus—han logrado emularnos en los frutos de la lírica actividad. ¡Nosotros llevamos la antorcha!

* * *

"No es posible sustraerse a la admiración que causa la grandiosa perspectiva de este libro"—dice el preludium de la Antología. Y es verdad. Sea cual fuere la evolución de las bellas letras y el tono de la melodía del mundo que los poetas hayan de modular, la lírica mexicana de estos seis lustros quedará en la literatura de América como un monumento clásico por lo que tiene de pausada elaboración, de seguridad técnica, de aportes en materia de ideología unilateral y en formas estatuídas.

Mas no por lo que tiene de fidelidad como reflejo de la vida de un pueblo en formación y de una época en zozobra. Un pueblo tan idealista y tan tumultuoso, tan trágico y tan ferviente, tan débil todavía y, sin embargo, tan cargado de responsabilidades históricas. Los hombres que cantan hoy en México entroncan directamente en el Imperio del General Díaz. Por eso su canto es imperial, es porfirista. Proceden como si la Patria estuviese aún "al cuidado" de don Porfirio... Han restringido el horizonte a la Musa... Aunque esta afirmación pueda parecer en pugna con cierta *verdad* troquelada hace días y que anda por ahí como una moneda que nadie discute, están alejados de la Naturaleza. Sus árboles son espectros de árboles. Sus nubes, sombras de nubes sobre el lago crepuscular de sus almas alejandrinas. Sus montañas, montañas copiadas con la cámara Kodak de la imaginación. No quieren darse cuenta del tumulto que les circuye. Con su sangre, su hedor de soldados en marcha, su estrépito vulgar y sus cotidianos alardes de pseudodemocracia, la vida nacional les parece menos digna que las fushias de sus jardines espirituales. Y miran hacia adentro en sublime desquite.

Es verdaderamente singular que en toda la Antología—(220 páginas, 54 poetas, 130 composiciones)—no aparezca ni una vez el nombre de la Patria. Por de contado, los sollozos de angustia de la Revolución, el alba de los nuevos ideales, la voz de la tierra que pide libertad, la esperanza que pugna valerosamente con el sino adverso, las victorias que, como el artículo 27 de la Carta Magna, han conmovido el alma de Hispano-América y rebosan de gérmenes poéticos—nada de ello tiene intérpretes en nuestros apolonidas. No los tiene la visión de la unidad de la raza—la radiante perspectiva de una comunión con el Destino continental para hacer posibles nuevas formas de la vida, para crear un coro humano superior en belleza a cuanto ha conocido la historia del mundo. Ni aun el estrépito de la guerra de Europa conmueve la egoísta serenidad de este libro. Y mientras la Rusia se arranca las entrañas y las arroja en los abismos conflagrados de su gran revolución—la más germinal y augusta después de la Edad Media—los poetas de México escuchamos el suave rumor de nuestras inquietudes metafísicas, el leve fru-fru erótico del traje de la Amada, el coloquio vesperal del Alma con la Naturaleza discretamente estilizada para nuestro deleite.

¡Somos porfiristas!

El extraño fenómeno puede ser explicado, pero no hay quien se atreva a negarlo... Una dialéctica sutil y erudita, como la de Manuel Toussaint, verbi gratia, podría decirnos que en esta desvinculación de las realidades circundantes hay una excelsitud... No discuto yo tales postulados. Afirmo, tan sólo, que la Antología nos revela un México exangüe como las cigarras de los griegos,—un México sin historia, sin héroes, sin esperanzas, sin dolor nacional, sin solidaridades afectivas con el mundo, sin interés por la obra humana, sin repercusiones de la tragedia universal... Un México que no es el que nos da el sustento del corazón. Un México sin embriagueces. Y México sin sus embriagueces carece de integridad y de fisonomía.

* * *

Pero ¿es que realmente no posee hoy el país una resonancia civil en sus liras? No. Es que los críticos que formaron la Antología omitieron aquellos cantos que desentonaban en el coro crepuscular. Pudo haberse incluído en el volumen la magnífica oda de Rafael López a *La bestia de oro*—composición admirable por su entusiasmo, por su técnica, por sus impulsos heroicos, por su elegancia, por su riqueza de sugestiones: composición en que gime y protesta el corazón de toda una raza. Enrique González Martínez (el semidiós de nuestro Parnaso), el egregio Díaz Mirón, el Duque Job, nos dejan poesías contaminadas de humanidad inmediata, no porfirista, no imperial, no cuchicheante en la soledad misteriosa de las noches de luna. Entre la oda a Hidalgo, de Gutiérrez Nájera, y ese desmañado, ese insonoro, ese anémico *Después* que trae el volumen antológico, no parece que pudiera ser la elección dudosa.

¿El por qué de las preferencias que han determinado tales exclusiones? Pues el tono del alma de la juventud literaria de hoy. El amor a lo gris sedante y aristocrático que nos caracteriza tan bellamente, y que el sabio Pedro Henríquez Ureña señaló en cierta ocasión. A partir de entonces ¡ay! nos hemos tornado más grises todavía.

Para concluir: la lírica mexicana

necesita cobrar amplitud, aun sin llegar a los términos de la épica. Necesita dejar francas las puertas del sentimiento para que por ellas penetre el tumulto de la vida—que no excluye esas mediastintas que tanto nos embelesan. Necesita desporfirizarse con una gran dosis de sentido revolucionario.

¿Desplantes pseudo-románticos, resonancias de un victorhuguismo de hoja de lata, efusiones desacordes con el espíritu de nuestra edad? No. Aprovechemos las conquistas que hemos logrado en la técnica. En las formas sutiles, intransigentes y heroicas del arte moderno, pongamos la levadura generosa del amor a la Patria, de la esperanza de los proletarios, del ensueño del mundo. No maldigamos la sutileza del pensamiento: no menospreciemos el matiz: no olvidemos de manera radical el tono blando, semivelado, todo delicadeza y discreción. En fin, no condenemos nuestra lírica: ¡ensanchémosla! Recordemos los valores primarios. Volvamos un poco al *Canto a Teresa* —si no por el artificio de las palabras, a lo menos por la dignidad varonil y humana de los propósitos ideales.

O, fatalmente, nuestra poesía de pasado mañana no será sino mera rutina con respecto a la de hoy. Y entonces la posteridad la repudiará. La posteridad llama simple retórica lo que no está nutrido con sangre.

Pero todo esto pertenece al futuro, y su reflejo corresponde a quienes hayan de formar, tiempos adelante, las nuevas Antologías. Los que reunieron los materiales de la que sirve de motivo a esta nota, no podían descubrir en nuestra lírica tonos que ella no tiene—o que tiene excepcionalmente. Ellos han cumplido una labor digna de los más vivos y entusiásticos parabienes. Ellos han resumido en su libro CASI completamente lo mejor y lo más característico de nuestras canciones de hoy.

RICARDO ARENALES.

AGUSTIN BASAVE.—*Viejos Temas*. (Guadalajara, Imprenta de Jaime, 1920), en 12o.—Los viejos y conocidos literatos que en Guadalajara mantenían vivo el culto apolíneo han cedido el campo, evidentemente, a un grupo de jóvenes, entre quienes creemos distinguir como el mejor y más seriamente preparado, a Agustín Basave. Es él quien en Jalisco difunde con más inteligencia las nuevas manifestaciones de la cultura, ya desde la dirección del colegio del Estado, ya en las columnas de la prensa o bien en los libros que está produciendo su pluma entusiástica. Los demás escritores de Jalisco, muchos de ellos que alcanzaron ya valiosa reputación, encuéntranse ahora en la Capital de la República, en donde hace tiempo que se les considera desligados de su primitivo ambiente: tales son González Martínez, López Portillo, Puga y Acal y González Peña.

La nueva *plaquette* de Basave puede considerarse como un estimable ejercicio de elegancias espirituales. Son leves motivos de suave emoción, breves y dulces como un sorbo de vino de Lesbos, gratamente decorados con epígrafes, que no por rancios en las obras maestras, dejan de ser siempre agradables y confortantes. La edición es todo lo precisa que puede lograrse en la provincia y especialmente del simpático esfuerzo de Mecenas que está desarrollando el impresor Fortino Jaime.

Nota:—Sólamente se informará en esta Sección de los libros que los autores o los editores remitan a "México Moderno".—Las notas sin firma deberán ser atribuidas al encargado de la Revista de Libros.—G. E.

CON EL CORAZÓN ANGUSTIADO

A veces pienso escribirle:

"Ven a hablar conmigo, no para confiarte, si así lo deseas, sino para sentir que vives en mi amistad, más clara que el amor.

"Te dejaré caminar sobre mis entusiasmos. Consolarás tu pena...

"Pondré mi alma entre tus manos, con el perfume de sus mejores días.

"Ven a comer conmigo. Estaremos solos, sin la compañía del pecado, en un paréntesis de luz."

Y agregar esta posdata:

"Ni flores, ni coronas funerarias."

Pero no le escribo por tener que buscar su dirección y formar su apellido. Hay en él tres consonantes: w, r y d. ¿Con qué vocales estaban antes engarzadas en mi corazón?....



SÍNTESIS

Su encuentro.

Una tarde de México, en la que vi volar desde la ventana mis mayates de divino color, apoyar las alas ruidosas en los hilos gruesos del sol, elevarse, revelar la sencillez extremo-oriental a un hijo apasionado del pueblo....

Todo porque ya la había encontrado.

F. OROZCO MUÑOZ.

Bruselas, 1920.

FANTASÍA DEL VIAJE

(Del próximo libro "Huellas")

Yo de la tierra huí de mis mayores
(¡ay de la casa mía, grande, única!)
—Cardos traje, prendidos en la túnica,
al entrar en el valle de las flores.

Llegué hasta el mar: ¡Qué música del puerto!
¡Qué feria de colores!
No lo creerán: ¡si me creyeron muerto!
¡Ay, mi ciudad, mi campo aquél sin flores!

He visto el mar: ¡Qué asombro de los barcos!
¡Qué pasmo de las caras tan cobrizas!
—¡Los ojos, viendo el mar, se tornan zarcos,
y sueñan en banderas hechas trizas.

¿Y el marinero aquél, hijo de Europa
(¡ay, ubres de la loba, ay ubres!)
que ostentaba, acodándose en la popa,
los brazos recamados de mayúsculas azules?

Yo iré por mis natales caseríos
como una fatalidad.
¡Ay, montañas, árboles, hombres míos:
he visto el mar!

Lo grabaría yo sobre la seca
madera de mis árboles nativos;
lo gritaría en la casona hueca,
para oír resonar sus ecos vivos:
¡he visto el mar!

Lo diría en la polvorosa calle
de mis aldehuelas, de aquellos pueblos
cálidos, donde el aire del ventalle
se lleva las palabras en sus vuelos.

¿Quién lo creería de los viejecitos
que cuentan nuestros años con los dedos?
Hablan: el aire de los abanicos
se lleva las palabras en sus vuelos.

Ninguno ha visto el mar.—Palmas. Un río
sesgo y apenas rumoroso corre.
Viven urracas negras en la torre
que relumbra en el oro del estío.

Polvo en la villa, polvo en las afueras.
Hornazas de metal. Bocas de fragua.
Y, por invierno, un vaho en las vidrieras
que se va deshaciendo en gotas de agua.

✶

AMADO NERVO

† 24 de mayo de 1919.

TE *adelgazas, te desmayas,*
y te nos vas a morir!
¡Qué fina inquietud, qué ansia
la de vivir sin vivir!
Por el hilo de la araña
tal vez te vimos subir;
de la luciérnaga fatua
ardías en el candil,
y eras la voz que cantaba
en el grillo más sutil.
Te buscábamos el alma....

y estaba ya en zenit!
¿En la estrella más lejana?
—Te engañas: más lejos fuí.
Noche, misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo dí.

Te adelgazas, te desmayas
y te nos vas a morir.
¡Si ya, de tenue, escuchabas
lo que nadie puede oír!
Sirena que no cantaba
te podía seducir;
lucero que se apagaba
te guiñaba el ojo así.
Tus tiestos sólo brotaban
un capullo, por abril.
Las flores que tú criabas,
¿eran de la luna, dí?
Tus aves, que no trinaban,
¿eran de la noche, dí?
—Te engañas: más lejos fuí
que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo dí.

Te adelgazas, te desmayas....
¡qué ciencia para morir!
¿Vivir? No: cosquilleabas
ritmos, mejor que vivir.
Más que pensar, palpitabas;
y, más bien que sonreír,
desde los ojos vibrabas
una vaga chispa gris.
Y creyendo que te escapas,
que nadie lo va a sentir,
—con travesura de alma—
te nos deslíes al fin,
no sé si en una palabra,
si en una cadencia, si....
—Te engañas: más lejos fuí

que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo dí.

Eras "cosa pequeñita":
vivías en una nuez.
Pero es tanta la malicia
de morirse de una vez,
que ya parece mentira
lo que nos faltas después.



FILOSOFÍA A LÀLAGE

DUERME *en la chispa frágil la palpitante fragua,*
y en el fugaz intento, nuestra fatalidad:
seamos, por el noble silencio, como el agua
quieta, que se enamora de su inmovilidad.

Al remero del alma, que dé paz a los remos;
al destino, que frene de pronto su corcel.
Apaga el ansia, baja la voz, filosofemos:
y no nos oiga el sueño lo que decimos dél.

ALFONSO REYES.

1910—1920.

DE LAS CATEGORÍAS DEL PENSAMIENTO COMO FUNDAMENTO DE LA CREENCIA

KANT propuso en la "Crítica de la Razón Pura", el verdadero método para llegar a determinar cuáles son las categorías.

Si por categorías entendemos los géneros supremos (summa genera), en los que se resuelven nuestros modos de pensar y decimos que pensamos cuando hacemos un juicio, las formas generales de los juicios serán también las formas generales del pensamiento, las categorías.

Partiendo de este principio, Kant investiga cuáles son las clases más vastas en las que pueden incluirse todos los juicios y admite, siguiendo en esto la tradición escolástica, la división en Cantidad, Cualidad, Relación y Modalidad.

Así concebida, esta división adolece de graves defectos. La categoría de la Relación no es en realidad distinta de las otras tres que son, respecto de ella, como especies de un género, porque todo juicio es relación de ideas y no podemos concebir la Cantidad, la Cualidad y la Modalidad sino como relación de cantidades, cualidades o modos de dependencia de las nociones que forman el juicio.

Pero, aún admitiendo las cuatro categorías como autónomas y la división tripartita que de ellas hace Kant, y que contenía en gérmen, según la atinada observación de Falkemberg, el idealismo alemán, de Fichte a Hegel, cabe preguntarse si la clasificación kantiana de las categorías tiene un valor epistemológico o se interesa sólo a la lógica formal.

Una clasificación de los juicios tendrá valor epistemológico, cuando indique o resulte de una teoría del conocimiento. Así como las clasificaciones de los animales y vegetales tienen un valor biológico si hacen ver, por decirlo así, cristalizada la evolución.

La clasificación epistemológica de los juicios deberá indicar lo que es el conocimiento, su origen y su valor, y nada de esto nos su-

giere la división de los juicios por su cantidad, en universales particulares y singulares y por su calidad, en afirmativos, negativos y limitativos. Sabemos según esta división, que el predicado conviene o no, a todo o a parte del sujeto, conocemos la *estática,* la pura forma del juicio, pero ignoramos su fundamento y su valor, el motivo y el procedimiento, la *dinámica.* Y si la forma interesa a una ciencia puramente formal como la lógica, no basta en cambio al estudio real, epistemológico del pensamiento.

Queda, es cierto, la categoría de la modalidad y la división de los juicios, conforme a ella, en problemáticos, asertóricos y apodícticos. (1). Esta clasificación expresa en efecto, el valor del juicio desde el punto de vista de la creencia y aun la clase de los juicios apodícticos señala un carácter que no es puramente formal, pero la denominación de problemáticos y asertóricos no habla de la relación material de las nociones del juicio; y el valor del conocimiento, expresado en las clases no se une con la definición y origen del mismo. Así la clasificación escolástico-kantiana de los juicios, muy interesante desde el punto de vista lógico, no tiene, en realidad, valor epistemológico.

Pero Kant no es sólo el autor del método para llegar a la investigación de las verdaderas categorías; realizó también, en la introducción de la "Crítica de la Razón Pura", la perfecta clasificación epistemológica de los juicios que es quizá, la idea más fecunda de su obra.

Conforme a ella, los juicios se dividen en *analíticos,* cuando el predicado no añade ninguna noción nueva al sujeto, y *sintéticos,* cuando el predicado añade una nueva noción. Estos últimos se dividen a su vez en *sintéticos a priori,* cuando el predicado añade la noción antes de la experiencia, y *sintéticos a posteriori,* cuando la añade después de la experiencia.

La clasificación propuesta indica los tres problemas del conocimiento: ¿Qué es? ¿Cuál es su origen? ¿Qué valor tiene?

¿Qué es el conocimiento? Kant lo define como un juicio sintético a priori, pero debemos recordar que sólo se refiere al científico y no al conocimiento en general.

Conocer es hallar la unidad en la variedad y la variedad en la

(1) Necesarios.

unidad; percibir las semejanzas y las diferencias de las cosas y de las nociones; distinguir y confundir, analizar y sintetizar. Los seres son a la vez homogéneos y heterogéneos; y tan se engaña el que sólo ve en el mundo la permanencia y la unidad, como el que distingue puramente el cambio y la diversidad. ¿Y no son estas dos tésis absolutas, las que han servido de banderas enemigas en la discusión epistemológica, desde los eléatas y Heráclito hasta el idealismo y el pragmatismo?

Conocer racionalmente es analizar o sintetizar los datos que nos entrega nuestra percepción inmediata del mundo; y tan conozco cuando distingo en mi percepción de esta hoja de papel la sensación blanco de la cuadrangular y la transparente, como cuando advierto que las tres sensaciones se sintetizan en la noción *hoja de papel.*

El análisis y la síntesis son los dos modos generales de pensar, y así comprobaremos constantemente su acción en la formación de la noción, el juicio y el razonamiento y observaremos que en las ciencias los dos únicos métodos de investigación son el analítico y el sintético. Por eso la primera división de los juicios está de acuerdo con el primer problema del conocimiento. ¿Sucede lo mismo con la segunda?

Según esta subdivisión, los juicios son *a priori* (analíticos y sintéticos a priori) o *a posteriori.* Ahora bien, ¿cómo podría admitirse esta clasificación, sin una discusión previa del origen del conocimiento? Así para el empirismo radical o no evolutivo, la clase de los juicios sintéticos a priori no significa sino una posibilidad, de ningún modo una realidad; si admite la existencia de los analíticos es porque considera que tanto la noción analizada, como las que resultan del análisis, han sido dadas en la experiencia, y si dice que el juicio analítico es a priori, lo afirma sólo en virtud de que no necesita de la experiencia para formularse, una vez que se ha dado la noción por analizar.

En cambio para el innatismo, y principalmente para el kantismo, el juicio sintético a priori no sólo es una realidad, un conocimiento, sino que es el conocimiento por antonomasia, el que constituye propiamente la ciencia.

Sabido es que para Kant, (1) un juicio sintético es a priori, cuando las nociones que sintetiza son a priori. De aquí que el número de tales juicios sea muy reducido y sólo posible con las formas

(1) Crítica de la Razón Pura. Introducción.

innatas del espíritu. En el mismo sentido agrega Boutroux (1) que la síntesis es a priori cuando lo son los términos y la relación, y añade que sólo las síntesis causales pueden tener este carácter y serán necesarias como los juicios analíticos.

Pero sin discutir la posibilidad de tales juicios sintéticos absolutamente a priori, podemos admitir la existencia de ciertos juicios en que tanto el predicado como el sujeto sean dados en la experiencia, en que hayamos visto que el predicado conviene en parte al sujeto y en que afirmemos que conviene a todo el sujeto. Tales juicios que son universales por su cantidad, expresan las generalizaciones de la vida ordinaria y de las ciencias.

Hay en ellos algo a priori puesto que la experiencia no podría explicar la atribución del predicado al sujeto del modo universal como se atribuye, sin hacer intervenir un principio actualmente innato que nos garantice la posibilidad de tal operación. Podría llamarse a esta especie de juicios *relativamente a priori.*

Por último, desde el punto de vista del valor del conocimiento por su grado de *credibilidad,* Kant había dividido los juicios en apodíticos, problemáticos y asertóricos. Pero como hemos dicho, esta división no tiene la fuerza que podría tener si se la relacionara con los otros dos problemas.

En efecto, el problema del valor del conocimiento, es un corolario de la definición y el origen del mismo y no podemos resolverlo sin haber resuelto previamente ambas cuestiones. Para saber qué grado de verdad posee un conocimiento necesitamos conocer la definición de lo que entendemos por tal y el modo como lo hemos obtenido, de aquí las tres cuestiones que se propone la epistemología, tengan tan íntima relación.

Debemos en consecuencia unir la división de los juicios por su modalidad, con la división de ellos en analíticos y sintéticos a priori o a posteriori.

Un juicio analítico o sintético absolutamente a priori, es necesario, porque en el primer caso, no podemos concebir que la síntesis de las cualidades (sujeto), no fuera lo que son las cualidades de la síntesis (predicado) o que el conjunto de los individuos, difiriera de la especificación de los mismos.

En el segundo caso, el juicio es también necesario, porque es una

(1) De la contingencia. Cap. 1. De la necesidad.

síntesis a priori que el espíritu impone a las cosas, ya que ni los términos de la síntesis ni la relación, pudieron sernos dados en la experiencia. Si la síntesis es a priori es necesaria, porque no podemos concebir su contraria.

Los juicios sintéticos relativamente a priori son necesarios si se cumple la condición de que las cosas no observadas, comprendidas en el sujeto, sean semejantes por la *cualidad que interesa*, a las cosas en que se ha observado que el predicado conviene. Pero como nunca tendremos una seguridad absoluta de la existencia de esta semejanza, tales juicios sólo tienen un valor problemático y debieran enunciarse en realidad (este es el caso de todas las leyes científicas) de un modo condicional. Lo evidente no es que el hecho se realice, esto es probable o posible, sino que cumplidas las condiciones se realice, puesto que no podemos concebir lo contrario.

Los juicios sintéticos a posteriori expresan simplemente algo que la experiencia nos entrega; son, en el lenguaje kantiano, asertóricos, es decir, que enuncian un hecho que es, pero que pudo ser de otro modo. Son ciertos pero no evidentes, no necesarios, ya que podemos concebir perfectamente lo contrario de lo que enuncian.

En suma, con un criterio epistemológico, los juicios se dividen en analíticos, sintéticos a priori y sintéticos a posteriori.



Pero estas formas generales de los juicios no son todavía las categorías del pensamiento, si por categoría entendemos aquel principio que no puede ser reducido a otro ni demostrado por otro; evidente por sí mismo.

La cuestión de saber cuales sean las categorías, puede presentarse bajo esta otra forma. ¿Cuáles son los principios que nos garantizan la posibilidad de los juicios? ¿Si admitimos que un juicio es verdadero, en virtud de qué postulado o principio indudable admitimos que lo es?

Como la solución total de esta pregunta implicaría desarrollos considerables, nos limitaremos, en el presente artículo, a estudiar el fundamento concreto del juicio analítico.

Como hemos dicho, consiste tal juicio en poner explícito en el predicado lo que estaba implícito en el sujeto, o sea, en analizar por

el predicado la connotación o la denotación del sujeto. En el primer caso el juicio será una *definición;* en el segundo caso se tratará de un análisis o *división* lógica. (1)

Sin duda, el predicado no es absolutamente idéntico al sujeto, puesto que lo que en uno está explícito, está implícito en el otro; pero el predicado indica cualidades idénticas a las del sujeto y se aplica solamente a los individuos que este comprende.

El análisis, como operación del espíritu, no puede ser explicado por el principio de identidad ni por ningún otro: es primordial, como la síntesis; pero el resultado de la operación: el juicio analítico, es sólo posible en virtud del principio de identidad.

Todo juicio analítico tiene la siguiente forma:

(a b c d) es a, b, c, d.

El primer término (a b c d) es, empleando la terminología de Leibniz, una noción *confusa,* el segundo término: a, b, c, d, es la misma noción *distinta.* Pero como ambos términos significan idéntica cosa y se aplican a objetos idénticos, podemos decir que su forma es esta:

A es A.

o lo que es lo mismo, el principio de identidad.

Pero ¿qué significa el principio de identidad? Sabemos que aplicado al mundo en su enunciado A es A, expresaría una falsedad fundamental, puesto que nos induciría a pensar que una cosa por el solo hecho de existir, es más, de ser concebida, no podría cambiar y dejar de ser lo que es.

Para que podamos admitirlo aplicado al mundo es menester que

(1) La división lógica no es siempre puramente analítica. Sólo lo es en cuanto a la denotación de las partes, que deberá estar comprendida en la denotación del todo: pero en cuanto a la connotación la de las partes es sintética con relación al todo. Así al dividir un género sabemos a priori que deberá dividirse en especies, pero siendo la connotación de las especies más rica en atributos que la del género, no podremos derivarla analíticamente de éste.

Por ejemplo, si se nos entrega la noción *elemento*, sabemos a priori que podemos dividirla en especies, pero no sabemos cuáles serán éstas, porque no conocemos la *diferencia específica*, por no estar implicada en la connotación del género. Así en el juicio siguiente: los elementos son metales y metaloides, hay una parte puramente analítica: la división de la denotación de elementos en denotaciones menores, pero hay una parte sintética: la expresión de que las especies son dos y de las cualidades que las distinguen entre sí.

Si quisiéramos tener una división puramente analítica deberíamos decir: los elementos son A y (no A), siendo A una cualidad que no entra en la connotación de elementos. La división está garantizada en este caso por el principio de exclusión del medio. De esto se desprende que la división dicotómica es la única absolutamente concluyente por ser exclusivamente analítica.

le agreguemos estas dos determinaciones: "en el mismo tiempo y en el mismo lugar".

Pero ¿cuando podemos hablar del mismo tiempo y del mismo lugar? El principio de identidad no nos garantiza que una cosa sea idéntica consigo misma en un instante y al billonésimo de segundo después; ni que sea idéntica en un espacio y en otro diferente, por muy cercano que lo imaginemos del primero. No podemos concebir esta expresión: en el mismo tiempo, sino como la concepción de un límite entre momentos cada vez más cercanos, y lo mismo decimos del espacio. Y es porque la razón, para entender, distingue un instante del tiempo o un punto del espacio de los otros, y el espacio y el tiempo son continuos.

El principio de identidad, aun enunciado con las restricciones de tiempo y espacio, no se aplicaría al mundo real, al mundo que es continuidad y evolución sino a aquel donde la razón ha introducido la distinción inevitable que le es esencial.

Podría pensarse que el principio de identidad no es más que la expresión abstracta y, por decirlo así, límite, de la tendencia a la persistencia de las cosas, ya que estas nos parecen sensiblemente idénticas consigo mismas en tiempos o espacios próximos, y que la forma absoluta de este principio proviene de la ignorancia en que estamos por la imposibilidad de darnos cuenta de los pequeños cambios que se operan en la cosa en instantes o espacios poco alejados.

Esta explicación es muy probable, pero no es menos cierto que aun suponiendo, como suponemos ahora, que toda cosa cambie constantemente, que el cambio exista no sólo en las partes perceptibles sino hasta en las puramente concebibles, el principio de identidad nos parece evidente.

¿Significa este principio un hecho, es la expresión de una experiencia de cualquier orden o sólo se aplica absolutamente en un mundo abstracto de tiempo y espacio discontinuos, en la irrealidad del presente y el átomo extenso?

Hay un hecho que es patente para todos: la identidad de nuestra personalidad en el tiempo. Quien habla de espíritu, habla de variación continua, de evolución. Es inconcebible una sensación, un sentimiento o un deseo que permanecieran idénticos a sí mismos, o una idea que fuera siempre acompañada por el mismo cortejo de imágenes; es decir, que significara concretamente la misma cosa.

Un estado de conciencia que se repite deja de ser el mismo, por-

que el estado primero no es solamente anterior sino que interviene en el nuevo modificándolo. Y no sólo tenemos sentimientos, deseos e ideas distintos ahora de los que teníamos en la infancia, sino que nos parece que nuestra sensibilidad, voluntad e inteligencia han cambiado también, como si se hubieran modificado nuestras aptitudes espirituales.

Pero si la ley del espíritu es la variación, también es su ley la permanencia. Hay algo en él que no cambia, que le da unidad y congruencia, y esto es el Yo; no el yo lógico o gramatical que es una expresión abstracta, sino el Yo de nuestra conciencia o si se quiere, la conciencia de la personalidad, de la individualidad. El espíritu varía pero no cambia, el Yo de la conciencia, permanece siempre idéntico consigo mismo. La única expresión concreta, absoluta y verdadera del principio de identidad es esta:

Yo soy Yo (1)

El tiempo no es una circunstancia que deba agregarse, porque precisamente Yo soy Yo en el tiempo, en todo tiempo.

¿Se dirá que la conciencia del Yo es un resultado de la memoria? Pero ¿de qué memoria?, de la nuestra indudablemente, y no podemos llamarla *nuestra* sin la conciencia del Yo.

¿Se dirá que es ininteligible un espíritu que varía sin cambiar, que tal afirmación es contradictoria y destruye el principio de identidad que trata de fundarse? Pero es que en realidad no existe la contradicción, porque, aunque la cosa es la misma, los puntos de vista son diferentes.

Puede considerarse al espíritu de dos maneras: analíticamente, y entonces lo percibiremos como estados de conciencia discontinuos, o sintéticamente, y entonces nos aparecerá como unidad invariable e indivisible, como un Yo continuo. Del mismo modo que consideramos una recta, como una serie de puntos discontinuos, pero si la recta tuviera conciencia se percibiría como *recta* continua, como Yo.

(1) El principio de identidad sólo garantiza los juicios analíticos afirmativos, los negativos están garantizados por el principio de contradicción (A no puede ser no A) que significa concretamente esto: Yo no puedo ser *otro*. El término (no A) significa para la conciencia empírica, una personalidad diversa de la propia personalidad.

La identidad del yo consigo mismo, fundamento concreto de todos los juicios analíticos, es también el primer fundamento absolutamente indemostrable y evidente del conocimiento y de la acción, la categoría que resume a la vez la identidad y la personalidad. No hay identidad sin personalidad; no hay personalidad sin identidad.

ALFONSO CASO.

LA BELLEZA DE NUESTROS MUROS

Este artículo es sólo el preliminar del estudio sobre nuestros muros de la época Virreinal que se publicará próximamente en *México Moderno*.

HAY épocas y países que se caracterizan, en su arquitectura, por el predominio de los vanos sobre los macizos, otras por el contrario, en que el macizo supera en extensión al vano, y hay arquitecturas en las que el apoyo aislado—poste, pilar o columna—es mucho más importante que el apoyo continuo que llamamos muro; pero no hay Arquitectura ni la puede haber sin MUROS. A la función primordial de *soporte* que corresponde al muro, se agrega la de *defensa* contra las variaciones de temperatura, la lluvia, los rayos solares y los vientos. El hombre que, buscando *guarecerse,* crea la arquitectura, comienza haciendo muros y muros enormes; éstos no sólo lo protegen de los elementos meteorológicos, sino de los ataques de los animales y de los demás hombres.

Lo que nos queda de la arquitectura de las épocas más remotas son principalmente porciones de muros que, ante todo, tienen la característica genuina arquitectónica: la *grandiosidad;* nos hablan por su enorme masa, nos ponen de manifiesto la potencia del hombre en manera tal que, sin conocer cómo fueron hechos, lo primero que nos ocurre es suponer gigantes a aquellos que los edificaron; muros pelásgicos o ciclópeos se llaman porque se atribuyen a una raza especial y antiquísima: la de los Pelasgos, o aun más, la de los Cíclopes, gigantes que la leyenda pinta con un solo ojo y dotados de fuerza hercúlea.

Lo mismo los muros pétreos en Mycenas y Tirinto que en Egipto y los de enorme espesor, aunque de barro crudo, en la Caldea, los de la muralla judía o los de las ruinas romanas, de ladrillo, pero que por su enormidad revelan más bien montículos como en las Termas de Caracalla, podrían aplicarse a seres superiores en fuerza a los que

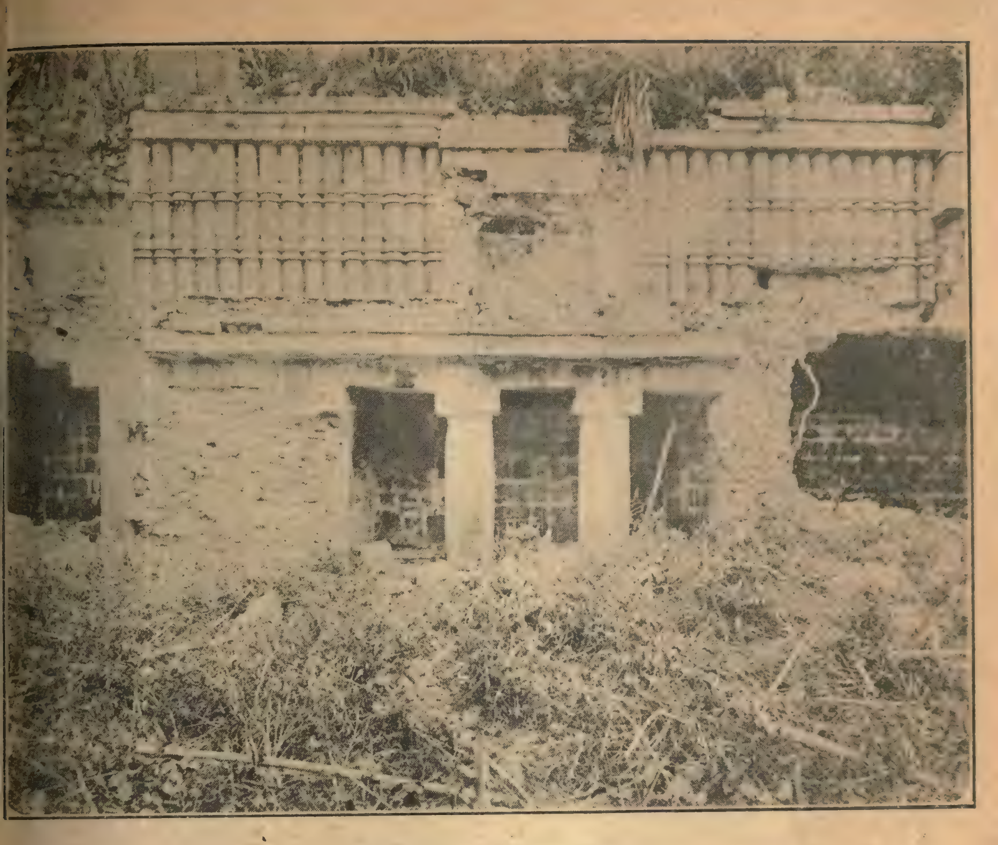
ahora vivimos. Sin embargo, si analizamos con mayor detenimiento esas obras, veremos que toda esa grandeza revela, no la fuerza física de uno o varios hombres, sino la incomparable magnitud de la inteligencia humana, capaz de dominarlo y subyugarlo todo, obligándolo a su servicio, como lo puede hacer la mano del escultor con la dócil arcilla.

La arquitectura, al mismo tiempo que satisface la necesidad imperiosa que tiene el hombre de guarecerse, llena, más que ninguna otra arte plástica, el anhelo humano de lo *grandioso y de lo eterno*, y, no hay elemento arquitectónico que de manera más directa satisfaga ese deseo que el *muro*.

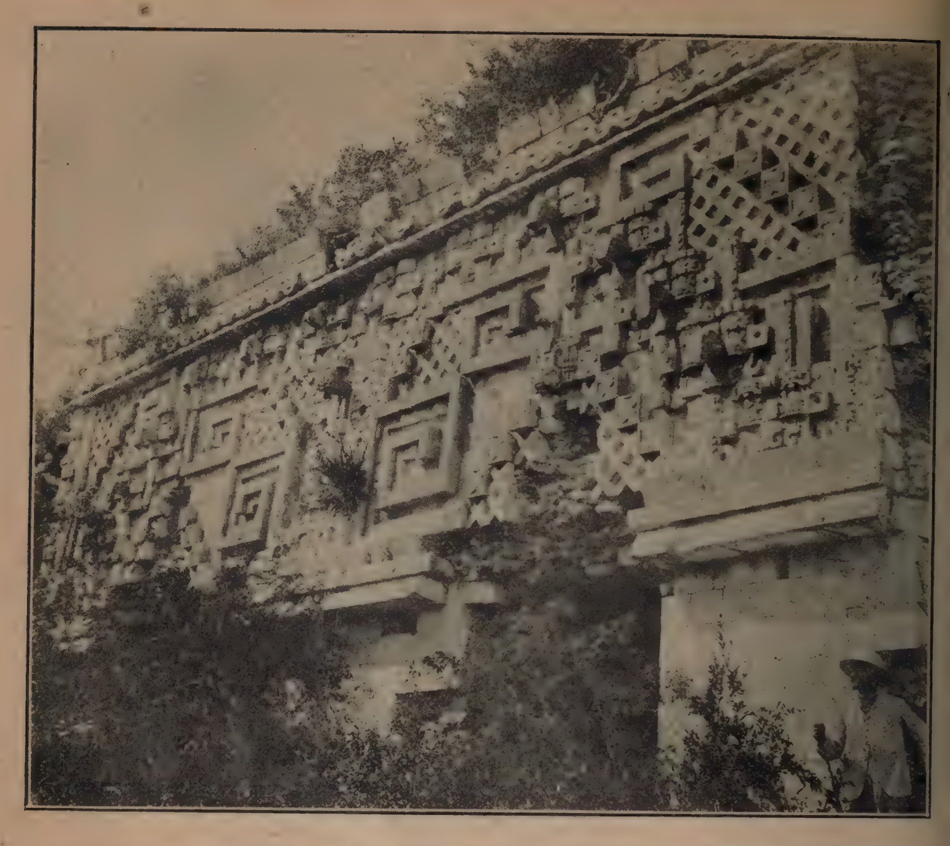
Cierto es que las diferencias de clima se revelan en los muros de los edificios, y, por eso, en las arquitecturas de los países del Norte, brumosos, escasos de luz, predomina el vano sobre el macizo; pero, en general, la prueba concluyente, me atrevería a decir, el testimonio indiscutible de la grandeza de un pueblo es la grandeza de los muros que nos legara en sus edificios.

México tiene esas pruebas indiscutibles de grandeza que se repiten en todos los principales períodos de su historia. Si dirigimos una ojeada a su época pre-cortesiana veremos que nuestras distintas razas aborígenes nos legaron importantes ruinas en casi toda la extensión del territorio nacional, en las que el muro ocupa el principal lugar: desde las sencillas construcciones de muros de Chalchihuites y la Quemada (Zacatecas), Monte Albán (Oaxaca), hasta los incomparables muros de Xochicalco, Mitla, Chichen, Uxmal y Palenque. En los muros de todas estas ruinas hay la característica de grandiosidad; pero, además, no faltan rasgos peculiares de belleza arquitectónica muy dignos de notarse.

La belleza primordial de un muro radica desde luego en su perfecta y sólida construcción vuelta aparente por una sabia subdivisión de sus elementos; un buen *"aparejo"* o *"despiezo"* como decimos técnicamente; por desgracia no es esto lo que podemos admirar en nuestros muros pre-cortesianos: están hechos en general en la forma de rellenos o sea con materiales conglomerados, unidos a veces por un mortero de barro o aun sin él y sólo en la forma primitiva de grandes mampuestos acuñados por piedras o lajas que llenan los huecos que quedan entre unos y otros. Lo mismo en esas ruinas de Zacatecas o Oaxaca, que correspondieron quizá a muros que limitaban recintos fortificados, ciudades o grupos de edificios religiosos, que en los importantes muros de los edificios zapotecas



Ruinas de Chacmultun



Palacio del Gobernador, Uxmal



Parte baja del Edificio de Monjas.—Chichen Itzá



Galería de los Mosaicos.—Mitla

o mayas se nota gran imperfección en la manera de subdividir un muro, de edificarlo, y así se ven piedras de muy variadas dimensiones sin cuidar de la alternancia o cuatrapeo de sus juntas, ni aun de la perfecta horizontalidad de los lechos o enlaces. La belleza de esos muros radica en lo imponente de su extensión o masa o en lo rico de sus paños o superficies exteriores, en donde a veces el trabajo de talla y aun de verdadera incrustación pasma por la labor que encierra y sorprende por la variedad de los intrincados dibujos de sus grecas, escudos y mascarones.

En los muros de Mitla sorprende desde luego la originalidad de tener los paramentos exteriores desplomados o como dijo un arqueólogo: "en forma de sarcófago", pues parecen abrirse hacia arriba como los costados de una inmensa urna. Llaman quizás más la atención en ellos los revestimientos, ya sea interiores o exteriores, en donde lucen grecas muy variadas, hechas en forma de incrustación, con piedrecitas cortadas de distintos tamaños y formas; procedimiento original apenas comparable al "opus reticulatum" o "spicatum" romano, pero que difiere de éstos en que las grecas que forman el dibujo tienen marcado relieve, se destacan sobre un fondo común y a la vez todas tienen una misma saliente que forma el paño exterior único. Cerca de quince grecas diferentes tapizan esos muros. Tanto en el interior como en el exterior hay una faja lisa a la manera de rodapié, y mientras que arriba, en el exterior, grandes grecas dejan espacios que llenan otras más pequeñas en disposición y dibujo sui géneris, en el interior unas grecas se yuxtaponen a las otras formando a la manera de un tejido uniforme.

Si de Mitla pasamos a la Península Yucateca, en Uxmal y Chichen, con parecidos procedimientos constructivos, admiraremos sin embargo dibujos diferentes: las grecas existen, pero con menos profusión, haciendo un gran dibujo o una pequeña faja; los dibujos geométricos que cubren los paños de los muros más bien afectan la forma de petatillos o tejidos muy ricos bordados por entrelaces e interrumpidos por grandes escudos con penachos de plumas y aun pequeñas figuras humanas, o lo que es más original, grandes mascarones admirablemente geométricos forman fajas verticales que interrumpen la gran faja horizontal que decora el paño superior del muro. A veces estos mascarones, como en la "Casa de las Monjas", en Chichen, constituyen la totalidad de una faja, dando vuel-

ta en las esquinas donde sus lenguas salientes remedan más bien originales garfios o ganchos.

En Labnah, Kewich, Chacmultum y, sobre todo en el llamado Palacio de Zayi, los muros están revestidos de columnillas con anillos salientes que, a mi entender, remedan los troncos o juncos que formaron las paredes de las antiguas chozas y las ataduras que los unían. El aspecto de esos muros con esas columnillas que en algunos casos forman varias series superpuestas o pisos es de gran originalidad, y tanto la curvatura o gálibo de ellas como los anillos o ataduras les dan la apariencia de verdaderos balaustres más que de columnas. Donde es más perceptible la diferencia que establecieron esos pueblos entre las columnas y esos elementos originales que decoran los muros descritos, es en el Palacio de Zayi en el que columnas propiamente dichas constituyen pórticos que interrumpen el muro y afectan forma distinta y distintas proporciones de los juncos o balaustres que revisten totalmente los muros.

En esa región del país, los muros, en general, tienen su paño exterior dividido claramente en dos fajas, algunas veces casi iguales en altura: la inferior lisa y la superior ricamente decorada con los motivos antes descritos; esta división corresponde en el interior a la estructura misma, pues la faja superior coincide con los paños inclinados de la bóveda en saledizo que forma la techumbre.

En algunos de los monumentos pre-cortesianos en la Península Yucateca, como en el "Templo de los Tigres y de las Serpientes" o en el de las "Mesas" los paños interiores de los muros están totalmente cubiertos de verdaderos bajorrelieves que consisten en inscripciones, símbolos, etc.; estos bajorrelieves, por lo ligero de las salientes y apenas marcado del modelado, recuerdan el aspecto de los paños de los muros que forman los "pilones" de algunos templos egipcios, si bien los dibujos son completamente diferentes.

Aun cuando existen en la Península Yucateca algunos otros ejemplos del empleo del estuco en los muros, las notables ruinas del Palenque son las que nos los ofrecen mejores: los corredores del famoso Palacio del Palenque se hallan totalmente revestidos de fino estuco en el que están modeladas figuras humanas en suave bajo relieve y ocupando grandes recuadros. Hay también importantes escudos de original composición en el muro interior del corredor principal del Palacio, y, en el basamento, los "limones" y aun los "peral-

tes" de las escalinatas presentan bajorrelieves con figuras de modelado muy suave, análogo al de las figuras hechas en estuco.

Lo verdaderamente extraordinario por su originalidad en esos muros del Palenque, son los grandes tableros de inscripciones, pues los caracteres o símbolos de esa original escritura tienen una variedad y un valor decorativo quizá superiores a los de la escritura arábiga, que, como es sabido, representa un papel muy importante en la decoración árabe. Son los caracteres mayas pequeñas figuras u ornatos en muy bajo relieve casi siempre inscriptibles en una serie de cuadrados iguales que, por excepción, se combinan con rectángulos, pero en los que, sin embargo, no hay ninguna línea que los encuadre; diríase que remedan más bien finos mosaicos esculpidos e incrustados en el paño del muro.

Tratar de describir y analizar toda la originalidad y belleza de nuestros muros precortesianos sería tarea muy larga; básteme para concluir mencionar de nuevo los muros de Xochicalco, en los que originales serpientes emplumadas, dispuestas a la manera de una gran greca, constituyen la decoración; los muros teotihuacanos con aplanados bruñidos y pintados al fresco con tonos brillantes unidos o con fajas geométricas muy sencillas; por último, los muros revestidos de la piedra basáltica, llena de grandes poros que llamamos "recinto", y que se han descubierto en las excavaciones de la calle de Santa Teresa de la ciudad de México, en los que repetidas grecas están labradas y además pintadas con colores vivos que aún conservan toda su intensidad.

De lo anterior se puede concluir, lo que al principio había hecho notar, que en nuestros muros precortesianos la belleza radica, no en la perfecta construcción, sino en los *revestimientos variadísimos* que ostentan, y que, desde el aplanado bruñido hasta el fino estuco esculpido y las incrustaciones de piedra, tienen *gran originalidad* y *riqueza tan extraordinaria* que más bien podrían pecar de profusos o recargados.

FEDERICO E. MARISCAL

OÍD LO QUE EL TRÓPICO ENCIERRA....

HOMBRES *extranjeros!*
Oíd lo que el trópico encierra:
pueblos siempre en guerra,
fiebres que devastan países enteros.

Lo habita una raza llena de tristeza:
el indio, que es triste por naturaleza;
y luego el ibero
que es triste, piadoso, sombrío y severo.

Y así el cuadro es éste:
El hambre, la guerra y la peste.

¡Naciones extrañas!
Es llegada la hora
de los vegetales y las alimañas
en el suelo cálido que el sol indio dora;
pero de los hombres no es llegada la hora.
No es llegado el día
y así su existencia parece agonía.

Como tosca raza de ídolos tallados en piedra
una híbrida raza de mestizos medra.
Tan solo, cantando canciones feroces
mestizos de negro levantan sus voces.
En estos terrenos, de Kalí santuarios,
por la Diosa obscura suenan los carrizos.
Perecen los arios.
Medran los mestizos.

Una raza criolla lame los zapatos
del déspota hidrópico
y trágicas pasan las fieras del trópico:
tigres y mulatos.

Las fiebres palúdicas devoran los glóbulos rojos
de la sangre: naciones enteras se postran de hinojos.

Nuestra tierra, vientre hinchado y obscuro
guarda la reserva rica del futuro;
pero no ha llegado del hombre la hora
y el hombre aquí llora.

Hijos, hijos míos de trágico porte:
oíd la consigna: al Norte; hacia el Norte.
Antes que transcurran vuestras juventudes,
¡A otras latitudes!

Año de 1918.



CREATURAS GOZOSAS

RÍE *la joven madre de familia.*
Es tan pura, tan joven y tan bella
que a veces pienso yo que se concilia
el universo entero en favor de ella.

Con sonrisas tan claras y gozosas
ríen en su redor dos pequeñuelos
que por favorecerlas hay dichosas
conjunciones de astros en los cielos.

La bondad de los buenos
y de los sabios la sabiduría
y el destino de reyes y naciones

en balanzas eternas pesan menos
que la pura, la diáfana alegría
de esos tres inocentes corazones.

RAFAEL AREVALO MARTINEZ.

LA HISTORIA DE UNA ENCOMIENDA EN EL SIGLO XVI

EL "Memorial de los indios de Tepetlaoztoc al Monarca Español contra los encomenderos del pueblo", publicado en 1912 bajo el título de "Códice Kingsborough" por nuestro sabio arqueólogo don Francisco del Paso y Troncoso, es un documento pictográfico de mediados del siglo XVI, que contiene comentarios escritos con caracteres de la misma centuria, y muy interesantes para formarnos idea de la historia de una encomienda, que iba pasando de un poseedor a otro sin que mejorara la situación de los tributarios.

Nuestros historiadores, oradores, políticos y periodistas, siempre que han hablado de los encomenderos, han censurado con razón la conducta de éstos respecto a los indios, pero no han documentado sus censuras con los pormenores que contiene el "Memorial" publicado por el señor del Paso y Troncoso.

Daremos aquí un extracto del texto, tanto más cuanto que está escrito con letra del siglo XVI, que no es familiar sino a los paleógrafos.

"Este pueblo de Tepetlaostuco lo tuvo el Marqués del Valle, Don Hernando Cortés, tres años, en los cuales en cada uno de ellos le tributaban é daban lo siguiente: cuarenta tejuelos de oro fino, que cada uno de ellos pesaba e valía treinta pesos de oro de minas, e una rodela de oro y pluma rica..."

"E mas le daban al dicho Marqués e a sus criados en su nombre, personas a quien él enviaba a recojer los tributos, aliende del oro, cuatro cargas de mantas delgadas y once mantas ricas labradas conforme a esta que está pintada aquí abajo, y mas una carga

de mantas ricas, que eran veinte mantas y tres mil hanegas de maíz".

"En el postrer año de los tres que el dicho pueblo sirvió al dicho Marqués envió al dicho pueblo un criado suyo español, que se llamaba Antón, que recogiese todo el mas oro y joyas y maíz que pudiese, el cual fué al dicho pueblo y recogió ochenta mil cargas de maíz y mucha cantidad de oro en tejuelos y en planchuelas y en joyas... y porque tan presto como el quería no se lo daban quemó cuatro principales..."

No se conformaron con estos tributos los enviados de Cortés. Un criado suyo, Juan Sánchez, "pidió dos indias principales para su servicio y se las dieron".

Después de tener don Hernando tres años el pueblo, se le encomendó a Diego de Ocampo, teniendo a la sazón el pueblo 30,608 vecinos, y en un solo año les exigió de tributo, cuarenta planchuelas de oro, que cada una tenía treinta pesos de oro fino, diez cargas de mantas labradas ricas y once mantas más, ricamente labradas de tochomitl, que era la seda de la tierra.

Cumplido el año, lo tuvo el siguiente otro conquistador, Miguel Diez, y en un solo año los vecinos se habían reducido ya a 27,765, es decir, que habían muerto 3,873. Los tributos aumentaron. Dieron los indios a Diez: cuarenta planchuelas de oro de a treinta pesos de oro fino, doce cargas de ropa rica, ochenta mil granos de axi (chile), doscientos panes de sal, ochocientas cargas de frijoles, otras ochocientas de harina de maíz, más otras tantas de harina de maíz diferente del otro, veinte cargas de biscocho de la tierra, mucha cantidad de ollas y cántaros y comales, trescientos tamemes de gallinas, sesenta cargas de pinole "y treinta y tres mil y seiscientas cargas de maíz".

No se conformó con esto el tal Diez o Díaz, sino que teniendo, unas minas de oro, distantes treinta leguas del pueblo trabajadas por esclavos, llevó a ellas mil doscientos tamemes, con muchos indios principales, y diez indias diariamente para que molieran el maíz.

De las garras de Miguel Diez, pasaron a las del Factor Gonzalo de Salazar, y como va a verse, la población disminuyó extraordinariamente, las vejaciones continuaron y los tributos eran al antojo del encomendero, pues no sólo les pedía de tributo lo que había o se producía en el pueblo, sino también otras cosas que los infelices indios tenían que comprar en otros pueblos y a precios fabulosos.

Al Factor le tributaron en el primer año:

40 tejuelos de oro de a 30 pesos cada uno.
6 cargas de cacao.
8,800 mantas.
400 camisas.
400 enaguas.
2 cargas de otras enaguas más finas.
2 de camisas.
2 de mantas de indios, finas.
2 cargas de manteles.
4,000 cargas de una cementera de maíz que no era suya.

"Este primer año—dice el códice—dieron asimismo al dicho fator, fruta, axi, sal, miel, cántaros, ollas, carbón y ocote, lo cual compraban los dichos indios en los tiangues, e gastaban en comprallo siete mil trescientas cargas de mantillas de enequen, que cada carga tenía veinte mantillas, y más en el dicho año mil y quinientas gallinas de la tierra, y mil ochosientas cargas de maíz; y cada día en el dicho año, cuatrocientas tortillas, y veinte y dos mil y trescientos huevos en el dicho año, y más tres mil y novecientas y cincuenta cargas de leña y otras tantas de yerba en el dicho año; y en los días de cuaresma, viernes y sábados, en todo el dicho año, le daban y dieron pescado que les costó cuatro mil y cuatrocientas cargas de mantillas, y los dichos días de cuaresma... le dieron veinte y nueve mil y cuatrocientos huevos sin los arriba contenidos, y cada día le daban y dieron... ciento y sesenta indios de servicio que los ocupaban en la cocina y caballerizas y en enviarlos con cartas y en otras cosas, los cuales gastavan e gastaron en el dicho año setecientas y cuarenta cargas de leña y otras tantas de ocote que tenían lumbre en toda la casa cada noche toda ella, e con cada lumbre había dos y tres indios. En este año el fator les mandó hacer e le hicieron una casa de su morada en México, e pusieron todos los materiales e albañiles peones necesarios, que vale cada casa mucha cantidad de pesos de oro y a ellos no se les dió ni pagó cosa ninguna".

Los mismos tributos se les exigió en el segundo año en que tuvo encomendados a estos indios el Factor.

El tercero sucedió lo mismo, pero como no se recogía el tributo tan pronto como quería, un criado suyo, que se llamaba Luis Vaca, maltrató a dos de los principales, dándoles de patadas y palos, y por

esto y de miedo, le dieron demás una joya de oro. El Factor, por su parte, pidió al Cacique Don Diego que le diese su mujer, llamada Doña Catalina, con quien estaba casado, y porque no se la quiso dar lo puso preso, le quitó del Señorío y lo envió a una estancia de ganado, para que le cuidase sus animales; y así lo tuvo "ochenta días privado del dicho cargo e hecho su ovejero o pastor".

El cuarto año que tuvo el Factor a los indios de este pueblo, además del tributo común les dijo que tenía que ir a España, que lo que le daban era poco; los amenazó, y de temor le dieron 40 tejuelos de oro, diez espejos, dos joyas, que la una era una caja con dos esmeraldas y en ella y en la otra una águila de oro, y otras quince joyas de oro fino y doce penachos de pluma rica y nueve mantos de pluma de colores.

Pero no sólo les exigió lo anterior para gastos de viaje, sino que también les obligó a que le dieran provisiones, pues "cuando se partió—se dice en el códice—para los reinos de España, pidió para su matalotaje trecientas gallinas de la tierra, e cuatrocientas de castilla, diez y seis mil granos de cacao molido para beber, e cuatrocientos pares de alpargates, e docientos de cutaras, e cuarenta jícaras pintadas..."

"Llevó mucha cantidad de indios cargados desde el dicho pueblo de Tepetlaostoc hasta el puerto de Veracruz, que hay setenta leguas y más, donde murieron dosientos y veinte indios macehuales y ocho principales".

Durante la ausencia del Factor, sus criados encargados de recoger los tributos, exigían a los indios, aparte de los correspondientes a su amo, los que se les antojó pedirles para beneficio personal de ellos; y los hacían construir casas, sembrar maíz, y si se resistían, los maltrataban cogiéndoles de los cabellos y dándoles golpes hasta derramar sangre por las narices.

"El pueblo de Tepetlaustuc estuvo encomendado en el dicho factor Gonzalo de Salazar veinte y cuatro años, que es hasta que fué el dotor Quesada, oidor de esta Real Audiencia a visitar el dicho pueblo, e halló que había mil y trescientos y tres tributarios, no más, porque con los tributos ecesivos e servicios que habían dado estos veinte y cuatro años, y malos tratamientos que les habían hecho como dicho es, se fué y murió mucha cantidad de gente hasta venir en estos pocos..."

Quesada moderó los tributos, sentenció al encomendero a pagar los excesos, y dulcificó el servicio personal de los indios y mandó que

no los maltratasen; pero no por esto mejoraron, porque el hijo del Factor, Juan Velázquez de Salazar, que sucedió en la encomienda, apeló de la sentencia del Doctor Quesada, ante la Audiencia Real, y ésta aunque modero el tributo, no fué a tal grado que quedasen conformes los indios, que al fin de veinte y siete años de estar con el padre y el hijo, elevaban nuevas quejas al Rey, viendo que aquí no se les hacía justicia, pues aunque reducidos en número continuaban con los tributos diarios de yerba para los caballos, ocote y leña para las cocinas, esclavos para el servicio, y anualmente construían casas en México y en los alrededores, y tributaban al hijo del encomendero las propias mantas, plumajes, joyas, maíz, frijol, pescado, huevos, gallinas de la tierra y de España, como habían tributado al padre.

Y la vida que llevaron treinta y tres años estos indios la vieron otros en pueblos, haciendas de labor, minas y aun en ciudades, mientras sus dueños y señores se enriquecían, llevando vida de holganza y de vicio; gastando el tiempo en beber, jugar y cortejar; asistiendo a fiestas públicas de cañas y sortijas y de farsas y mascaradas, o convidando en sus casas a ricas cenas y banquetes y a suntuosos bailes y saraos.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

LUZ Y TINIEBLAS

CUANDO pienso en las semejanzas y los contrastes que hacen una la vida mexicana, no es lo típico de México—típico para miradas extranjeras—lo que viene a mi imaginación. Queda entonces en la sombra nuestra masa indígena en bruto, desnuda, miserable, taciturna, y cuanto de ella se deriva y se traduce aquí—entre nosotros, americanos del siglo XX—en colores, escenas y paisajes de la Siria anterior a Cristo. Tampoco vuelvo entonces la vista hacia el aspecto contrario, elocuente en nuestras grandes ciudades: espectáculo de bellos edificios contemporáneos, de grandes empresas, de máquinas modernísimas y de todo eso, en fin, que nuestros ingenuos *snobs* querrían poner siempre ante la cámara fotográfica de los turistas, en vez de lo que a éstos más atrae: nuestros hombres cubiertos con enormes y picudos sombreros de palma o de fieltro; nuestros hombres envueltos en mantas multicolores; nuestros niños color de tierra con desnudos vientrecitos desmesurados y lustrosos; nuestros mercados y campamentos eternamente improvisados, donde la inmundicia y los manjares se confunden...

México, sin duda, es un país de notas raras y extraordinarias—extraordinarias a lo largo de una extensa gama cuyos extremos tocan dos mundos opuestos y entran en dos distintas edades. En él todos los matices son posibles: desde un concurso de veinte mil espectadores ultracivilizados, reunidos en un circo destinado antes a fiestas de toros, que se estremece bajo el influjo del arco de Casals en medio de una devoción y un silencio religiosos, hasta un concurso de millares de hombres semidesnudos y semibárbaros que se congregan, para celebrar la entrada del verano bañándose en el mar, en un bosque de palmeras, en el cual acampan al aire libre y se mantienen con carne de iguana. Pero el verdadero México no está en tales extremos, sino en el contraste y en la armonía de las tintas medias, en el escenario modesto donde, a la luz del sol o bajo las sombras, se-

renuevan día a día los gérmenes de dos razas, de dos civilizaciones, de dos atavismos fundidos ahora en un solo y nuevo modo de ser peculiar e incongruente: en la vida de nuestros pueblos.



Es una extraña uniformidad esta uniformidad de los pueblos de México. La fatiga o el acaso me han llevado a detenerme en ellos muchas veces—pueblos de Sonora y Sinaloa, pueblos de Tamaulipas, pueblos del Bajío, pueblos de Michoacán, pueblos de Oaxaca—y del reposo de sus días tranquilos o de su turbulencia inesperada ha fluído hasta mí el soplo íntimo del alma mexicana. Matamoros, Magdalena, La Piedad, Guadalupe, Tehuacán, todos han sido creados con materiales semejantes y en todos respira un mismo espíritu: caserones bajos y aseados; muchachas ingenuas; calles limitadas por hileras de árboles o partidas por una fila de árboles plantada en el arroyo, en cuyos empedrados golpean su paso las caballerías y las carretas tiradas por bueyes... Cuando la luz reina en estos pueblos, todo es en ellos paz y beatitud, tradición noble y añeja, ingenuidad sana, modesta holgura o medida estrechez. Su centro lo forma una ancha plaza sombreada por grandes árboles o por arbolillos uniformes que rodea un primoroso jardín con su fuente y su kiosko. Bordean los cuatro lados de la plaza y las angostas avenidas del jardín bancos verdes, de hierro o de madera. De una parte se alza el Palacio del pueblo; de la otra, la Iglesia Mayor; y hay, frente por frente de la plaza, soportales vetustos en cuyo hueco se albergan tiendecitas minúsculas. En las diminutas tiendas unas mujeres vestidas de percal venden dulces de monjas, aguas frescas e innumerables artículos—telas, vestidos, bordados, juguetes—todos ellos perfumados, todos ellos olorosos a quién sabe qué gomas y resinas.

La Iglesia Mayor está encalada desde la base hasta el campanario y luce clara al sol. Crecen en el atrio flores en los arriates y yerba entre las piedras y las baldosas. El interior es fresco, amplio, humilde, solitario; salvo por unas cuantas manchas de oro, el tono claro de la nave única parece una continuación de la cal de afuera; es pobre el altar, vulgares los santos y las imágenes; a un lado se destaca un nicho con la peana cubierta de ofrendas recientes: allí mora la divinidad del lugar—el Señor del Calvario, la Virgen del Rayo, el Señor de las Indulgencias—de cuya suprema virtud son testimo-

nio los exvotos, las inscripciones y los cuadritos votivos que circundan el nicho: unos caballos se desbocaron y la divinidad salvó de la muerte a los pasajeros de la diligencia; una mujer cayó en un pozo y no se ahogó; un enfermo agonizante, un tullido recobraron la salud... Y en cada caso fué bastante la invocación del nombre sagrado.

Por las tardes las golondrinas, o las urracas, o los tordos, vienen en bandadas a posarse en los árboles de la plaza, y mientras el sol se pone y el azul del cielo se cambia en violeta, y el violeta en morado, y el morado en negro, ellas llenan el espacio con sus voces y el zumbar de sus alas. Entonces empiezan a brillar las lámparas del pueblo y a hacerse más oíbles las pláticas de las gentes que pasan. A esa hora las sombras, que vuelven hoscas las huertas cercanas y recluyen las bestias en sus corrales y a los arrieros en los mesones, tornan más grata la paz del pueblo, más amable su recogimiento. Y en los bancos de la plaza se sientan las parejas, y corretean los chiquillos por las avenidas del jardín, y, si es martes, o jueves, o domingo, poco después acaso broten del kiosko los sones de una música. Este momento previo al sueño, medianero entre el trabajo y el descanso, cobra aquí una vitalidad y un brillo inusitados, contrapuesto a las melancólicas horas del día; mientras dura, el buen lado de las cosas parece triunfar definitivamente sobre el lado malo: pasan hombres del bajo pueblo fumando sus cigarrillos de tabaco fuerte—son hombres mansos, humildes, fieles, serviciales—y priva en ellos un inconfundible aire de bondad, y el olor que deja el tabaco de sus cigarrillos es suave, afín del zumbar de alas, hermano de los tonos violados del cielo. Envueltas en sus rebozos oscuros, las criadas de las casas vecinas—criadas trabajadoras, leales, sobrias—regresan de la tienda con una pequeña cesta en el brazo, de la cual se exhala un sabroso aroma, mezcla de olor de café, de olor de chocolate, de olor de pan rociado con ajonjolí. Y a medida que la tarde cae, los habitantes del pueblo, ahora libres del esfuerzo, dan muestras de su felicidad: desde una calle adyacente las voces de un piano vienen a unirse al canto de unas niñas que juegan—"A la víbora, víbora de la mar..."—y a las coplas de algún cantor callejero:

Amapolita dorada
de los campos de Tepic,
si no estás enamorada
enamórate de mí

Son muchas las mozas casaderas del pueblo, muchas más que los jóvenes en edad de casarse. En las reuniones y en las fiestas familiares el forastero, siempre bien acogido, halla medio de saborear de cerca el ambiente íntimo de los hogares: la blanda y firme autoridad del viejo; la discreta sumisión de la madre; la oculta inquietud de las doncellas, sólo dominada por la virtud católica y un concepto rigoroso de la honestidad; la obediencia sin límites de los criados, hombres y mujeres contentos de su condición sumisa y de su posibilidad inagotable de trabajo callado y ciego acatamiento...



Pero a menudo cesa el reino de la luz y lo sucede el de las tinieblas. Como si el principio de un mal social endémico durmiera allí y despertara alternativamente, y cobrara de pronto un impulso arrollador, de la noche a la mañana se trastrocan los valores de esta vida ordenada, apacible y próspera. A la soñolienta melancolía de antes se sustituye un ambiente de tragedia y de inquietud; a la mansedumbre de los moradores humildes, la obediencia cruel a un jefe sanguinario y a instintos ciegos y perversos; a la firme autoridad de los mayores, la debilidad, la desconfianza; a la mesura general, la pasión desordenada y la sedición y el tumulto. Y entonces estos mismos pueblos, ahora indiferentes a su naturaleza bella, sombríos bajo su cielo luminoso y sus ricos ocasos, sordos a sus pájaros, ajenos a la dulce paz de su iglesia y a la claridad de su campanario, entran por el sendero de otra vida, asisten, y a la vez contribuyen, a un nuevo espectáculo hecho de violencia, de horror, de sangre.

Una noche—ya no hay luz en el pueblo, muchas casas están abandonadas, muchas tiendas saqueadas o quemadas—un carruaje infernal rueda enloquecido sobre el fango de las calles, atropellando y dando tumbos. De cuando en cuando se hace en las tinieblas una mancha de luz, brilla la piel de un caballo, se vislumbra una cara, el ala ancha de un sombrero, y se oye un disparo y un alarido. Por entre las masas de los árboles y las casas se ven pasar sombras de hombres montados, y hay ruido de voces, de armas, que tan pronto se acerca como se aleja, que se acalla del todo y luego resurge. Ladran perros... Al día siguiente se sabe de mujeres y hombres muertos y de un ajusticiado. Un oficial tomó a pasatiempo cazar desde su coche, en la oscuridad, a las gentes que pasaban.

Otra noche pesa sobre el pueblo un sordo murmullo, uno a manera de lejano rumor de mar, ora vago, ora perceptible. Gritos y acordes de una música se precisan de pronto; detonaciones de armas de fuego, nutridas o aisladas, instantáneamente lo dominan todo. En una calle, algo negro, enorme, informe, lento, pesado, rompe las tinieblas y avanza apenas, sometido a un extraño vaivén. Al resplandor de los fogonazos se adivinan jinetes de anchos sombreros, cañones de rifles, botellas enarboladas por multitud de hombres a pie. Y la enorme sombra sigue así, adelantando lentamente, mecida horas y horas por su vaivén extraño, que alumbran los disparos y hacen visible los gritos y el murmullo de voces. Cuando el sol sale, duermen, medio hundidos en el lodo y entre confusión de armas, de frazadas, de sombreros, de botellas, hombres innumerables. Bajo el manto de la noche mil soldados han celebrado una victoria.

Pero también en el horror hay grados. El pueblo se estremece ahora al oír una historia. Las tropas de otro general han entrado recientemente. Es indispensable proveerlas y avituallarlas. El nuevo general exige tributo a los vecinos ricos. Los vecinos ricos se resisten. Síguense los altercados, las amenazas. "Si a tal hora no se entregan tales cantidades se hará un escarmiento: primero será ahorcado don Fulano, después don Zutano, después don Mengano....." La hora señalada llega. Don Fulano jura que es pobre, que no tiene lo que se le pide, e invoca razones y testigos. Todo en balde: escuchando el clamor de su mujer, de sus hijos, de sus nietos, es ahorcado don Fulano. Y cuando los demás plazos se cumplen los otros vecinos ricos entregan las sumas pedidas... Uno de los allegados del general ha dicho a éste: "¿Por qué no perdonaste a don Fulano? El pobre, tú lo sabes, no tenía el dinero". Y el general ha contestado: "Por supuesto; pero yo sabía bien que ahorcando a don Fulano pagarían los demás".

MARTÍN LUIS GUZMÁN.

OLGA VANOF

NADA más se ofrece?—preguntaba yo a Enriqueta y a Blanca.

—No, mi querida Ladia,—me respondía invariablemente la última, con su dulce voz.—Gracias. Puede usted retirarse a su cuarto.

Enriqueta, como siempre, daba las buenas tardes con sequedad, y yo subía la angosta escalerilla que llevaba a mi alcoba. Una vez en ella, abría la ventana y dejaba que el descanso comenzara a entrarme por los ojos. El lago Lemán, tranquilo, suave, siempre en meditación, en la actitud de una alma serena que recapacita, extendía su delicioso azul frente a mi vidriera. Los Alpes parecían inclinarse para mirar en el agua su tocado de nieve, dorado a trechos por el sol poniente; y el cielo, bordado de nubecillas rosa, se abría con amplitud sobre todas esas bellezas para cobijarlas bajo sus gasas movibles y fantásticas.

Este paisaje tranquilizaba mi espíritu y mi cuerpo. A su vista, olvidaba yo por algunos momentos las tristezas que guardan en los repliegues de su corazón las institutrices y las damas de compañía.

Porque yo, en aquella *villa* elegante que dominaba el lago, era todo eso.

También la voz de Blanca, mi discípula, me hacía olvidar a veces esas mudas melancolías; pero Enriqueta, su hermana, una rubia altiva y vanidosa, me las despertaba como nadie. Su voz lastimaba mi oído y mi corazón.

—¿Se ofrece algo más?—preguntaba yo a las dos, tarde a tarde, al concluir mis labores.

Y Blanca siempre respondía:

—No, mi querida Ladia; puede usted retirarse.

"Mi querida Ladia"... Estas palabras me sonaban a consuelo. Con ellas tenía yo a veces bastante para dormirme pronto. Y entonces la brusquedad de Enriqueta y su silencio, no me impresionaban tan-

to. Pero en otras ocasiones, su actitud un poco despectiva, su mirada que se detenía sin cortesía ninguna sobre el modesto encaje de mis corbatas; sus preguntas, sus respuestas, sus rebeldías o faltas de atención en las clases, y la sonrisa un tanto burlona que siempre tenía en los labios, me punzaban hondamente, obligándome a menudo a suspirar.

Sin embargo, había un talismán con el que Enriqueta se dulcificaba a veces y hasta llegaba a domarse cuando estaba desapercibida: la atracción que ejercía sobre ella un nombre: el de Olga Vanof.

—¿Conque usted conoce a Olga Vanof, la gran novelista rusa?—me decía poniendo una mirada de admiración sobre mi rostro.

—¡Ya lo creo! Como que además de ser mi compatriota, es mi amiga.

—¿Por qué no le escribe a usted, entonces?

—Me extraña la pregunta,—respondíale.—Porque usted sabe muy bien, como lo supimos todos por la prensa, que una vez descubierta la liga de su hermano con los alemanes, por más que ella, rusa de nacimiento y de corazón, no se había mezclado en nada de eso, tuvo que escapar de su país y ocultarse. Ya vemos, pues, que no puede escribir a sus amigos.

Estas conversaciones tenían lugar en 1918, durante la guerra entre Francia y Alemania.

—Y dicen que es muy bella Olga Vanof, ¿no es cierto?—preguntaba Enriqueta.

—Así es,—le respondía yo.

—Sus novelas,—añadía,—son las que yo prefiero sobre todas.

Debía de ser verdad, porque en la biblioteca de mi discípula, esos libros eran los que estaban encuadernados más lujosamente.

—¡Qué orgullosa debe estar Olga Vanof, por ser una gloria de su patria!

—Al contrario,—decía yo a Enriqueta, subrayando mucho las palabras para que las tomase como una lección;—no hay en toda Rusia mujer más humilde que ella. Por eso no es extraño que otorgue su amistad a una modesta institutriz como yo....

Y mientras Enriqueta guardaba silencio, Blanca decía dulcemente:

—Nada tienen que ver con el cariño, mi querida Ladia, las diversas fortunas. Si usted carece de capital, tiene una cosa que vale más, porque no se alcanza con todo el oro del mundo: su talento y su co-

razón. Y si la gran novelista rusa la distingue con su amistad, es indudablemente porque encuentra en usted las condiciones necesarias para comprenderla. No le hace a usted favor ninguno con llamarla amiga.

Yo agradecía hondamente aquellas palabras confortadoras que me aliviaban de tanto peso como llevaba encima.

Enriqueta salía de la estancia, y era entonces Blanca la que me hablaba de Olga.

—¡Yo la prefiero,—me decía,—por todo lo que tiene de sensitiva y buena!

—Y a mí me agrada,—decía Enriqueta, entrando nuevamente,—porque siendo mujer, ha sabido imponerse como un hombre. Todos los críticos están a sus pies... Se propuso vencer, y venció.

—Ha vencido sin proponérselo,—decía yo a la altiva Enriqueta que se erguía ya como si ese juicio le diera el derecho de llevar sobre su cabeza una parte de la gloria que nimbaba a la novelista.—Es demasiado humilde para proponerse nada.

—Por más que sea usted amiga suya,—me decía con un tonillo picante,—no puede usted ir más allá de sus intenciones. Todos tenemos algo que esconder hasta a los más allegados. Conque así...

Como la conversación podía tornarse en discusión, yo optaba por callar.

Enriqueta, pensando que mi silencio no era el fruto de la cortesía, sino el de la debilidad de mi posición en su caso, tomaba una actitud despótica y salía de nuevo.

—Mi querida Ladia,—exclamaba entonces Blanca,—excuse usted los arrebatos de mi hermana que aunque es mayor que yo, tiene más juventud, y por tanto, menos reposo... En el fondo, la quiere a usted lo mismo que yo la quiero.

—¡Oh, no!—le respondía, mirándola con gran ternura.—El cariño de usted me presta fe. El suyo... no existe.

La caprichosa Enriqueta volvía a presentarse, trayendo un libro en la mano.

—Vea usted,—me decía mostrándome aquel tomo elegante, encuadernado en fino cuero.—Aquí está la última novela de Olga Vanof, *La casa vacía*. Lea usted la dedicatoria: es una hermosa página en la cual consagra el libro a su *amiga predilecta* la condesa de Borizof. Se ve que sus amistades son de alta alcurnia... ¿Ha dedicado a usted alguna de sus novelas?

—Mi querida Ladia, son las cinco; el té de usted debe de estar ya servido en el comedor; ¿quiere usted pasar a tomarlo?

Era la voz de Blanca.

Yo, en silencio, me levantaba para salir, y Enriqueta seguía diciendo:

—¡Eso sí que ha de ser honor! Verse ensalzado en la primera página de un libro tan hermoso como éste. Yo daría una fortuna porque Olga Vanof me consagrase alguna de sus novelas. Si pudiese tratar con ella, le propondría la compra de una dedicatoria. Puede que no le viniera mal, ya que todos sus bienes fueron confiscados.

No pudiendo resistir tanta dureza primero, y tanta vanidad después, volví mi rostro al salir, y le dije:

—No creo que mi amiga Olga Vanof hiciese un negocio de esos. Cuando ella dedica un libro, no lo hace por dinero. Así, habría que perder toda esperanza...

—Yo no las pierdo tan fácilmente,—me dijo en tono de desafío y haciendo el firme ademán del rico que cree poderlo todo con su dinero.

Sonreí, obligada por la conducta imprudente de Enriqueta y me dirigí hacia el comedor. El té de esa tarde me pareció más amargo que nunca. Las lágrimas empañaban mis ojos. A través de ellas, pude sin embargo contemplar como siempre el hermoso cuadro que adornaba el muro frontero: una inmensa estepa cubierta de nieve, donde un trineo, arrastrado por tres caballos, huía velozmente hacia el horizonte, guiado por un viejo de cejas blancas que iba hundido hasta los ojos en sus pieles. En aquel cuadro palpitaba la Rusia entera. Ni esas vastas soledades ni esas nieves, producían en mi alma la sensación de desamparo que los actos de Enriqueta me hacían sentir: porque en aquella estepa estaba la patria, y en esa *villa* elegante, la inhospitalidad extranjera.

Mordí, más que saboreé, las rebanadas de aquel pan amargo, bebí de prisa el té, y volví al salón para la clase de música.

Enriqueta y su hermana, con el periódico en la mano, comentaban acaloradamente los sucesos de la guerra.

—¡Por fin! ¡Por fin!—me dijo Blanca, adelantándose hacia mí.—¡Ya Rusia hizo la paz con Alemania! Vea usted la noticia....

Sentí que mis rodillas se aflojaban y que mi cuerpo estaba a punto de dar en tierra.

—¿Es posible?—exclamé con la voz ahogada por los sollozos.

—Lea usted, lea usted misma la noticia,—me dijo Blanca, señalándome el sitio donde estaban los telegramas.—Aquí, aquí; mire usted; ayer quedó firmada la paz... Ya no hay duda... Van a comenzar las relaciones comerciales entre esos dos países...

Las lágrimas me cegaban; bajo mis ojos abultados por el llanto, las letras se deformaban como vistas a través de un mal vidrio de aumento. La noticia bailaba y huía a mi vista como pez que se mueve y huye bajo el agua...

—Rusia traiciona a los aliados,—dijo con dura voz Enriqueta, dirigiéndose a mí.

—Suiza es neutral,—repuso con violencia Blanca.—No podemos ni debemos opinar en esos asuntos tan graves. Mi querida Ladia,—añadió, tomándome del brazo,—voy a acompañarla a su cuarto para que pueda usted a solas entregarse a la justa emoción de alegría que debe causarle una noticia semejante.

Exhausta, temblorosa y llorando a raudales me dejé guiar como una niña por la mano de mi discípula. Una vez terminada la escalerilla que llevaba a mi cuarto, Blanca abrió la puerta, me condujo hasta un sillón, y después de empapar su fino pañuelo en el agua de Colonia que estaba sobre mi mesa de *toilette*, me lo puso en la mano, besó en silencio mi frente, y salió con discreción cerrando tras de sí la puerta.

Cuando me ví completamente sola, caí de rodillas ante mi lecho, y con la cabeza apoyada en él, oré y lloré hasta que la luz faltó en la alcoba.

Quince días después, salía yo para Rusia, mi patria. Y meses más tarde, escribía yo esta carta a mi dulce discípula de Ginebra:

"Muy querida Blanca:

La prueba de que no he olvidado las ternuras que usted tuvo para su "buena Ladia", es ese libro que le envío, escrito por mí y que está dedicado a usted. Si alguna vez quisiera visitar a Moscú, tendré el gran placer de recibirla en mis posesiones de Kraskoya, pues todos mis bienes me han sido devueltos. Mi hermano, en completa libertad, está conmigo. El goza nuevamente de la confianza de la patria, y yo he vuelto a recibir los honores que, aunque inmerecidos, mi país me dispensa como escritora. Mi amiga, la condesa de Borizof, a quien he contado con detalle las delicadezas de usted para conmigo, la envía su retrato y un rico presente. Mi hermano queda a los pies de usted; y yo, haciendo a un lado el incógnito, inútil ya, la es-

trecho mil veces contra mi pecho, y me repito su amiga más devota y sincera,

Olga Vanof".

Y después de escrita esta carta, en la que el nombre de Enriqueta no aparecía por ninguna parte, la introduje en el sobre y la cerré, pensando que, al menos por una vez, había yo tenido el valor de aplicar la justicia.

MARÍA ENRIQUETA.

Madrid.

LA DISOLUCIÓN DE LA GRAN COLOMBIA

CUALES fueron las fuerzas que empujaron el soberbio edificio levantado por la mano del Atleta hasta precipitarlo en la tenebrosa sima de la disgregación y el aniquilamiento? Muchas y muy diversas en índole y naturaleza; pero a despecho de su heterogeneidad, pueden reducirse a una sola principal: la Nueva Granada, Venezuela y Quito habían llegado en el decurso de su existencia colonial a constituir tres grandes centros distintos de población, con caracteres diferenciales bien demarcados, con estructura social propia y en ocasiones hasta diferente u original. La necesidad de aunar esfuerzos para la defensa común durante la guerra de Independencia y el genio centralizador de Bolívar, reunieron en un solo haz las voluntades de las tres comarcas en el empeño de echar abajo la dominación española en Hispanoamérica; pero al extinguirse el peligro común, el espíritu individualista y particularizador prevaleció sobre los efectos y el amor a la unidad de las glorias conquistadas, y la desasimilación de los componentes sobrevino como un fenómeno natural y hasta lógico. Trataremos de demostrar esta tesis, recorriendo a prisa, pero con ojo avizor, las páginas de la común historia.

Desde los albores mismos de la Conquista comenzó a diseñarse la diferenciación que con el tiempo surgiría entre el carácter y las costumbres de los pueblos de la Capitanía General de Venezuela, el Virreinato de la Nueva Granada y la Presidencia de Quito. A la primera no afluyeron grandes capitanes como Jiménez de Quesada, Belalcázar, Heredia o Balboa, émulos de los Pizarros y los Corteses por la extensión de sus conquistas, la magnitud de sus hazañas o el poder de los imperios que les cupo en suerte sojuzgar; sino una multitud de capitanes, si de menor renombre y fama, más escasa suerte en sus fortunas y a veces mayor desgracia en sus finales, de una entereza varonil rayana en la locura y de un individualismo tan caracterizado, que bien pudiera decirse que cada conquistador de aquellas tierras

llevaba en sí su ejército, las leyes de su república y el imperio con que soñaba. "El guerrear sin tregua, la visión constante del peligro y la muerte, la tenaz esperanza de El Dorado que se desvanecía todas las tardes en el horizonte de ignoradas soledades, las vigilias en campamentos insalubres, la ausencia de mujeres de la propia raza, que hubieran tal vez endulzado el temple de aquellas almas, donde con el valor heroico habitaban la codicia y el despecho, la ira y la venganza,—apenas tenían más distracción que efímeros sensuales amoríos con alguna india cautiva o el cuento picaresco referido en noches de descanso por algún soldado poeta", constituyeron la vida de los conquistadores de Venezuela, según la feliz expresión de un grande historiador contemporáneo (1).

En la Nueva Granada, bajo la egida protectora de los ilustres y poderosos capitanes cuyos nombres ennoblecen ya este escrito, surgieron en breve ciudades y más ciudades, regidas muy pronto por leyes escritas y autoridades legítimamente constituídas, dándose así pábulo al sosegado disfrute de la vida ciudadana y pacífica, caballeresca, como lo demandaba el espíritu de la época, sabia y culta según el espacio que daba el buen gobierno para el cultivo de las mentes, colmada de leyendas de amor y de odio, de dolor y de alegría, de virtud y de pecado, pero sellada siempre con los caracteres distintivos del espíritu castellano, noble, generoso, magnánimo y grande hasta en las ocasiones del delito.

En la Presidencia de Quito la conquista fue prolongación del esfuerzo del segundo (2) en grandeza de los conquistadores iberos de Tierra Firme, y en aquellas comarcas que contemplaron el poder absoluto de los Incas, no demoró en constituirse una administración aceradamente dura, destructora de los elementos nativos, que protegió el nacimiento de una nueva raza, mestiza de piel y de alma, de hábitos sedentarios y tranquilos, esparcida en poblaciones encaramadas sobre las cimas de los Andes y a las que sólo el abuso de los mandatarios peninsulares pudo sacar, tres siglos más tarde, del sopor en que vivían, para impulsarlas a la demanda de sus derechos conculcados y desconocidos.

La organización dada, al gobierno colonial, centralizado en las tres capitales más importantes de tan vasta comarca, Santafé, Cara-

(1) José Gil Fartoul.—Historia Constitucional de Venezuela, II, LI. Capítulo I.

(2) Corresponde la primacía a Hernán Cortés.

cas y Quito, haciendo converger a ellas solas las miradas y las esperanzas de los habitantes, contribuyó de modo poderoso a reforzar la naciente línea de demarcación de los caracteres de los pobladores. La naturaleza, poniendo entre unas y otras distancias desconsoladoras, abismos insalvables y montañas que traspasan el límite de las nubes; ofreciendo aquí llanuras en donde la mirada se pierde como en horizontes marinos, allá valles profundos, apacibles mesetas o picos enhiestos; de esotra parte colosales montañas coronadas de nieves perpetuas y una costa abierta ya al Oriente, ya al Septentrión, ya al Poniente, azotada por vientos diversos: cálidos, con todo el calor del Continente Negro; fríos, con todo el dulzor de la Zona Templada u oreados por el potente seno salobre del Grande Océano, acabó de determinar una demarcación que ya habían señalado el capricho de los monarcas españoles y el azar de las conquistas. Tres largos siglos de vida colonial habituaron a venezolanos, reinosos y quiteños a mirarse como individuos de nacionalidades diferentes; pero en verdad nunca con aspiraciones antagónicas. Las futuras repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador existían ya en el seno misterioso de los tiempos pretéritos.

La conmoción revolucionaria hizo olvidar por un momento las desemejanzas sociológicas y políticas y unificó toda la América en una aspiración común de autonomía primero y más tarde de independencia; y por eso vemos que la intentona generosa de Gual y España responde en Venezuela al audaz apostolado de Nariño en el Virreinato; a la fracasada empresa de Miranda, sigue la infeliz revolución de Agosto en Quito y la brava revuelta de Hidalgo en Dolores; las doctrinas sobre el concepto de soberanía sostenidas en 1808 por el privilegiado ingenio de Juan Francisco Azcárate y Lezama en el Cabildo de Méjico, coinciden con las que el año siguiente defendió Camilo Torres en Santafé; y a la franca actitud de Caracas el 5 de julio, responden Cartagena de Indias en 1811, Santafé el 16 de julio y el Congreso de Chilpancingo el 13 de septiembre de 1813.

Pero tal convergencia de ideas hacia una misma finalidad política no ocasionó, en los primeros tiempos de la lucha para que se aprestaban los pueblos, ninguna aproximación efectiva, ni aun en el territorio que constituyó más tarde la Gran Colombia, salvo el Tratado de Junio de 1811 celebrado entre Venezuela y el Estado de Cundinamarca.

La inexperiencia en achaques de gobierno, la candidez pueril de

los próceres de la Patria Boba y la Primera República de Venezuela, que suponía cumplida la obra de emancipación con expedir leyes y constituciones sin respaldar esos actos con la fuerza de las armas y el triunfo en los campos de batalla, y el inmoderado individualismo propio de la raza ibérica que culminó en el prurito de las federaciones, ocasionaron desastres sucesivos y aislados en Quito, Venezuela y el Nuevo Reino. La ola de la Pacificación pasó después sobre la faz de nuestros pueblos y ciudades anegando en sangre la tierra y privando a la causa de la Libertad de los más gallardos paladines por la muerte o la dispersión. Morillo, a semejanza de Tarquino el Soberbio, cortó las anémonas más altas del precioso jardín que en mala hora para España y para la causa de la civilización, le confió la ineptitud y el orgullo de un gobierno absolutista y opresor.

Mas del seno mismo de aquella sombría nube brotó el relámpago que alumbró el Mundo americano con luz inextinguible: Bolívar, la cabeza de los prodigios y la lengua de las maravillas, como lo ha llamado un escritor insigne, después de largo y atormentado peregrinar por islas lejanas, organiza las legiones de la victoria, vivifica las volutades moribundas de los pueblos, muestra una sola meta a todos los esfuerzos y une en apretado haz actividades que hasta ese momento se habían gastado en marchar en direcciones opuestas y hasta contradictorias, para alcanzar el triunfo en los campos peregrinos de Boyacá, Carabobo, Bombaná, Pichincha, Junín y el lejano Ayacucho. Como premio a sus servicios, como homenaje a sus anhelos, como rendido asenso a su voluntad firmísima, el Congreso de Angostura decretó, desde el primer triunfo decisivo alcanzado por el Héroe, la creación de la República de Colombia, inmenso estado que fué el pasmo de la Europa monárquica y absolutista, el orgullo del Nuevo Mundo, la esperanza de los oprimidos y el reflejo espléndido de la gloria conquistada por el Libertador. Cien mil leguas cuadradas de superficie abarcaba su vasto territorio, ríos que compiten con los mares en amplitud y extensión, montes que se avecinan a los cielos, el calor sofocante del Ecuador y el frío glacial de los Círculos Polares, la llanura y la montaña, las marismas y los ventisqueros, el hombre de cabellos crespos y obscura piel, el de lánguida mirada y epidermis de bronce, junto al dolicocéfalo rubio oriundo de las costas del Cantábrico y el braquicéfalo moreno cuya frente fue acariciada en la cuna por las suaves brisas del Mediterráneo.

Pero ¿podía perdurar aquel grandioso conjunto, cuando obraban en su contra la naturaleza, la urdimbre social y etnológica, las costumbres y la disolvente ambición de los generales de la guerra emancipadora? No. Obra del genio que bajo su mano supo ordenar las voluntades para el triunfo, conseguido éste y arruinada la poderosa energía de aquel prodigio por las enfermedades y los disgustos morales, la disgregación del todo sobrevino necesaria, ineludible, fatalmente; porque debajo del imponente aparato de las fuerzas militares y de la organización política, los principios disolventes continuaron su tarea de desasimilación silenciosa hasta acabar con aquella majestuosa república que fue la admiración del Mundo y la satisfacción de los libertadores.

Venezuela, individualista, batalladora e inquieta, contra Páez o con Páez, lanzó el primer clamor de disolución; Nueva Granada, civilista, pacífica y aferrada a la Constitución como a una áncora salvadora, miró sin desagrado la ruptura de un vínculo que no apetecía sostener, y Quito, ansiosa de la autonomía que aún no había gozado, siguió el blanco penacho del gallardo extranjero que le ofreció en halagadora perspectiva la soñada independencia.

Observemos los principales hechos del proceso de disgregación:

Desde el 29 de diciembre de 1821, la Municipalidad de Caracas, se apresuró a declarar que prestaría en enero siguiente el juramento de obediencia a la Constitución expedida por el Congreso de Cúcuta, para no dar "idea de división entre pueblos que se habían unido por unanimidad de sentimientos, intereses y recíprocos afectos"; pero que no podía esa carta imponer a los pueblos de aquella provincia y del Departamento de Quito, el deber de su estrecho e inalterable obediencia, no habiendo tenido parte en su formación y siendo como eran algunas de sus disposiciones inadecuadas al territorio". Este acto se puede decir que anunciaba ya la separación el mismo día que se efectuaba la unión. En los años de 23 y 24 surgieron nuevas colisiones entre el Intendente del Departamento de Venezuela y el Jefe Superior de los tres departamentos orientales, entre la primera de las autoridades nombradas y la Municipalidad de Caracas, cuyo origen y causas han sido atribuídos por preclaras plumas de historiadores venezolanos, a la tendencia autonomista o separatista "que no cejó nunca en Venezuela ni ante la Constitución de Cúcuta, ni ante el gobierno central de Bogotá, ni ante la suprema autoridad de Bolívar".

El Vicepresidente Santander, político experto y adivinador, decía al Presidente del Senado en enero de 1825, que los sucesos de Caracas indicaban un malestar profundo que podría ocasionar funestas consecuencias y probaba la existencia allí de un partido que desde 1821 desacreditaba la Constitución, pretendía desunir a Venezuela y la Nueva Granada y en resumen, "concitar el odio de la masa del pueblo contra instituciones, leyes, congreso, ejecutivo y toda clase de autoridades".

Las tendencias de ese partido se mostraron de nuevo contra el Decreto sobre conspiradores expedido por Santander el 17 de marzo de 1825, cuyo cumplimiento fue resistido por la Municipalidad de Caracas. Y continuaron en ocasiones varias y sucesivas, mostrando el anhelo que allí existía de desligarse de la obediencia del gobierno de Bogotá.

Todos esos motivos impulsaron a Páez, que por entonces era decidido sostenedor de la unión, a dirigir a Bolívar la famosa carta de 1.º de octubre de 1825, que él negó después, y en la que proponía la formación de un imperio presidido por el Libertador. Bolívar contestó el 6 de marzo del año siguiente con aquellas frases lapidarias que revelan su intenso amor a las democracias: "Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón... Aquí no hay nada de esto: yo no soy Napoleón ni quiero serlo: tampoco quiero imitar a César, menos aún a Iturbide! Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano: por tanto, es imposible agrandarlo".

El León de Apure alarmado ante los propósitos de quienes él más tarde habría de llamar "godos revoltosos" buscaba la salud de Colombia en la constitución de un imperio con Bolívar a la cabeza; mas el espíritu eminentemente republicano del Libertador, enamorado de otros ideales, prefirió la disolución de la obra que con tanto amor había realizado, a conseguir su permanencia erigiendo en América, para sentarse en él, "las cuatro tablas cubiertas de carmesí que llaman trono."

Un nuevo y más grande acontecimiento surge al principiar el año de 1826: Páez, obedeciendo el Decreto sobre conscripción militar expedido por Santander el año de 1824, ordena acuartelar por la fuerza en la ciudad de Caracas, el día 6 de enero del año antes nombrado, a todos los hombres aptos para el servicio de las armas, y ocasiona con este proceder protestas y acusaciones de la Municipalidad y

del Intendente, dirigidas a la Cámara de Representantes y al Poder Ejecutivo de la nación. Por un curioso fenómeno político la suspensión del empleo que tales acusaciones le ocasiona, empuja a Páez en brazos de la facción separatista que había instaurado las quejas por su anterior conducta, y el 30 de Abril del mismo año de 1826 contra lo resuelto por el Senado y decretado por el Ejecutivo, el terrible llanero queda reconocido de nuevo Comandante militar de Venezuela.

Así como cuando se rompe un poderoso dique las aguas por él largo tiempo contenidas se precipitan a las tierras bajas y las aniegan y hacen zozobrar, de igual manera el pronunciamiento de Valencia dió riendas sueltas a las odiosidades latentes contra el gobierno central, y hasta poblaciones insignificantes declararon por medio de actas su intención de secundar lo resuelto por la Municipalidad de Valencia.

A tan fatales acaecimientos responden en la Presidencia de Quito otros no menos desastrosos en su significado aun cuando diversos en la forma: las Municipalidades de Guayaquil y Quito en actas sucesivas en los meses de julio, agosto y septiembre de 1826, pidieron la reforma de la Constitución y a Bolívar que asumiese la dictadura para contener los males que combatían la república; semejante procedimiento era no menos atentatorio de la integridad de Colombia y la majestad de la nación que los movimientos subversivos de Valencia y Caracas.

Bolívar, desde el Perú en donde se hallaba todavía robusteciendo con la organización de aquellos Estados los cimientos de la Libertad americana e iniciando la gran confederación hispanoamericana que debía salvaguardiar en lo futuro las nacionalidades creadas por el esfuerzo de su brazo, oyó los gemidos de su hija predilecta en la agonía y abandonándolo todo acudió a ampararla. Al pisar de nuevo tierra colombiana exclamó lleno de intenso amor: "Os llevo un ósculo común y dos brazos para uniros en mi seno: en él entrarán hasta el profundo de mi corazón, granadinos y venezolanos, justos e injustos: todos del Ejército Libertador, todos ciudadanos de la gran República."

La presencia mágica del Héroe volvió a sus vainas los aceros que salían ya a relucir en actitud amenazadora, y hasta el terrible Páez, cuyos rugidos pusieron espanto en el corazón de la República, decía al acercarse a Caracas el Padre y fundador de Colombia: "El hijo más ilustre de la patria de la gloria, Venezuela, el primer héroe por

sus hazañas en los campos de batalla, vuelve con el amor más puro a ver a sus antiguos compañeros de armas, y los lugares donde están los monumentos de su gloria".

Venezuela se incorporó de nuevo a la República; pero la nueva unión fue precaria y transitoria. Por todos los ámbitos del inmenso territorio de Colombia se clamaba pidiendo reformas constitucionales, se elevaban quejas contra la administración pública, se anhelaba el sosiego y la tranquilidad social amenazados por innumerables pandillas de salteadores que infestaban los caminos, y en el inquieto afán que perseguía un cambio en las instituciones, unos querían la continuación de la república, otros que se ensayase un gobierno monocrático-republicano con Bolívar a la cabeza y otros, por fin, pedían que se erigiese una monarquía, para asentar firmemente las bases del estado que creían inseguras todavía. Nadie sabía dónde se hallaba la meta de la salud, y en la duda, la vacilación y en el temor, éstos renegaban de Bolívar y su obra y aquellos de la Constitución y sus prácticas, porque le atribuían el origen de todos los males que padecía la nación. La Convención reunida en Ocaña, que proclamó al iniciar sus sesiones que "en el templo de la Patria no se deben levantar altares, sino abrirse sepulcros a la discordia", terminó sus tareas tributando a la fatal deidad la más ignominiosa adoración y estirpando hasta la más remota esperanza de salvación para la República.

La dictadura de Bolívar a que acudió la nación poseída de espanto, y el peligro de la guerra a que forzó la actitud amenazadora del Presidente peruano Lamar, retrasaron un momento la hora de la disolución que se acercaba e hicieron florecer de nuevo los laureles de la epopeya magna en el inmortal desfiladero del Portete de Tarqui. Pero pasada aquella última ráfaga de los vientos de la gloria, y vuelto el Libertador a la capital con la salud minada por las dolencias físicas y el alma acongojada por las ingratitudes de sus conciudadanos, la obra de disolución siguió su curso sin detenerse ya más: el 26 de noviembre de 1829 la Municipalidad de Caracas acusó a Bolívar de los males que padecía Venezuela y proclamó su separación de Colombia, aclamando a Páez como jefe de la nueva república; en el centro mismo de la moribunda Colombia, muchos granadinos declaraban no poder olvidar su condición de tales, lo que valía tanto como poner los intereses de la patria chica por encima de los de la patria grande, y pocos meses después Quito, Guayaquil y Azuay, departamentos del Sur, siguieron el ejemplo disgregador de los del Norte:

el 31 de mayo Juan José Flores convocó, para que se reuniese en la ciudad de Riobamba el 10 de agosto siguiente, un Congreso Constituyente de la nueva república del Ecuador.

Bolívar, amargado el ánimo por la contemplación de la inminente ruina de su obra, tomó, vencido física y moralmente, el camino amargo de un destierro voluntario; pero la Muerte, piadosa con Colombia y con la América, impidió que se consumase, deteniendo para siempre los latidos de aquel corazón magnánimo el día 17 de diciembre de 1830, precisamente a los once años cabales de haberse decretado por el Congreso de Angostura, la constitución de la gran república que acababa de disolverse. El artífice y su obra se extinguieron para el mundo el mismo día y a la misma hora que anunciaba el apogeo de sus glorias.

De Colombia la magna, de la brillante creación del Libertador, apenas quedó el nombre; nombre glorioso al que se siguió rindiendo durante algún tiempo más el homenaje que se tributa a aquellas cosas en donde el esfuerzo humano parece como si se compenetrase con la voluntad divina. Nueva Granada, Ecuador y Venezuela, al constituirse en estados independientes, continuaron invocando el nombre de Colombia como un vínculo ideal que no se atrevían a romper, porque en él se transparentaba un pasado inolvidable y como que se fincaban todavía las aspiraciones futuras hacia el ideal ya quimérico de la recuperación de la fuerza y el poder perdido.

"Miramar", Cartagena de Indias, 1920.

GABRIEL PORRAS TROCONIS.
De las Academias de la Historia de Cartagena de Indias, de Caracas y de Bogotá.

LA JOVEN LITERATURA MEXICANA

SECCIÓN A CARGO DE

AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ

LUCIANO JOUBLANC RIVAS.—Son sus poemas, jóvenes poemas de romántico y encantador subjetivismo, como su espíritu primaveral: diáfana mezcla de misticismo provinciano sin torvas complicidades ni vagas honduras, de doliente ternura y de piadoso anhelo de bondad

Yo me aferré una vez a un imposible...
yo quería ser bueno...
y yo soñaba, de entusiasmo pleno,
y yo creía todo lo increíble.

Y un lírico amor a la vida, sabio y vigoroso arraigo de juventud a la existencia plena, tentadora con sus mil sortilegios y confusos matices, provocativa por la tenue maleza del misterio, atrayente y luminosa en sus sendas doradas de placer

Has de amar a la Vida; pero amarla
con tal sabiduría,
que puedas exclamar: ¡Fué toda mía...
y nunca supo que llegué a tocarla!
... ...
... ...

Acaso alguna vez por tu camino
llegues a las quietudes anheladas...
y sepas que no todo es sufrimiento
ni la vida es tan triste ni tan mala.

Ennoblece su estro un inquieto y vibrante anhelo de purificación, con ondulantes y mal reprimidas ansias, cuitas ingenuas y dolientes, todo un cortejo de adolescencias: esperanzas y ensueños, quimeras y dolores, pugnas y desfallecimientos y por encima de todo una cristiana clemencia lavando en su tersa piscina los melancólicos temblores, las dudas y los tumultuosos empeños.

Joublanc Rivas, vario y multiforme, lleva en su fecunda emoción y en su romántica nobleza el seguro gallardo de su lírica, y concreta en cada nueva estancia el secreto de una segura evolución poética ahondando la emoción provinciana, tocando su fervor de leves panteísmos, exaltando cada vez más la forma y el sentido del símbolo; así es como él mismo duda ya de su obra en botón: *El Alma Trémula*, su primer libro, tiene poco que ver con sus versos de *La Hermandad* y con los poemas posteriores.

Las primitivas influencias —nobles y benéficas— se han ido esfumando para dar lugar a una clara expresión de la sincera personalidad del poeta, en la que con nítido y apuesto alarde se destaca un deseo de áurea sencillez, anhelo purificador y gentil expresión de limpieza y tersura espiritual

Tornemos sencillos
volvamos a los tiempos que pasaron,
llevemos otra vez los siete anillos
de los divinos dones.



Y SÓLO YO SABRÍA...

CUBRIRIA *mis carnes con pieles de camello,*
comería langostas y bebería hiel,
y dejaría intenso el áspero cabello
por poder azotarme las espaldas con él.

Pálido como sombra, siniestramente bello,
mostraría, a las ávidas miradas de Israel,
una venda en los ojos y en los labios un sello
y en la mano la espada del Arcángel Miguel.

A besar mis sandalias las mujeres vendrían;
al acercarse a mí, quizás se atreverían
a decirse en voz baja: "Callad: profeta es".

Y sólo yo sabría que el adusto profeta
suspiraba y daría toda el ánima inquieta
por una de esas bocas que besaban sus pies.



DE AQUEL TIEMPO

LA *sala era muy grande y penumbrosa.*
(no había quien abriera las ventanas)
y la luz diluíase en la sombra
como si en ocultarse se afanara.

La sala era el lugar en que vivían,
en hermandad extraña,
el gato, el polvo, las alfombras mustias
y los viejos olores de la casa.

Decían que de noche, en los rincones
empolvados, solía verse el alma
en pena del abuelo volteriano,
que murió sin ayudas eclesiásticas,

pidiendo una limosna de oraciones
para entrar a las tierras anheladas
de la infinita paz... Y era un tormento
penetrar en el cuarto del fantasma.

Había un gran espejo emparedado
al fondo de la sala,
y en su faz taciturna se veían
todas las fantasías de la pátina.

De misterio profundo revestido
ofrecía el enigma de sus aguas
sin luces ni color, cual si estuviera
pensando en otras cosas y otras caras.

Y decían que el alma del abuelo
adentro del cristal se perfilaba...
¡Y era abominación y sacrilegio
mirarse en el espejo del fantasma!

¡Oh el horror insondable del espejo
y el misterio indecible de la sala!
¡Oh los ojos del gato, que veían
a los genios malignos de la casa!

¡Las pupilas fosfóricas, hablando
con alguien en la luna emparedada!
¡Los muebles empolvados, que tenían
la huella de las manos del fantasma!



Y allí vivías tú.... ¿Por qué misterio
la abuela te escondía, confinada
en el ambiente pavoroso y lúgubre
de las semi-tinieblas de la sala?

(Decían de un convento, y de una monja
que fuera cierta vez descomulgada,
por haber celebrado juntamente
las nupcias de la carne y las del alma.)

Yo no sé; sólo sé que tú sufrías
y que tus pobres ojos se nublaban
como los ojos de Santa Cecilia,
que llegaron, llorando, a no ver nada.

Y que tus pobres manos, que tenían
el tinte melancólico del alba,
sólo se abrían para alzarse al cielo
y dar forma tangible a la plegaria.

Sólo sé que tu cuerpo se moría
y que el alma a tu frente se asomaba;
y que llegaste a ser como una sombra,
silenciosa y muy pálida...

Y sé también que sucedió en Otoño
que al buscarte la abuela una mañana,
abrió las puertas, pronunció tu nombre,
y no halló ni tu cuerpo ni tu alma...



Y contaban las dueñas, santiguándose,
que la monja sacrílega y malvada,
estaba prisionera en el espejo
donde el heterodoxo la esperaba.

Y como en los horrendos esponsorios
que una vez en la tierra celebraran,
el abuelo incestuoso la cubría
con sus glaciales besos de fantasma...



LA CASTELLANA QUE LEÍA EL CANTAR

TENIA *un galgo heráldico de andadura liviana*
que le seguía siempre, como una sombra gris.
Todas las tardes limpias iba la castellana
a poner en el parque su albor de flor de lis.

Una mañana húmeda tembló la fortaleza;
—fué el halconero Hildardo quien dió el grito de horror—:
La castellana estaba tendida en la maleza,
con su blancura diáfana, como de un lis en flor.

Tenía el alma enferma de nostalgia y de sueños,
desde que una mañana de místicos ensueños,
abriendo un libro santo, la habló el Rey Salomón...

Y leyendo, leyendo la Escritura Divina,
se quemó como un pábilo su alma femenina
en el viejo poema de lujuria y de amor.

San Luis Potosí.

LETRAS FRANCESAS

SECCIÓN A CARGO DE

JAIME TORRES BODET

ANATOLE FRANCE

> Acometer la síntesis del anciano equivale al riesgo de urdir un perfecto mosaico vital.
>
> RAMÓN LÓPEZ VELARDE.
>
> "El Minutero".—México Moderno Año 1º, Nº 2.

Con más o menos paciencia (y generalmente menos que más) había yo soportado hasta últimos días la admiración casi siempre incomprensiva que los periódicos de todos nuestros países latinoamericanos tributan a Anatole France.

Me invitaba a desatenderme de ella la convicción de que era. por su esencia popular misma. el mejor castigo para un hombre que. como France. ha hecho siempre profesión de celibatario impenitente y de ratón asiduo de biblioteca.

Apuntaba una sonrisa sin hiel al pensar que tal suerte han corrido quienes. pretendiendo apartarse de la turba vulgar que detestan, oyen de pronto sus nombres voceados en mitad de la plaza pública. Nada seduce tanto a las muchedumbres como las invectivas que se les dirige con insistencia frecuente.

Por eso Anatole France es actualmente un escritor popular. casi tan popular como Georges Ohnet, de quien tanto mal y con tan buen acierto dijo siempre. A France se le encuentra, modestamente traducido, en toda biblioteca, por mezquina que sea.

Los jóvenes lo leyeron y se creyeron complacidos; los viejos lo leyeron también y recibieron, con esto, franco y hondo placer. La razón es obvia: France ha sido siempre autor de decadencia, escéptico, senil, estilista refinado. Los viejos le serán siempre adictos. "Para comprender a las ruinas, decía Heine, hay que ser un poco ruina uno mismo."

El tiempo pasa, sin remedio; los viejos siguen leyendo los volúmenes innumerables de Anatole France y encuentran en ellos motivos frecuentes de delectación. Los jóvenes siguen leyéndolos también; pero comienzan a dudar.

Sólo los "literatos" de periódico aplauden sin reticencias. Son incondicionales. Muchos de ellos se han apoderado de los nombres que France dió a

algunos personajes de sus novelas. Otros, llenos de hipócrita agudeza, lo imitan en silencio.

La sonrisa de France es hoy un gesto casi necesario; ha perdido para siempre, la discreción y la elegancia que la vida le otorgaba; está condenada desde ahora a ser una actitud involuntaria, imprescindible. En France, fue, muchas veces, el gesto espontáneo de una boca sagaz; en sus imitadores no será nunca más que la mueca de una ridícula máscara.

Por ahora Anatole France no suscita problemas verdaderamente graves. Este es su principal defecto. Desconfiaría menos de él si se le hubiera atacado con mayor dureza. Los autores mediocres y las mujeres feas son hasta cierto punto felices: no se duda nunca de ellos.

El espíritu de France dicen sus admiradores, es maravillosamente ágil. Parecen haber acertado señalándonos esta cualidad en la que casi todos coincidimos; no obstante, si nos detenemos un poco a considerarla, comprenderemos que esta afirmación no es ni elogiosa ni cruel.

La cualidad fundamental de un espíritu no es nunca la agilidad. La *agilidad* puede ser algunas veces, instrumento de inteligencia; es casi siempre útil como un medio, nunca es codiciable como fin.

France tiene un soberbio talento de intérprete; tiene pocas ideas suyas; pero explica con elegancia y aticismo las ajenas. Cuando narra, explica; cuando describe, explica; cuando razona, explica. Toda su obra es una exégesis, y por desgracia es, muchas veces, una exégesis de lugares comunes. De ahí la unción teológica que sus libros resumen.

Lo que más profundamente le agradecemos no es lo que nos dice, sino lo que él oyó decir. Comentarista delicioso, anima todas las ideas con una vida peculiar y para todos manifiesta; pero da a los seres inmovilidad de carne momia. Las flores están *insertadas* en su obra como en un herbario; los objetos *catalogados* como en un museo; los colores *inertes* como un disco de Newton.

Le sobra lógica y método: le falta pasión. Su producción no tiene perfume propio; está llena de aromas artificiales. Ya lo había yo dicho: es un decadente.

Y precisamente lo que nosotros necesitamos son profesores de energía: personalidades viriles aunque toscas, originales, aunque despóticas.

Tedio y desolación resultan para el alma de una literatura incolora, inteligente y equilibrada como la actual; tedio y desolación engendra en el alma este *dilettantismo* sobrio y frío; esta injusta predilección por todo lo fino, lo artificial y lo raro; este abandono de todo lo espontáneo, lo natural y lo ingenuo.

Necesitamos una literatura de hombres leales que hayan sabido gozar y sufrir, amar y odiar profundamente. Necesitamos aire puro! No el que conservan anémicos boticarios en bolsas higiénicas de cuero, sino el que los vientos ásperos de la montaña soplan en el pulmón abierto y sano!

Anatole France es de los autores que no necesitamos.

J. T. B.

ARTES PLÁSTICAS EN MÉXICO

SECCIÓN A CARGO DE

MANUEL TOUSSAINT

LA EXPOSICION DE ADRIEN BAS.—Abierta el día 20 del pasado mes de septiembre en un salón de la vetusta Academia de San Carlos, esta exposición ha dado lugar a comentarios e ideas, los más diversos.

Naturalmente, los radicales dejaban oír su voz de protesta porque a este señor no se le ocurre pintar como ellos querrían; y más de un espectador semejaba aquel héroe de Andreiev que, habiendo asistido a una exposición de arte moderno, estuvo tres días como loco; miraba el cielo y pensaba que estaba mal pintado y que era preciso teñirlo con otros colores.

En realidad, no hay para que irritarse. Cuando pensamos que el impresionismo es ya una antigualla en Europa y que, por sobre todas estas modalidades, por sobre todos estos *ismos*, sólo el verdadero talento subsiste, como Besnard por ejemplo, que no puede ser exclusivamente referido a una tendencia y en cuya gran capacidad caben todas, bien podemos considerar sin ira los paisajes del señor Bas.

La primera impresión de conjunto es la de una gran monotonía, a la cual contribuye, acaso, la mala colocación de los óleos alternados uniformemente con las acuarelas. Mirando con detenimiento, haciendo la selección que impone nuestra sensibilidad, y aislándonos con las obras elegidas, llegamos al verdadero espíritu del pintor. Sentimos su ansia de reproducir el mundo exterior en una rápida visión integral; el artista no tiene tiempo de insistir en los detalles porque el conjunto es algo fugitivo y cambiante, y sólo éste le interesa. La forma ha desaparecido; queda la mancha que en ojo adquiere contorno, relieve, claro-oscuro y vida. Queda también la emoción del momento, más intensa cuanto menos aprisionada... Queda el efecto luminoso, radiando claridad como si el pintor hubiera podido al fin extender suavemente luz sobre su tela. Sobre estos principios, el artista crea sus pequeños paisajes. La realización obtenida es desigual, naturalmente. Sólo quiero mencionar algunos óleos en que me parece haber logrado plenamente su intento: 1.—*Alrededores de Lyon.* Magnífico efecto de caserío, tras un arbolado; troncos erguidos que dejan mirar la inmensidad del ambiente. 2—*Lyon; un canal.* Tela de las mejores, con un sorprendente efecto de agua. 6.—*Chalanas en el Puerto.* Acumulación de masas grisáceas; perspectiva de la ciudad, a lo lejos, con una

valorización perfecta. II.—*El Puerto de Marsella*, armonía gris por la que se desliza una nave. El Saona en Lyon. en Collonges, en Saint Georges.

Las acuarelas son muy inferiores a los óleos, acaso porque en su afán de dar una factura lo menos *poussée* posible, como en los óleos, resultan de una crudeza bien lejana de las suavidades brumosas de sus telas. Algunas, sin embargo, pudieran ser citadas.

Es digna de encomio la labor que se desarrolla en estas exposiciones. Para que su utilidad fuera completa, y atendiendo a la ninguna cultura artística del público, sería conveniente imprimir alguna noticia breve y clara acerca del artista y su tendencia. Hablar del impresionismo, pongo por caso, esta vez.

En cuanto a los alumnos de Bellas Artes, esta exposición será doblemente benéfica: los mediocres se dedicarán a imitar a este pintor revelando así su impotencia; veremos nuestros campos ubérrimos de color y de luces, convertidos en grises delicuescencias; nuestro ambiente de ilimitada transparencia en un glauco cendal de bruma. Pero aquellos que verdaderamente tengan conciencia de su arte, aprenderán, estudiando cómo este artista interpreta el espíritu de su país, a verter en sus propias obras. con la sinceridad de su sentimiento, parte del alma inconfundible de México.

*

MONOGRAFIAS MEXICANAS DE ARTE.—*Tomo III. Iglesias y conventos de la ciudad de México.*

Con una deplorable lentitud se va publicando esta colección de monografías cuya importancia es obvio repetir. Se ha pretendido con esta colección poner al alcance de todo el mundo pequeños textos ilustrados que encierran estudios sobre el arte colonial, y que, por su precisión, por su documentación gráfica y por la autoridad que les imprime la Oficina encargada de su cuidado que es nada menos que la Inspección de Monumentos Artísticos de la República, alcancen un valor casi definitivo entre las publicaciones similares: en arte colonial estamos acostumbrados a que se haga, o bien una erudición seca, desprovista de toda evocación artística. o bien el extremo contrario, un fantaseo que más es literatura que otra cosa y en que, usando de mil términos arcaicos, se pretende dar la evocación de la ruina en su parte espiritual. Naturalmente que ambos extremos son deplorables, pues tan inútil es dar un dato escueto, como la palabra insubstanciosa de escritores que ellos mismos se llaman impresionistas, sin saber, por supuesto, lo que significa impresionismo. Por eso esta labor didáctica. esencialmente didáctica, que viene a evitar la vaguedad por medio de un estudio verdaderamente crítico es digna, lo repetimos, de toda clase de elogio.

El tomo que acaba de publicarse se refiere a las iglesias y a algunos conventos de la ciudad de México. Ya se comprende cuán interesante es su contenido. México encierra dentro de su recinto, ejemplares suficientes para estudiar todo el arte colonial; en cuanto a iglesias. las hay sencillamente maravillosas: unas definen verdaderos tipos, como Santo Domingo y Jesús María; otras encierran obras de arte incomparables como la Santísima y la Enseñanza; otras delatan la manera de construir en los tiempos primitivos como San Pablo el viejo y San Sebastián. Es en fin todo un curso de arquitectura colonial el que se sigue al recorrer estas piedras que parecen aún guardar algo del espíritu del tiempo.

Yo mismo he colaborado en esta co-

lección de pequeñas obras y es casi absurdo que dé mi opinión sobre una de ellas; sin embargo, a título de fe de erratas, para que el público pueda utilizar estas colecciones y su ejemplar le sea verdaderamente útil, doy a continuación algunos de los errores que he creído encontrar en este tercer tomo.

TEXTO: ¿Por qué nó hablar del estilo franciscano *primitivo* que es una verdadera categoría?—La capilla de la Concepción Cuepópam no es primitiva; forma parte del antiguo convento; es muy semejante a la de la huerta del Convento de Tepotzotlán, a lo sumo es del siglo XVII.—¿Por qué hablar del barroco mexicano y no del barroco a la española que le precedió? El término *barroco* tiene el grave inconveniente de su amplitud; es preciso, pues, cuando se le usa, limitarlo convenientemente; sin duda que hay diferencia entre la iglesia de Santo Domingo, iglesia tipo del barroco mexicano y la iglesia de San Lorenzo, iglesia cuyas portadas son de estilo barroco a la española.—La iglesia del Salto del Agua no es churrigueresca, sino barroca.—Al hablar del Renacimiento en México, ¿por qué no decir que es el segundo Renacimiento, mejor llamado estilo académico, al que se refiere? Los lectores no han de saber que hubo un primer Renacimiento, al principio la influencia plateresca, después la herreriana (las puertas de la Catedral que dan a las Escalerillas, y la primitiva iglesia de Santo Domingo, cuya fachada, al decir de un cronista era semejante a la de la iglesia del Escorial).— ¿Por qué al hablar de Loreto se dice que esta iglesia demuestra el *ingenio* de los arquitectos Tolsa y Paz? Sin duda que dicha obra revela algo más que ingenio; el traductor inglés, que sabe lo que trae entre manos, corrigió modificando la traducción: "the chef-d'œuvre of the Architects Tolsa and Paz".—Capilla de San Francisco Tepito: en balde se buscan las láminas que reprodujeran esta iglesia, no figuran en la Monografía.

BIBLIOGRAFIA: ¿Por qué no citar la obra de Baxter que es lo más serio que se ha escrito sobre arquitectura colonial, aunque nos dé vergüenza decirlo?

LAMINAS: La que tiene por pie "San Antonio Tomatlán," representa la iglesia de Santo Tomás la Palma y viceversa.—¿Por qué únicamente reproducir la torre de la iglesia de la Concepción Cuepópam no es primitiva; de dicha iglesia merecían más de una lámina.—La de Regina, en cambio, se encuentra excesivamente representada con nueve láminas.—San Bernardo, una lámina.—El claustro del Convento de la Merced sólo tiene una mala lámina. Es el mejor claustro que se conserva en México y puede competir con cualquiera de los del país. ¿Por qué no dar profusión de detalles?—Las láminas 66 y 67 sobran, pues ni la torre de la iglesia de San Juan de Dios, ni la totalidad de la iglesia de San Pedro de Belem merecían que se les reprodujese cuando no se dispone de suficiente número de páginas.—Entre las faltas sensibles se notan las de las iglesias de San José de Gracia y Montserrate, y fachada de Santa Teresa la antigua, tipos interesantes del siglo XVII; San Pablo el viejo, acaso la iglesia más antigua que se conserva en la ciudad; Portacœli y Corpus Christi.

EL ARTE MUSICAL EN EL MUNDO

SECCIÓN A CARGO DE

MANUEL M. PONCE

Entre los artículos que Blasco Ibáñez publicó en el *Times* de Nueva York sobre tópicos mexicanos, apareció uno dedicado a nuestra música.

Asegura el novelista que nuestro público es musical por instinto. "Los más respetados en los regimientos —dice— son aquellos individuos que pueden tocar bien una guitarra y cantar una canción en las horas tristes." Y agrega: "antes de comenzar una batalla, los soldados guardan las guitarras en lugar seguro, fuera de la línea de fuego."

Un redactor del "Musical América," comentando el artículo de Blasco Ibáñez, cree que la "Valentina" es la expresión musical de la psicología del pueblo mexicano. "La resignación ante la fatalidad —escribe—, la indiferencia ante la muerte, la aceptación de la miseria en que vive, han podido sintetizarlas los dos últimos versos de la canción: "If I have to die to-morrow. I might as well die now," esto es:

Si me han de matar mañana,
Que me maten de una vez.

*

El maestro Gascue, eminente musicógrafo, recientemente fallecido, se expresaba así de la música de Debussy: "Debussy diluye su línea melódica y la reduce a ciertos modismos que constituyen la atmósfera musical de sus composiciones; de allí un efecto impreciso, como la llanura inmensa desprovista de accidentes. La más grande atención es necesaria para apoderarse del sentido dinámico de esta música. No es, sin embargo, la muerte de la melodía y del ritmo lo que Debussy expresa en su tranquilo ensueño, en sus vestigios vagos de ritmo y de líneas. Es más bien el período que expresa la no-existencia.

Entre la belleza en disolución, (el sueño precursor del silencio eterno) y la belleza que canta la vida humana con rasgos firmes, el corazón elige, sin duda, la segunda, muy superior al nirvana musical que nos envuelve en una somnolencia peligrosa, capaz de engendrar la disgregación total del organismo, a la negación lírica. Tal un narcótico que nos condujese a un sueño sin despertar."

Bien se ve, por las anteriores líneas, que el maestro vasco no comprendía la música sino a través del ritmo fascinador de los bailes de su país legendario. El maestro euskaro no sufrió el contagio de la música enferma del exquisito autor de "Pelléas." En cambio, un parisiense la siente y la ama, como

ama a la débil Mimí de Murger sobre todas las forzudas campesinas del país de los Zortzicos.

*

El príncipe Carol, heredero del trono de Rumania, ha declarado a los reporteros de Nueva York, que la música americana de baile es "horrible, antiartística, sin armonía, sin sentido musical."

Mas a pesar de esa opinión expresada por los principescos labios con tanta franqueza, los *rags*, los *trots*, (de varias especies de animales), los *Cakes*, etc., no solamente han conquistado al inmenso país del dólar, sino que han derrotado a las *matchichas* y a los *tangos*, a los *danzones* y *jarabes*, representantes, en otros tiempos, de las nacionalidades latinas.

México sufre el yugo del Fox Trot y nuestra *juventud*, que baile y se divierte, ignora, o finge ignorar, que éste puede ser —¡Dios no lo quiera!— el principio de otro yugo más doloroso.

*

Toscanini el "as" de los directores de orquesta italianos, ha recibido una invitación de Gabriel d'Annunzio para ir a Fiume. El maestro italiano, antes de embarcar para los Estados Unidos con su "Orquesta de la Scala," irá a dirigir algunos conciertos y a visitar a su amigo, el inquieto poeta.

He aquí la carta de d'Annunzio:

"Mi querido maestro, mi grande amigo:

Nuestro Bonmartini me trajo los saludos de Ud. Y vienen a mi espíritu nuestras felices horas venecianas. ¿Las recuerda?

Venga a Fiume de Italia, si puede. Aquí se canta el aria más sonora del mundo. Y el alma del pueblo es *sinfónica*," como la orquesta de Ud.

Los legionarios esperan al soldado que un día condujo el coro guerrero.

Suyo siempre,

Gagriel d'Annunzio."

*

Ha vuelto a ocupar su puesto en el Carillon de Brujas el "virtuoso del bronce," Toon Nauvelaerts, después de servir a su patria como artillero durante la guerra que acaba de pasar.

El Carillon de Brujas es el más importante de Europa. Data de 1745-1748 y cuenta con 49 campanas, de las cuales la más grande pesa 11.589 libras y la más pequeña 12 libras El peso total de las campanas alcanza la cifra de 55.166 libras. Al maestro fundidor Joris Dumary se deben esos juegos de campanas. El costo del Carillon se calculaba antes de la guerra en tres millones de francos.

El encargado de tocar este gigantesco instrumento es un verdadero artista, cuyo repertorio contiene, entre otras, las siguientes obras: *Tres Fantasías* de Peter Benoit; el *Prélude du Coucou*, del célebre *carilloneur* de Lovaina, Van der Gheyn: la *Sonate pour carillon*, de L. von Hoey; la *Gavotte pour cloches*, de Druyts, y numerosas canciones flamencas, además de algunas obras clásicas de Bach, Haendel y Haydn.

El Carillon de Brujas toca las horas automáticamente, por medio de un mecanismo especial. Tiene también un teclado que el "virtuoso del bronce" utiliza para sus audiciones matutinas y vespertinas.

René Brancour, en un interesante artículo publicado en el *Menestrel* (del cual tomamos los datos que anteceden) recuerda, a propósito del Carillon de Brujas, los bellos versos de Víctor Hugo:

J'aime le carillon dans tes cités antiques,
Noble Frandre.... (ques,

CRÓNICA MUSICAL MEXICANA

Antonio Gómez Anda y Salvador Ordóñez Ochoa, dos jóvenes y distinguidos pianistas, partirán en breve para Europa, enviado, el primero, por la Universidad Nacional para que perfeccione sus estudios en los mejores centros artísticos del viejo Continente; comisionado, el segundo, por la Secretaría de Relaciones para desempeñar un puesto diplomático en nuestro consulado de Milán, a cargo, actualmente, de Rubén M. Campos.

La suerte ha querido guiar a estos dos artistas, desde los primeros pasos, por el mismo sendero. Juntos comenzaron su carrera; juntos despertaron a la vida del arte; juntos recibieron los primeros aplausos; juntos, en fin, van ahora a Europa a realizar la grande ilusión de su vida: vivir cerca de los grandes artistas, en un ambiente propicio al desarrollo de sus aptitudes artísticas.

Gómez Anda, inteligente, audaz, apasionado, poseedor de excelentes cualidades como pianista y compositor, encontrará en París ancho campo para sus tendencias modernistas. Le aconsejaríamos, sin embargo, que antes de estudiar a Ravel y Stravinsky, nutriera bien su espíritu con las obras de los viejos maestros. Bach resistirá el embate de todas las reformas armónicas y melódicas. Su genio traspasó los límites de la armonía y la melodía. Ni una ni otra se encuentran en el primer Preludio del *Clavecin* y, a pesar de ello, ¡cuánta música se encierra en esa página de aparente sencillez!

Ordóñez, romántico por temperamento, encontrará en Italia muchas oportunidades para enriquecer su caudal de conocimientos y emociones. Su musicalidad innegable será un poderoso auxiliar en sus futuros trabajos.

Nosotros, que hemos seguido muy de cerca y con creciente interés el desenvolvimiento de estos dos artistas, deseamos que realicen plenamente sus nobles aspiraciones, ya que ambos llevan como garantía de éxito su juventud y su entusiasmo.

*

Pedro Luis Ogazón ha inaugurado una nueva serie de conciertos en su Sala particular de San Angel. Un público selecto aplaude calurosamente, cada domingo, al distinguido maestro.

En su último recital, efectuado el 19 del corriente, Ogazón interpretó el siguiente programa:

Doctor Gradus ad Parnassum.—"El Pastorcito."— Golliwogg's Cake-Walk. (Children's Corner) de Debussy.—Nocturno, fa may, y Balada, sol men, de Chopin.—Cuatro Preludios: mi may, la men, mi bem men y do sost may de Bach.—Romanza de Mozart.—Sonata (Apassionata) Assai Allegro, Andante con motto y Allegro ma non troppo de Beethoven.—Romanza (inédita) y "Causerie," de Villanueva.—"Barcarola," de Elorduy.—"Córdoba" y "Seguidillas," (Cantos de España) de Albeniz.

*

Recital de despedida de Salvador Ordóñez en el anfiteatro de la Preparatoria, el viernes 17 de septiembre.—Sonata Appassionata, Beethoven; Nocturno en re bemol, Balada 3a. y Polo-

nesa op. 53, de Chopin; Au Couvent, de Borodine; Liebes Lied, de Schumann-Liszt; Muerte de Isolda, de Wagner-Liszt; Danza española, de Granados; Canción, de Ponce; Rapsodia XII, de Liszt.

*

Recital de despedida de Antonio Gómez Anda en el anfiteatro de la Preparatoria, el martes 21 de septiembre. —Preludio, "El Pastorcito," Minstrels y la Soirée en Granada, de Debusy; Muerte de Isolda, de Wagner-Liszt; Romanzas: Duerme, Dulcemente, Sigue la rosa enferma, Hoy la he visto y Ultimo Adiós, de Gómez Anda; Suite moderna: Preludio, Serenata en el modo frigio, Katabancalesis, Momento Festivo y Treno (a la memoria de Claude Debussy), de Gómez Anda; La Vieja Danza y Valse Capricho, del mismo autor.

*

En el Repertorio de los señores de la Peña Gil hermanos se efectuó un recital de canto y piano organizado por los distinguidos profesores Ana María Martínez y Alfredo Carrasco, para estimular a sus alumnos. El programa, de carácter escolar, fué satisfactoriamente desempeñado por los alumnos más aventajados de la señorita Martínez y el señor Carrasco.

Nota de la Redacción: En esta Sección se dará cuenta de todos los acontecimientos musicales importantes que se reciba noticia y se hará juicio de aquellos conciertos, recitales, exámenes, etc., a los cuales haya sido invitado *México Moderno*.

REVISTA DE LIBROS

SECCIÓN A CARGO DE

GENARO ESTRADA

E. D. TOVAR Y R.—*Ventura García y Calderón y su obra literaria.* París, Agencia General de Librería, (1920), en 12o.—La mejor apología de Ventura García Calderón es ésta del señor Tovar, dedicada al eminente ensayista Zaldumbide.

Ventura es de abolengo intelectual. Su padre, don Francisco García Calderón, fue un conspicuo jurisconsulto peruano; sus hermanos son Francisco, el más conocido de ellos en el mundo de las letras y José, el exquisito artista que murió en la guerra europea, en los servicios de aviación.

Los libros de Ventura García Calderón son: *Frivolamente*, de crónicas parisienses, libro delicioso, como lo llamara Gonzalo Zaldumbide; *Del Romanticismo al Modernismo*, obra antológica y crítica de la literatura peruana; *La Literatura Peruana* y *El Parnaso Peruano*, el primero un folleto de crítica y de erudición, publicado primeramente en la *Revue Hispanique;* el segundo, un libro de compilación. Débese también a este escritor la publicación en francés de los poemas escogidos de Rubén Darío, los cuales ilustró con un bello estudio. Ha publicado también un tomo de cuentos, *Dolorosa y desnuda realidad*, y dos folletos de erudición hispánica

El folleto de Tovar estudia minuciosamente y con cariño la obra de García Calderón y debe ser leído por cuantos se interesan en el buen conocimiento de los mejores escritores de América.

JOSE L. COSSIO.—*Estudio relativo a Zonas Federales,* (México, sin pie de imprenta, 1920), en 4o.—Entre los abogados que en México han intervenido más activamente en la gestión de asuntos relacionados con la industria petrolera. debe señalarse al señor José Lorenzo Cossío. Su folleto es la resolución a una consulta que le fue hecha acerca del acuerdo presidencial de 12 de marzo de 1920, relativo a la exploración y explotación del petróleo en la zona federal de los mares, lagunas y corrientes de agua de la República. Dicho acuerdo tiene una íntima relación con el artículo 27 de la Constitución Federal de 1917, el cual establece que corresponde a la nación el dominio directo del petróleo y demás carburos de hidrógenos. sólidos, líquidos o gaseosos, que se encuentren en la superficie y en el subsuelo del territorio nacional.

El abogado Cossío es uno de los inconformes con el precepto constitucional de que se trata y que está considerado como una de las conquistas de la

revolución mexicana, y al referirse en su estudio a las zonas federales, presenta conclusiones en las que prácticamente declara la inexistencia legal de dichas zonas. Concluye el folleto con ocho deducciones en que también se declara ilegal el acuerdo de 12 de marzo de 1920, según el criterio jurídico que en este asunto tiene el señor Cossío, y que no es otro que el de las empresas que han venido oponiéndose sistemáticamente a cumplir con el artículo constitucional número 27.

JOSE S. ALVAREZ.—*Memorias de un Vigilante*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920, en 8o.—El autor de este libro, muy conocido en la literatura argentina con el seudónimo de *Fray Mocho*, fue el fundador de la gran revista bonaerense *Caras y Caretas*. Quizás puede reputarse como el más popular de los cuentistas argentinos, porque en los cinco volúmenes que publicó, supo retratar con gracia inimitable las costumbres de su país.

Alvarez fue Comisario de Pesquisas en la policía de Buenos Aires, y en tal empleo pudo acopiar magníficos materiales que después le sirvieron admirablemente para desarrollar la observación de los tipos que desfilan en sus libros. Su labor en *Caras y Caretas* servirá en no lejano tiempo como importante factor para la formación del folk lore americano.

MIGUEL GALLIANO CANCIO.—*Ruiseñores del Alma*, Manzanillo, Cuba, Biblioteca "Martí," 1920, en 8o.—El poeta Galliano Cancio es, para llamarlo con un título muy conocido, un joven que promete. Promete un nuevo libro de versos y promete el mejoramiento de su poesía. A leguas se le advierten fervorosos impulsos de ansia, deseos de sacudirse de esas rimas que martillean en su mente sones conocidos; de encontrar, de pronto y a la vuelta del camino que recorre, un sendero que será exclusivamente el suyo. Se da valor y coloca al final de su libro, veinte, cincuenta opiniones de literatos y de periodistas, de los cuales unos le aseguran un brillante porvenir, otros le dan consejos, y los menos acusan recibo. Lo cual quiere decir que Galliano Cancio está ahora en ese período en que se incluyen en los libros las cartas de los amigos.

De todos modos, la primavera se aviene siempre con la franqueza, y la franqueza es producto de los hombres jóvenes y audaces Galliano Cancio se deja leer agradablemente por la fragancia de sus primeros frutos, y eso que él llama ruiseñores, son alondras que saludan el alba.

Memoria de la Dirección de la Casa de Moneda y Oficinas Federales de Ensaye, correspondiente al año fiscal de 1918.—Formada por el laborioso director de la Casa de Moneda de México, don Francisco Valdés acaba de publicarse la Memoria correspondiente al año fiscal de 1918.

Documentos como el presente, son de gran interés para el estadista y el historiador. Fuera del estudio de Orozco y Berra, es muy difícil encontrar en otras fuentes datos para la historia de la moneda en México; por eso las memorias que ha venido publicando el señor ingeniero Valdés, serán muy estimadas como materiales para el conocimiento de la riqueza mexicana.

Es de gran valor el cuadro que se refiere a las monedas mexicanas acuñadas desde la época colonial hasta el 31 de diciembre de 1918; nos enseña que en ese largo período han sido acuñadas monedas por valor de cuatro mil doce millones, ciento seis mil trescientos noventa y siete pesos y diecinueve centavos.

SALVADOR CORDERO.—*La Literatura durante la Guerra de Independencia.* México, Librería de Bouret, 1920, en 8o.—Es esta una nueva contribución a la bibliografía de la literatura mexicana de la época de la revolución de Independencia, que viene a unirse al estudio de Luis G. Urbina, publicado primero en la Antología del Centenario y después en edición especial.

El conocido académico y cuentista don Salvador Cordero, nos dice al principio de su estudio: "Este folleto es tan sólo un bosquejo en el cual se presentan, a través de rasgos generales, los puntos más salientes del proceso conjuntivo de la época; fijando su atención en los talentos más connotados; en los sistemas más comunes, y en los principios que sirvieron de base al desarrollo inicial de una literatura incipiente. Podrá ser, pues, de alguna utilidad para aquellas personas que busquen tan sólo los detalles característicos de esa época de transformación política y literaria, que fue, quizás, la precursora del maravilloso movimiento que se efectuó, años más tarde, en nuestra patria. Para tales lectores en este pequeño volumen, exento de citas históricas, de comentarios inútiles y de ampulosas ideas."

EZEQUIEL A. CHAVEZ.—*La Organización del Servicio Civil por medio del mérito.*—México. Dirección de Talleres Gráficos. 1920. en 4o.—Fuera de limitados ensayos, hechos casi de manera exclusiva en el personal docente, el servicio civil en México se cubre por medio de nombramientos directos, que si en algunos casos se otorgan teniendo en consideración la competencia del agraciado, en muchos se deben al favor personal y en no pocos a la imposición y al arbitrio de los funcionarios. En este punto la misma Constitución, en su artículo 89 otorga al Ejecutivo facultades que podrían calificarse de extraordinarias, si no estuvieran consignadas en la carta federal, pues lo faculta para nombrar y remover *libremente* a todos los funcionarios y empleados que no sean de elección popular ni dependan de los demás Poderes.

La Secretaría de Industria y Comercio ha venido ocupándose en el estudio de este asunto; lo cual es signo de que el Estado reconoce ya la ineficacia de los nombramientos que no se fundan en la competencia, y trata de establecer el servicio civil en bases que garanticen a la sociedad y al empleado mismo. El erudito escritor don Ezequiel A. Chávez, ha hecho el estudio correspondiente, y como resultado de éste, nos ofrece un libro en donde se detallan de modo minucioso y con el método que en todos sus trabajos desarrolla el autor, los motivos que acreditan suficientemente el establecimiento del servicio civil en las oficinas del Gobierno; los procedimientos reglamentarios que deberían emplearse para reconocer la competencia de los empleados y los usos que en la materia se observan en otros países, principalmente en los Estados Unidos.

Ojalá que este esfuerzo no se pierda, como suele acontecer tratándose de proyectos, y que muy pronto la implantación del servicio civil sea un hecho en nuestro país.

LA EDUCACION. (Tratado general de Pedagogía) Libro II. LA EDUCACION CONTEMPORANEA.—La Cultura Argentina, Buenos Aires. 1920 en 4o. —Ha llegado a nosotros la sexta edición, texto definitivo de esta obra importante por varios conceptos, del distinguido escritor argentino Carlos Octavio Bunge. Se trata de un libro de Pedagogía, ciencia que está aún por constituírse, que ha sido calificada de *pedantesca* por algunos pensadores y que estudiada con empeño en México desde

hace treinta años, nos ha llevado, en su aplicación práctica, si puede creerse lo dicho solemnemente por el profesor don Gregorio Torres Quintero, a un lamentable fracaso.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que los problemas relativos a la educación serán siempre entre nosotros de trascendental importancia. Por tal motivo, hemos leído con agrado la obra de Bunge. Entre lo más notable que contiene están los temas que tratan del sistema universitario alemán, inglés, francés, etc., de la educación clásica y de la moderna; de la educación doméstica, la primera y la secundaria; de la política y la religiosa y del sugerimiento de ideales en la enseñanza del idioma patrio.

Bunge nos explica la causa de que se conserve con tanto empeño en Europa la educación clásica: Inglaterra ve en esa educación el mejor y más eficaz medio de formar sus clases directoras, dotadas del sentido ético que ese país necesita para gobernarse y para conservar su preponderancia en el mundo. Alemania cree que las letras clásicas constituyen la más excelente disciplina para la crítica histórica y los estudios sociales que dan a ese país tanto sabio y le colocan en puesto prominente en el mundo; además, esas letras, para la gran masa de los alemanes, facilitan el conocimiento de todas las lenguas y son poderoso auxiliar en las grandes empresas comerciales e industriales que constituyen la grandeza germánica; y para los países latinos, el clasicismo es el mejor medio de satisfacer el sentimiento artístico, el amor a lo bello tan arraigado en la raza latina.

Recorriendo las hermosas páginas de Bunge, se antoja que las lean los maestros mexicanos: quizá su lectura resulte sugestiva y haga que se publiquen interesantes libros acerca de nuestros graves problemas educacionales. ¿Qué hacemos con los indios? ¿Cómo podremos llevarlos a una vida verdaderamente civilizada? ¿Cuáles son los procedimientos más eficaces para educarlos? ¿Ha sido cuerdo, patriótico y conveniente prescindir, en la educación, del elemento religioso y procurar la destrucción de éste? ¿Cómo debemos intentar la educación del carácter mexicano? ¿Qué haremos para crear primero y fomentar después en los mexicanos el patrotismo?

La educación contemporánea nos da el mejor ejemplo de cómo deben estudiarse con ánimo sereno, con verdadera ecuanimidad, los arduos problemas pedagógicos.

M. S. A.

Nota: Solamente se informará en esta Sección de los libros que los autores o los editores remitan a "*México Moderno*".—Las notas sin firma deberán ser atribuídas al encargado de la Revista de Libros.—G. E.

DIÁLOGO

PARA JULIO TORRI

EL DIABLO.—Hénos enfrente de nuevo, pugnantes como las esferas enemigas de Empédocles.

CRISTO.—El tema del mundo comienza una nueva variación; la lucha se reanuda; he nacido otra vez.

EL DIABLO.—La lucha se reanuda, sin inquina, desapasionada, sin esperanza, sin triunfo, por fatalidad de organización. Nuestras almas cansadas vuelven de nuevo a disponerse al mentido heroísmo, juguetes de la ciega y activa necesidad. Ellas no encontrarán un pobre motivo a su energía, un vago pretexto a su inútil movimiento. Nuestro celo imprudente empujará otra vez a los hombres a renovar los pasados errores y a revivir las injustas querellas; nuestra usada tragedia les impedirá contemplar el buen espectáculo de la vida estéticamente, fuera de la vacuidad de las afirmaciones absolutas. Sólo un corto número evadirá la nefasta influencia, los elegidos, los sonrientes, porque la sonrisa, limpiando el mundo de líneas rígidas, le devuelve sus verdaderas proporciones. Sonreír es descubrir un mundo nuevo.

CRISTO.—La vida no es un espectáculo, sino un acto esforzado. ¿Cómo no cruzar por ella sonriendo? Es preciso crear, excederse a sí mismo, renacer una y cien veces. Es preciso seguir, sin titubeos, esta gran fuerza del mundo, más enérgica cuanto más combatida, más duradera cuanto más efímeros sus efectos, más armoniosa cuanto más contradictoria. Y se debe crear con lo insignificante, con lo malo, con lo imperfecto, con la miseria; crear de la nada. El mundo se hace con amor, que es fé. Combatir es la ley y el orden oponerse a todo aquello que contraríe las tendencias ingenuas y profundas del alma, vencer dentro y fuera, sobre todo dentro, más allá de la alegría y del dolor.

EL DIABLO.—El dolor, he ahí tu gran auxiliar. ¡Cómo has desviado en él el noble descontento primitivo del alma por la inarmonía! ¿Qué has hecho de esa augusta tendencia? Gestos atormentados, palabras sonoras, actitudes repugnantes, lágrimas y sangre, hombres que perecen por causas locas y mujeres que lloran sobre pecados supuestos.

Lágrimas y sangre. Ellas han obligado a los hombres libres, a los hombres sonrientes a transformar la duda serena en bufonería y el tranquilo sonreír en carcajada. Con la sonrisa de los dioses griegos han debido forjar la ironía y el *humor*.

Cristo.—La ironía y el *humor* son las brillantes máscaras de la impotencia humana. Hace burla el inactivo, incapaz de bien y de mal; el escéptico, perdido en las pequeñas contradicciones del sér; el esclavo de los apetitos egoístas; el débil rebelde. Hace burla todo el lastre del mundo. Ríen las almas muertas que arrastra consigo el río de la vida y que no participan del movimiento de ella. En esta lucha de los dos principios opuestos quien vive de veras lo hace seriamente. Se sonríe fuera de la realidad. Se sonríe cuando no sé es creador ni se tiene fuerza para serlo. Sonreír sería la misión única de los muertos si pudieran sonreír. El consejo de la vida es amar u odiar, nunca sonreír. El que sonríe es mi mayor enemigo, porque el que odia es apasionado como yo, vital como yo, una condición de mi existencia, mi propia razón de ser. El sonriente es un fantasma.

El diablo.—Hubo un tiempo dichoso en que no había principios opuestos. El mundo y el hombre se confundían. El espíritu y la materia eran la misma cosa; ni siquiera se habían inventado esas odiosas palabras. Tú y yo no habíamos nacido aún. Fué el apogeo del hombre. Nadie dudaba entonces de la unidad primitiva y la vida era divina y los dioses se mezclaban con los hombres. Han transcurrido después miles de años y la humanidad ha gustado hasta saciarse los desencantos del dualismo, de la artificiosa y simétrica doctrina. Ha sufrido también, hasta el sacrificio, la maldición de las teorías absolutas. Tú y yo ya no tenemos derecho a que los hombres se apasionen por nuestra lucha porque hemos fracasado, porque no podemos darles la clave de ella ni aún el sentido de ella. Sonreír es la única actitud justificada que les queda. La sonrisa los eleva, la sonrisa les hace conocer que están por encima de sus obras y los consuela de todos sus errores. La vida es inarmónica, el universo imperfecto, la voluntad desproporcionada y ciega, la razón y las pasiones son cosa mezquina. Que importa. La inteligencia superior sonríe, ella que es superior a todo lo creado. Sonreír es también el menor reproche que los hombres pueden hacernos. Somos malos cómicos y queremos que se nos aplauda. ¿Cómo no han de advertir ellos nuestras rígidas muecas, nuestros torpes ademanes teatrales, nuestra vana palabrería grandilocuente? ¿Cómo hacerles olvidar que es ésta la misma farsa, la vieja farsa bíblica con que los hemos engañado mil veces? Déjalos que sonrían, que sean más inteligentes que nosotros. Agradece a su sonrisa el que no nos expul-

sen definitivamente de entre ellos y que nos hagan perdonar a nosotros mismos un poco nuestra estéril misión. Tolera, en cambio, que su piedad se vele de desdén y que su sonreír ponga en el dolor el sentimiento amargo de lo irreparable, el hondo sentido de la melancolía. Ellos tienen razón. Tú y yo no somos ya sino dos viejos mitos.

Cristo.—Nunca tus hombres oirán la canción de su alma. La razón, como un sueño engañoso, llenará su universo de fugaces imágenes, y hará de su vida un juego aristocrático, personal y vacío. Ciegos que ignoran que las manos dicen más que los labios.

Nov. de 1919.

CARLOS DÍAZ DUFÓO, JR.

JÁ JÁ JÁ

LA Reina de Saba—algo Lady Godiva—crudamente pintarrajeada—como en las acuarelas infantinas—Amazona peregrina—de un caballo de la baraja—Doctor en rentoy—Rumbo a los gallos de la Gran Feria de Lagos—lagos de bermellón—surcados por garzas y patos—absolutamente paradisiacos—Noches tapatías tachonadas de fuegos artificiales de todos colores—flores frutales entre zodiacos de plata—sobre la noche de negra laca—y en todo el

horizonte crepuscular
y circular—el brillo
único de un sarape del Saltillo

Oh hemisferio—de cóncavo júbilo y pueril misterio—Nao de China—flotando en el agua de la tina—de la hidroterapia sabatina—Presea de mi niñez—te llevará la testa mía—como un fez—a un futurista baile de fantasía

Policroma fiesta
yuxtapuesta
a esta
testa

con tus animales de ojos angelicales—tus venados azules—y tus flores frutales—Flora que kaleidos—copió mi abuela en sus dechados—y vislumbró mi ojo infantil—a través de una almendra del candil

Oh crátera del supertinacal
Pámpano de las vides mexicanas
Coróname las canas
Y disuelve mi esplín septentrional
En ímpetu Dadá
Oh—lá—lá
Já—Já—Já
Jícara de Olinalá.

JOSE JUAN TABLADA.

New York. Sept. 15. 1920.

EL ETERNO PROBLEMA DEL BIEN [1]

ANTONIO.—Porque yo sigo afirmando que el fundamento de la Moral o es una norma, un principio universal que guíe todos nuestros actos, o el concepto del Bien habrá de reducirse a los juicios contingentes de cada espíritu.

PEDRO.—¿Cómo definirías, pues, el Bien?

ANTONIO.—Como el conjunto de nuestras acciones que, de acuerdo con la fórmula de Kant, quisiéramos ver elevadas a la categoría de principios de universal observancia.

PEDRO.—Según eso, el Bien ha sido practicado por todos los que han predicado y vivido una doctrina, cualquiera que haya sido: Calicles y Jesucristo, Aristóteles y Schopenhauer, Marco Aurelio y Spinosa tuvieron conceptos diversos acerca del Bien, muchos de ellos vivieron su pensamiento y, sin embargo, de acuerdo con tu tesis, todos resolvieron justamente el problema moral....

ANTONIO.—No todos, porque el acto bueno se distingue de los otros en que lleva en sí mismo su recompensa, así como el malo su sanción: si un hombre tuviera el poder mágico de ver elevado un acto suyo al rango de ley de la conducta, un robo, por ejemplo, creyéndolo bueno; el régimen de la propiedad vendría a tierra y con tal fracaso el de él mismo.

Si por el contrario....

PEDRO.—Permíteme, ya que tu segundo ejemplo es fácil de colegir, que te haga notar la contradicción en que incurres.

(1) Los interlocutores de este diálogo no son seres fantásticos creados por el autor del artículo, para hacer ver, como generalmente acostumbran los escritores, el pro y el contra de una tesis. En esos casos, suele suceder que el autor, por la limitación lógica de su espíritu, no importa qué amplitud y penetración posea, deja de ver posibilidades nuevas de apreciación, y, por tanto, constriñe la discusión a los tópicos que él mismo ha preparado.

El presente diálogo tiene quizás el interés de la controversia real: es la trascripción taquigráfica de la polémica final en una cátedra de Etica, sostenida por los alumnos, para construir un sistema moral, en vista del estudio histórico de las más interesantes doctrinas filosóficas acerca de la vida.

Por razones de estilo, el diálgo afecta la forma platónica.

El que afirma que el Bien es su bien, que la Virtud es la suya, que él mismo es el centro del Universo y éste su propiedad, según discurre Stirner; está de acuerdo en las consecuencias de su actitud: todo estriba, entonces, en llegar a poseer las cualidades de Hércules o la invulnerable agilidad espiritual de un judío....

La vida como fruto de la libre actuación del poder personal, anterior al *contrato,* marcharía automáticamente como en las sociedades inferiores a la humana.

Al referirte a la reprobación implícita que lleva en sí todo acto malo, pierdes de vista el estricto alcance del imperativo kantiano y llenando esa fórmula hueca, como todas las fórmulas, con tu concepto del bien que condena el robo, pretendes demostrarme la excelencia de la norma cuando que lo único que exhibes es, en realidad, tu magnífica prudencia de hombre amante del orden y la ineficacia de todos los principios racionales como fundamentos de la Ética....

Antonio.—Estás en lo justo, el fundamento de la Moral no puede ser la razón, porque aun cuando es lo único que no cambia, su eternidad nos demuestra cabalmente la poca importancia de sus leyes, en las que encajan desde el *tabú* hasta el Sermón del Monte, como normas de conducta; al mismo tiempo que nos deja entrever la penosa verdad: no es posible fundar la Ética.

La pasión cambia de hombre a hombre; lo que es bueno para mí, es malo para otro; y, aun estando de acuerdo, por ejemplo, en que el móvil de nuestra vida debe ser la justicia, no ha entendido la humanidad en todos los momentos de la historia, de igual modo, el concepto de lo justo.

Todas las bases que se propongan para la Moral, como tratado universal de la conducta, es decir, como ciencia, son verdaderas, o han sido, en una época; generalizar este pequeño valor, es construir en el aire, hacer ineficaz la Ética y negar las observaciones de la sociología y de la historia que nos enseñan y explican los cambios de la vida individual y de la vida de relación.

Pedro.—Te dejas seducir fácilmente, por desgracia, por unos cuantos argumentos exactos en su fondo; pero falsos en sus conclusiones, como todas las armas que sirven sólo para aniquilar, mas no para construir.

¿Quién puede asegurar, seriamente, en efecto, que todos los hombres sentimos de un modo diverso, queremos cada cual a nuestro modo y vivimos, en suma, conforme a ideales distintos? Sócrates venció para

siempre a Polo, a Calicles, a Gorgias; por eso se llama el fundador de la Moral, y yo agregaría que también el de la Lógica.

El acervo moral de la humanidad, el concepto individual del Bien que en cuanto se ilumina en nosotros, se convierte en el único fin de nuestra actividad y en el incentivo de nuestras acciones, es, sustancialmente, idéntico en todos los hombres. Tú repruebas el robo, yo también lo condeno y con nosotros todos nuestros conciudadanos. Y como ellos, todos los hombres de nuestra raza: más aún, todos los hombres civilizados....

Antonio.—He ahí justamente lo falso de tu doctrina. ¿Quiénes poseen la verdad? ¿Los civilizados o los salvajes? ¿No cambiarán mañana aquellos su opinión de hoy para denigrarnos a los hombres de este siglo?

Sobre todo, tu tesis además de soberbia se aparta de los cánones científicos: mientras las leyes de las ciencias no tengan su comprobación en cada uno de los seres o de los hechos en atención a los cuales se formularon, no pasarán del campo de la hipótesis, es decir, de lo probable, de la mentira, porque lo probable puede no ser real. Si la ley que nos enseña la verdad acerca de la gravitación de la materia, se viera desmentida en un sólo caso, perdería toda su importancia.

Tratándose de la Ética, mientras diez millones de salvajes declaren que el Código moral de los europeos es falso. debemos, si queremos ser prudentes y justos, dudar de la eficacia y de la bondad de nuestros mejores principios morales....

Finalmente, tu doctrina se reduciría a una ley sociológica completamente desacreditada: "el concepto de la vida depende del medio, de la raza y del momento".... Lo que equivale a decir que no hay fundamento para la ciencia moral.

Pedro.—Has entendido mal mi tesis, Antonio. Lo único que afirmo es que la Ética posee un fundamento que crece con el tiempo; todavía no existe la ciencia moral absoluta, porque los hombres aún no tienen una conciencia moral común. El día en que la civilización más fuerte, que será, sin disputa, la de la raza blanca, conquiste a todos los hombres; todos harán suyo el mismo código moral, el mismo código penal, la misma legislación; es decir, todos habrán dado un mismo valor a la vida.

Antonio.—Entonces tú crees en un imposible: en el progreso moral.

Pedro.—Nó, no creo que los hombres de hoy son mejores que los

del pasado, ni que los de mañana serán más buenos que los de hoy.— Creo simplemente en que la humanidad, sin haber progresado en el sentido de la realización del Bien, ha adelantado mucho en la discusión del Bien.

La opinión, la ciencia, ensancha sistemáticamente sus fronteras a medida que la conciencia de la humanidad se homogeniza, se define, como resultado de la identificación de todos los individuos.

Los hombres no han progresado en el camino del Bien; pero se han puesto de acuerdo casi todos en lo que es el Bien. en lo que debe ser la vida. ¿No hay actos ya, por ventura, que se consideran como atentados a la inviolabilidad del hombre? Esto significa que la humanidad entera sufre con tales delitos....

Y, al fin, saber qué es el Bien es estar en la senda que conduce a su cumplimiento.

Antonio.—Quizás sí; pero si en eso ha de concluir todo el esfuerzo filosófico de los siglos, la humanidad habrá perdido el tiempo. ¡Qué importa el fundamento de la Moral junto al dolor humano!

Sócrates fué más grande como hombre bueno que como sabio ilustre....

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO.

ESTUDIOS RUSOS

REFLEXIONES PARA ENTENDER LA HORA ACTUAL, HECHAS AL MARGEN DE EL IDIOTA DE TEODORO DOSTOIEVSKY

CUANDO las novelas son dignas de ser leídas, lo son porque ensanchan el horizonte espiritual y moral de sus lectores: los hacen más capaces de comprender a otros hombres. a otras sociedades, otras costumbres, sin rebajar por eso el nivel a que hayan llegado.

Esto es particularmente cierto de las novelas de Dostoievsky, y queda demostrado en *El Idiota.* Dostoievsky publicó *El Idiota* en 1867, hace ya medio siglo; pero la tremenda verdad de los caracteres a los que allí dió vida es tan intensa ahora como entonces, y sus observaciones psicológicas nos sorprenden todavía por la aguda penetración que revelan.

Sin duda se recuerda que el asunto de *El Idiota,* se reduce en sí mismo a poca cosa: es la vida lúcida de un hombre que, enfermo cuando fué niño y azotado entonces por gentes de su familia para quienes tal era el brutal sistema de educación, que juzgaba indispensables los golpes, como todavía de buena fé sigue habiendo quienes, para educar, los creen necesarios, sufre crisis periódicas, ataques epilépticos, cuyo resultado es ponerlo cada vez más al borde del abismo aparentemente sin fondo que la idiotez caracteriza.—Entregado por un hombre bueno a la pericia de un médico, éste le da por medicinas: la vista incomparable de las montañas; la comunión con la naturaleza; la música de los torrentes; la compañía de las poblaciones humildes y, sobre todo, de los niños; el ejercicio al aire libre, el reposo, el sueño, los trabajos intelectuales bien graduados; y con esto opera el alivio. El pobre ser que pudiera creerse condenado sin remedio a la extinción de todos sus fenómenos mentales, se salva; vuelve francamente a la vida de la razón y entra a la de sus compatriotas, reintegrado a la sociedad para la que había nacido.

Es un ser distinto de los que lo rodean; pero ¿no puede decirse

que todos somos distintos unos de otros? Si en él ven quienes con él tratan —y no siempre lo ven— un ser que adolece de accidentales torpezas para ponerse al unísono con los demás, y que caracteriza una extraña sinceridad que le acarrea sinsabores, y si por eso lo llaman idiota, ¿no se equivocan en su juicio? ¿no son víctimas de la sugestión de su pasado? Iguales extrañezas —si en realidad lo son— tendría quien en su niñez, y durante su adolescencia y el principio de su vida de adulto, hubiera sido segregado a los convencionalismos de la existencia social y en el que sólo se hubieran cultivado naturales y fuertes inclinaciones a la verdad, a la sinceridad, a la tolerancia y al bien. Quizás lo único que en él queda de anormal es que está sujeto a periódicos accesos o a verdaderos ataques epilépticos; pero aun éstos sólo ocurren cuando la fatiga física y moral, la falta de reposo material y espiritual, para un ser como él, que vive en el centro de perpetuas tragedias y que es intensamente sensible a ellas, excede a lo que la humana resistencia puede soportar.

El hecho es que los personajes de Dostoievsky —y no sólo los de *El Idiota,* sino todos— están caracterizados por una fuerza afectiva estupenda, y es claro que si uno de ellos, que por otra parte ha estado en su niñez y en su adolescencia tan delicadamente enfermo como el personaje capital del *Idiota,* no tiene punto de descanso en una existencia de vertiginosa pasión, —ni lo tienen tampoco los que en torno suyo viven—, se encuentra en grave peligro de que sus antiguos ataques reaparezcan, que el fuego arda otra vez, traspasando las cenizas, y que al fin su inteligencia venga a ser consumida.

Nuestras vidas no son tan atormentadas como las de los hombres de Dostoievsky; no están por lo común tan sacudidas, tan constantemente sacudidas por el huracán de las pasiones como las de los rusos que Dostoievsky hace vivir con nosotros. Por otra parte, no tenemos de ordinario la intensa perspicacia que Dostoievsky tiene, y gran parte de la vida espiritual ajena y aun de la propia nuestra se nos escapa: una costra dura y opaca cubre la lava de nuestras emociones, y no deja ver los constantes desequilibrios de nuestro yo, o aun con frecuencia esconde por completo nuestro ser intelectual y moral. Los personajes de Dostoievsky son en cambio justamente más expresivos y más clarividentes: se ha dicho que sus almas están desnudas, y esto es una verdad; se ha dicho también que su epidermis es delgadísima y esto es también cierto; pero, sobre todo, Dostoievsky se encarga de desgarrar esa epidermis y de dejarnos descubierto el interno sacudimiento interior.

Por eso es por lo que es tan interesante cada página de Dostoievs-

ky; porque en todas, aun en las que relatan hechos insignificantes, están las tempestades interiores, las del alma, reveladas directamente, sin nada que las cubra; y oye uno al leer tales páginas los gritos, los sollozos. los suspiros y las risas que nuestros convencionalismos y nuestros perpetuos disfraces hasta con nosotros mismos, no permiten que oigamos.

Y es tan interesante todo esto, que absorbe nuestra atención, aun en lo que sin eso pudiera parecer baladí. Al entrar de lleno a un libro de Dostoievsky, se sufre y se goza con extrema intensidad, porque todas las máscaras caen y porque la vida de cada uno es, como toda verdadera vida interior, formidablemente apasionante.

La atmósfera que se respira en las crisis del alma es una atmósfera de borrasca. Los personajes de Dostoievsky viven siempre en estado de crisis, es decir, en medio de borrascas, y de aquí que se experimente leyéndolo, la sensación de que uno fuera arrebatado por un huracán; por un huracán de fenómenos mentales en el que todo se volviera fulgurante, aun lo que queda obscuro, aun lo que casi no es entendido. Si pudiera hablarse de tinieblas luminosas, la paradoja de semejante metáfora explicaría el camino por el que los personajes de Dostoievsky atraviesan a menudo, llevando con ellos al lector, a quien Dostoievsky arrebata.

La belleza soberana que de las páginas del *Idiota* irradia y que se desprende de la figura del Idiota mismo, nace de que él logra ver constantemente, al través de la obscuridad, lo que los demás no ven; formas del bien, a veces casi incomprensibles; a lo menos. no reconocidas por la mayoría de los hombres. Sin esto, tanto *El Idiota* como quizá todas las otras obras de Dostoievsky serían sencillamente horribles; se reducirían a espantosas pesadillas de crímenes repugnantes; pero él sabe encontrar al través de la escoria obscura, el bien oculto; y el bien reluce con un brillo estupendo.

El primer incidente de *El Idiota* no es aún, comparado con los demás, suficientemente significativo: el Idiota vive todavía en las montañas, bajo la custodia del médico; una pobre muchacha es allá impunemente seducida y abandonada; el pueblo la escarnece y la misma madre de la desdichada víctima la rechaza con indignación. El idiota adivina, al través de la miseria de ella, de su enfermedad y de su desamparo, su infortunio, y ve bien, donde los demás no pueden ver, que no hay en ella una mancha imborrable; siente claramente que lo más íntimo de su ser es puro y que merece una compasión extraordinaria, aun pudiera decirse una compasión sin límites, más bien que ser befada por todos. Entonces, sin imaginarse siquiera el riesgo de ser descla-

sificado, no sólo va hacia ella, como a un ser que el sufrimiento purifica, sino que, sin ostensible propósito de hacerlo así, consigue que con él vayan los niños de la escuela y que al fin cuando ella muere el pueblo todo la perdone.

Esto no es nada, sin embargo, porque, en fin, la distancia que entre ella y él había, era tan grande, que aun cuando él construya el puente de la piedad para ir a ella y aun cuando por ese puente vayan él y legiones de niños, es claro que no va, por decirlo así, aun yendo, toda su alma, sino que parte de ella va al mismo tiempo a los niños, a las estrellas, al torrente, al bosque, a las montañas. al cielo.

Mucho más grave es lo que al Idiota espera cuando vuelve a su patria: cuando lo rodea la verdadera vida, la vida múltiple y numerosa, por todas partes apasionada.

Entonces ocurre lo que a primera vista es absurdo, lo que el sentido común condenaría: un hombre como él, rico, millonario tal vez, noble, —tiene el título de príncipe— verdadero conocedor de la belleza, y radicalmente apasionado por el bien, no rechaza la sociedad de los infames, aunque detesta la infamia, aunque la infamia lo haga sufrir hasta enfermarlo, hasta matarlo; y no la huye, no por falta de voluntad, —que sí tiene una fuerte y bien templada voluntad—, sino porque su aguda penetración lo hace ver, al través, y en medio, y en la esencia misma del mal, o un bien que destella, o un sufrimiento que lo apiada, y que lo fuerza a impartir socorro.

Ve por primera vez a una mujer hermosa, y como él, joven, en la que nace por él desde luego una simpatía que él sin duda entiende que podría crecer. Naturalmente su espíritu se siente atraído por ella; pero justamente en ese instante ve también el retrato de otra mujer, al través de cuya hermosura descubre las señales de una cruel desdicha, y el sufrimiento que tal mujer revela lo atrae, aun más que lo atrajera el sentimiento que está teniendo también por la que acaba de ver; besa entonces el retrato y va allí donde se encuentra la que él juzga desdichada, para decirle que no se case con quien ella va a casarse, porque él se ha dado cuenta de innobles propósitos que en cuanto a ella tiene quien la pretende. Va allí, y allí se convence de que ella es una de esas mujeres que el mundo condena, y sin amarla, y sólo porque ve que sufre, pide su mano para unirse con ella en matrimonio y de tal suerte salvarla.

La misma alteza moral, absurda y conmovedora, que así ostenta, conmueve la alteza moral de ella; y ella, que desde el principio ve cuán superior es él a todos los que la persiguen, y que siente por él un sentimiento que luego se transforma en amor, rechaza, sin embargo, sus

pretensiones, porque se siente indigna de él y porque anhela que él no sea infeliz, casándose con ella.

Su repulsa no es, sin embargo, para él un mal, y aun pudiera decirse que es lo contrario, porque en él no hay en rigor más que la invencible atracción que sobre él ejerce la desdicha y la necesidad imperiosa que experimenta de aliviarla; sigue siendo él entonces lo que toda su vida ha sido: el juguete de sus sentimientos de piedad; por ellos descubre el destello de nobleza que puede haber aun en las almas más corrompidas, aun en los más acabados caballeros de industria; y acaso también por tales sentimientos de piedad, Dostoievsky hace, sin que aparentemente se dé cuenta de ello, maravillosos descubrimientos psicológicos, mucho antes de que la moderna psicología analizara trabajosamente los fenómenos que en fulguraciones de genio él hace vivir ante nosotros.

Hace ver así, por ejemplo, cómo se superponen en capas que se compenetran enteramente y que se imbrican unas en otras, estados mentales opuestos, y aun contradictorios, como el del individuo que odia su vileza y que profiere al propio tiempo frases de vileza; que se causa asco a sí mismo por esa vileza y que a la vez admira su habilidad para ser vil, en un grado que los demás no tienen.

La perspicacia del idiota de Dostoievsky perfora, por decirlo así, estos estados múltiples que él llama *ideas mixtas,* en las que, valiéndose de una metáfora tomada de la geología, pudiera decirse que un estado mental queda cortado, como por intrusión, por otro, y que es análogo al chorro de lava que hiende un estrato de rocas, de composición y de origen diversos.

De tales *ideas mixtas,* maravillosamente presentadas. está llena la obra de Dostoievsky. ¿Son otra cosa que *ideas mixtas* las súbitas irrupciones de lo inconsciente o de lo subconsciente, que aparece a flor de conciencia y que sorprende por lo inesperado y diverso que es, de lo que en el mismo instante caracteriza la conciencia?

Ese mismo rasgo esencial es probablemente lo que explica la sacudida emocional que acompaña a cada una de esas presentaciones; es el choque de lo que no se espera; es el desequilibrio súbito de la aparición de lo oculto; y como toda la obra de Dostoievsky está llena de tales irrupciones, toda, aun en sus más insignificantes páginas, palpita de emoción y aun de pasión extraordinaria. Esto es lo que explica también, por qué todos los personajes de Dostoiewsky, (menos el que los analiza a todos, el idiota), y aun pudiéramos agregar por qué todos los hombres, llevan consigo constantemente tantas mentiras, tantos embustes, con los que tratan de esconder su propia personalidad; el yo

profundo queda condenado a la subconsciencia; encerrado bajo los décuples cerrojos de los convencionalismos sociales y de una educación, casi siempre convencional también, no desflora, y aun su propio dueño llega a ignorarlo; la mentira triunfa perpetuamente; la máscara cubre siempre la cara. La soberana habilidad de Dostoievsky consiste en lograr que por momentos, súbitamente, la cara se vea al través de la máscara y sin que la máscara caiga; que juntas convivan, y que se muestren al par los estados primeros y los segundos.

Y como en definitiva los más importantes de tales estados son los hondos, los radicales, los esenciales, resulta que si alguien en medio de los que sólo tienen ojos para ver los de la superficie, sabe ver, más que los de la superficie, los profundos, en caso de que sólo vea estos últimos, y que se le escapan o medio se le escapan los aparentes, la multitud lo llamará idiota, y no entenderá que sea desinteresado, ni altruista, que no haga caso de su propio bien, y que sólo vea el bien de los demás, porque para ver esto se necesita ver lo hondo, en tanto que para atender a lo que a primera vista le conviene a uno, no se necesita considerar más que la superficie.

Hay, por lo mismo, y precisamente porque existen las *ideas mixtas* de que *Dostoievsky* habla, *una inteligencia primaria,*—como decía la Aglae del propio Dostoievsky,—y otra *secundaria;* y un hombre puede ser, como el Príncipe de la novela, maravillosamente perspicaz para ver lo que sólo la inteligencia primaria,— la *inteligencia simpática,* que diría ahora Gudmunder Finnbogason,— puede ver, y torpe para ver lo que todo el vulgo mira.

El Príncipe, de Dostoievsky, no sólo está caracterizado, sin embargo, por esa penetración aguda que lo hace ver lo que está detrás, sino porque reconoce infaliblemente en lo que está detrás, a la vez un sufrimiento que lo atrae, y aun lo fascina como a un ave una serpiente, una aspiración a algo mejor, a una chispa del bien, al bien mismo, aun cuando sólo sea relativo.

Que pudiera demostrarse esto a propósito de cada uno de los personajes de *El Idiota,* es cosa clara; puede parecer paradoja, sin embargo; ¿qué aspiración al bien hay, se dirá, en el presuntuoso y ridículo afán de ser admirado por su suicidio, tal como lo expresa el tísico que en *El Idiota* figura, que sólo para que lo admiren escribe la relación de su propósito de suicidarse y las razones que motivan ese propósito? Hay sin duda en él, un enfermizo y reprensible anhelo de celebridad; es evidente, pero, ¿no es cierto que el anhelo de celebridad lleva implícito un sentimiento social, una necesidad de expandirse más allá de sí mismo y de vivir en los demás y no sólo en uno?

Más difícil parece ser la demostración de que en la tortura de los celos que atenacea al hombre que disputa al Príncipe la posesión de aquella mujer a la que por lástima el Príncipe pidió en matrimonio, haya no sólo un sufrimiento sino una aspiración a algo mejor, y sin embargo, así es: ese hombre, devorado por los celos, llega hasta a asesinar a aquella mujer desventurada y, no obstante, en el propio momento la ama, querría verla dichosa; si la odia hasta la muerte, es que la ama también; que nada está tan cerca de ciertas formas de amor como el odio; que el amor es casi siempre un sistema de estados afectivos contradictorios, que se organiza en torno de tremendos instintos y de oscilantes juicios de valores, y que a menudo es por eso apasionado, salvaje, intolerante y cruel.

De todos modos, en el Príncipe, la piedad que los sufrimientos ajenos inspira, no es una piedad inerte; es una piedad activa, que lo impulsa a obrar para destruir el motivo del sufrimiento o atenuarlo, si es posible; la desdicha consiste en que su misma agudísima penetración psíquica le produce una verdadera *prepatía,* una preconsciencia, por el hecho de que en su implacable habilidad para discernir lo invisible, para percibir lo esencial de las almas, las entiende con clarividencia tan grande que mucho antes, meses antes de que lleguen a cometer un acto monstruoso, él ve ya, como en una especie de constante alucinación, el hecho monstruoso. Desde antes de que lo imagine quien ha de ser el asesino de la pobre víctima que muere a sus manos, el Príncipe está cierto de que la asesinará, y no sólo esto, sino que sabe con qué cuchillo ha de asesinarla. De allí su indecible tortura: los sucesos futuros se vuelven para él presentes, con un presente que dura tan largo tiempo cuanto el futuro tarda en producirse, y que es tan espantoso como el acto mismo, porque tiene toda la fuerza de la realidad vivida, de cuyo imperio no puede sustraerse.

Con tales datos como éstos, y con la sensibilidad hiperestésica que los personajes de Dostoievsky tienen, es evidente que la novela no puede tener más que un desenlace, el crimen, perpetrado asesinando a la desventurada por la que, por otra parte, el Príncipe se sacrifica sin amarla, arrastrado por la invencible atracción de la piedad que le inspira.

La grande escena final y espantosa en la que el asesino y el Príncipe, a obscuras, se acuestan juntos, en la pieza misma en la que está el cadáver, para velarlo, como habrían podido velarlo dos hermanos, y hablan con palabras entrecortadas y con frases truncas de los pormenores del asesinato, que se revela como el Príncipe lo presentía, y como sin verlo lo había presenciado, es más y más impresionante, porque

uno y otro se sienten amigos, aunque el asesino hubiera intentado asesinar también al Príncipe, y porque saben bien que ambos están velando a la muerta, a la que uno de ellos había asesinado y que nadie como ellos estimaba y quería. El detalle, no obstante, más espantoso de todo el libro, es quizá la larga caricia de la mano del Príncipe sobre los cabellos y las mejillas del asesino, cuando éste, en la misma noche espantosa de la velada, llega a los bordes de la locura, y ríe y grita palabras absurdas. ¿Por qué el Príncipe lo acaricia así? Porque siente su sufrimiento, y se apiada, y ansía calmarlo, y darle otra vez fuerzas. ¡Fuerzas él, que ha llegado al límite de la resistencia humana! Las da; da en torno suyo cuanto puede dar; da hasta el fin; da hasta agotar su tesoro de amor y de caridad. Cuando da lo último que tenía, su razón se extingue dulcemente. Entra en silencio al gran reino opaco donde la razón desaparece: al reino definitivo de la idiotez completa. Fantasma de un sér que fué, es remitido otra vez a la tierra distante, al médico que en otro tiempo lo atendía y que ahora no cree ya en su curación; y camina como un pobre sér, que parece sin alma: porque la ha dado toda en torno suyo; a los niños y a las mujeres, a los criminales y a los viciosos, a todos, en un incontenible impulso de piedad que ansiaba transformar el mal en bien, o calmar y atenuar la desdicha, y que veía el dolor al través de la alegría, la verdad bajo el velo multiforme de la mentira, lo cierto al través de la máscara del engaño.

...¿Cuál es la filosofía última de El Idiota? ¿Es sólo una magistral exposición de fenómenos psicológicos, en parte anormales? ¿Es además una estupenda revelación del estado mental de los epilépticos de genio, como lo fué el mismo Dostoievsky, que describe maravillosamente cada una de las fases que preceden al ataque y al aura epiléptica; y el interno sentimiento de lucidez y felicidad íntima, directamente anterior al acceso final; y el aturdimiento y la opacidad posteriores?

Nó; no es sólo eso: no es nada más la alucinante exposición de la extraña clarividencia del Príncipe, que lo hace discernir y que hace que los otros disciernan la famosa distinción entre la "inteligencia principal, "la simpática" (la intuitiva, de Bergson), que ve hasta el fondo de las cosas, y "la secundaria", que se detiene en la superficie; no es sólo esa clarividencia que lo hace palpar por todas partes *ideas mixtas*, actividades mentales superpuestas y en parte antitéticas; nó; es también un inmenso problema moral; y de tal problema es una solución propuesta.

El problema es este: ¿qué debe hacer cada uno enfrente del infortunio? ¿Debe siempre ponerse de su parte, aun cuando sea el infortunio causado por la maldad? ¿Debe ponerse de parte del que sufre aun

cuando éste sea un malvado y aun cuando pueda considerársele incorregible?

Y la solución del problema es la que Aglae formula cuando, injustamente, dice al Príncipe, sin entenderlo más que a medias: "vos no tenéis ternura; vos no tenéis más que justicia; en consecuencia, sois injusto".

Verdad profunda, que brilla como una estrella en medio de las tinieblas del desconcierto moral por el que ahora atraviesan innumerables conciencias. Sí; ciertamente para ser justo, de veras justo, es preciso ver lo que la justicia sola no ve; es necesario enterarse de lo que sólo la ternura es bastante firme para percibir: entonces el juicio del valor moral cuenta con una balanza de precisión inmensamente más exacta; entonces se ve que en todas partes, hasta en la vida de la pecadora, en la del bandido y en la del homicida, hay partículas de bien y de belleza; entonces la tiniebla oscura empieza a palpitar con violentas fulguraciones; el bien se estremece en medio del crimen; y la pura, la divina rosa del amor, abre sus pétalos y derrama sus esencias aun en medio mismo de la carne putrefacta; entonces, por virtud de la inteligencia completa, de la inteligencia simpática, de la inteligencia intuitiva, de las actividades psíquicas mixtas,—que son las de todas las acciones humanas,—entendiéndolo todo, se perdona todo; y la intolerancia desaparece, y se abren los brazos, y se aprestan todos para enderezar su camino y ayudarse mutuamente a reducir la parte del mal y de la desdicha, y a colaborar con las fuerzas que por todas partes trabajan, aun cuando sólo en parte sea armónicamente, para el triunfo último, para el triunfo del bien en la tiniebla, para la victoria de la luz al través de la espesa sombra de la desventura y del error.

¿El conocimiento de los personajes de Dostoievsky podrá contribuir de algún modo para facilitar la inteligencia de la actual historia y de las condiciones en que ahora se encuentra el pueblo ruso? A mi juicio no hay duda: Dostoievsky no pinta caracteres que sean rigurosamente excepcionales en su país; al contrario: pinta hombres y mujeres que encuentran su retrato maravillosamente diseñado por el gran novelista: los rusos son como los personajes de Dostoievsky: apasionados y en alguna manera insconscientes: su natural interés por lo que no es cada uno de ellos, los conduce al propio tiempo a la violenta imposición sobre los demás, si creen que esto es necesario para su bien, y a la abstención de todo empeño para imponerse a otro, si de algún modo reconocen que las razones del otro son tan buenas como las del

que pretende imponerse. Más a menudo los conducen a esto último: la autocracia no ha sido genuinamente rusa: ha sido importada; y acaso sus procedimientos brutales tampoco han sido rigurosamente rusos. Rusas en cambio, o más bien eslavas, han sido la república cosaca y la descentralización administrativa de los zemstvos; rusos también el *mir,* casi independiente, la república polaca, y lo que es más, el anarquismo. La igualdad de todos ante todos, conduce naturalmente, aunque al través de espantosos sobresaltos, al concepto del gobierno de todos por todos, a la organización del sistema *soviético.* A la par, el sostenimiento de la igualdad absoluta de derechos y de posibilidades conduce a una forma de *centrifuguismo* que pone en grave peligro a los países en que esto ocurra, de desaparecer como entidades políticas. Así desapareció Polonia; así hemos visto surgir hoy ochenta repúblicas del caos anárquico que determina la revolución rusa. Con esto, exaltados sentimientos de piedad se han dado libre carrera, a la par que intolerancias monstruosas, y unos luchan hasta lo último y otros se abstienen hasta lo último.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Quiere decir que entre los eslavos, como entre los mexicanos, el lazo de cooperación social es, a pesar de todo, muy débil? ¿Quiere decir que allá como aquí las personalidades son vigorosas, pero que no se coordinan? Quiere decir eso; y la misma lección para ambos pueblos se desprende de su historia y del análisis de sus condiciones psíquicas. El fenómeno, sin embargo, que parece peculiar al alma rusa tal como Dostoievsky la describe, aunque en los últimos días parezca que lo desmienten los horrores de la tragedia presente, es este fenómeno admirable de la atracción invencible de unas almas por otras, por la piedad activa, por la piedad que suscita actos en favor del que sufre; y es este un fenómeno de tal suerte importante y radical en el ruso que Dostoievsky describe, que puede sentarse el problema de si por él, y por él solo, serán capaces los rusos algún día de unificarse ellos mismos primero, y de unificar luego a la Tierra toda, no por el espanto, no por el despotismo, sino por una suerte de caridad clarividente que no haga el bien a ciegas, ni poniendo a quien lo haga al borde mismo de la muerte, por su identificación con el sufrimiento: por una especie de clarividente piedad, que fortalezca a quien la experimente, porque sustituya al fin al dón de sufrir, casi característico del alma rusa, por el dón de concebir jubilosamente, y practicar jubilosamente innumerables actos de amor y servicio.

Si a tal resultado hubiera de llegar el alma rusa, claro es que ya no sería lo que hoy es: que no amasaría su virtud con una levadura de dolores y de crímenes, sino con luminosas alegrías y con alegres for

talezas: el alma rusa se transfiguraría de ese modo. ¿Podrá hacerlo? Acaso es posible que lo haga, porque si el alma francesa es la más diáfana, y la inglesa la más coherente, sostenida y tenaz, y la alemana la mejor sistemada, la de los rusos es probablemente la que mejor sabe vivir vidas ajenas:—así parecen demostrarlo las portentosas lucideces de sus más grandes novelistas; es la que experimenta por lo mismo en la forma más fuerte, el supremo sentimiento que unas con otras liga a las almas, aun cuando sea también la más frágil de todas, la que más fácilmente, por su suprema complexidad y su superior delicadeza, se desintegra en antitéticos y enemigos elementos.

México, 25 de septiembre de 1920.

EZEQUIEL A. CHÁVEZ.

VACACIONES

Del libro inédito "El Són del Corazón"

DE tu pueblo a tu hacienda te llevabas
la cabellera en libertad y el pecho
guardado por cien místicas aldabas.

Metías en el coche los canarios,
la máquina de Singer, la maceta,
la canasta del pan.... Y en el otoño
te ibas rezando leguas de rosarios.

René, el gigante perro del pastor,
en un galope como si nadara,
te escoltaba, buscándote la cara.

Y detrás del René blanco y gigante
en aquel mapamundi de ilusión
cabalgaba sin brida el estudiante.

René hacía tres veces el camino
yendo y viniendo desde tí hasta mí,
ladrando porque no y porque sí.

René, acróbata de tu portezuela,
venía a hacer brincar su corazón
escandaloso, arriba de mi arzón.

Luego mordía a las mulas; pero ellas,
al peligroso paso de tu río,
sólo pedían, por sacarte salva,
transfigurarse en un tiro de estrellas.

A tí la voz confidencial del campo
de mañana llamábate la hija
mayor de la comarca, y en la tarde
de todo lo creado la idea fija.

Del mapamundi del amor, no más
yo en estas vacaciones sobrevivo;
pero fuera del mundo van un coche,
un estudiante de Santo Tomás
y un perro que les ladra sin motivo.



GAVOTA

SEÑOR *Dios mío: no vayas*
a querer desfigurar
mi pobre cuerpo, pasajero
más que la espuma de la mar.

Ni me des enfermedad larga
en mi carne, que fué la carga
de la nave de los hechizos,
del dolor el aposento
y la genuflexión verídica
de tu trágico pavimento.

No me hieras ningún costado;
no me castigues a mi cuerpo
por haber vivido endiosado
ante la Naturaleza
y junto a los vertebrales
espejos de la belleza.

Yo reconozco mi osadía
de haber vivido profesando
la moral de la simetría.

Amé los talles zalameros
y el virginal sacrificio;
amé los ojos pendencieros
y las frentes en armisticio.

No tengo miedo de morir,
porque probé de todo un poco;
y el frenesí del pensamiento
todavía no me vuelve loco.

Mas con el pie en el estribo,
imploro rápida agonía
en mi final hostería.

Para que me encomiende a Dios,
en la hostería una muchacha
con su peinado de bandós
y que de ir por tus caminos
tenga la carne de luz
de los perones cristalinos.

Y que en sus manos, inundadas
de luz, mi vida quede rota
en un tiempo de gavota.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE.

DECÁLOGO DEL ARTISTA

AMARAS la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.

2.—No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.

3.—No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural y único alimento de tu alma divina.

4.—No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.

5.—No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ellas, porque la Belleza es virgen y la que allí esté no puede ser ella.

6.—Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a tí el primero.

7.—Tu belleza se llamará también misericordia y consolará el corazón de los hombres.

8.—Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu corazón, es decir, la harás con todas sus fuerzas.

9.—No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre, dejarás de ser artista.

10.—De toda creación saldrás con vergüenza, porque fué inferior a tu sueño e inferior a ese sueño maravilloso de Dios, que es la Naturaleza.

GABRIELA MISTRAL.

Temuco, (Chile), 1920.

VISIONARIO DE LA NUEVA ESPAÑA

[Del libro de este título, próximo a aparecer].

DILUCIDACIONES

We make ourselves a place apart
behind light words that tease and flout.
ROBERT FROST.—Revelation.

UNO hace cuentos. Gusta de evocar las cosas de antaño y de encontrarles sutiles relaciones con las de ahora. Como su estatura, sus escritos son breves y encierra en ellos, cual en pequeños vasos preciosos, la esencia de su espíritu que ama las delicadezas, los matices, las alusiones veladas y lejanas, los labrados de los viejos muebles evocadores, las telas chafadas por la tradición, las portadas en que se amontona el arte bárbaro en hojarascas indescifrables. Su ideal sería escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una virreina.

Otro tiene la inquietud de los ensayos. Su conversación, sus lecturas, su persona misma son otros tantos ensayos. Espíritu selecto y exquisito, ama las cosas elegantes, las frases perfectas, los libros esenciales. Todo él es como un frasco que encierra los más suaves y delicados perfumes de la vida y el arte.

El otro se conmueve líricamente ante los más variados aspectos de las cosas y tiene el ánima alerta a todos los rumbos, como la rosa de los vientos. Emocionalmente es perfecto, porque es íntegramente admirativo. Lo mismo se consume en el estudio del prerrafaelismo, con Holman-Hunt, que se deleita con las joglarías mexicanas, o encuéntrasele en éxtasis de arquitectura en un rincón musgoso de la vieja calle de San Miguel.

Por la tarde, a la hora en que los crepúsculos ensayan sonatas de Bakst en las lindes de la ciudad, aparecía el té en la mesilla de mármol y entre taza y taza hablábamos de todos esos temas que durante las horas de las faenas obligatorias se reservan para los momentos en que el espíritu, en un ambiente mejor, busca encontrar eco, simpatía y resonancia en nuestros amigos más semejantes. A veces el tema es lo de menos; pero las ideas van modelándose, las sugestiones brotan como las estrellas en un cielo profundo, y el alma va deshaciéndose, una a una, de las ropas pesadas que el mundo le pusiera horas antes, hasta quedar desnuda y radiante. Salíamos después a recorrer la ciudad, huyendo la vida moderna, para refugiarnos en los sitios más lejanos o en los lugares más inadvertidos, y así, en tardes de sol y en tardes sombrías, entrámonos por el barrio, el barrio desolado o alegre, que en México encuéntrase a cada paso; visitamos las capillas pobres, en donde hay nazarenos sucios vestidos de terciopelo y de moscas; detuvímonos cien veces ante las portadas antiguas y cien veces recorrimos sus primores minuciosos; aprendímonos de memoria las oraciones en latín embutidas en los nichos herrumbrosos; subimos a los campanarios y en más de una ocasión encontramos todavía, al volver una esquina o en la banca de un jardín solitario, a un hombre del siglo XVI.

En suma, captamos una nueva pasión, aprendimos a amar esta vieja ciudad de México, y penetradas ya las mentes y el corazón de sus virtudes maravillosas, leímos de corrido en cada rincón, en cada muro en donde una piedra de tezontle asoma por entre el encalado, en cada nicho polvoriento con un santo sin identificación, en cada patio en donde hay una fuente barroca y niños miserables con perros hirsutos que se persiguen entre los tendederos; en cada mendigo que invoca a los patriarcas, con los brazos en cruz, en las puertas de los atrios; en cada romancero medioeval de los que se encuentran todavía por el Puente de Roldán y en las inmediaciones del Volador; en cada resto de epigrafía mural que las gentes ya no ven, hace dos siglos; en cada vieja de las que venden estampas y reliquias en las mesillas de las iglesias; en cada reja verduzca de las que han respetado los iconoclastas partidarios de las balaustradas de cantería; en cada portón nobiliario, profanado por los mercachifles del cordobán. Vimos a los artesanos que fabrican odres, trabajar como lo hacían sus ancestros del diecisiete; una noche transmutamos la farsa italiana en comedia colonial y vimos cómo el vejestorio o de Pierrot se agazapaba entre unas torres para ver mejor la luna, escondida entre los cristales de una linternilla de azulejos; fuimos a Tlatelolco a ver cómo iluminaba el sol

poniente el viejo muro, donde hay un águila de dos cabezas y diez capas de musgo; sorprendimos la tapia de San Miguel desde la Plaza del Arbol y ocultámonos más de una vez entre las rejas de los altares y en las criptas abandonadas.

Encontramos con que la tradición de México, casi siempre libresca y fantasmagórica, es realmente bella y profundamente humana y que la ciudad encierra, íntegramente, el alma de los siglos, a la cual sólo se puede llegar por el entusiasmo y la comprensión, para aspirar cabalmente la esencia que se oculta en sus sitios recónditos y darla convertida en expresión artística, con la clara visión de los verdaderos elementos que se escapan a los ojos que no saben ver el misterio de lo maravilloso.

Una tarde subimos a las torres de la catedral....



LA CIUDAD COLONIAL

> Mi espíritu se reconcentró, mis sentidos estaban de tal modo encantados por aquellos sonidos, que nunca pude explicarme cómo había subido a tal altura. Me figuraba que hacía más de un siglo que encontrábame arriba; tanto estuve sumergido en mi sueño.
>
> *L. UHLAND.*

DESDE las torres de la Catedral, la ciudad de México es una vasta llanura gris cortada en todas direcciones por las líneas rectas o sinuosas de sus calles. Sus lejanos límites casi no se distinguen a la simple vista y las últimas casas se confunden, a veces, en el término del horizonte. Por la tarde, a la hora del crepúsculo, cuando la luz del sol se prende solamente en las partes altas de los edificios y las calles comienzan á perder sus contornos entre las sombras que llegan, México es todavía la vieja ciudad colonial de hace algunos siglos. Piérdense, desde allá arriba, las particularidades de la vida moderna; desaparecen los detalles que las nuevas civilizaciones han marcado y sólo se distinguen, como en lienzos borrosos, los conjuntos

grises de las construcciones y las manchas verdes de las arboledas. Pero contra la luz en fuga de la tarde destácase neto, inconfundible, todo lo que resalta entre el caserío, todo lo que se eleva por entre los techos y las líneas de las construcciones.

Y he aquí, por todas partes, las torres, las antiguas torres de las iglesias, de los conventos, de las capillas y de las ermitas; las altas torres de dos cuerpos, delgadas y eminentes, acribilladas por las luces que atraviesan sus ventanales; las torres bajas, como un cubo de piedra, que albergan una sola campana; las torres de remates piramidales, con sus cruces de hierro; las torres redondas, con sus cruces de piedra; torres grises, ennegrecidas por las lluvias y los siglos; o blancas, blancas y resplandecientes de sol, vecinas de los barrios humildes, de las gentes sencillas, de los cristos milagreros y de las abejas que melifican en las rinconadas; unas, con recias campanas de pátina verde; otras, con esquilones que voltean en los gruesos maderos pintados de vivos colores y con campanitas que no cesan de llamar, agitadas por la cuerda que las beatas tiran desde la sacristía; torres brillantes, con caperuzas de azulejos; torres de mayólicas multicolores y rejas de hierro, como miradores árabes; torres en cuyos nichos se albergan polvosos santos de terracota; o abandonadas, ahora habitáculo de murciélagos; o alegres, adornadas con flores de papel y guirnaldas de encino.

¡Y cúpulas! La cúpula de la Santísima, que parece una compotera; la cúpula de la Soledad, maciza y grave, con sus medallones blancos sobre la piedra negruzca; la cúpula del Señor de Santa Teresa, eminente y esbelta, con su linternilla como un tibor de la China; la de Loreto, que es un caracol que avanza los dos cuernos agudos de sus torrecillas; la de Santa Inés, que siempre lleva su traje de fiesta, con galones anaranjados y azules; la de la Enseñanza, birrete de doctor teologal; la de la Encarnación, que reza al cielo oraciones en esmalte blanco; la de Santa Catarina, ancha y aplanada, con su orla de ventanas; cúpulas bajas y poligonales; cúpulas con cinturones de pilastras; cúpulas ovoides; domos vastos hechos para albergar allá abajo, en los cipreses de las iglesias, las suntuosidades de la liturgia; para que resuene en sus paredes cóncavas el trueno de los órganos; o pardos y sencillos, acogedores de las voces de los niños en las tardes blancas del mes de María y del zureo de las palomas del valle mexicano en las mañanas calurosas de julio.

Por todas partes la mirada encuentra en las salientes de las construcciones la visión de la ciudad colonial. Ahora son los remates que se elevan sobre las fachadas de las casas, de los antiguos colegios, de

los templos; aquellos son los de las casas del conquistador; estos otros los del real palacio; ahí están todavía los que rematan el seminario de San Ildefonso; por allá se distinguen aún los de la casa del conde del Valle de Orizaba; ved cómo se destacan, cual chinescas torrecillas de kaolín, aquellos del palacio de los azulejos. Y todos de piedra, blancos, grises, negros; remates que figuran birretes de la vieja universidad; toscos remates franciscanos, hechos para coronar fortalezas y sostener arcabuces defensores de la fe; estípites barrocos con ornamentaciones pomposas; almenas piramidales; remates bárbaros, labrados por recios artesanos; remates de bola, de llamas, de hojas, de pebeteros, de frutas....

Allá abajo la ciudad ha perdido sus contornos; las gentes son sombras que se deslizan con apresuramiento; suena el ángelus; sube de las calles un sordo rumor de cosas que hablan y de cosos que ruedan; apenas en la serranía occidental hay una fulguración violeta que va ahogándose; las torres, las cúpulas, las almenas, se dibujan contra el cielo como siluetas en una pantalla. A estas horas y desde la torre opuesta, don Francisco Cervantes Salazar debe de contemplar la ciudad, su vieja ciudad. Por allá abajo pasa la sombra del señor don Carlos de Sigüenza y Góngora, camino de su casa en la vecina calle del Hospital del Amor de Dios. Junto al Palacio hay gente armada; quizás son los alabarderos que montan la guardia. Ahora mismo, allí enfrente, el Cabildo discute una merced de agua que le ha solicitado Antón Gallo, alarife....

De pronto, como si se hubiera alzado un telón, diez mil lámparas eléctricas se encienden en toda la ciudad.

GENARO ESTRADA.

PENUMBRAS DE MUSEO

I

LA CASITA DE AZUCAR

DIJÉRASE que es un edificio de burgués acaudalado; un palacete de personas a la antigua, retiradas del mundo.

La casita tiene un número sobre la puerta, como la de cualquier vecino. Es pequeña como un dado. Tras de la verja no hay jardín de plantas raras, ni aun las vulgares de un jardín sin pretensiones.

Todas las maravillas están puertas adentro.

Comenzando por el nombre, cuando nos lo dicen al oído, con esta suavidad holandesa, silbante y acariciadora, sentís el primer estremecimiento.

La *Mauritshuis* —la *Casa de Mauricio*—, era llamada por los murmuradores de La Haya en el siglo XVII la *Casita de Azúcar*.

Fué construída para Mauricio de Nassau, el príncipe culto y fastuoso, aventurero y magnánimo que había formado una corte colonial en Pernambuco y que dio su nombre a Recife cuando la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales lo designó como gobernador de la espléndida zona brasileña que dominaba y que se extendió bajo la espada de aquel guerrero desde el Sao Francisco hasta el Maranhao.

Mauricio enviaba a La Haya recursos e instrucciones para que se le construyese la Casita de Azúcar, pero enviaba algo más: enviaba cargamentos de maderas preciosas, cortados en las selvas del trópico americano. Escaleras, artesonados, barandales, pavimentos y alféizares son de una riqueza, de una variedad y de un exotismo americano que sorprende en este país de exotismos orientales.

II

EL REPOSO FRENTE AL VIVERO

¿Por qué no se han reunido aquí las colecciones de Mauricio?

El príncipe derrochador tuvo que venderlas y Holanda no ha sabido recuperar esos tesoros dispersos desde Dinamarca hasta Berlín y Francia.

En cambio, *La Casita de Azúcar*, que no custodia riquezas de arte del príncipe, su constructor y primitivo dueño, es el más encantador de los grandes museos. Un gran museo, casi diminuto, pero henchido de glorias.

Los museos son como los vinos. Unos excitan y otros aplacan. ¿Quién pasa por los *Uffizi* de Florencia sin llevar consigo la sensación de un día tumultuario en la *Piazza della Signoria* durante las crisis del Renacimiento? Y el Louvre, el Louvre en su *Salón Cuadrado,* ¿no es un reto a nuestras facultades de comprehensión y a las limitaciones de nuestra sensibilidad? Se necesita tener una cabeza fuertemente sistematizadora, como la de Taine, o ser una lira de bronce como Ruskin, para no sentir la acción que desintegra todo equilibrio mental en presencia de tales ostentaciones de contrastes.

En la *Casa de Mauricio* nos recogemos para reposar. Vemos de un lado el *Binnenhof,* es decir, el recinto fortificado con las viejas torres del siglo XIII levantadas por los condes de Holánda, y el confuso edificio habitado durante el siglo XVII por sus gobernantes. Vemos, en suma, toda la Holanda feudal y toda la Holanda de la expansión colonizadora y artística. Hacia el fondo el *Vivero (Vyver),* con su islote central, y con sus filas de árboles, a cuya sombra hay siempre un pintor que copia con lentitud y probidad el estanque poblado de mansas aves acuáticas.

Así un día, en tiempos lejanos, pintaba Ruysdael este mismo estanque....

La tela que se conserva en el Museo nos muestra un aspecto de la vida holandesa. Nada tan invariable como este rincón de recuerdos. Es el mismo islote, la misma arboleda, el mismo *Binnenhof,* la misma *Casa de Azúcar.*

Pero el pintor no es Ruysdael... Yo no sé por qué este humilde, este resignado, este desconocido que pinta junto al estanque, ha de ser por fuerza una nulidad artística. Como él pasó Ruysdael por la vida, ignorado, pobre y triste.

¿Quién sabe hoy de las posadas que lo albergaron? Ningún investigador nos dice con precisión en qué país escandinavo pintó sus cascadas, ni qué bosques de Westfalia le prestaron la opulencia de sus tonos sombríos.

Lo único que sabemos es que tuvo hambre, que sus telas valían poco en el mercado y que con los florines que deja en Holanda uno de los turistas que vienen atraídos por su fama, el pintor excelso habría podido levantar el castillo de sus ensueños.

Yo he hablado muchas veces con ese biznieto de Ruysdael. Somos amigos. Es mi piloto. Lo llamo, guarda su tela, dobla su caballete y entra en el museo.

III

LA PIARA EN EL SANTUARIO

Yo no quiero guías profesionales. No los desdeño. Admiro su saber limitado y preciso. Reconozco la honradez con que desempeñan el ministerio de la enseñanza. Pero no los quiero. Yo necesito camaradas, o la soledad.

Un pintor es el mejor guía. Tiene la sensibilidad y la discreción en la palabra.

Noto el contraste cuando vemos el rebaño de una excursión. Son treinta ingleses, o treinta norteamericanos, o treinta australianos. Un solo cicerone los arrea.

Hay que dejarles paso libre. Tienen cuarenta y cinco minutos para visitar el museo. No les quedará un minuto libre, aunque se hastíen. No se les dará un minuto más, aunque se enamoren de una tela.

Han venido para recorrer todos el continente. Estando en el continente, Holanda forma parte del itinerario, y estando en Holanda, no es posible prescindir de La Haya. En La Haya, ¿se puede omitir la visita a la Casa de Mauricio?

Cuarenta y cinco minutos bien contados.

¡Esto es viajar!

El cicerone recita, con experta rapidez. Tiene que meter todos sus datos en el marco de los cuarenta y cinco minutos. Si le dieran una hora, hablaría más despacio.

—¿Y los datos mismos?

—Los datos son como para quien son —nos dice después el mismo cicerone—. Hay personas que solicitan informes sobre las dimensiones de las telas y los precios de las adquisiciones. Otro quiere datos cronológicos.

Pero hay una clientela feroz. Exige una tabla de valores artísticos.

IV

UN TORO CELEBRE Y TRES CUADROS MISTICOS

Para esa gente de los cuarenta y cinco minutos se escribió la apreciación estúpida que va de libro en libro y de boca en boca:

"Cuando estaba en París, el *Toro* de Paul Potter ocupaba el cuarto lugar entre todas las pinturas del Louvre".

¿Se le comparaba con tres toros, con tres vacas o con tres caballos? No.

Primer lugar: *La Transfiguración,* de Rafael.

Segundo: *La Comunión de San Jerónimo,* por el Dominiquino.

Tercero: *El martirio de San Pedro,* por el Ticiano.

El buen toro de mirada blanda, el útil y pacífico toro de Paul Potter volvió a su cara Holanda, o bien para impedir que siguiese un vano prurito de comparaciones irreverentes, o bien para ser aquí el detentador de una soberanía que ningún turista le niega.

En efecto, no hay visitante que entre en la *Casa de Mauricio* sin preguntar inmediatamente por *El Toro* de Paul Potter. Se hacen peregrinaciones como la de Santiago de Compostela en los siglos de fe.

Después de ver *El Toro,* toda conciencia honrada busca *La Lección de Anatomía.*

Yo me sitúo con el pintor junto al *Saúl,* de Rembrandt, y después examino la *Vaca mirándose en el río,* de Potter.

¿Por qué la gente busca el *toro* y *la lección de anatomía?*

Ese Saúl, con su vestidura de un tisú misterioso, en el que ha dejado Rembrandt toda la exaltación de orientalimo y de quimera, ese cuadro en que el pintor se sobrepujó a sí mismo y dió a su arte medios de expresión no sospechados; esa *Vaca* mirándose en el espejo de un río, la más dulce nota de égloga que haya dejado éste u otro pintor de Holanda, nada dicen a los que traen cuarenta y cinco minutos para ver el museo, y para contar, como resumen de sus impresiones, que han visto *los dos mejores cuadros de Holanda.*

V

VERMEER DE DELFT

Todo pasa. Los turistas se alejan. Sólo quedan los vigilantes, que bostezan.

Yo quiero ver con el pintor la obra de un pintor poeta, de un delicado, de un tierno que nos cuenta con sencillez algunos episodios de la vida holandesa —de la propia vida, ignorada y radiosa—.

Este artista nació en Delft y pintó en Delft. A eso se reduce toda su biografía. Pero el pintor se asoció íntimamente a la ciudad más sugestiva de Holanda y no necesitamos más. Ha dejado en sus telas lo que tiene Delft de más encantador: los cendales de su atmósfera.

Vermeer es el pintor de las perspectivas aéreas. Dentro de la atmósfera que lo envolvía con sus claridades aperladas, Vermeer necesitó bien poco para realizar su ideal artístico. Tuvo por estudio una estancia llena de claridad, con vistas a un canal y a una calleja. Dentro de esa estancia hay una mesa, un arcón y una espinela; colgado en el muro una carta geográfica; en la ventana, cortinas de telas fuertes y pesadas, regalo de un amigo que ha visitado las Indias neerlandesas; hay una mujer que se asoma a la ventana; hay una niña de quince años tocada con un gorro oriental y sentada junto al caballete; hay en la cocina una mujer que vacía un jarro de leche.

—¿Pero no todos los pintores holandeses son así? —preguntará quien haya visto la pintura holandesa sin Vermeer.

—No; ni todos son así, ni los que más se parezcan a Vermeer podrían ser confundidos con éste.

Terburg pinta una burguesía de elegantes interiores, misteriosos y recogidos; Pedro de Hoogh es el satírico de las escenas intencionadas, agitadas por un movimiento alegre, y su luz colorea brillantemente las cosas, en un estudio mágico de las gradaciones y de las perspectivas.

Vermeer es un esquivo, un enamorado de la sencillez que le rodea, y no quiere poner los pies fuera de casa.

Sólo una vez o dos ha pintado episodios libertinos, acaso por exigencias de un cliente.

Su mujer, su hija, su criada, la vecina que llega, la usual faena doméstica, el canal silencioso, la calleja solitaria... Ese es todo Vermeer.

—Y en los colores —me dice el pintor amigo—, la materia vibra,

las cabezas tienen aureola, las telas y hasta la materia rígida tiemblan en un azul indefinible, único, de sol reflejado...

Así habla el artista. Así hablan los críticos. Eso dice precisamente Gustavo Vanzype, el más reciente de los críticos de Vermeer, el autor de uno de los libros más profundos que haya inspirado el arte holandés, aun después del insuperado Fromentin.

VI

MATERIALISMO HISTÓRICO

¿Admiró su siglo a Vermeer?

En todo caso, bien pronto fué un olvidado, y sólo después de dos siglos renació su gloria, si la tuvo.

Vermeer dejó a su viuda dos cuadros, y un pasivo de 600 florines, que cobraba el panadero. ¿Deuda de usura tal vez o deuda de ministraciones al trabajador asiduo, esclavo del pincel?

La viuda entregó los cuadros como pago, pero pudo obtener el ofrecimiento de que se le restituyesen si pagaba en doce años.

¿Qué interés material podía tener en el rescate? Vermeer murió en 1675, y en 1696 se vendía por 36 florines un cuadro que se ha querido identificar con la niña del tocado oriental, y en ese mismo año *La carta* por 70 florines, y *La lectora* se vendió por 200 francos en 1809 y por 882 florines en 1839.

Contemplo la escena crepuscular en el Vivero... Allí pinta otro Ruysdael, otro Vermeer. Bien puede ser un hombre de genio, uno de los que crearon nuestra civilización, de los que abrieron manantiales de oro para su pueblo, y que no pudieron dejar pan a una viuda ni amparo a sus huérfanos.

CARLOS PEREYRA.

WAGNER Y LA IX SINFONÍA

A Ricardo Wagner se debe en gran parte la resurrección de la IX Sinfonía, casi olvidada después del pasajero éxito de su estreno en Viena el 7 de mayo de 1824, dirigida personalmente por Beethoven. Pasado el entusiasmo que la magna obra despertara en el público vienés en su primera interpretación, sólo dos o tres veces apareció en Alemania, durante los veinticuatro años siguientes (1).

En 1846, Wagner compartía con Reissiger la dirección del teatro de Dresden. Siguiendo una vieja costumbre, anualmente, el domingo de Ramos, los maestros del teatro de la Opera dirigían un gran Concierto, una Sinfonía y un Oratorio. En ese año, Reissiger, cuyo puesto de primer director le daba derecho a elegir entre el Oratorio y la Sinfonía, eligió, creyendo reservarse la mejor parte, el Oratorio. A Wagner correspondió, pues, la dirección de la Sinfonía.

De mucho tiempo atrás, Wagner admiraba y amaba con pasión la novena Sinfonía de Beethoven. Desde que estudiaba en Leipzig con el cantor Weinlig, había copiado nota por nota la gran partitura y en 1830 ofrecía al editor Schott una reducción para piano a dos manos. No era de extrañar, sino al contrario, cosa muy natural, que debiendo dirigir una Sinfonía en Dresden, Wagner eligiese sin vacilar la última de Beethoven, su predilecta *novena*. La nueva corrió bien pronto de boca en boca: ¡Wagner ha elegido la novena Sinfonía de Beethoven!, decían los miembros del Comité organizador del Concierto anual, ¡la obra de un genio extraviado, la concepción monstruosa, el error de un gran músico! Y los comentarios en cenáculos y corrillos auguraban al segundo director del teatro de Dresden el más sonado de los fracasos, si insistía en su empresa de resucitar una obra tan severamente juzgada por la crítica.

Wagner venció obstáculos, allanó dificultades, desbarató prejui-

(1) El 1o. de febrero de 1825, en Francfort y en noviembre de 1826 en Berlín, en la Jaegerhalle donde Mendelssohn, en esa època, joven de 17 años, la dió a conocer en una versión pianística.

cios, inflamó a los tibios, discutió con los intransigentes y, por fin, comenzó a ensayar la magna creación beethoviana. "Jamás —escribe Wagner— la obra de un maestro se ha adueñado con tan grande poder de seducción del alma y el corazón de un discípulo como la primera parte de la Sinfonía, cuando comencé a releer la partitura para darme cuenta de las dificultades que podía presentar su ejecución. Quien me hubiese visto entonces, sollozando, con los ojos arrasados en lágrimas, habría podido preguntarse con extrañeza si esa actitud convenía a un maestro de capilla del Rey de Sajonia!"

Ese entusiasmo se tradujo en numerosos y muy detallados ensayos que garantizaban una ejecución perfecta. Asegurado de este modo el éxito artístico, Wagner pensó en "introducir al auditorio en el sentimiento de la obra". Y para conseguirlo, escribió un comentario explicativo de la novena Sinfonía, relacionando ésta con algunas escenas del "Fausto" de Goethe. Indudablemente que Wagner no quiso dar en esos comentarios una interpretación literaria a la obra beethoviana; "no ha pretendido, por consiguiente, indicar en términos precisos el sentido de una creación esencialmente sinfónica", como hace notar muy juiciosamente Mauricio Kufferath. No; Wagner escribió unas viñetas literarias —dice el distinguido musicógrafo belga— "que ayudan a determinar el estado de alma que parece expresar la novena Sinfonía, así como la atmósfera poética en la cual se mueve". (Kufferath. (*L'Art de Diriger.*)

Wagner ha sabido expresar, ciertamente, la emoción que las diferentes partes de la Sinfonía despiertan en el ánimo del que las escucha. Hay en las palabras del genio de Bayreuth una penetración tan honda del sentimiento beethoviano, una comprensión tan clara de la obra en su totalidad, que juzgamos no sólo pertinente, sino de positiva utilidad traducirlas para orientar a los *dilettanti* que con creciente interés siguen el desenvolvimiento del ciclo beethoviano, iniciado ya por la Orquesta Sinfónica Nacional, en las audiciones dominicales consagradas a celebrar el 150 aniversario del nacimiento de Beethoven.

(PRIMERA PARTE).

(ALLEGRO, MA NON TROPPO).

Una lucha de aspecto grandioso, entre las aspiraciones de nuestra alma hacia la alegría y la opresión de una potencia enemiga que se interpone fatalmente entre nosotros y nuestra felicidad terrenal,

tal parece ser la idea fundamental de la primera parte. El gran motivo principal, que simple y poderoso parece despojarse como de un velo que lo cubría, podría traducirse de acuerdo con el sentido general de todo el poema musical, por estas palabras de Goethe:

"*Entbehren sollst du, sollst entbehren*".
"*¡Privación! ¡Renunciamiento! tal es la ley de la vida*".
(Fausto. Gabinete de estudio, escena III).

En la resistencia que el alma opone a su poderosa enemiga, hay algo fuerte, noble y viril; creciendo progresivamente, esta resistencia alcanza su paroxismo hacia la mitad del *allegro*, donde parece convertirse en una lucha encarnizada entre dos vigorosos contendientes que no ceden sino cuando se ven imposibilitados de vencerse mutuamente. Aquí y allá fugaces claridades como tiernas y pálidas sonrisas de felicidad, cuya posesión es el objeto de todos nuestros esfuerzos y que parece acercársenos a pesar de que nuestra pérfida enemiga nos arroja implacable en la sombra, cubriéndonos con sus alas tenebrosas, ensombreciendo hasta las vanas ilusiones de felicidad que podemos entrever. Caemos entonces en un estado de profunda tristeza. Más tarde, la lucha vuelve a comenzar contra el demonio que nos roba la alegría. Opresión, lucha, aspiraciones, victorias incompletas, desfallecimientos, nuevos combates, incesantes vicisitudes; he aquí los elementos de esta admirable página tan atormentada y movida en ocasiones como lánguida y tranquila cuando expresa ese estado de lasitud del espíritu, esa falta absoluta de alegría que Goethe nos pinta admirablemente:

"*Nur mit entsetzen wach' ich morgens auf....*"
Nunca me despierto por la mañana sin un secreto terror,
Y yo podría derramar amargas lágrimas
Al ver de nuevo el día, el día que va a pasar
Sin satisfacer ni uno solo de mis deseos ¡ni uno solo!
Pero marchitará obstinadamente
Hasta las vanas esperanzas de felicidad,
Y hará abortar las concepciones de mi alma delirante,
¡Presentándome la imagen grotesca de la realidad!
Y cuando, en fin, cae la noche,
Vuelvo a mi lecho lleno de ansiedad;
Y no consigo ni un instante de reposo,
Sueños horribles me asaltan.
(Fausto. Gabinete de estudio, escena III).

Hacia el fin de este trozo, la disposición llena de sombras, sin alegría, creciendo hasta alcanzar proporciones gigantescas, parece que se apodera de todo el universo y, con terrible majestad, desea adueñarse de este mundo, creado, sin embargo, para la alegría.

(Segunda Parte).

(Molto Vivace).

Una alegría salvaje se apodera de nosotros desde los primeros ritmos de esta segunda parte; es un mundo por completo diferente en el que se nos precipita; es un mundo de torbellinos enloquecedores. Parece que perseguidos por la desesperación, huimos para alcanzar por violentos e incesantes esfuerzos una felicidad nueva y desconocida, pues la ilusión de la felicidad lejana que pudimos entrever, cuya sonrisa nos había reanimado un instante, se ha desvanecido completamente y ya no se encuentra a nuestro alcance. Goethe, una vez más, expresa esas aspiraciones de la manera más perfecta y adecuada para nuestro objeto:

"Von Freude sei mir nicht die Rede..."
La alegría. He aquí de lo que se trata.
No, es a la embriaguez, a las dolorosas voluptuosidades a las que yo me entrego!
Es en las profundidades de la sensualidad
Donde quiero extinguir el ardor de las pasiones!
Qué importa, después de todo, si a los goces suceden los dolores,
A los éxitos los fracasos?
El hombre no se afirma sino por la fiebre de la acción.

(Fausto a Mefisto. La misma escena, al final).

La brusca aparición del motivo central evoca súbitamente una de esas escenas de terrestre felicidad, de bienestar jubiloso. Cierto tinte agreste y alegre se expresa en este motivo simple y frecuentemente repetido—algo ingenuo—la serenidad que da la satisfacción de sí mismo. Involuntariamente se piensa en el cuadro de sentimientos análogos que nos ha trazado Goethe:

"Dem Volke Hier Wirdjeder tag ein Fest..."
Para el pueblo cada día es una fiesta,
Poco espíritu y dejarlo todo al acaso,
Cada cual gira en un círculo estrecho de placeres siempre idénticos.

(Mefisto a Fausto. Escena de la taberna de Auerbach).

Pero tan mezquinos goces no pueden ser el objeto de nuestra persecución a la felicidad, de nuestras aspiraciones a las más nobles alegrías. Nuestra mirada se vela y se aparta de esas escenas y nuevamente nos abandonamos al impulso de esta fuerza que nos obliga a caminar siempre adelante con la energía de la desesperación y sin tregua ni reposo nos obliga a correr detrás de la felicidad que ¡ay! nunca llegaremos a alcanzar, pues al llegar al fin de esta segunda parte nos encontramos todavía reducidos a las mismas alegrías prosaicas de antes. Pero es demasiado; desechamos lejos de nosotros ese espectáculo con una brusquedad que traiciona nuestro disgusto.

(Tercera parte).

(Adagio molto e cantabile).

¡Qué lenguaje tan diferente llevan esos sonidos a nuestro corazón! Con qué pureza, con qué pureza divina cambian en suaves y melancólicas impresiones la obstinación y las salvajes aspiraciones del alma aterrada por la desesperación. Se diría el despertar de un recuerdo, recuerdo de las más puras alegrías, ya saboreadas.

"Sonst stürzte sich der Himmelsliebe Kuss..."
Antes, en el místico recogimiento del domingo,
Yo sentía descender sobre mí el beso del amor celestial;
La campana, me arrullaba con dulces presentimientos.
Y llorar me parecía el ideal de la voluptuosidad.

(Fausto. Primer monólogo al final).

Con este recuerdo renace la dulce languidez que se expresa tan admirablemente en el segundo tema, al cual podrían aplicársele, con toda oportunidad, estos versos de Goethe:

"Ein unbegreiflich holdes Sehnen..."
Un dulce e inefable deseo
Me arrastraba a través de bosques y llanuras;
Lágrimas ardientes humedecían mis pupilas
Y Yo sentía agitarse un mundo dentro de mí.

(Fausto. Ibid).

Diríanse las languideces del amor a las cuales responde, con una expresión más animada y más ornamentada, el primer tema lleno de promesas, de esperanza y de dulce tranquilidad, aunque desde

la entrada del segundo tema podría suponerse que el amor y la esperanza se enlazasen para readquirir su dulce dominio sobre nuestra alma mortificada:

"Was sucht ihr moechtig und gelind..."
Cánticos divinos, dulces y potentes,
¿Por qué no buscáis entre el polvo?
Resonad para aquellos a quienes podéis conmover.

(Fausto. Ibid).

De esta manera, todavía palpitante, nuestro corazón rechaza, aunque débilmente, esas tiernas emociones; pero su dulce potencia es tan fuerte que acaba por triunfar de nuestra amargura, ya, por otra parte, enternecida. Y, delirantes, nos arrojamos en los brazos de esos santos mensajeros de la felicidad pura:

"O tönet fort, ihr süssen Himmelslieder
Die Thraene quillt, die Erde hat mich wieder".
¡Ah! Dejaos oír aún, cánticos celestiales.
Ya han corrido mis lágrimas. la tierra me ha reconquistado.

Sí; el corazón herido parece sanar, adquiere nuevas fuerzas y se levanta viril y sin temores. Esto es lo que se cree reconocer en ese pasaje triunfal que surge al final del trozo. Y, sin embargo, queda aún en el fondo del corazón la huella de los huracanes que lo han atormentado; pero a esos antiguos dolores que amenazan reanimarse otra vez, se opone bien pronto esa misteriosa y mágica potencia ante la cual, finalmente, el huracán se disipa, lanzando los últimos destellos.

CUARTA PARTE).

(PRESTO).

La transición de la tercera a la cuarta parte—que comienza como por un grito agudo—podría encontrar una interpretación más o menos justa en estas palabras de Goethe:

¡Ah! Yo lo siento, es inútil.
Mi alma insaciable está para siempre cerrada a las dulzuras de la paz...
¡Embriagadoras ilusiones! ¿Por qué no sois sino ilusiones?
¿Dónde te poseeré yo, oh naturaleza infinita?
Y vosotros, pechos inagotables, fuentes de toda vida,

A los cuales están ávidamente suspendidos el cielo y la tierra,
Y hacia los que aspira mi corazón marchito,
Ya que apagáis la sed del mundo, ¿no apagaréis jamás la sed que me devora?

Desde el principio de esta cuarta parte, la música de Beethoven toma, ciertamente, un acento más declamatorio y pierde el carácter de la música puramente instrumental que es esencial en los tres primeros trozos, manifestándose por lo vago e indefinido de la expresión. La marcha del poema musical nos lleva a una solución que no puede expresarse sino por el lenguaje humano. Es admirable la manera como el maestro, por medio del emocionante recitativo de los violoncellos y contrabajos, prepara la intervención de las voces en forma de hacer necesaria su aparición. Ese recitativo instrumental, que abandona los límites de la música pura, se opone a los otros instrumentos, como para activar la solución por su elocuencia apasionada, se transforma, en fin, en un tema melodioso muy simple, cuyos contornos, animados por el soplo de la alegría, arrastran poco a poco todos los instrumentos de la orquesta. Este tema se eleva a prodigiosas alturas. Podría creerse una postrera tentativa para expresar de manera clara y precisa, por la sola música instrumental, la alegría inalterable sin tener más límite que ella misma. Pero la materia rebelde se escapa al yugo de esta determinación y, como la mar furiosa, se encrespa, se subleva y cae de nuevo. Y el grito salvaje de la pasión rebelde llega a nuestros oídos, más agudo que nunca.

Mas una voz humana impone su expresión clara y terminante sobre el torbellino de la orquesta; no se sabría qué admirar más: si la audacia inspirada o la sencillez profunda del maestro, que por medio de esta voz dirige a los instrumentos el apóstrofe siguiente:

"*¡Amigos, suspended esos cantos! ¡Entonemos himnos más agradables y alegres!*"

A estas palabras, la luz ilumina el caos. Al fin hemos conquistado un medio de expresión preciso e inteligible, el cual, sostenido por el elemento de la música instrumental, ya sometida, nos permite escuchar, expresado en forma clara y neta, lo que nuestra alma, agitada por sus deseos de felicidad, puede considerar como el grado más alto de la dicha:

¡Oh alegría! hermoso destello de Dios (1)
Hija amable del Elíseo,

(1) Oda de Schiller *a la Alegría*, según el texto adoptado por Beethoven.

Penetremos con embriaguez
En tu santuario. Alegría celeste.
Tu magia renueva los lazos
Que la Moda (1) *había roto impudente.*
Y todos los hombres se sienten hermanos
Bajo tu ala bienhechora.
Vosotros, los que habéis tenido la suerte
De encontrar una amistad sincera y desinteresada,
Los que habéis conquistado una dulce compañera,
Mezclad vuestros entusiasmos a los nuestros;
Venga también aquél que sobre esta tierra,
Puede llamar suya siquiera a una alma.
Pero que el infeliz que permanece aislado
Derrame su llanto lejos de nosotros.

La alegria brota para todos los seres,
De los pechos de la Naturaleza.
Los malos como los buenos
Siguen su camino sembrado de rosas.
Ella nos da la alegría de los besos, la embriaguez del vino
Y la amistad hasta la muerte.
La voluptuosidad se otorga tanto al gusanillo
Como al querubín, que está delante de Dios.

Las fanfarrias guerreras y marciales se acercan; he aquí que viene un ejército de héroes jóvenes, cuyo generoso ardor se manifiesta en estas palabras:

Alegres como los soles del Altisimo
Que vuelan a través de la bóveda celeste,
Seguid, hermanos, vuestro destino.
Con la alegría del héroe que marcha a la victoria.

La orquesta describe en este punto algo así como un alegre combate. Los jóvenes se precipitan valerosamente en el torneo. La alegría será el premio de la victoria. Citemos por última vez a Goethe:

Sólo merece la libertad y la vida
Aquel que a diario se empeña en conquistarlas.

La victoria, asegurada ya, está con nosotros. La sonrisa de la alegría recompensa nuestros esfuerzos y el júbilo de la felicidad conquistada, se extiende por doquiera:

¡Oh alegría, hermoso destello de Dios...

(1) Schiller escribió *die Mode*, es decir, los convencionalismos sociales.

Entonces, poseídos de ese sentimiento profundo de inexplicable bienestar, se exhala nuestro amor por la humanidad. Y presas de un santo delirio, abandonamos al género humano para volvernos hacia el Creador, cuya existencia vivificante proclamamos humildemente desde el fondo de nuestro corazón. En este momento de supremo éxtasis nos parece entreverle en las profundidades del éter azulado:

Millones de seres, yo os abrazo.
¡Ese beso al mundo entero!
Hermanos, más allá de la bóveda estrellada
Debe morar un Padre amante.
¿Os inclináis, millones de seres?
Mundo ¿presientes a tu Creador?
Búscale más allá de la bóveda del cielo,
Más alto que las estrellas, está su trono.

Parece que por una especie de revelación llegamos a creer en este consolador pensamiento: "cada hombre ha sido creado para la alegría". Con esta firme creencia, nos enviamos los unos a los otros nuestros gritos de alegría:

Millones de seres, yo os abrazo.
¡Ese beso al mundo entero!
¡Oh alegría, divino destello!
Hija amable del Elíseo,
Penetramos con embriaguez
En tu santuario, ¡oh alegría celestial!

pues ahora, en esta santa unión, gracias al amor de la humanidad consagrado por la Divinidad, nos es dable gustar de la alegría más pura.

A la interrogación anterior:

¿Os inclináis millones de seres?
Mundo, ¿presientes al Creador?

respondemos no con la duda oculta en una profunda emoción, sino con la certeza de póseer la verdad que nos ha sido revelada:

Buscadle por encima de la bóveda del cielo!
Hermanos, sobre las estrellas
Debe morar un Padre amante.

Entonces, en posesión de la felicidad reconquistada, habiendo encontrado el sentimiento ingenuo del niño por la alegría, podemos, en fin, entregarnos a ella sin temor. ¡Ah, la inocencia ha vuelto a nuestro carazón y la alegría, extiende sus dulces alas sabre nosotros!

Alegría, divino destello, hija del Elíseo,
Tu magia renueva los lazos
Que la Moda había roto.
Todos los hombres se sienten hermanos
Bajo tu ala bienhechora.

A esas dulces expansiones sucede el entusiasmo. Estrechamos al mundo entero contra nuestro pecho, y como el ruido de la tempestad, como el rumor del oleaje, nuestros gritos y cantos resuenan en los aires; la tierra se agita; una bienhechora conmoción la reanima para el placer del hombre, al cual Dios ha dado la alegría para su felicidad.

Millones de seres, yo os abrazo.
¡Ese beso al mundo entero!
Hermanos, sobre la bóveda estrellada
Debe morar un Padre amante.
¡Oh alegría, divino destello!



El triunfo de Wagner fué brillante y definitivo. La sinfonía de Beethoven ocupó, después de la memorable audición de Dresden, el lugar que le correspondía entre las más altas manifestaciones del sentimiento humano.

Desde entonces la pasión y la injusticia han cedido el paso a la serenidad y la admiración. Nadie se atreve a hablar ya del "error de un genio extraviado" ni de "concepciones monstruosas". El mundo, como en los versos de Schiller, se inclina respetuoso ante la creación de Beethoven, que Ricardo Wagner ilustró con las anotaciones que su clarividencia genial pudo descubrir en la emoción recóndita que encierran las páginas de la IX Sinfonía.

MANUEL M. PONCE.

LA JOVEN LITERATURA MEXICANA

SECCIÓN A CARGO DE

AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ

FRANCISCO MONTERDE GARCÍA ICAZBALCETA.—La superabundancia de poetas cada vez mayor en México y en la América Castellana, es signo de una gran fortaleza lírica o de una marcada incapacidad científica o de acción. Yo creo en lo primero, me seduce pensar en el gran aliento poético de toda una generación, de una serie de generaciones que atisban con ojo soñador y alma apolínea, el ritmo sonoro de la vida; pero rompe mi encanto—a veces—el fárrago literario que fluye de tantos países que, por momentos se antojan *enfermos de literatura*. Ciudad hay (según me cuentan nuestros jóvenes embajadores intelectuales) donde todo ciudadano que lee y escribe hace versos.... sólo hace versos y casi siempre malos. Mi sueño de un gran cortejo de espíritus selectos que viviera cantando armoniosamente el misterio del símbolo, el rugido y el vuelo, el deliquio y la flor... se torna desesperanza.

A tal abundancia de líricos y rimadores no corresponde la producción poética en prosa. Cierto que la crónica flexible y el cuento delicado y galante de Gutiérrez Nájera; el penetrante naturalismo costumbrista de Micrós; la prosa sabia, vigorosa y perfecta de don Justo Sierra; la transparente limpidez y honda penetración de Alfonso Reyes: la ductilidad y extraña emoción de José Vasconcelos; el exquisito y simbólico refinamiento de Julio Torri; la difícil sencillez y natural vibración de Orozco Muñoz y las estimables cualidades de muchos más, avaloran la producción poética en prosa; pero la desproporción es grande, sin embargo, si se atiende a la nutrida legión de bohemia joven que avanza. Tal vez sea porque la expresión de la poesía en prosa entraña mayores dificultades, requiere por su propia esencia encantos y bellezas que el verso brinda generosamente en su ritmo externo, en su natural sonoridad, en su acariciadora musicalidad, mientras que la prosa —la moderna prosa— es un joyel de sencillez y ductilidad pleno de ondulantes vibraciones íntimas. Lo que es en el verso una sobre-cualidad, una super-cualidad. es en la prosa condición esencial de belleza: el ritmo interior.

Sin embargo, a la vera de los grandes prosistas mexicanos, y los hay en no escaso número conocidos y olvidados, (1) se inicia un grupo serio de jóvenes escritores que con más o menos influencias, algunos ya purificados, otros

(1) Próximamente inauguraré en esta Revista la serie de artículos *Prosistas de México* que se ocupará en muchos de los grandes escritores que han realizado en prosa su ideal artístico, desde el siglo XVI hasta el XX, así mexicanos como extranjeros que deben considerarse incorporados a nuestra literatura.

con ingenio, originalidad, talento y avanzado conocimiento del *métier*, modulan su canto poético.

Francisco Monterde G. I., de ilustrísimo abolengo, ha publicado, además de su colaboración en revistas y periódicos y de sus frecuentes éxitos de concurso, un libro—de sabor arcaico—*El Madrigal de Cetina y El Secreto de la Escala, narraciones de lejanos tiempos en las que figuran bisorreyes y visitadores, fijosdalgos y conquistadores, frailes e inquisidores de la Nueva España.* El solo título da una idea del contexto del libro y manifiesta las preferencias del autor. Ciertamente es Monterde G. I., con Artemio de Valle Arizpe y Jorge Godoy, un continuador de la obra generosa y enaltecedora de don Luis González Obregón; sólo que este sabio historiador auna a su inquisitiva y penetrante sutileza una gran ponderación que realiza en todos sus escritos, con benemérito equilibrio, el milagro de dar vida encantadora y real a las sabrosas leyendas coloniales, a las patinadas y vetustas piedras, animando—con hábil prestigio—un escenario de costumbres ransias y deleitosas. Sus continuadores, con el mismo entusiasmo, si se quiere con mayor imaginación, con más despierta fantasía para enhebrar sus narraciones, han creado en nuestra literatura un género legendario especial, que si de primera lectura gusta, entretiene y aun encanta, en esencia se le halla débil y aún en momentos peligroso.

Dueños de una sólida erudición colonial, alquitarado su lenguaje en mil lecturas romances del más añejo sabor—de la Crónica de Veinte Reyes a los Romances del Siglo XVII—conociendo de memoria los más fieles cronistas de la Nueva España: Gonzalo Fernández de Oviedo, Cervantes de Salazar, Joan Suárez de Peralta, el Bachiller de la Plaza, etc.; habiendo estudiado inteligentemente a Ramusio, Ramesal, Zurita, y a todos los historiadores clásicos de la Colonia, fustigan con noble empeño su entusiasmo inquisitivo hurgando en los millares de apergaminados infolios que nos legaron los conventos, hasta hallar algún sagaz indicio, la huella de una fecha, la capitular de un nombre perdido, el rastro de una leyenda. Su fecunda inventiva y la erudición de tan sabias lecturas bastan para *armar*—casi siempre con donairoso ademán—un almenado castillo de Cantar de gesta, con luengos salones de regios artesonados, con fuentes rumorosas de historiados mosaicos, patios espaciosos del más puro churriguera... Acción y escenario de origen virreynal.

Admiro en la noble actitud de nuestros jóvenes narradores de sabor colonial, y en el caso particular de Francisco Monterde G. I., el mérito reconstructivo de su obra, la cristiana piedad para recoger y hacer vivir, en vibración de romance, los detalles históricos casi perdidos en las crónicas, las gallardas y floridas costumbres de los hidalgos y doncellas coloniales, los reflejos alados de las taraceas y el marchito secreto de los tapices y azulejos; pero a través de las evocaciones eruditas quisiera hallar relatos más humanos, más vividos, —más o menos históricos—pero sin manifiesto artificio. ¿Que todas las literaturas han tenido sus poetas de reconstrucción que aún hoy admiramos? Ciertamente, pero la reconstrucción artística es siempre difícil y peligrosa, sobre todo si se pretende hacer vivir a los personajes, a los lectores y al autor, en la época que se reconstruye, no sólo por lo que se evoca, sino por el olor de la tinta y las asperezas del papel con que el libro se ha impreso. Renan y Flaubert nunca aspiraron a tanto. Ricardo Palma da a su prosa amable flexibilidad, ingenio satírico, suave esencia de cuento provinciano.

Cierto que los pequeños detalles son monumentos para el historiador, pero

un parentezco que se sospecha, una española superstición, un presagio, una fecha que se adivina, sólo pueden ser leves toques de un gran cuadro panorámico, grandioso, con escenas galantes de amor y fanfarrones derroches de hombría, destellos de sangre y fuego, sonoriadades de oro y la patina de un tenue vaho de recinas. Y todo ello con una honda vibración de vida, un sello de noble realidad y de belleza que proclame su pureza artística.

★

El Madrigal de Cetina y *El Secreto de la Escala*, así como los poemas y cuentos coloniales de Monterde G. I. son bellas evocaciones pretéritas escritas casi siempre en español antiguo, con hondo sentido poético y auténtico colorido arcaico. La manifiesta espontaneidad del relato y la exuberante erudición histórica se avaloran con el romántico dejo de leyenda que envuelve los relatos. En *El Madrigal de Cetina*, el final es el pasaje más bello por el vago misterio que lo envuelve.

En franca evolución, que reconoce el joven prosista con un gesto de generosidad y largueza de perspectiva que honra su talento, inicia en sus recientes poemas y narraciones una más bella interpretación de su estética; la conseja se espiritualiza, diluye su encanto en personajes de perfiles auténticos y renueva la difícil conquista de situación y momentos poéticos. Ha oído el inquietante y evocador secreto que nuestras reliquias aprisionan y conmoviéndolas en su aparente insensibilidad las ha obligado a revelar su íntimo misterio.

De este gentil autor podría decirse—intentando una ingenua paradoja—que poetizando es historiador y haciendo historia es poeta....

A. L. CH



LO QUE DICE EL RELOJ DE SOL

ERGUIDO *en la azotea del convento, alcanzo a ver un sólo ángulo de los corredores sombríos y una parte del patio en donde brilla, por entre las ramas de los naranjos, el espejo tembloroso de la fuente revestida de azulejos claros.*

En los días luminosos, cuando me alegra el oro del sol, algunos monjes viejos alzan la cara para contemplarme, interrumpiendo con frecuencia su lento paseo silencioso, bajo los arcos; me consultan poniéndose una mano extendida sobre las cejas y la sombra de mi aguja ordena los toques de campana.

Durante los días nublados en que todo el cielo es gris como el claustro de piedra, nada más uno que otro monje me ve distraído al pasar, por la costumbre, y en las noches de luna mi cuadrante marca una hora fantástica...

He conocido muchos rostros distintos de monjes: los vi primero sonrosados y frescos, luego pálidos y cubiertos de arrugas, y después otros y otros.

Sobre mi aguja viene a posarse un gorrión; se arregla las plumas, canta y se va.



LO QUE DICE LA LÁMPARA DE ACEITE

A *los pies de la imagen de la hornacina, que es una Virgen de piedra con su Niño de piedra en los brazos, permanezco encendida, velando durante la noche.*

Con mi trémula claridad ilumino los pligues del ropaje rígido y apenas llego a alumbrar tímidamente los rostros fríos del Niño y de la Virgen, dándoles una apariencia de vida milagrosa.

Una vez mató mi luz, a media noche, un soplo misterioso y helado, y a veces una gran ave oscura, con ojos de fuego, viene a saciar en mí su sed: bebe, bebe, parpadeando con lentitud.

Algunos días del año, los devotos colocan junto a mí ramos de flores humildes y adornan el nicho con papeles de colores brillantes que poco a poco la lluvia destiñe y que el viento se lleva después.

Abajo, en las piedras de la calle, he visto mujeres arrodilladas que sollozan, con la cabeza caída sobre el pecho y las pálidas manos cruzadas sobre el vientre deforme.

Cierta noche de tempestad, me vi reflejada un instante en dos hojas de acero, cruzadas con choques violentos; oí un grito... En ese momento cayó sobre mí una gota y me apagué chisporroteando.



LO QUE DICE LA PILA DE AGUA BENDITA

CONFORME *van entrando al templo, a la hora de misa, los fieles mojan en mi agua bendita sus dedos, para signarse la frente.*

Los mendigos la enturbian, sumergiendo casi entera su mano temblorosa y manchada con las monedas; pero las damas nobles, aunque sólo rocen la superficie con la yema de un dedo fino y blanco, me perfuman con ese contacto fugitivo y leve como una caricia.

¡Lástima que algunas damas tengan su galán que las espera a la puerta para ofrecerles el agua bendita con su mano tosca, y que muchas, las más aro-

nadas y bellas, las más distinguidas, solamente simulen mojar su índice tibio, aproximándolo sin tocar la superficie, y hagan sobre su frente de nardo la señal de la cruz, con la mano seca!



LAS NUBES

EN *el claustro espacioso del Colegio de las Vizcaínas, cuatro alumnas pequeñas, sentadas juntas en una banca de hechura monacal, juegan a los alfileres. La más niña es morena, las demás son rubias: cuando alguna de las rubias habla, la morena escucha con atención, abriendo sus ojos sombríos; más si ella quiere decir algo, las otras la interrumpen y no escuchan lo que dice.*

Casi siempre, al jugar, pierde por su timidez y recibe resignada los alfilerazos con que la castigan, en las yemas de los dedos morenos y finos.

Las tres niñas rubias pertenecen a familias vascongadas; la niña morena ignora si tiene familia: Su Ilustrísima el Señor Arzobispo la envió a la Cofradía hace mucho tiempo, y desde entonces vive en las Vizcaínas.

Por encima del patio se extiende el cielo, manchado con una que otra nube blanca, como un rebozo de seda azul en que se hubieran adherido copos de algodón.

Fatigadas del juego, las cuatro niñas levantan los ojos y contemplan las nubes; viéndolas, sus imaginaciones forjan fantasías:

—Esa es como un borreguito del Nacimiento.

—A mí me parece más bien un perro blanco, igual al del Padre confesor.

—Aquella se me figura una paloma volando; mira su pico.

La niña morena, contemplando las nubes, calla y sonríe, porque en una de ellas ha visto un rostro blanco, suave y triste, que un día vió muy pálido y que no ha vuelto a ver...



EL ENAMORADO

PARA ella *hice construir una casa de piedra labrada, y mandé colocar en el nicho de la esquina la imagen de San Juan que era su patrono;*

"Para ella *hice revestir el piso de los aposentos con alfombras suaves, y mandé poner espejos venecianos en los muros para que se contemplara al pasar;*

"Para ella *torneó finamente un ebanista las columnas salomónicas del*

lecho y sabias manos monjiles bordaron sus cortinas de seda obscura, con alamares de seda clara;

"Para ella *busqué las arcas de más rico tallado, y las llené con sayas y basquiñas y puños de encaje tramado con hilo de oro;*

"Para ella *compré joyas raras: las más raras joyas que hubo en la calle de la Platería; pudo cubrir su cuello con las sartas de perlas que reuní para* ella, *y todavía esperaba ansioso los tesoros de porcelana y de marfil traídos en la nao de China..."*

"Más ella *prefirió acariciar con sus dedos las cuentas negras de un rosario, en lugar de las sartas de perlas que yo le ofrecía; cubrió su cuerpo con el hábito burdo, desdeñando las ropas de lino y de seda; quiso vivir entre las paredes ásperas y las frías losas de una celda, olvidando los espejos y las alfombras de mi casa.*

"Entró para siempre a un convento ella, *Juana de Asbaje, a quien por mi mal no supe convencer para que fuera mi esposa".*

FRANCISCO MONTERDE G. I.

LETRAS FRANCESAS

SECCIÓN A CARGO DE

JAIME TORRES BODET

ALBERT SAMAIN

Vástago de una vieja familia flamenca, encarcelada entre los límites de una humilde burguesía, Albert Samain, nacido el 3 de abril de 1858, debió muy poco a la influencia de sus padres y sí a la de su raza soñadora a la vez que fuerte, de la que él debía tan sólo adquirir la cualidad discreta y grave, el fácil desaliento de una melancolía llena de sonoridades infinitas así como una visión pura y franca de las cosas. Privado del auxilio paterno desde los primeros años de su vida, su corazón adquirió esa voz de elegía que debía tantas veces, después, filtrar entre sus versos el eco de una queja por demasiado tiempo contenida.

Huérfano a los 15 años y urgido por las necesidades de sus pequeños hermanos, tuvo que trabajar en un despacho de corretaje de azúcar, sin poder por mucho tiempo volver la mirada hacia un espectáculo más consolador. Pero una heróica constancia y una firme resolución le permitieron continuar a solas sus estudios tan tempranamente inetrrumpidos y, por sí sólo llegó a adquirir un casi perfecto dominio del inglés y del griego. La gravedad de su carácter que un dolor inesperado había madurado tan profundamente, le impidió por muchos años obtener el conocimiento de una amistad sólida y durable. Después de haberlo en vano deseado pudo establecerse en París, en donde conoció a Feuillet y a Richepin, así como a Banville, quien tuvo para él frases de grande elogio. Sufrió una vida de privaciones, trabó amistad con algunos literatos jóvenes, Laurent Tailhade, entre otros, y un ambiente de reputación exquisita rodeaba ya su nombre cuando publicó su primer libro AU JARDIN DE L'INFANTE, obra no de esperanza sino de realización. El *Mercurio* le ofreció sus columnas y desde entonces su nombre fué adquiriendo mayor fama. Murió víctima de una lenta y penosa enfermedad en 1900, sobre el umbral de este siglo que tanto debe a su noble y profundo corazón.

Es la de Samain poesía de refinamiento y de exquisitez, queja noblemente velada, melancolía de violas que romperá, algún día, una mano misteriosa, nostalgia de neurosis por el tiempo suntuoso de los pasos sin ruido sobre muelles alcatifas al son de

una mandolina, lejano guía de danzas invisibles. Pero surge, fresca de sugestión matinal entre su obra, una actitud reposada y serena, la visión de un cuadro familiar al que una evocación de nombres helénicos imprime el matiz de una cálida y a la vez pura coloración, y este aspecto de su obra, que es, antes que nada obra de severo y noble artista, es el que halló un eco en el espíritu de Julio Herrera y Reissig, poeta de imitación y de influencias. (Quiero, de paso, señalar a este respecto el plagio que hizo de Samain en el verso final de un soneto suyo:

Aullando de dolor hacia la ausencia...
que corresponde, como todos pueden verlo al dístico francés:

Jettant vers le voyage un appel (symbolique
parfois un train lointain sifflait, mélancolique.

Hay una clara intuición de lo que es el primer aspecto de la obra de A. Samain en la composición que hizo servir de prólogo al *Jardín de la Infanta.*

Mon ame est une infante en robe de paraede...

Lírico suntuoso y elegíaco tierno, una secreta afinidad le une al dulce espíritu helénico de André Chénier, cuya obra encontró en la suya una lejana y melancólica resonancia. No hay, sin embargo, que unir con demasiada reprochable ligereza estos dos nombres, pues la fácil y fugitiva vena de las elegías de Chénier dista mucho del movimiento de distinción profunda y grave con que Samain encubre su tristeza.

Ni en la hora, casi crepuscular de los últimos versos, halló Samain la noble frialdad de la belleza y siempre una lágrima perdida brilló entre los diamantes de su tesoro.

No se acercó jamás a la vida sin ennoblecerla y depurarla y habló del corazón de los humildes despertando en cada voz un eco de su propio gemido. Cuando una virgen canta entre sus versos y pudiera esperarse un bello himno de fé y de alegría es para llorar la pérdida de una patria: *Sa voix semble toujours pleurer une patrie....* y la sonrisa del idilio adquiere un grave matiz sin esperanza al flotar sobre sus labios. No es sin embargo, la de Samain, poesía de resonancias imprecisas como el arte brumoso e inmaterial de Maeterlink; él prefiere la visión clara, el contorno que limita, no la penumbra que confunde. He descuidado y con especial intención, el aspecto que es del momento en la obra de A. Samain, la labor que él mismo desdeñó, la de *naturaleza rebuscada y vicios raros,* pues creo de toda verdad que las influencias de Baudelaire y posteriormente de Verlaine fueron su principal origen, y poca sinceridad de espíritu anima estas primeras páginas del Jardín de la Infanta.

Después de una crisis pasajera, la fama de A. Samain ha venido consolidándose más y más y adquiere una mayor consistencia, contrariando así las creencias que, hasta hace poco, abrigaban en México ciertas personas que por su amor a literaturas un tanto exóticas desdeñan esta pura y diáfana poesía.

EL ARTE MUSICAL EN EL MUNDO

SECCIÓN A CARGO DE

MANUEL M. PONCE

Con algunos meses de retardo se ha celebrando en Verviers el Centenario del nacimiento del célebre violinista Vieuxtemps.

Los principales festejos consistieron en tres grandes conciertos y un concurso de violín, cuyo jurado estaba formado por Eugenio Ysaye, Mischa Elman, Louis Kefer, Jacques Thibaud y André Tracol. Los vencedores en este torneo artístico fueron: Alfred Dubois, 1er. Premio; Héctor Clokers, 2o. Premio; Theo. Delvenne, 3er. Premio; Lauret Halleux. 4o. Premio, e Hippolyte Styhaert, 5o. Premio. Los Premios 1o. y 2o. (dos mil y mil francos respectivamente) fueron otorgados por la reina de Bélgica; los tres restantes, (quinientos y doscientos cincuenta francos) por la Ciudad de Verviers.

Para asistir a las fiestas del Centenario de Vieuxtemps, la reina y el príncipe Leopoldo hicieron el viaje en aeroplano. Bien sabido es que la reina además de ser una distinguida protectora de los artistas, toca el violín con raro talento.

Los Conciertos llevaron al Grand Théatre, soberbiamente engalanado, una multitud ansiosa de escuchar las bellas obras anunciadas y de aplaudir a sus intérpretes.

Bajo la dirección de Ysaye, una disciplinada orquesta tocó la 1a. Sinfonía de T. Ysaye, el *Adagio* y *Canto Lírico* de Lekeu; el *Jour de Féte*, de Veruls, la Overtura de *Hermann y Dorotea* de Albert Dupuis y una composición del propio Ysaye, cuyo título "Exilio" está plenamente justificado por la melancolía que envuelve el canto confiado a los violines y a las violas.

Henri Vieuxtemps nació en febrero de 1820. En una atmósfera propicia a sus inclinaciones, pudo desarrollar su talento bajo la dirección del severo De Bériot. Amante de los viajes, realizó muchos a través de Europa, desde los trece años de edad. Austria, Bohemia, Alemania, Francia, Rusia y más tarde los Estados Unidos, contemplaron el paso del artista victorioso, cuyo talento de violinista sorprendente no llegó a obscurecer al compositor brillante, autor de muchos y famosos Conciertos, así como de otros trozos violinísticos que figuran aún en el repertorio de los más celebrados émulos de Sarasate.

Después de una estancia de seis años en San Petersburgo, en cuyo Conservatorio se dedicó a la enseñanza disfrutando, al mismo tiempo, de las

ventajas que le proporcionaba su título de "violinista del Zar", regresó Vieuxtemps a Bélgica, llamado por Gevaert para ocupar un puesto en el Conservatorio de Bruselas, encargándosele también la dirección de los conciertos populares. Un ataque de parálisis, en 1873, cortó la brillantísima carrera del *virtuoso*. Sin embargo, su afición a los viajes le llevó hasta Algeria donde murió en 1881.

Todos los críticos están de acuerdo en que Viextemps fué uno de los más grandes violinistas del siglo pasado. Uno de sus biógrafos asegura que se distinguió muy especialmente por su magnífico juego de arco que le permitía obtener contrastes muy notables en sus efectos dinámicos.

Verviers acaba de honrar la memoria de uno de sus más ilustres hijos y por ello merece la enhorabuena de los pueblos cultos.

* * *

Otro tanto ha hecho Suecia con su "ruiseñor sueco", la eminente cantante Jenny Lind. En Estocolmo acaba de celebrarse con entusiasmo indescriptible el primer centenario del nacimiento de la *diva*. La Revista musical "Signala", de Berlín, anuncia la erección de un monumento a la gran cantante, en Estocolmo.

La gloria, la riqueza y la popularidad de Jenny Lind, al principio de su carrera, corresponde en no escasa parte a su empresario J. P. Barnum, tipo curioso del *manager* audaz y desenfadado.

Barnum, que exhibió sin el menor escrúpulo por todo el territorio americano a una negra centenaria, como la nodriza de Washington, no vaciló en contratar varias centenares de individuos para organizar con ellos la enorme *claque* que agasajó a Jenny Lind cuando la artista pisó tierra americana, desenganchando los caballos de su coche y cubriéndola de flores durante el trayecto recorrido desde el muelle hasta el hotel. Los *dilettanti* americanos. esperaban con ansia la fecha del primer concierto; pero ¡oh sorpresa! el día anunciado para el *début*, las taquillas permanecieron cerradas. Todas las localidades habían sido adquiridas... por los mismos individuos que desengancharon los caballos del coche. Al anunciarse el segundo concierto y debido a la estratagema de Barnum, los billetes se vendieron a precios altísimos y desde ese momento el oro americano llenó las escarcelas de la artista y del empresario durante la dilata *tourée* que por tierra yanqui realizó Jenny Lind. No menos de tres millones se llevó de América la cantante.

En Europa. era adorada Jenny Lind. A sus conciertos de Londres nunca faltaban la reina Victoria y el príncipe Alberto, y las entradas alcanzaban la fabulosa suma de cincuenta mil francos.

Jenny Lind nació en Estocolmo, Suecia, el 6 de octubre de 1820. A sus propios esfuerzos, más que a sus maestros, debió el desarrollo y perfeccionamiento de su prodigiosa voz. En 1868 la *diva* escribía al Prof. Bystrom: "La educación de la voz es por todas partes miserable. Yo he aprendido sola a cantar. García (se refiere al célebre maestro de canto Manuel García) me ha enseñado bien poca cosa. Dice que no comprende mi personalidad..."

Después de un año de estudios en París, Jenny Lind regresó a Estocolmo en 1842, donde estrenó el "Freischütz" de Weber. En un período de once años, cantó 677 veces en 40 diferentes óperas. Sus interpretaciones más alabadas eran las de "Sonámbula". "Lucía". "Norma". "Roberto il Diavolo; "Flau-

ta Encantada", "Don Juan", "Bodas de Fígaro", "Euryante", "Elixir de Amor". "Puritanos", "Semíramis", etc. Poseía una voz dulcísima, cuyo timbre ejercía una acción avasalladora sobre los públicos más indiferentes.

Los últimos años de su gloriosa existencia los pasó en Winds Point, en la dulce soledad de Malvern Hills, donde murió el 2 de noviembre de 1887, rodeada de la admiración y el cariño que supo despertar con su arte insuperable y su gran corazón abierto siempre a las más generosas acciones.

* * *

Emmanuel Moor, el gran organista y compositor, ha publicado un interesantísimo folleto sobre las modificaciones que, a su jucio, debe sufrir el piano actual. Dice el maestro Moor: "El piano que presento al público, no modifica en nada, por el momento, el piano actual: el mismo número de cuerdas y de martinetes, la misma posición de las manos; pero modifica notablemente la ejecución de toda la música moderna, acortando las distancias, permitiendo a las manos evolucionar en una misma dirección, facilitando grandemente las combinaciones nuevas e imprevistas. Ese nuevo mecanismo, cuya patente he solicitado, no exige, por el momento, cambio alguno en el *doigté* ni en la escritura musical. Yo adapté simplemente un segundo teclado un poco más arriba del teclado habitual, en forma de que las teclas del mismo nombre de ambos teclados se corresponden exactamente, con la diferencia esencial de que el segundo teclado está afinado *una octava* más agudo que el primero.

Este simple procedimiento es un auxiliar precioso que facilita la ejecución de toda la música que se ha escrito hasta nuestros días y abre nuevas perspectivas para la música futura, tanto bajo el punto de vista de la sonoridad, como el de la virtuosidad. La experiencia que acabo de realizar en un simple piano de estudio ha dado resultados tan ciertos e inesperados, que no vacilo en anunciar que en ellos se encierra una revolución en la técnica pianística del porvenir."

"Y someto desde luego mi nuevo instrumento al examen de los músicos y compositores, quienes encontrarán en mí la más cariñosa acogida".

* * *

Un grupo de jóvenes músicos representantes de la escuela "modernista" en Italia, ha emprendido la noble y ardua labor—con la cooperación de Gabriel d'Annunzio—de exhumar en elegantes volúmenes las más notables obras de los compositores italianos que florecieron en los siglos XVI y XVII.

Hemos recibido los primeros tomos cuidadosamente editados por el "Istituto Editoriale di Milano" y en ellos encontramos una verdadera antología de la música vocal de los antiguos maestros italianos. Nuestros lectores podrán darse cuenta de la importancia de estas publicaciones, conociendo los autores y las obras publicadas hasta la fecha.

Adriano Banchieri. (Bolonia, 1567-1634) Musiche corali. Madrigales y Escenas. Transcripción moderna de Francesco Vatielli.

Giovanni Battista, Banssani. (Padua. 1657, Ferrara, 1716.) Cantatas. Acompañamiento de Bajo, elaborado para piano por G. F. Malipiero.

Giulio Caccini. (Roma, 1550. Florencia, 1618) "Le Nuove Musiche". Madrigales y Arias. Notación moderna y acompañamiento de Carlo Perinello.

Giacomo Carissimi. (Marino, 1604. Roma, 1674.) 3 Oratorios: "Giona". "Il Giudizio di Salomone" y "Jefté."

Armonización y reducción para canto y piano de F. Balilla Pratella.

Girolamo Cavazzoni. (Se sabe que vivió a mediados del siglo XVI) Intavolature per Organo. Notación moderna de Giacomo Benevenuti.

CRÓNICA MUSICAL MEXICANA

No fué infructuoso el buen ejemplo que Gómez Anda y Ordóñez dieron con sus recitales de despedida. Otros jóvenes pianistas exhibirán ante la curiosidad del público sus aptitudes y progresos en próximos recitales.

La señorita Gloria Sevilla anuncia para el 1o. de noviembre un concierto en el Anfiteatro de la Preparatoria con el siguiente programa:

Bach-Sarabanda. Preludio en La menor.

Schumann. Novelette No. 7.

Chopin. Nocturno No. 7.

Liszt. Gondoliera.

Mac Dowell. El Aguila. El Arroyo.

Rachmaninoff. Preludio en Sol menor.

Grieg. Concierto en La menor. (Allegro molto moderato).

(Con la Orquesta de la Escuela Libre de Música y Declamación).

* * *

Miguel Saucedo tocará el próximo día 31 por la noche en la Sala Wagner un interesante y difícil programa:

Sonata op. 31 No. 2, Beethoven.

Preludio y Fuga (Tema de Haendel). Ponce.

Rapsodia y Capricho, Brahms.

Sólo una vez se vive, Strauss-Tausig.

Concierto en Sol menor, Mendelssohn.

Con acompañamiento de pequeña orquesta).

* * *

De Monterrey nos llega un programa del joven pianista Jesús Flores, alumno del Conservatorio que dirigen los notables maestros Daniel Zambrano y Antonio Ortiz, quien se hizo aplaudir en las interesantes obras que interpretó:

Sonata op. 110, Beethoven.

Estudios op. 10 núms. 2 y 3, Chopin.

Balada op. 47, Chopin.

Canción de Primavera, Mendelssohn.

Hilandera, Mendelssohn.

Rapsodia núm. 12, Liszt.

Concierto en Sol mayor, Beethoven. (Con acompañamiento de orquesta).

* * *

Los conciertos de la Orquesta Sinfónica, organizados y dirigidos por el maestro Carrillo para celebrar el 150 aniversario del natalicio de Beethoven, han despertado un entusiasmo inusitado entre nuestros "amateurs". Las localidades bajas se agotaron y los revendedores hicieron su agosto realizando ganancias exageradas con los billetes de galería.

La Orquesta, reorganizada en gran parte con elementos jóvenes, no puede darnos todavía frutos sazonados. Hay entusiasmo y conocimientos en el Director; hay buena voluntad en los ejecutantes; pero el brevísimo plazo de que éstos han podido disponer para estudiar nada menos que las nueve Sinfonías de Beethoven, no les ha

permitido constituir un grupo homogéneo, un núcleo de músicos aptos para vencer dificultades, salvar obstáculos y alcanzar la deseada unidad de conjunto tan necesaria en las masas orquestales.

Sin embargo, contando con el tiempo suficiente y seleccionando cuidadosamente el personal, el maestro Carrillo, con su reconocida actividad y competencia, logrará mejorar cada día nuestra primera Institución Sinfónica.

* * *

Ezequiel Sierra, inteligente y modesto violinista, triunfó en el concurso de violinistas abierto por nuestra Escuela de Música. La prueba consistió en la interpretación del Concierto de Beethoven. Fué tan notable la superioridad de Sierra sobre sus cuatro contrincantes, que el jurado le otorgó el premio por unanimidad.

Sierra posee cualidades muy estimables de "virtuoso": es afinado; discreto en sus portamentos; maneja con maestría el arco y ha aprovechado las enseñanzas de su maestro, el eminente Rocabruna.

Si cantantes y pianistas han recibido ayuda del Gobierno para marchar al extranjero a perfeccionar sus estudios ¿por qué no enviar a este artista a Nueva York, ciudad afortunada por cuyas salas de Concierto desfilarán en este invierno las más grandes "estrellas" del violín, desde Kubelik hasta Heifetz, desde Ysaye hasta Mischa Elman? Es seguro que Sierrita aprovecharía bien el tiempo.

* * *

Estudio Musical "Ricardo Río".—Mérida, Yuc., Audición inaugural I.—A. Cetina, Minuetto. II.—Beethoven, "In questa tomba". Schumann, "Ton Image". Señor Gustavo Río. III.—Saint-Saens, Sonata para violoncello y piano. Señores Manuel Cázares y Domínguez Portas. IV.—El molinero y el arroyo de Schubert-Liszt y Leyenda de Lisze. Señor Domingues Portas. V.—Schubert, Cuarteto en si Bemol. Cuarteto del Estudio. VI.—Sarasate, Aires Bohemios, Señor Maurilio Nava. VII.—G. Río "Su amor" y Leoncavallo, Prólogo de "I. Pagliaci", canto por el señor Gustavo Río.

En el "Estudio Musical" del señor Domínguez Portas se enseñan las siguientes materias: Solfeo teórico-práctico, Piano, Canto, Violín, Viola, Violoncello, Armonía y Composición.

* * *

Angel Badillo presentó tres de sus discípulos en el Salón del Instituto de Pachuca. He aquí el programa: I.—"Invención", Bach; "Variaciones", Mozart; "Para Elisa", Beethoven; "Lied", Elorduy; "Barcarola Mexicana", Ponce; "Estudio", Heller. Señorita Magdalena González. II.—"Preludio y Courante", Haendel; "Sonata", Haydn; "Hoja de Album", J. de Jesús Martínez; "Intermezo" y "Gavota", Ponce; Op. 3 núm. 1 y "Papillons", Grieg. Señorita Celia Asiain. III.—"Preludio", Bach; "Gavota", Haendel; "Tambounin", Rameau-Godowsky; 3 Preludios, 2 Mazurkas y Valse, Chopin; "Plenilunio", Ponce; "Valses Poéticos", Granados; "Barcarola", Albéniz; "Réverie", Debussy. Señor Javier Montiel Barranco.

* * *

Semanariamente han venido efectuándose las audiciones escolares del Conservatorio Nacional. Estas audiciones han sido dedicadas a diferentes Facultades Universitarias, cuyos alumnos han tenido ocasión de aplaudir los progresos de sus compañeros conservatorianos.

* * *

Luis Moctezuma presentó con el éxito de siempre algunos de sus discípulos en el Anfiteatro de la Preparatoria. Alumnos y maestro fueron muy festejados.

* * *

En el mismo local de la Preparatoria tocará el 27 del corriente la señorita Carmen Rodríguez, discípula del señor profesor Rodríguez Vizcarra un atractivo programa integrado por obras de Brahms, Mozart, Beethoven, Chopin, Ogazón, Granados, Moszkowski y Liszt.

* * *

La "Sociedad de Música de Cámara" continúa desarrollando su meritísima labor cultural. En el último concierto celebrado a fines del mes pasado, el violinista don José Rocabruna tocó magistralmente el Concierto de Beethoven, acompañado por el inteligente pianista don Miguel Cortazar.

Nota de la Redacción: En esta Sección se dará cuenta de todos los acontecimientos musicales importantes que se reciba noticia y se hará juicio de aquellos conciertos, recitales, exámenes, etc., a los cuales haya sido invitado *México Moderno*.

REVISTA DE LIBROS

SECCIÓN A CARGO DE

GENARO ESTRADA

AMADO NERVO.—*Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1920, en 8o. —La Biblioteca Nueva, empresa editorial española, está publicando, con éxito evidente, las obras completas de nuestro gran poeta Amado Nervo, y la edición ha sido confiada al docto cuidado de otro ilustre escritor mexicano: Alfonso Reyes.

Algo más de diez volúmenes han aparecido hasta ahora y probablemente otros diez completarán la colección. Los mejores estudios críticos sobre la obra y la personalidad del vate de *Elevación* encuéntranse al frente de cada uno de los tomos; algunos volúmenes contendrán todo lo que Nervo publicara en revistas y periódicos, no coleccionado anteriormente en libros, y otros ofrecerán verdaderas sorpresas con la publicación de trabajos que habían permaneciendo inéditos. En uno de los tomos aparecerá una bibliografía de Nervo, tan completa, que no se omitirá en ella ni lo más reciente que se ha escrito en materia crítica sobre el poeta.

Quiere Alfonso Reyes que esta publicación no se limite a los libros conocidos, sino que sea una obra en continuo desenvolvimiento, fuera de todo plan que le marque "programa" y alerta a prohijar cuantas variantes vayan siendo aportadas, rectificaciones y datos poco conocidos.

FRANCISCO CONTRERAS. — *Les Ecrivains Contemporains de l'Amérique Espagnole*, París, La Renaissance du Livre, sin fecha, en 12o.—Este es un libro de vulgarización; pero aun considerado así, muy incompleto. Tiene, es cierto, ideas que deben ser conocidas en Europa, acerca del movimiento de las letras modernas en América; pero como principalmente la obra quiere ser informativa, las supresiones son muy lamentables. Así, por ejemplo, tratándose de México, cuya importancia literaria pasada y presente no queremos tener el ocio de exponer una vez más, ni una sola vez se encontrarán mencionados en este libro que habla de los escritores contemporáneos de América, los nombres de Urbina, de Othón y de Gonzáles Martínez, ni mucho menos los de poetas y prosistas mexicanos posteriores a los nombrados; y se habla ahí con mayor extensión de Carlos Pezoa Véliz, v. gr., que de Manuel Gutiérrez Nájera. Desconocer la importancia de la literatura mexicana en esta obra en donde apenas si Amado Nervo está tratado con alguna extensión, es francamente lamentable, especialmente si las omi-

siones están amparadas por la firma de Francisco Contreras, cuya labor literaria estimamos en esta revista.

GILBERTO RUBALCABA. — *Las Alamedas del Silencio,* México., Imprenta de Barrales 1920, en 16°.—La obra de Gilberto Rubalcaba, modesta y silenciosa, es sin embargo, de las mejores de nuestros poetas jóvenes. El es un respetuoso de su arte y se complace en realizarlo sin las estridencias ni las premuras en que, por desgracia, abundan otros jóvenes que desperdician, quizás para siempre, las savias primaverales. Para Rubalcaba el arte se un rito y la poesía una oración que es necesario purificar cada vez más, para que llegue mejor a los oídos de la divinidad.

Hacer versos, versificar, es recreo deleitoso al alcance de atenienses y de beocios. Recortar renglones no tiene más dificultad que la material de escribirlos, para deleite de aquellos "exégetas andaluces". La gráfica del soneto baja desde Dante hasta Machaquito... *curva que serpea del demonio al serafín.* La combinación métrica, por sus posibilidades, es más democrática y más radical que la constitución soviet. ¡Hacer poesía, tener sentido poético! La plata, el petróleo, los poetas: he aquí los grandes recursos naturales de México. Para evitar su desperdicio, urge la reglamentación del artículo 27.

Por esto creemos que cuando surgen poetas como Rubalcaba, parcos y graves, creyentes de su arte, su aparición debe saludarse con voces de entusiasmo y esperanza. Rubalcaba está dominado, en plena primavera, por la emoción melancólica, displicente y, aunque no siempre resignada, sí dócil a la fatalidad. Se desespera por la vida carente de problemas trascendentales y llama al instante de las distinciones supremas; pero sin mezclar ni una nota discordante de rabia ni de anhelo febricitante, a lo que en su espíritu es sólo confiada esperanza del momento que ha de llegar.

Las Alamedas del Silencio, son breves momentos emocionales, de la tarde, del viento, de la lluvia, de la luna, sombras y silencios, soledades y nostalgias, que la figura leve de una mujer decora bellamente.

AURELIO VELAZQUEZ.—*La Cábala del Amor,* Imprenta Peón Contreras, Mérida de Yucatán, 1920, en 8o.—El poeta ofrece su retrato al principio del libro. Es joven, el mostacho apunta en bozo, usa chambergo, corbata *demi papillon* y aunque no se ve, por ahí cerca debe de estar la capa de largo vuelo. Ojos vivaces, alegres. Parece que están diciendo: ¡qué diablo! ¡hagamos versos en este mundo miserable!

Y los ha hecho. Antes de la Cábala ha publicado *Los Pájaros de Abril* y anuncia otros dos tomos: *La Canción de la Nostalgia* y *Los Tréboles Sonoros.* Es una caja de música este poeta, que toca sones que lo han deleitado. Oíd este lugonismo: "Florecieron los cánticos inmersos—en un cálido aroma de claveles,—y tendieron sus líricos doseles—en designio de tálamos perversos". Ved esta manera de Urbina: "Sí, tuviste razón: hoy que me hastía —la manzana del símbolo cristiano,— lo confieso: vidente del arcano—fuiste siempre, más yo no lo sabía." Y he aquí, evidente, la lectura de González Martínez: "Interpreté el enigma rebelde de las cosas—para apartar espinas y hacerme de las rosas—sin sentir en las manos el sangriento escozor,—y, adorando la aurora, dije un himno a

la vida — por haber despertado mi quimera dormida—con la santa promesa de su alegre clamor."

Alabemos, por ahora, las sonoras influencias de su lira y esperemos las próximas cosechas del joven bardo yucateco.

LUIS ANIBAL SANCHEZ.—*Palabras con Flordelina*, Quito, Ecuador, Imprenta Mejía, 1920, en 16°.—Flota en ellas el corazón de una lágrima, dice el autor de estas notículas. Breve emocionario, miniaturas románticas, suspiros de amor al oído de la dulce Flordelina, que se disuelven suavemente, como una parva pastilla de olor.

EL MONACILLO DEL SAGRARIO. —(Alberto María Carreño).—*Cartas de Viaje.* Imprenta Victoria, México, 1920, en 12°.—Durante su último viaje a los Estados Unidos, el conocido y laborioso polígrafo don Alberto María Carreño, envió a dos de las principales sociedades científicas de esta capital, varias cartas con sus impresiones de viaje, para ser leídas en la intimidad de aquellas corporaciones. Tales documentos son los que ahora se publican y muestran, en sencilla charla, ciertos aspectos de la vida poco conocida, entre nosotros, del pueblo norteamericano. El señor Carreño no es muy adicto, que digamos, a nuestros *primos* y por ahí les guarda la publicación de un libro sobre el Chamizal y otros temas de cuyas páginas no salen muy bien librados los políticos de Washington. En las *Cartas de Viaje*, el lector curioso puede hallar imprevistos puntos de vista para modificar su criterio sobre algunas ideas corrientes, aunque falsas, acerca de los hombres, las instituciones y las cosas del gran país vecino.

JOSE S. ALVAREZ.—*Un viaje al País de los Matreros.* Buenos Aires, "La Cultura Argentina", 1920, en 8°.—De la gran casa editorial argentina seguimos recibiendo libros de *Fray Mocho*, uno de los escritores que con Rojas y Lugones, tiene más señalado aspecto nacional en la república del Sur. Del popular cuentista recientemente fallecido es este nuevo libro en donde se animan hermosos paisajes de la región del Paraná, que arrastra islas cubiertas de viciosa vegetación y fecunda las grandes provincias agrícolas de la tierra de San Martín.

¿Diremos otra vez que José Alvarez, periodista, literato, amenísimo narrador, es uno de los escritores más populares de la República Argentina? ¿qué *Fray Mocho* es una de las figuras de más prestigios y simpatías en las letras meridionales? Su *Viaje al País de los Matreros* lo forman paisajes, escenas, episodios de la vida rural argentina, bellamente animados por una pluma sabia en costumbres regionales. Brillan las fogatas en el bosquecillo, relinchan los potros en la sabana, la pampa palpita en el crepúsculo y la guitarra gauchesca llora los romances tradicionales. He aquí una nueva y hermosa contribución a la literatura autóctona.

JORGE VERA ESTAÑOL.—*Al margen de la Constitución de* 1917. Los Angeles, Wayside Press, sin fecha, en 8o. —Con este título publica el señor licenciado Jorge Vera Estañol, en volumen cuidadosamente impreso los artículos que hace algún tiempo dió a la prensa de San Antonio, Texas, y que están, como es de esperarse, penetrados de su resentimiento de expatriado. Pasa en ellos revista a los sucesos que precedieron y concurrieron a la génesis de la Constitución de 1917 y analiza con su reconocida competencia, los diversos lunares que se advierten en la obra de los constituyentes de Queréta-

ro. Descartando lo que su rencor por los grupos nuevos dictara a su pluma, hay en tales trabajos puntos de vista y observaciones dignas de ser recogidas por los que estudian con espíritu ecuánime nuestras actuales cuestiones políticas y sociales y seguramente que no dejarán de hacerlo. Es incuestionable que la Constitución de 1917 está muy lejos de ser perfecta y que adolece en sus detalles de graves defectos. Ni el momento era oportuno ni los hombres que la forjaron se hallaban en condiciones de producir un Código que respondiera por completo a las necesidades de la nación, acabando, como acababan, de pasar por el infierno de la lucha y estando, como estaban, animados por las pasiones enfurecidas de las masas que dirigían. Pero con todas sus manchas es también innegable que satisface en parte las aspiraciones populares que sirvieron de médula al movimento revoluconario y que, apoyándonos en lo que de esencial contiene, podremos llegar a la paz social y esperar confiados el porvenir.

Es mucho exigir de los hombres que acaudillaron los improvisados ejércitos de la Revolución y que llegaron a Querétaro inflamados todavía por el espíritu radical que dominaba en los campamentos, que se despojaron de él al convertirse por la fuerza misma de las cosas en legisladores. Su actuación tenía que resentirse naturalmente del ambiente caldeado de aquellos días y el señor Vera Estañol es demasiado culto para no comprenderlo así. Cuando el tiempo haya cumplido en él su labor silenciosa, apagando los últimos rescoldos de su despecho político y nevándolo de serenidad, estará en mejor aptitud para juzgar con acierto aquel episodio solemne de nuestra historia. Hoy, como los protagonistas del Congreso Constituyente, se duele también de las circunstancias de la hora.

Tal estado de ánimo se inicia ya en él, a juzgar por el gesto de satisfacción y sorpresa que muestra ante el hecho de que el último movimiento revolucionario asumiera formas totalmente diferentes de las que caracterizaron al que le precedió.—E. F.

FABIO FIALLO.—*Canciones de la Tarde.* Santo Domingo, Imprenta de La Cuna de América, 1920, en 8o.—La poesía de Fabio Fiallo nada tiene de moderna en el sentido que se da a esta palabra. Hace veinte años hubiera estremecido muchas almas y perfumado muchos labios con su perfume de jardín extraño a los secretos de la química. Viene del lago remoto y melancólico de Heine a través de Becquer y seguramente no faltará quien la encuentre demasiado sencilla—y hasta insípida—para los gustos que privan. Pero es bueno de cuando en cuando, un sorbo de esta agua fresca y cristalina que salta de algunos veneros. Rubén Darío, el sabio y refinado bardo nicaragüense, la gustó alguna vez y escribió para Fiallo algunas líneas llenas de cariño y simpatía que el poeta portorriqueño incluye en la colección.—E. F.

PROYECTO DE LEY PARA LA CREACION DE UNA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA FEDERAL. — México. Imprenta Franco-Mexicana. 1920, en 8o.—Damos cuenta aquí de esta publicación por la indiscutible importancia que tiene como esfuerzo bien dirigido para enfrentarse, al fin, con el problema de organizar y difundir la cultura en nuestro país. Independientemente de que las cámaras legislativas voten o no el proyecto de ley en cuestión, quedará éste con el atinado comentario que lo precede y lo explica, como una mues-

tra de elevado espíritu y generosas tendencias a que, generalmente en la literatura oficial, estamos poco acostumbrados. Su autor, el licenciado Vasconcelos, que es un hombre de lucha y de ideales, tenaz y sobrio como se imagina uno a los hombres de acción, ha puesto en su proyecto todo el vigor de inteligencia que le conocemos y toda la franqueza de que tan bellas muestras ha dado a despecho de las mojigaterías protocolarias.

Los puntos que de más importancia nos parecen por su novedad, son, desde luego, los que se refieren a la casa editorial para la propagación del libro y a los Consejos de Educación, para conseguir mediante ellos y sin violencias ni arrebatos, lo que nunca se había podido lograr, o sea la federalización de la enseñanza.

De lograrse la fundación de bibliotecas en los términos en que el proyecto la plantea, seguramente que al cabo de unos años y al mismo tiempo mediante la acción eficaz de las escuelas, el nivel de la cultura habrá subido considerablemente en el pueblo, si es que algún día positivamente ha de llegar a ser culto.

Todos esperamos que en los cuerpos legislativos el proyecto tenga entusiasta acogida, y esto servirá, también, para que el pueblo mexicano pueda juzgar del verdadero espíritu y valor de sus legisladores.

IGNACIO E. LOZANO.—"El Problema de la Tierra y la Repoblación de México," San Antonio, Texas, sin pie de imprenta, 1920, en 16o.—Este pequeño folleto reproduce un artículo publicado en el diario "La Prensa", de San Antonio. Es realmente un comentario hecho a las volandas, aunque con la mejor intención del mundo, y con la premura que exigen las rotativas. Fuera del entusiasmo que muestra su autor porque se resuelva el problema agrario de México, prácticamente no se apuntan ideas concretas para dilucidar este difícil asunto. Así, por ejemplo, el señor Lozano dice: "Si no hay obras de irrigación, pues a hacerlas; si no hay vías de comunicación, pues a abrirlas". Consideramos este nuevo escrito solamente como una nueva contribución bibliográfica al estudio del problema agrario en México.

MANUEL CALERO.—*Un Decenio de Política Mexicana*, New York, 1920, en 8.º—Es sabido que Manuel Calero distinguióse rápidamente en la política mexicana, en las postrimerías del gobierno porfirista. Su actuación en el incipiente Partido Democrático de entonces, por una parte, y su gestión en los departamentos de Estado, por otra, dieron mucho relieve a su personalidad, que se hizo más y más conocida por los debates en la Cámara popular, por su entrada al Gabinete presidencial y su paso por la Embajada de Washington. Carrera apresurada y brillante, a fe, en la cual cosechó no pocos triunfos el político en cuyo libro nos ocupamos ahora, no sin dejar, a trechos, entre los agudos garfios del comentario público, una impresión de inconsistencia y veleidad políticas, que pudo ser justificada o bien simple fruto de la maledicencia, pero que de cualquiera manera no vamos a discutir en una nota bibliográfica. De todos modos, cabe fijar que el autor de *Un Decenio de Política Mexicana* es toda una personalidad, de subidas dotes intelectuales.

El libro está formado por cartas que el conspicuo abogado dirigiera en los Estados Unidos al General Angeles; algo así como una charla epistolar para cambiar impresiones acerca de la reciente situación política en México. Calero ha logrado, de una manera ge-

neral, dar a su libro un tono de serenidad en la hora en que fué escrito, pues debemos recordar que el autor fué o se consideró un desterrado político durante el gobierno carrancista y sus duros conceptos acerca de los manejos políticos del Ministro Limantour, de la capacidad del Presidente Madero y algunos de sus colaboradores, así como de la Constitución vigente, están atemperados con frecuencia por observaciones muy justas acerca de cualidades personales de aquéllos y de doctrina social de ésta.

Esta clase de libros, que en realidad son verdaderas memorias políticas, son siempre de interés desde diversos puntos de vista y mucho más si los suscriben personas que han descollado en la vida pública; porque en ellos se aclaran puntos oscuros cuyo conocimiento exacto ha sido causa de general curiosidad; porque revelan una gran parte de la intimidad y psicología de sus autores y porque ponen en su verdadero lugar muchos actos y valores cuyo conocimiento ha sido por largo tiempo erróneo o totalmente falso. Calero aparece en este libro frecuentemente escéptico de ciertas prédicas que han venido repitiéndose en México hace diez años, y aunque a veces se nota el caluroso y noble idealismo del antiguo miembro del *C. O. D. P. D.*, pronto el político se enfrenta con las más bajas realidades que se agitaban en su medio y aparece la cruda verdad de las cosas y la pobre debilidad de los hombres.

Este *Decenio de Política Mexicana* es una verdadera crónica, admirablemente sintética, de la vida de la nación en los últimos diez años. No solamente quien quiera conocer este febril período de nuestra historia, sino también quien quiera recordarlo, hará bien en leer el importante libro de Calero, porque no omite ni un detalle capital de la época, porque revela muchos hechos que hasta ahora no se conocían cabalmente y porque el comentario, el elogio y el ataque pueden desprenderse fácilmente de la relación, y aceptarlos plenamente o con reservas, según la manera de sentir y la opinión del lector.

La influencia tremenda de Limantour sobre el General Díaz, sus enjuagues políticos durante las postrimerías de su dominio hacendario; la obra primigenia de la revolución; la personalidad íntima del Presidente Madero; los factores influyentes en su caída; el pavoroso período huertiano; la revolución constitucionalista y sus elementos dirigentes, todo está trazado en este libro de mano maestra y con la evidente pasión de un hombre que ha tenido ambiciones y que las conserva latentes.

DR. DIEGO CARBONELL.—*Influencias que se ejercieron en Bolívar*, Caracas, Tip. Cultura Venezolana, 1920, en 4o.—Dos influencias principales señala en este erudito estudio el Dr. Carbonell, Rector de la Universidad de los Andes: la de Simón Rodríguez, el maestro del libertador y la de Francisco Miranda. Don Simón Rodríguez aparece en este trabajo como un tipo por demás extraño, lleno de rarezas y de extravagancias, pero profundamente creyente en su discípulo predilecto. Carbonell lo pinta como un semiloco, aventurero, inquieto hasta el frenesí, dromómano, cínico, pecaminoso, verborreicom y a veces ridículo; pero que siempre "supo reconocer en el discípulo el metal duro y tenaz en que estaba forjada su alma. Vivió para admirarle; rióse de todos y de todo, pero siempre se sobrepuso a la insania cuando hablaba de Bolívar su discípulo y amigo".

La influencia del general Miranda, revolucionario idealista, fué la de un hombre inflamado en las ideas republicanas, que en su época marcaban el punto más avanzado en ideas sociales.

Nota: Solamente se informará en esta Sección de los libros que los autores o los editores remitan a *México Moderno*.—Las notas sin firma deberán ser atribuídas al encargado de la Revista de Libros.—G. E.

ARTE INDOSTÁNICO

LA ARQUITECTURA.—ESTILOS HINDÚ Y DRAVÍDICO

(Del libro "*Estudios Indostánicos*", próximo a aparecer.)

NO nos es posible entrar en detalles, ni siquiera ofrecer un esbozo del asunto. Para el estudio del arte indostánico, por lo menos de la influencia que este arte ha tenido en los otros países de Oriente, remitimos al lector el brillante libro de Okakura, ya citado en la Introducción, (1) y en las presentes líneas sólo apuntaremos algunas observaciones sobre arquitectura.

De las más antiguas ciudades y monumentos no quedan casi ni ruinas. Lo más antiguo que se conoce data de la época budista, como quinientos años antes de nuestra Era. Sin embargo, las ciudades históricas de esta época han desaparecido totalmente, si se exceptúa Benarés, la más antigua y la más importante de las ciudades religiosas del mundo.

No hay espectáculo comparable al que debe presentar Benarés con sus miles de torres y cúpulas, elevándose sobre ambas riberas del Ganges, y hacia el cielo luminoso de los trópicos, como diseños de complicadas ideas piadosas.

Desde el punto de vista arquitectónico, Benarés constituye un Museo incomparable, que todavía los críticos de Europa no han aprovechado debidamente, tal vez por el temor que existe, entre los más autorizados, de abandonar la fácil rutina de la belleza griega, melodiosa y resplandeciente, pero ya más o menos agotada en sus interpretaciones.

(1) Esta y las otras citas de capítulos sin indicación de las obras a que pertenecen, se refieren a *Estudios Indostánicos*, volumen en prensa de la *Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos*.

Sin embargo, Benarés no conserva gran cosa de lo muy antiguo, a causa de que varias veces fué devastada por conquistadores de todas las estirpes, desde las tribus bárbaras de hunos y de escitas hasta los iconoclastas musulmanes. Las distintas invasiones arrasaron de tal modo la India, que no se conservaría casi nada de lo antiguo, si no fuese por la costumbre indostánica, rara y misteriosa, de aprovechar las grutas o cavernas naturales para erigir en ellas templos, estatuas y altares.

En las cuevas sagradas se encuentran ejemplares antiquísimos de estatuas esculpidas en piedra, y decoraciones de un profuso entrelazamiento de motivos, de gran lujo simbólico.

Entre las construcciones al aire libre, se citan como muy antiguas y todavía en buen estado; la pagoda budista de Budh-Gaya, y los claustros hindús de Bhuvanesvara en Orissa.

La forma del templo hindú se deriva del marco de piedra que protege y da realce a las imágenes: consta al principio de dos columnas y un arco, y se desarrolla después, en la capilla que sirve de habitación al ídolo. Las distintas formas que adopta el techo de la capilla van definiendo los diversos estilos.

El templo hindú, como el jain, se compone de una capilla en forma de cubo, rematada por una torre. La torre corresponde al sitio donde se asienta el ídolo, y a la entrada se eleva, comúnmente, un pórtico.

El estilo del Norte o indo-ario se distingue por la cúpula de aristas curvilíneas; tal circunstancia y el uso de los arcos, da a estos monumentos cierto parentesco con el arte románico, aunque el estilo combo de la pagoda recuerda demasiado la lasitud de la palmera, la opulencia de la vida tropical. Las decoraciones de estos edificios son de una riqueza, que estamos acostumbrados a calificar de bárbara, acaso tan sólo porque nuestras mentes no son bastante finas para percibir las armonías complejas.

En el estilo del Sur o estilo dravídico, el techo es piramidal, y los caracteres todos se apartan por completo de las maneras de Europa. Hay monumentos que por lo vastos parecen ciudades, y sin embargo, están todos hechos de figuras labradas y estatuas, dando idea de un vasto ensueño realizado en piedra. Parecen la redención de la piedra, la piedra hecha concepto y símbolo.

No hay en los monumentos dravídicos ninguna idea de utilidad: no se concibe que sirvan de albergue, ni siquiera a los ídolos, porque los ídolos están fuera, como sostén y adorno de la pirámide pro-

fusamente labrada, llena de horadaciones fantásticas y de remates suntuosos: son esplendor puro y religioso alarde.

La gran impresión de cosa tenue y eterna que dan estas obras, no se encuentra en ningún otro arte. La pirámide egipcia es maciza y obtusa; la pirámide tolteca es imponente por sus serenidades de montaña, pero no habla; la pirámide dravidia canta. Hállase llena de luz y de alma; es el alma misma compleja y aérea, llena de multitudes, y enraizada y ligada con toda cosa, pero hecha para ascender con melodías que se difunden hacia lo eterno.

Los templos dravídicos se elevan en honor de Vishnú o de Siva o de Buda, pero su carácter común es el estilo como de poema melodioso y alto.

El estilo Chalukya es una variedad del dravídico, en el cual la pirámide recorta sus costados en forma de estrella. Se le encuentra en Mysore, y en general o dravídico predomina en el Sur, y en Ceylan y Siam, países completamente budistas.

Las esculturas monumentales de los Jainistas carecen de gusto porque representan un desnudo afectado; no el desnudo espontáneo y glorioso de los griegos, sino el desnudo premeditado, de gentes que ya habían tenido preocupaciones a este respecto, y que sólo por una convicción religiosa nueva se decidían a presentarse sin ropas con alarde de quien defiende una tesis. (Véase capítulo dedicado a la secta Jainista).

En cambio, son imponentes y hermosos los Budas colosales de pórfido y de granito que se encuentran en el Nepal y en la China budista. En ellos, la piedra no sirve para expresar el concepto, sino que el concepto ennoblece a la piedra, la idealiza y la levanta, desde su inercia nativa hasta el esplendor de un rostro de Buda; un rostro que aspira la sensualidad del paisaje y la purifica, y lo llena todo de majestad luminosa.

JOSÉ VASCONCELOS.

SER PRIMITIVO...........

INGENUIZAR *la vida y ser un primitivo*
lleno de asombro y de sinceridad,
y abrir los ojos con el ímpetu vivo
del descubrimiento y de la novedad.
Dejar que fluya la emoción milagrosa,
que es talismán revirginizador,
sin el prejuicio que anquilosa
la exuberancia del jardín interior.
Ser como el chorro de la fuente
que se alza limpio y sin falsía,
y que en su impulso transparente
lleva el rumor de ilustre melodía.
Hacer que el alma, sin engaño,
penetre de la vida en el tesoro,
como doncella que entra al baño
sintiendo la frescura poro a poro.
La muerte empieza en lo que se repite;
la palabra del mundo está en lo vario;
para el que ve lo que el misterio emite
nada hay vulgar, todo es extraordinario.
Es la belleza innúmera; doquiera
su virtud se halla germinal y fuerte;
pródiga, ubicua, sólo espera
el numen que la fije y la despierte.
Los instantes que pasan, con maligno
señuelo nos sugieren falsa huella:
parece uno, pero es múltiple el signo
de la flor, de la mujer y de la estrella.
Cada sér, cada cosa

dueño es del fíat *de las renovaciones,*
y es como una Pompeya prodigiosa
inagotable a las exploraciones.
Hondo mirar, tenaz, profundo,
sorprende el cambio y el renuevo:
polvo de siglos es el mundo
y sin embargo el mundo es nuevo.
En la radiosa arqueología
de las estrellas ancestrales
está la pauta de la Harmonía,
pues siempre son distintas, siendo iguales.
Y la revelación está a la mano
del que la busca; en todo flota;
porque el secreto del arcano
lo mismo está en un mar que en una gota.
Feliz espíritu el que labre
con hacha propia su sendero;
la flor del mundo sólo se abre
al pristinal, y adámico y sincero.
Ser primitivo, ingenuo de emociones;
sin alambique y sin traiciones
pensar, ahondar, vibrar, sentir,
y hacer del alma un árbol abierto de canciones
para todos los vientos del vivir.
Ser primitivo, sí, ser uno mismo
en la caza del sueño o la verdad;
y la flor del misterio y del abismo
proyectará su todo en la unidad.

ALFONSO CRAVIOTO.

Junio 1.º de 1920.

CARÁTULAS

LUIS G. URBINA

EL barro, el pobre barro de que está hecha la pequeñez rotunda del poeta, no revelaría a nadie la esencia sutil, el espíritu exquisito que lo anima interiormente. Dice él, en alguna parte, que su rostro es vulgar y sonriente; cree que es *fortaleza su faz broncínea*, mas diputo que equivocó el adjetivo y que debió escribir *sufrimiento.* No sufrimiento equivalente a dolor, sino a capacidad de padecer. Fuerza, nunca la tuvo esa *animula, vagula, blandula*, encarnada en la materia oscura y voluptuosa.

¿En qué misteriosas alquitaras se combinaron los dos componentes del hombre? Hay que acercarse a ese enigma con un respeto piadoso y anotar, tan sólo, que el alma nació herida, para ser la víctima del cuerpo gozador que la encierra.

Es el débil, el pecador, el *maldito.* Pero no es el malo. Le falta soberbia. Cada falta suya le provoca un gran arrepentimiento con abundancia de lágrimas; sino que es débil; su voluntad dormita en su cerebro, enroscada cual un lebrel viejo y asmático, y cae de nuevo en la tentación (contra la que ni siquiera hace el movimiento de una plegaria de liberación) enfangándose deliciosamente.

Sus versos vagos, suaves, en sordina, iluminados por una luz violácea de atardecer, son un continuado *mea culpa* sin ánimo de enmienda. Porque la *delectación morosa* en el pasado le aguija constantemente el deseo, y porque como es un humilde ávido de piedades, quiere mórbidamente implorarlas, de rodillas, ante todas las lujurias que arteras le sonríen.

La mujer de Lot es un símbolo: el del alma que no osa ver para adelante y que se contenta con la expectación de lo que fué. La bella estatua blanca de la mujer quedó plantada en medio del camino, vien-

do hacia atrás, hacia su mansión hecha pavesas por el fuego del cielo. No tenía ánimo para prepararse la morada nueva y allí quedó petrificada, abandonada de los suyos.

El alma de Urbina, aherrojada a un pasado, que tal vez nunca existió para él, ni para ninguno, no se encara con la existencia; no la puede, pues, vencer. No hay en su poesía esa línea ascendente que se distingue en otros vates. Donde encontró el primer dolor se posó, para siempre, trémulo e infeliz.

Especie de Job sin la amplitud majestuosa del bíblico, yace en su estercolero donde lo acosan los males, y no levanta una mano para defenderse del más mínimo. Como los ex-hombres de Gorki, se complace en su miseria y le gusta provocar lástimas. Su queja más honda se exhala cuando se convence de que la única piedad que lo envuelve es la de su perro Baudelaire, que, a diferencia de los hombres, comprende su ansiedad y halaga su pequeño orgullo de creerse inmortal, legándole el señuelo de otra vida.

No ha desasido esa esperanza: sin fe, siente su nostalgia y tiende hacia ella desesperadamente los brazos; pecador, se siente reo y pide a Dios que lo levante. Lleva, imborrable, el signo de la cruz en la frente.

Elevación sentimental es la que busca; nunca recurre a su energía, a su intelecto, a su voluntad, para el impulso. Sabe que cada nuevo amor es un desengaño, y, a pesar de todo, busca el lustral perdón en la pasión nueva.

Vive en la Cárcel de Amor como el deplorable caballero Leriano. La mujer es para él un sueño, más bien, una pesadilla, nunca una realidad. Ora la concibe impoluta como la Inmaculada, ora prostituida como Margarita Gautier. Lo único que le pide siempre es una limosna de amor, brindándole sumisión y total comprendimiento de sus superioridades o de sus bajezas. ¿Qué haría él con la mujer diosa, con el mármol pagano ante el cual se deshojan rosas con dejadez, con alegría de centauro? Un día pidió una bacante... No estaba en sus sentidos; estaba borracho de Ideal y la pedía también desesperado y por compasión.

En ese círculo vive prisionera su inspiración delicada, y en vano intenta romperlo. Una ocasión se alzó sobre uno de los codos, cansado de su postura y ensimismamiento de faquir, y llamó a la Madre Ironía. Casi vió los resplandores de la epifanía, pero la diosa, la triplemente acorazada inmortal, lo vió impetrar apoyado en la gris Melancolía y, sonriendo, se detuvo en la mitad de su vuelo.

El poeta, aspirando el aire ambiente, creyó comulgar la sustancia de la divinidad y escribió "Humorismos Tristes" y crónicas juglarescas en prosa. Son, únicamente, malabarismos con su dolor, siempre patente, plañidero, mendigo.

Es que la ironía es soberbia, es desdén; nadie que no desafíe a la vida y a la muerte puede ser su adepto. Urbina es la Cenicienta eterna, vejada, tundida y quejumbrosa. Y para esta Cenicienta no ha obrado encanto ninguna hada madrina.

Pero en ese desamparo, en esa pequeñez, ¡qué tenues melodías, qué trémulas ingenuidades, cuántas lágrimas...! La sinceridad tremenda del poeta conmueve hasta lo más íntimo y las almas femeninas van en procesión tras de su dolor llevándole paños y ungüentos de simpatía.

La musa de Urbina, nacida y desarrollada en la vieja ciudad virreinal en este valle que fué cuna de la máxima civilización indígena, tiene los mismos caracteres que él descubrió en el paisaje y en el genio mexicanos: la melancolía suave, la tristeza paciénte, el tono crepuscular. La época en que su lira lanzó los primeros acordes, así como su idiosincrasia, lo predisponían a ser un bohemio. Lo es aún hoy mismo. Ha vivido como el Rodolfo de Mimí, al día: hoy en galante fiesta que, al fin, le provoca una embriaguez triste; mañana muriendo de frío en cualquier boardilla y creando un poema. El método, la paciencia, palabras respetables; pero que nada serio han significado para él. Como que es pasto de la pereza gloriosa y magnífica que lo concreta a su yo, vedándole el mundo exterior y las ideas. Sentir es suficiente.

Así, jamás puede ver ni entender un paisaje, la naturaleza en lo que tiene de objetivo, de universal. Sobre ella proyecta su tristeza o su recuerdo. Sin una silueta de mujer, las cosas le son mudas, indiferentes. Spinoza hizo a Dios desde su gabinete de trabajo; Urbina no necesita el fenómeno, hace belleza desde su rincón, desde la felpa usada del café en donde frecuenta.

Es un romántico, el más genuino, el postrero tal vez de nuestros románticos. Naturalmente que no es de la cepa de Hugo o de Vigny, porque, ya se apuntó, le falta soberbia, ese hálito que da énfasis a los desenfrenos de los poetas de 1830.

De ellos tiene el concepto de su ruina psíquica, el muelle eudemonismo, la manía de la soledad, la idolatría de las pasiones, el imperio de los elementos femeninos del espíritu sobre los viriles, la pereza inte-

lectual, caracteres que, según el implacable Laserre, forman la personalidad romántica.

Tiene también la música, la dulzura, la imaginación de aquella escuela.

Sin embargo, es un romántico que ha cantado después de que meliflua y hondamente contara el pobre Lelian. Por eso su poesía es más íntima, más subjetiva, más humana. La retórica no tiene nada que hacer con ella:

"*Prends l'eloquence et tord-lui le con......*"

Y a examinarlo bien, un hilo tenue conduce de Urbina a Verlaine y de éste a Villón. El nefasto Saturno ha presidido al nacimiento de esos tres seres, que han temblado en la existencia como una hoja seca bajo una ráfaga. Las tres almas hubieron de nacer geminadas, con una mitad buena y una mitad mala, que alternamente se imponen al cuerpo de arcilla.

El abuelo, ganapán probado, descendía, a veces, al fondo de su conciencia y entonces avergonzándose de sus torpezas y deshaciéndose en ternura, testaba en favor de aquella que lo había traicionado:

Item a celle que j'ai dit.
Que si durement m'a chassé....
Je laisse mon coeur enchassé,
Pâle, piteux, mort et transi....

Y Lelian, el fruto de prostíbulo y de hospital, el que había conocido todos los abismos del vicio, desde su lecho de miserable, oraba:

Vous Dieu de paix, de joie et de bonheur,
Tous mes peurs, tous mes ignorances,
Vous connaissez tout cela, tout cela,
Et que je suis plus pauvre que personne....
Mais ce que j'ai, mon Dieu, je vous le donne.

El viejecito, como gráficamente llaman los amigos al epígono poeta, bondadoso, claudicante y no desengañado, sino engañado eternamente, no alcanza la serenidad necesaria para cantar así. Se conforma con que el *quietismo* lo acoja en su seno:

Segué los cauces del sagrado río;
sellé la fuente impura;

no seducen ni vencen mi albedrío
pecado ni virtud.... ¡Gracias, Díos mío!
me quitaste el placer y la ventura,
pero también la pena y el hastío,
y tendiste en mi espíritu vacío
una inmensa blancura,
un sudario de luz que guarda el frío
cadáver de mi novia la ternura.

Genaro FERNÁNDEZ MAC-GREGOR.

EL BACHILLER D. CRISTÓBAL BERNARDO DE LA PLAZA Y JAEN Y SU CRÓNICA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

A principios del último tercio del siglo de la conquista, vino a la Nueva España, joven aún, don Cristóbal de la Plaza, bachiller en cánones de la Universidad de Salamanca. Nada más hemos logrado averiguar acerca de sus antecedentes, como tampoco de los fines que lo trajeron a estas lejanas tierras, aunque es de presumirse que lo hubiera atraído la fama de sus riquezas, como a tantos otros españoles de aquellos tiempos. Radicóse en México, y habiendo vacado la Secretaría de la Real y Pontificia Universidad por fallecimiento de Juan Arias de la Paz, en claustro pleno de 18 de julio de 1587 le fué conferido dicho cargo con el de Síndico, los cuales desempeñó hasta su muerte. El 2 de julio de 1609 incorporó sus grados académicos en dicha Institución, a su regreso de las Islas Filipinas, adonde fué en realidad de capitán y maestre de la nao Espíritu Santo.

Cuéntase entre los hijos que tuvo de su esposa doña Inés de Alvarez, a don Cristóbal Bernardo de la Plaza, que con el tiempo le sucedió en sus oficios. Nació en la Universidad, de la que más tarde llegó a ser bachiller, y debido a la ancianidad de su padre, en claustro de 16 de mayo de 1625 se le designó para que ejerciera interinamente los cargos que aquél desempeñaba, con derecho a futura sucesión a su fallecimiento, los cuales comenzó a servir el 5 de septiembre inmediato, y le fueron confirmados por real cédula de 30 de diciembre de 1643. Fué además Notario del Santo Oficio de la Inquisición, y en diferentes ocasiones Juez de Residencia de alcaldes mayores. Casó

en primeras nupcias con doña Leonor de Jaen, y en segundas con doña Isabel de Soto, de las que tuvo descendencia, y falleció por fines de octubre de 1677. Dejó inédita una *Relación de la Universidad de México y sujetos de ella hasta el año de 1646*, cuyo manuscrito, del que adelante hablaremos, se conservaba en 1738 en Madrid, en la biblioteca de don Andrés González de Barcia.

Tuvo de su primera esposa, entre otros hijos, al bachiller don Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaen, a cuya memoria consagramos estas líneas. Vió la primera luz el 9 de junio de 1639, en la Universidad, casi sin vida, circunstancia por la cual fué llevado inmediatamente al aula de teología, donde el catedrático de la facultad, que a la sazón explicaba su clase, le echó el agua de socorro. Así lo asegura Beristáin, mas desmiente tal versión el hecho de que dieciocho días después fué bautizado en el Sagrario Metropolitano, según consta en la partida que sigue: "En veinte y siete de junio de seiscientos y treinta y nueve años, presente el cura bapticé a Cristóbal, hijo de Cristóbal Bernardo de la Plaza, Secretario de la Real Universidad, y de doña Leonor de Jaen. Fueron sus padrinos Meteo de Cepeda y doña Gabriela de Rivera y Valdés.—*Doctor Nicolás de la Torre*".

Después de una infancia bastante enfermiza, debido a lo precario de su constitución, estudió humanidades y filosofía con los padres de la Compañía de Jesús, en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, y el 4 de diciembre de 1659 recibió en la Universidad el grado de bachiller en artes, con todas las ceremonias de estatuto, de manos del doctor don Matías de Hoyos y Santillana, y previo examen que sustentó ante el Maestro Fr. Luis de Herrera y el Dr. don Jerónimo Ortiz de Prado.

Cuatro años después, hallándose su padre viejo y achacoso, presentó éste en claustro pleno de 7 de agosto de 1663, una solicitud por la que pedía que en virtud de sus méritos propios y los del autor de sus días, se le concediese a su hijo substituirle en sus ausencias temporales y sucederle en el cargo de Secretario después de su muerte. "Y determinaron todos los dichos doctores y maestros (nemine discrepante)—reza el acta respectiva—que concedían y concedieron la continuación y futura de el Oficio de Secretario de esta dicha Real Universidad a el Br. Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaen, hijo de el Secretario Br. Cristóbal Bernardo de la Plaza y nieto de el Secretario Cristóbal de la Plaza difunto, atento a haber servido el dicho oficio los susodichos tiempo de setenta y siete años para que por muerte de el dicho su padre use y ejerza el dicho oficio

de Secretario, guardándosele las honras, preeminencias y excepciones que han gozado los dichos su padre y abuelo, y las que debe gozar, percibiendo el salario y emolumentos que le tocaren para que con ellos pueda acudir y acuda con precisa obligación de sustentar así a su hermana doña Juana de la Plaza, como a doña Isabel de Soto, mujer de su padre, y las demás sus hermanas de segundo matrimonio, y que de faltar desto será removido de el dicho oficio sin otra causa alguna, y se proveerá en otra persona que pareciere conveniente. Y así mismo use el dicho oficio de Secretario en las ausiencias, enfermedades y legítimos impedimentos de el dicho su padre Cristóbal Bernardo de la Plaza, que para ello le da facultad este claustro, y le ha por recibido a el uso y ejercicio de dicho oficio, y así lo proveyeron y acordaron".

Según lo estipulado, el siguiente día prestó el juramento de su cargo ante el Dr. don Lucas de Alfaro, Abogado de la Real Audiencia, en funciones de Secretario, habiendo sido testigos los escribanos reales don Nicolás de Mendieta y don Sebastián de Escobar. Cuatro años más tarde le fué confirmado su nombramiento por cédula real.

La Reina Gobernadora doña Mariana de Austria, por real cédula de 12 de julio de 1672, tuvo a bien presentar a nuestro biografiado al virrey para que se le encomendasen los oficios y cargos que fuesen conformes a su calidad, méritos y suficiencia, y que a la vez se le honrase, ayudase y favoreciese. En ese tiempo se hallaba desempeñando el cargo de Alcalde Mayor del Partido de Cempoala, en Veracruz, de donde más tarde pasó con el propio carácter a otro Partido del Obispado de Michoacán, donde le sorprendió la muerte de su padre.

Días después de este suceso fué nombrado Secretario interino de la Universidad el Dr. don Francisco de Acevedo, quien el día inmediato tomó posesión de su cargo. Mas en claustro pleno de 18 de enero de 1678 presentó el Br. de la Plaza una petición alegando la propiedad del oficio, para cuya sucesión había sido electo en 1663, presentando la cédula real de 1667 por la que constaba su confirmación. Y atendidas las razones y pruebas expuestas, las calidades y condiciones que en dicha cédula constaban, así como la renuncia de la Alcaldía Mayor que a la sazón desempeñaba, se le admitió en calidad de Secretario, y previo el juramento de estilo que prestó ante el referido Br. de Acevedo, se le dió la posesión de su oficio.

Posteriormente fué nombrado Maestro de Ceremonias de la Institución, y no sabemos si antes o después recibió las órdenes sacer-

dotales. Su devoción a la Inmaculada Concepción de la Virgen María le movió a fundar con sus rentas y a perpetuidad, una función anual que debería celebrarse el sexto día de su octavario, que con gran pompa y solemnidad tenía lugar en la capilla del Colegio de San Ildefonso.

Sirvió los referidos cargos universitarios hasta el 16 de octubre de 1696, fecha en que firma la última acta capitular, y en la que probablemente comenzó a hacer uso de la jubilación que de antemano le había sido concedida, en virtud de sus enfermedades, sus largos y constantes servicios, así como de sus méritos contraídos en pro de la Institución.

Por esa época se vió envuelto en un litigio que le promovió doña Antonia de Rivadeneyra, viuda del Capitán don Miguel Jean y Medrano, en nombre de sus hijas, sobre la sucesión en el patronato que fundó don Gaspar de Medrano, y a la que ambos se creían con derecho, según consta en un opúsculo que corre impreso, subscrito por el Lic. don Miguel de Medrano y Avendaño.

Poco tiempo sobrevivió nuestro biografiado a su jubilación, pues el 24 de diciembre del referido año de 1696, día en que se celebraron en la Iglesia Catedral los funerales de la Reina doña María Luisa de Orleans, "este día—dice Robles en su *Diario de algunas cosas notables*—estando en las honras, se cayó muerto el Lic. Cristóbal de la Plaza, secretario de escuelas, entre el túmulo y el altar mayor".

La muerte, que a nadie respeta, segó su existencia a los cincuenta y siete años de edad, consagrados por entero a Dios, al estudio y al trabajo, legando a la posteridad una obra que por sí sola bastará para que su nombre sea recordado con veneración por las generaciones venideras.

Dicha obra, única quizás que produjo su pluma, es para la historia de nuestra cultura colonial de tal importancia, que merece ser descrita con toda minuciosidad, ya que son tan pocos aquellos que han tenido la fortuna de conocerla.

Forma un grueso volumen de 4o. mayor, de 416 fojas, en la primera de las cuales, que constituye la portada, se lee entre escudos, las imágenes del apóstol San Pablo y Santa Catarina Mártir, y dibujos caligráficos, el siguiente título: *Crónica / De la Real y Ynsigne / Vniversidad de México de / la Nueva España. / En edades desde el año / de* 1553. *hasta el de /* 1687. */ Por el Bachiller Don / Christoval Bernardo de lo Plaça / Y Jaen Secretario y Maestro de / çeremonias de*

la dicha Real Vniversidad / Dedicada / A Christo Señor / Nvestro crvcifi- / cado.

En la foja siguiente aparece la Dedicatoria, y a la vuelta de la misma, el Prólogo al lector. Sigue a continuación el texto, dividido en cinco libros, subdivididos a su vez en capítulos, y escrito a dos columnas, con letra bastante clara, en el orden que sigue:

—*Libro primero de la fundacion de la Ynsigne y Real Vniuersidad de Mexico.* Comprende 34 capítulos en 40 fojas.

—*Libro II. de la Crónica de la insigne y Real Vniuersidad de la ciudad de México de la Nueva España, en la segunda edad q comprehende desde el año de mil, quinientos, y setenta, y siete hasta fin del año de mil, quinientos, y noventa y nueve.* Consta de 39 capítulos en 49 fojas.

—*Libro III de la Cronica de la Ynsigne y Rl. Vniuersidad de la muy Noble y Leal Ciudad de Mex.co de la Nueva España. Tercera edad y Siglo desde el año de* 1600. *hasta el de* 1630. Con 39 capítulos en 49 fojas, v. en bl.

—*Libro IV de la Cronica de la Ynsigne y Real Vniuersidad de la muy Noble y Leal Ciudad de Mexico de la Nueba España en la quarta hedad y Siglo desde el año de mil seiscientos y treinta y uno hasta el de mil seiscientos y sessenta.* Contiene 36 capítulos en 65 fojas.

Ocupan las cuatro fojas siguientes, con la vuelta final en bl., los Indices de los cuatro libros precedentes y a continuación:

—*Libro Quinto De la Cronica de la Rl. Vniud. de Mexico de la Nueba España en la Quinta Edad desde el año de* 1661. *hasta el de* 1690. Con 39 capítulos en 150 fojas, v. en bl., con el cual termina el texto.

En el blanco de la foja siguiente se halla la siguiente advertencia del autor:

"Las enmiendas que ban en esta historia balen todo lo que en ella va textado, esepto los dos Paraphos que ban notados de el Margen no valen, estan con claridad las enmiendas Para que se puedan Sacar en la impresion. Lo añadido en el libro Primero Cap: 15 N. 100 y Sincuenta y tres entra antes del Cap: 16, segun ba puesto en dho. Libro Cap: 30, Prosigue lo añadido en el número 249. se a de correguir el indice con los numeros de la historia que Por la brevedad del tiempo no ba correguido, se a de sacar en diez de los Capitulos contenidos en el, segun se acostumbra en las imprentas. Mexco. y junio 28 de 1690.—*El Bllr. Xptoual Berdo. De la Plaça y Jaen*".

Y ocupando las 15 fojas finales:

—*Indice de los nombres Propios Con las dignidades de los Varones Yllustres Contenidos en los Sinco Libros de esta Ystoria y Cossas mas notables de ella. Su explicacion por libros Y numeros, el primero numero corresponde al Libro, el Segundo a el Parapho.* Por medio de este sistema, fácilmente puede consultarse la obra y encontrarse en ella cualquier asunto o nombre determinados.

Está el volumen empastado en pergamino, el cual lleva el siguiente título de encuadernación: *Crónica / de la / Real Vniv / ersidad / de / Mexico.*

El contenido de la obra abarca la historia de la Universidad desde sus orígenes hasta finalizar el siglo XVII. En estilo llano y sin adornos literarios encontramos en ella abundantes noticias acerca de los orígenes de la Institución; de la fundación de sus primeras cátedras; de los meritísimos varones que las explicaron y los que después les sucedieron; de sus rectores y demás dignatarios; de los doctores, maestros, licenciados y bachilleres que salieron de sus aulas; de su organización, constituciones y estatutos; de los privilegios que le concedieron los monarcas españoles y los sumos pontífices; de sus bienes y rentas; de los claustros más notables y los asuntos que en ellos se trataron y acordaron; de sus dificultades con las diversas autoridades; de su fábrica material; de sus festividades y funciones religiosas, civiles y literarias; y de otros muchos asuntos que vienen a completar la historia de la más famosa de las instituciones docentes de la América en aquellos remotos tiempos, así como de otros relacionados con la vida política y religiosa de la Nueva España.

No encontramos palabras con qué enaltecer su mérito, y basta recorrer o simplemente ojear sus numerosos capítulos, para formarse idea de su erudición y copioso material que ofrece, no tan sólo para estudiar la evolución de la Institución a que se refiere, sino la cultura intelectual de la Colonia durante el reinado de la Casa de Austria.

Los materiales de que se sirvió Plaza en la formación de su *Crónica,* fueron, aparte de la *Relación* que escribió su padre, y que, como asienta Beristáin, le sirvió de base, el archivo de la Universidad, que tuvo a su cargo en todo el tiempo que sirvió la Secretaría, y las noticias que deben haberle suministrado los viejos maestros y dignatarios, con los que, en virtud de su oficio, estuvo en constante comunicación.

De los bibliógrafos antiguos que tratan de la obra de nuestro biografiado, Eguiara es el primero, el cual dice en su *Bibliotheca Mexicana* (1755) acerca de ella: "*Chronicae Regiae & insignis Universitatis Mexiceae Novae Hispaniae ab anno* 1553 *ad usque* 1687 Extat Operis in Libros quinque distributi authographum, pariterque Exemplar, in Archivo ejusdem Universitatis". Beristáin a su vez, agrega en su *Biblioteca Hispano Americana Septentrional* (1816): "Crónica de la insigne Universidad de México de la N. E. desde el año de 1553, de su fundación, hasta el de 1689". MS. en fol. en la biblioteca de la Universidad. El Dr. D. Agustín Pomposo Fernández de S. Salvador me ha franqueado una copia, que me ha servido para esta biblioteca".

Indudablemente que llamará la atención la variedad de los títulos que dan a la obra de Plaza los bibliógrafos citados, mas ello se debe a que Eguiara, sin el menor escrúpulo vertió al latín, lengua en que escribió su *Bibliotheca,* los títulos de las que consigna, circunstancia que, como es natural, dificulta muchas veces su identificación. En cuanto a los años que abarca su contenido, no es extraño que también difieran, porque tanto en el título del manuscrito definitivo, como en el del *Borrador* que, en un volumen en folio, de 471 fojas, y procedente de la Universidad, se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional, consta que alcanzan hasta 1687, cuando el primero comprende hasta 1690, y el segundo hasta 1689. De lo expuesto se desprende que Eguiara conoció ambos ejemplares, y Beristáin el segundo de los que mencionamos, y aun quizás también el primero, que pudo muy bien haber sido la copia que dice le fué proporcionada por el Dr. Fernández de San Salvador.

Probablemente la muerte impidió a nuestro biografiado ver publicada su *Crónica,* a la que consagrara gran parte de sus afanes, mas no alcanzamos a comprender por qué azares de fortuna ha permanecido por más de dos siglos, no sólo inédita, sino olvidada. Con excepción de Eguiara y Beristáin que la utilizaron con gran provecho en sus bibliografías, y de algún otro autor, entre los modernos es Medina, quizás el único que se ha servido de ella en su magistral obra *La Imprenta en México,* porque García Icazbalceta sólo aprovechó el extracto que de ella hizo el Padre José Pichardo, de la Congregación del Oratorio, y no conoció la obra completa sino hasta 1886, año en que el erudito bibliófilo don José María de Agreda y Sánchez encontró el *Borrador* en la Biblioteca Nacional.

No es nada remoto que a la muerte casi súbita de Beristáin, la

copia de la *Crónica* que dice haber tenido en sus manos, pasara a poder de sus herederos. Años después una sobrina del bibliógrafo vendió los restos de la biblioteca de su tío al mencionado Sr. de Agreda y Sánchez, entre los cuales pudo muy bien haberse encontrado la obra de Plaza, y a raíz del fallecimiento de dicho bibliófilo, acaecida en 1916, la adquirió de sus herederos el distinguido bibliógrafo Lic. D. Jenaro García, en cuya rica biblioteca se encuentra actualmente.

Al terminar esta breve reseña, hacemos votos por que tan importante obra sea cuanto antes dada a la estampa para honra de su autor, provecho de las letras patrias y gloria de la Real y Pontificia Universidad de México, la que, con su hermana gemela la de San Marcos de Lima, que más afortunada subsiste hasta nuestros días, fué la primera del Continente Americano.

J. B. IGUIÑIZ.

C. de la Real Academia de la Historia.

CAMPO

DEL *hidrópico vientre de las nubes hurañas*
se desprende un torrente de líquidos cristales.
El viento huele a arcilla húmeda. Las montañas
se ciñen alquiceles de nieblas irreales.

Lagunas verdinegras parecen los maizales,
minúsculos picachos de arena las cabañas
y el río una serpiente que cruza las campañas
zafando los pedruscos y abriendo los breñales.

Ante la maravilla campestre que circundan
de idealidad los conos lejanos de la sierra,
ansias de acción y espacio mi corazón inundan...

¡Ah, si al partir en fuga la juventud vencida
fuera posible al hombre como a la madre tierra
tras el callado invierno, recomenzar la vida!...



PARIA

NO *has podido librarte de la dura cadena,*
y dócil al influjo de la opinión menguada,
marchas, ligero el paso y el alma enajenada,
tras el carro de triunfo en la vulgar escena.

El nimbo de la garra omnipotente llena
de insólitos fulgores tu mente caldeada,
y sólo por la gloria terrible de la espada
tu corazón palpita y tu palabra suena.

Naciste para esclavo, y esclavo ha de encontrarte
el liberto, en las sendas de la vida y el arte,
al pasar dando voces el coro adulador;

y aunque a veces te asalten ansias de manumiso,
irás eternamente como un perro sumiso
tras la huella profunda del pie dominador.



AFINIDADES

IGNORO *dónde pasa los días... Pero a veces*
llegan a mí sus versos magníficos, y siento
vibrar al par del suyo mi torvo pensamiento,
movido por sus cóleras, ungido por sus preces.

Quizá en nuestros espíritus las mismas lobregueces
ondulan como nubes batidas por el viento,
y una altivez idéntica, llenándonos de aliento,
erguidos nos mantiene, de faz a los reveses.

¿Indio?, ¿sajón?, ¿latino? Quién sabe. Si distinto
clima selló la raza que nos produjo, un solo
afán nos mueve; y vamos rimando prez o tumbo,

como esas fieras aves que esclavas del instinto
van por las soledades blanquísimas del polo,
distantes unas de otras, pero hacia el mismo rumbo!

ESTEBAN FLORES.

UNA CARTA DEL CONQUISTADOR D. GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

DEBO a la complacencia de mi amigo el culto colombiano don Carlos Salazar del Camino, el haber tenido en mis manos una muy interesante carta del Mariscal del Nuevo Reino de Granada don Gonzalo Jiménez de Quesada, fechada en Santa Fe en 20 de febrero de 1558 y dirigida al rey de España, "en su Real Consejo de Indias". La lectura, dificultosa, por cierto, porque para quien no ha pasado su vida en los archivos, la comprensión de los manuscritos del siglo XVI es labor casi tan ardua como la de comprender los jeroglíficos egipcios o aztecas; la lectura de esa carta, y especialmente la de un párrafo de ella, trajo a mi memoria el recuerdo de los episodios de la conquista de la Tierra Firme, y me impulsó a completar, con la lectura de crónicas e historias, mis escasos conocimientos a ese respecto, con el fin de escribir este artículo.

Entre los conquistadores del Nuevo Mundo, después de las egregias figuras de Cortés y de Pizarro, no hay ninguna tan digna de admiración como la de Gonzalo Jiménez de Quesada. Nacido en Córdoba o en Granada, entre 1496 y 1500, ya que ni el lugar ni la fecha de su nacimiento han sido bien determinados, y sólo se sabe que era hijo del licenciado don Luis Jiménez de Quesada, que desempeñaba en la segunda de dichas ciudades el cargo de Juez de los Moriscos a raíz de su ocupación por los Reyes Católicos, Gonzalo, más inclinado al ejercicio de las letras que al de las armas, puesto que había estudiado derecho y tenía un empleo en la Cancillería Real, fué nombrado Auditor y Justicia Mayor de la fuerza que, a mediados de 1535, salió de España rumbo a Santa Marta, a las órdenes de don Pedro Fernández de Lugo. En diciembre de dicho año llegó esa fuerza a su destino; y como Fernández de Lugo, después de tomar el cargo de

adelantado, que había quedado vacante por haber muerto Rodrigo de Bastidas, a manos de los mismos españoles, que lo acusaban "de mirar más por los indios que por ellos", quisiese que fueran descubiertas las fuentes del río de Magdalena, porque se le había dicho que eran aquellas regiones tan abundantes en oro como las más ricas de México y el Perú, envió a Gonzalo a realizar tal descubrimiento, al frente de una expedición terrestre y fluvial, integrada por 700 infantes y 80 caballos, con más 200 soldados y marinos que subían en lanchas por el río.

Los hombres de la expedición estaban todos avezados a las fatigas de la guerra, por haberse encontrado en las campañas de Flandes, de Italia o de la misma América. Su jefe, que frisaba entonces en la cuarentena, aunque de mediana estatura y al parecer endeble, era fuerte, ágil, audaz, sufrido y bondadoso con sus subalternos, por más que extremadamente rígido cuando se trataba de mantener la disciplina. Con los indios se mostraba al principio benévolo, ya fuese por inclinación natural o porque quisiese imitar a aquel Bastidas que tan grata memoria había dejado entre ellos; pero no había de tardar, bajo la influencia de las ideas de su tiempo y a veces obligado por las circunstancias, en volverse cruel y hasta despiadado.

Épicas fueron las hazañas que realizó Jiménez de Quesada del 6 de abril de 1536, fecha de su salida de Santa Marta, a los primeros días de mayo de 1539 en que regresó a Cartagena. Mientras combatía y sometía a los indios en las orillas de las lagunas de Tamalemeque, su escuadrilla era destruída en el río por otros enemigos, teniendo él que esperar tres meses la llegada de una nueva escuadrilla; pero como tanto los vencedores como los recién llegados intentasen que desistiese de la expedición, necesitó de toda su energía para hacerlos seguir adelante. Selvas vírgenes e intrincadas malezas, al través de las cuales, con ímproba labor, se abrían paso los macheteros, retardaban su marcha; enfermedades propias de aquellos climas cubrían de llagas los cuerpos de sus soldados, entre los cuales había mancos, cojos y aún ciegos por distintos accidentes; las fieras los perseguían y atacaban con tanto atrevimiento, que algunos fueron sacados de sus hamacas y devorados.

Al llegar a un punto que los indígenas llamaban La Tora y que los españoles bautizaron con el nombre de Barranca Bermeja, encontraron un caserío rodeado de abundantes sementeras que sus cultivadores desampararon. Gonzalo advirtió que aquélla era una posesión de fácil defensa; descansó ahí pocos días, y como después se

saliera del río Magdalena y entrara en el Opón, que a poco dejó de ser navegable, resolvió abandonar las embarcaciones, ordenó que regresaran a Santa Marta 160 de sus hombres inútiles, custodiados por otros cuarenta sanos y fuertes, al mando del Lic. Gallegos, y con los doscientos más aguerridos se apercibió a escalar las sierras más agrias de todo el país; sierras que todavía después de tres siglos y medio de civilización se consideran inaccesibles a pie, y que él y algunos de los que le seguían trasmontaron a caballo.

No fueron estériles tantas penalidades. Diez meses escasos habían transcurrido desde su salida de Santa Marta cuando, a fines de enero de 1537, Quesada y sus compañeros, que habían llegado a la cumbre de una cordillera que dominaba extensos valles cubiertos de sementeras, bajaron al risueño caserío que formaba el pueblo de Chipatá, que existe todavía, y ahí dijo la primera misa el capellán Fray Domingo de Las Casas, primo hermano de Fray Bartolomé, de grata recordación para toda la raza indígena; resolviendo el conquistador que aquellas tierras se llamarían Nuevo Reino de Granada.

Como, por órdenes expresas de Gonzalo, los españoles tratasen muy bien a los indígenas, no quitándoles nada ni recibiendo siquiera sus presentes, ahí estuvieron tranquilos y descansando durante un mes, al cabo del cual se encaminaron hacia el país de los chibchas o muiscas, que ambos nombres les dan las historias. Ese país comprendía las planicies de Bogotá y de Tunja, los valles de Fusagasugá, Pacho de Caqueza y Tensa, y el territorio de los hoy cantones también colombianos de Ubaté, Chiquinquirá, Maniquirá y Leiva, y, por Santa Rosa y Sogomoso, llegaba a lo más alto de la cordillera desde donde se divisaban las llanuras de Casanare. Tal región, además de cultivada con esmero, estaba semi-civilizada. Los indígenas recibían a los españoles con muestras de bondadosa admiración, y sólo, al pasar por una colina, fueron atacados por tropas enviadas por el zipa de Bogotá, quien, aunque fué derrotada su gente, no quiso entrar en tratos con los invasores. Estos, sin embargo, después de heroicos combates y de hábiles transacciones, acabaron por someter toda aquella comarca y se apoderaron de un botín tan considerable que, cuando Jiménez de Quesada lo repartió, separada la parte del Real Erario, tocaron 520 pesos a cada soldado de a pie, el doble a los jinetes, el cuádruplo a los oficiales y el séxtuplo al jefe. Hay que advertir que, para hacerse de aquellos tesoros, debieron los españoles despojar no sólo a los vivos, sino también a los muertos, pues es cosa hoy sabida

y cuyo conocimiento se debe a Juan de la Cosa y Luis Guerra, primeros exploradores de las costas de Tierra Firme, que los indios tenían costumbre de poner en los ataúdes de sus muertos tal cantidad de metales preciosos, que en 1532 llegaron a encontrase en una sola tumba objetos de oro que representaban un valor de veinticinco mil pesos españoles.

Hecho, pues, ese reparto, y después de fundar (16 de agosto de 1538) la ciudad de Santa Fe de Bogotá, en recuerdo de la que habían fundado en 1491 los Reyes Católicos frente a los muros de Granada y de dejar a su hermano Hernando como gobernador de aquellas tierras, Gonzalo regresó a Cartagena, como dije, y ahí se embarcó rumbo a España, adonde iba con objeto de pedir al rey la gobernación de los países que había descubierto y conquistado; mas como se entretuviera demasiado en Granada, al lado de su familia, y como ya don Pedro Fernández de Lugo, antes de morir a manos de los peruleros, hubiese dado cuenta de aquel descubrimiento y conquista y de algunos de sus incidentes, cuando llegó a Madrid aquel cargo había sido ya concedido a don Luis de Lugo, hijo de don Pedro. Trasladóse entonces a Gante, en donde a la sazón se encontraba Carlos V; mas como éste no diera oídos a sus reclamaciones, se dirigió, despechado, a París, siendo ahí bien recibido por Francisco I; y no pudiendo regresar a España, pasó después a Italia y otros países de Europa, en los cuales dilapidó su fortuna.

Porque aquellas proezas realizadas en América no lo habían sido sin violar algunos de los preceptos y recomendaciones con que el Consejo de Indias había tratado de defender la vida y bienes de los naturales del Nuevo Continente, dicha benéfica institución lo acusó, cuando estuvo de regreso en España, entre otras cosas, de haber dado tormento y muerte a Tiquesusa, soberano destronado por el zipa de Bogotá, y a otros indios de alta alcurnia, para averiguar dónde tenían escondido su tesoro, y lo condenó a no poner los pies en América durante cinco años, a la suspensión de los cargos de juez y capitán por un año, y a una multa de un mil ducados.

Un año después, sin embargo, por haber llegado noticias más detalladas de sus hazañas, le fueron perdonados cuatro de los cinco de su condena de destierro, y como pidiese que fueran debidamente recompensados sus servicios, reconocidos como eminentes, Jiménez de Quesada obtuvo el título de Mariscal del Nuevo Reino de Granada, con facultad de erigir una fortaleza en sus dominios, de la cual sería alcaide perpetuo, con privilegio de elegir armas y con

2,000 ducados de renta de las arcas de dicho reino y tres mil en otros pueblos indígenas.

Arruinado como estaba, pudo, sin embargo, conseguir un préstamo suficiente para trasladarse al reino que había descubierto, y en 1550 llegó a Santa Fe, en donde fué recibido jubilosamente, no sólo por sus altos méritos, sino porque don Luis de Lugo había sido uno de los peores gobernantes de aquellas tierras. Protegió a los indios contra los abusos y crueldades del visitador Juan Montaño, quien lo obligó, en 1556, a trasladarse a Cartagena; allí esperó el resultado de las acusaciones que contra aquél había formulado; y habiendo sido éstas atendidas por Felipe II, fué condenado Montaño a regresar, cargado de cadenas, a España, en donde fué decapitado después.

Regresó entonces el Mariscal a Santa Fe, y en 1569, a pesar de ser septuagenario o poco menos, acometió la empresa de descubrir y conquistar El Dorado, cuyas riquezas quitaban el sueño a todos los conquistadores del Nuevo Mundo y que no habían podido ser encontradas en 1540 por su hermano Hernán Pérez de Quesada, ni por otros incansables exploradores, quizá porque el tal lugar no era más que una ficción de los indios, que la habían forjado para que los invasores emprendieran en su busca mortíferas peregrinaciones. Tampoco pudo Gonzalo encontrar esos fantásticos tesoros, por más que, por haberle ofrecido la corte de España premiar tal descubrimiento con el título de marqués, anduvo tres años por montes y por valles, guerreando, sufriendo mil penalidades, y gastando más de 250,000 pesos del peculio propio y del ajeno. Cuando volvió, aislado y triste a causa de sus deudas, dedicóse a escribir alguna obra histórica, que tuvo que interrumpir para someter, con sólo 70 hombres, en rápida campaña, a los gualíes, que se habían sublevado; retirándose por último a Mariquita, en donde murió en 1579.

Los restos de Gonzalo de Quesada fueron trasladados a Bogotá nueve años después y sepultados en la catedral, debajo del altar mayor y del lado de la epístola; y allí reposan todavía, venerados por todos los colombianos, especialmente por los hombres de letras, que lamentan que éste, como otros Aquiles del Nuevo Mundo, no hayan encontrado aún un Homero que cante dignamente sus maravillosas proezas.

★

Como se ha visto, aunque excepcional por lo larga y hazañosa, la vida de Jiménez de Quesada fué semejante a la de los demás con-

quistadores ibéricos de este continente: tuvo sus esplendores de heroísmo y sus manchas de crueldad, sus épocas triunfales y gloriosas y sus horas de angustia y de miseria, cual las tuvieron Colón, Cortés y Pizarro. Y era natural que así sucediera; porque ya fueran expensadas por la Corona o simplemente autorizadas por ella, como aquellas expediciones las formaban grupos de gente aventurera, valerosa y tenaz sin duda alguna, pero que acometía tan magnas empresas con fines utilitarios principalmente, se producían a menudo dificultades y choques, a veces terribles. De ahí las luchas intestinas que ensangrentaron entonces estas tierras; de ahí las atrocidades que se cometieron y que, por haber sido casi siempre castigadas, y a veces en forma terrible, no pueden ser atribuídas a lenidad ni mucho menos a complicidad de los monarcas españoles.

Tanto los Reyes Católicos como Carlos V y Felipe II fueron, sin embargo, benévolos con los hombres de indiscutible mérito. Dejaban que se les condenara, para que su sentencia sirviera de ejemplo; pero reconocían después la importancia de los servicios que habían hecho a su patria y a la civilización, y les otorgaban justas recompensas. Jiménez de Quesada no estaba, empero, satisfecho después de su regreso al Nuevo Mundo. Todavía en 1558 se quejaba, en la carta a que antes hice referencia, de que aquéllos a quienes "había dado de comer en nombre de Su Majestad", eran ricos y tenían muchos millares de renta, mientras él, "que había ganado el reino y lo había poblado, era pobre y se iba a fondo sin ningún remedio".

Aunque estas quejas no deben haber llamado la atención de aquél a quien iban dirigidas, ya que había escuchado otras muchas semejantes, sí deben haberle sorprendido ciertas ideas expresadas en la carta del Mariscal. Decíale éste: "En aquellas postreras cartas "que digo, dije por vía de aviso a V. M. cómo no solamente en este "reino, sino en todas estas partes de Indias hay falta y les falta un "beneficio de que gozan todas las naciones de Europa, que es que de "ciertos a ciertos años haya sus juntas que llaman cortes de los "estados o de todas las provincias de estas partes, ora se hiciesen "estas juntas provinciales, quiero decir de cada provincia por sí, ora "generales de todas las provincias de Indias juntas en la corte de "V. M., o acá de cada reino, remitiéndole V. M. a sus virreyes o "presidentes, y cómo con recibir este beneficio con que hubiese cortes "para las cosas de estas partes sería V. M. muy servido, como es "loable costumbre de los buenos súbditos socorrer a sus príncipes "en sus necesidades cuando celebran semejantes cortes"...; y más

adelante agrega: "y si acerté y mi aviso sirve de algo quiero que no "se atribuya la invención de ello a otro, pues yo soy el inventor"...

Si la manifestación de estas ideas, con más detenimiento expuestas en cartas anteriores, no era oficiosa por parte de Jiménez de Quesada, puesto que el monarca, según decía antes, le había "mandado que de todo lo que acá ocurriese le avisase, así del estado de la tierra como de todo lo demás", sí es indudable que el remedio que el Mariscal le proponía para facilitar la gobernación del Nuevo Mundo no puede haber sido del agrado de Felipe II, quien debió encontrar en tal propuesta cierto sabor de sedición y aun de herejía. En aquellos tiempos, en efecto, sólo en Inglaterra y en Alemania, naciones enemigas entonces de España, se practicaba la teoría de la representación nacional; en tanto que en Francia, ni Francisco I, ni Francisco II llegaron a convocar a los Estados Generales, y que en España el hijo de Carlos V consumaba la obra de su padre, agravando, precisamente en 1558, la política autoritaria de los Austrias con negarse a casi todo lo que las Cortes le propusieron y aplazar la resolución de lo demás para cuando le pluguiera tomarlo en consideración.

Mas hay que convenir en que, aunque favorable a las ideas de gobierno popular (que Jiménez de Quesada tenía que profesar como buen español, pero que habían sido afirmadas sin duda cuando, disgustado con el gobierno de su patria, había viajado por países que eran adversarios de ella), el proyecto de establecer cortes provinciales en América y de que los españoles aquí establecidos estuvieran representados en las de España, no podía ni debía, por razones de peso indiscutible, ser aceptado por Felipe II; porque existía el precedente, que habían acatado o acataron después Génova, Holanda e Inglaterra, de que ni Grecia, ni Cartago, ni Roma, sabias repúblicas conquistadoras y colonizadoras, habían permitido régimen democrático en sus posesiones ultramarinas ni hecho extensiva a ellas la representación nacional; precedente que debe entenderse, por supuesto, tomando en consideración las diferencias existentes entre las antiguas y las modernas repúblicas, sobre todo en lo que se refiere a métodos de colonización y representación. Por otra parte, los conflictos entre autoridades, las luchas intestinas que se suscitaban constantemente en estos países y los ensangrentaban con demasiada frecuencia, así como el conocimiento que aquel monarca tenía de la clase de personas que habían formado y formaban las expediciones, puesto que nunca se las había escrupulosamente seleccionado y aún,

como pasó en la tercera expedición de Colón, se había oficialmente recurrido al reclutamiento de presidiarios; todas estas circunstancias, digo, eran motivos más que suficientes para que considerara peor que la enfermedad que se pretendía curar, el remedio propuesto por el Mariscal del Nuevo Reino de Granada.

Prematuro, y por ende inoportuno, era el tal proyecto, por más que a su autor le pareciera tan factible y útil que hasta reclamaba, por haberlo concebido, algo que hoy llamaríamos *privilegio de invención*. Todavía después de transcurridos dos siglos y medio, en 1808, el intento de reunir en la Nueva España un congreso de representantes de los ayuntamientos del reino, congreso que no hubiera sido otra cosa que las cortes de provincia propuestas por Jiménez de Quesada, fué la causa de que el Virrey Iturrigaray fuera capturado en el palacio de México por los secuaces de don Gabriel de Yermo y depuesto y enviado a España para que se le juzgara; y sólo un año más tarde, la Junta Central, establecida en el Alcázar de Sevilla, expidió su famoso decreto de 22 de enero de 1809, en el que: "Considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías como los de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española"... declaraba "que los reinos, provincias e islas que forman los referidos dominios, deben tener representación nacional e inmediata a la real persona y constituir parte de la Junta Central gubernativa del reino, por medio de sus correspondientes diputados". Y aún dos años después, en 1811, el Real Consulado de México, quejándose de que los ayuntamientos de la Nueva España, "compuestos de criollos, por un vicio radical de su constitución", habían hecho las elecciones de 1810 sin que resultara electo para diputado a cortes ningún español europeo, es decir, nacido en la Península, pedía que se le permitiera nombrar como representantes de los conquistadores (!) a don Evaristo Pérez Castro, don Manuel Antonio García Herreros y don Agustín Argüelles, mientras se hacía la elección de seis genuinos representantes de los peninsulares!

Mas no hay que olvidar que para que todo esto acaeciera, había sido necesario que la Revolución Inglesa decapitara a Carlos I, que las colonias británicas de América lograran su independencia, que Luis XVI de Francia fuera también decapitado, y que las armas de Napoleón, derribando tronos y manumitiendo pueblos, esparcieran por todos los ámbitos del mundo las doctrinas de la Revolución Francesa.

Inoportunas, pues, las ideas que el Mariscal Jiménez exponía a Felipe II en la carta de que he hablado, ellas son, no obstante, muestra del noble espíritu de aquel insigne varón, que se adelantaba así, en varios siglos, a la evolución democrática de nuestros tiempos......

ALEJANDRO QUIJANO.

BIBLIOGRAFIA

"Historia General de la Conquista del Nuevo Reino de Granada", por el Dr. D. Lucas Fernández de Piedrahita.

"América. Historia de su colonización, dominación e independencia", por José Coroleu.

"Historia de los Reyes Católicos", por William H. Prescott.

"Historia de la América", por William Robertson.

"Historia de España", por don Modesto Lafuente.

"Historia de España y de la civilización española", por Rafael de Altamira.

"Suplemento a los Tres Siglos de México", por don Carlos María Bustamante.

LA ENSEÑANZA MUSICAL OBLIGATORIA

TOPICO de actualidad en el mundo musical de Francia, es la encuesta de la revista "Le Guide du Concert" para conocer la opinión de altas personalidades artísticas y científicas sobre el discutido tema de la enseñanza musical obligatoria.

La cuestión no es nueva. Ya en 1880 Bourgault-Ducoudray recomendaba al Consejo Superior de Instrucción pública francés la enseñanza del solfeo, no sólo en las escuelas primarias, sino en las secundarias y liceos. Refiriéndose a las sociedades corales, decía Ducoudray: "del Consejo de Instrucción pública depende que los franceses gocen de esas altas instituciones de arte. Bastaría con organizar de manera eficiente la enseñanza del solfeo en las escuelas primarias y secundarias, sin concretarse al canto coral exclusivamente." Si se hubiese atendido esta iniciativa trascendental poniendo en práctica las ideas de Bourgault-Ducoudray, Francia contaría en la actualidad con numerosas y bien organizadas sociedades corales.

Han transcurrido cuarenta años, empero, sin que los hombres de gobierno hayan tomado en cuenta la iniciativa de referencia y la falta de elementos corales para las grandes audiciones es tan notoria, que Gabriel Pierné, director de los Conciertos Colonne, asegura que la interpretación de una obra sinfónica nueva en la que sea necesaria la intervención de las voces, costaría, con ensayos, de 12 a 14,000 francos.

La encuesta de "Le Guide", pues, pone sobre el tapete de la discusión un asunto que ha preocupado desde la más remota antigüedad a filósofos y legisladores. ¿La música es un factor importante en el mejoramiento moral de un pueblo? ¿Su acción es tan benéfica sobre el espíritu como la gimnasia lo es para el cuerpo? Si respondemos afirmativamente a estas preguntas, tendremos que aceptar la necesidad de la enseñanza musical obligatoria, como la aceptaron pueblos

tan antiguos como el chino y el griego, cuya "Música de Estado" no era, en resúmen, sino la obligación que se imponía a niños y jóvenes de aprender determinada música elegida (y a veces compuesta) por los propios legisladores.

Los chinos, desde las épocas más remotas han creído en el poder milagroso de la música y han asociado este arte a los más importantes actos de su vida social e individual. "La virtud, dice el *Memorial de ritos* chino, es el principio de la naturaleza humana; la música es la flor de la virtud." El poder sobrenatural de la música ha sido reconocido en todas las épocas como un gran auxiliar para modificar los sentimientos. La música de Chouénn era tan bella, que habiéndola escuchado Confucio en el reino de Ts'i, "no conoció el placer de la alimentación durante tres meses", según el testimonio de Liú Yú. (1) En las *Memorias* de Se-ma Ts'ien (2) se cuenta que un antiguo emperador de China "hizo cortar la mitad de las cuerdas de una cítara, porque al escucharla, sintió una emoción demasiado profunda." Bien conocidas son las ideas de los filósofos griegos respecto a la eficacia de la música como medio de educación. "Si la música, decían, ejerce una acción tan poderosa sobre los espíritus, será un excelente medio de crear ciertos sentimientos y determinados estados de alma que los gobernantes podrían aprovechar para conducir por el mejor camino los negocios públicos." De este razonamiento nació la *Música de Estado* de los griegos, como había nacido, engendrada por ideas similares, una institución semejante entre los chinos de la antigüedad.

Descartadas las exageraciones de los antiguos filósofos sobre la acción casi milagrosa de la música sobre las costumbres, queda en pié esta verdad: La música ejerce una acción bienhechora sobre las almas. Basta esta consideración para aceptar, desde luego, las iniciativas que tienden a ensanchar ese poder benéfico de la música.

Todo induce a pensar que la pregunta de "Le Guide": ¿debe ser obligatoria la enseñanza de la música? será contestada afirmativamente por el gobierno francés. Aún aceptada y puesta en práctica esta idea, no será la "Música de Estado" la que se impondrá a la Nación francesa. Las condiciones especiales de nuestra vida moderna lo impedirían. Una música controlada por el Estado perdería, desde luego, su libertad; sería la tumba del progreso. Además, los compositores,

[1] Louis Laloy. *La musique chinoise.*

[2] "*Les memoires historiques de Se-ma Ts'ien*", traducidas y anotadas por Eduard Chavannes.

encadenados a la censura oficial que les impondría un género especial de música (el que se juzgase más en consonancia con las tendencias gubernamentales) acabarían por aniquilar su inspiración. Se trata ahora de que todos los ciudadanos franceses conozcan y amen la música al terminar su instrucción preparatoria. Y esto, claro está, es cosa bien distinta de pretender identificar el arte y la moral, cuando ésta es inmutable y aquél sufre transformaciones constantes.

Pero la imposibilidad de crear una música de Estado, no justifica en modo alguno el desdén oficial hacia este arte. G. L. Garnier dice que la música en Francia es la Cenicienta de las bellas artes. (Qué diremos nosotros?...) El gobierno, agrega el distinguido musicógrafo, compra cuadros, monumentos, estatuas y libros; pero no gasta un céntimo en editar las partituras sinfónicas y de cámara que darían gloria a la República en el extranjero.

Al aprobar el gobierno francés la enseñanza obigatoria de la música en todas las escuelas, las nuevas generaciones verán en la música no una diversión más o menos agradable, sino un arte superior que ennoblece a quienes lo practican. Y no tardarían en palparse los resultados benéficos de una decisión aplazada durante tantos años, en la formación de grandes sociedades corales y sinfónicas y en el acrecentamiento de la cultura musical colectiva.

¿Por qué, de un golpe audaz, no realizamos en México tan grandioso pensamiento? Los pueblos jóvenes como el nuestro tienen el derecho de intentar las más atrevidas empresas, de acometer valientemente las más osadas acciones. Ya que tanto hemos destruído, justo es que comencemos a reconstruir.

Por otra parte, si diésemos una educación musical a nuestras jóvenes generaciones, no haríamos otra cosa que seguir la orientación musical de las naciones europeas, después de la guerra. Es, en efecto, notable el hecho de que los pueblos ensangrentados y famélicos aún, vuelven los ojos hacia la música y sienten la necesidad de iniciar una saludable reacción hacia el Ideal.

Francia discute la enseñanza musical obligatoria. Alemania, en medio de su ruina, sostiene un movimiento musical muy importante. Gabriel d'Annunzio, el poeta-soldado, asigna a las artes y especialmente a la música un lugar importantísimo en la nueva constitución que acaba de elaborar, al ser proclamado regente de Fiume. Cree el legislador lírico que la música suavizará la aspereza de las discusiones interiores y desarrollará entre los ciudadanos "el gusto por la armonía y el sueño de la fraternidad universal."

En Rusia, el gobierno bolchevique ha iniciado una intensa propaganda musical. El Comisario de bellas artes, ha creado escuelas gratuitas de música en todos los barrios de Petrogrado. Los cuartetos de arco se multiplican al amparo del gobierno comunista. "Toda la enseñanza musical de Rusia, escribe Lázaro Saminsky, ha sido organizada por el departamento especial dependiente del comisariato de Instrucción pública, conforme al sistema soviet. La instrucción es absolutamente gratuita y accesible a todos."

Y bien: si en la Rusia caótica, sobre el montón de ruinas de una nación destrozada, sobre la desolación y la muerte se levanta la música como una dulce promesa de futuro bienestar, ¿por qué en nuestro país, infinitamente menos desgraciado que la patria moscovita puesto que tenemos sol y pan y el corazón abierto a la esperanza, por qué, decimos, no sembrar en el corazón de los niños el culto de la música que es el culto del Ideal?

Nuestras condiciones actuales son favorables para cambiar en estudio inteligente lo que ahora es inconsciente diversión. Los beneficios que recibiría nuestro arte serían múltiples y trascendentales. Desde luego, los jóvenes, al terminar sus estudios preparatorios, se encontrarían capacitados para constituír asociaciones corales o sinfónicas; se crearía un ambiente favorable a las manifestaciones artísticas (musicales especialmente) y el público sería, en un futuro no muy lejano, más culto en música y más justiciero. Ya no se tributarían, con la inconsciencia con que ahora se procede, las mismas ovaciones a los mediocres que a los grandes artistas.

Ya es tiempo de comenzar la reconstrucción. En esa tarea, la música podría desempeñar un papel muy importante, contra la opinión de ciertos devotos del utilitarismo.

Pero no olvidemos las palabras de Verlaine: "*de la musique avant toute chose.*"

MANUEL M. PONCE.

EL ÚLTIMO LANCE

Al señor don José Río Lagüera
Vicecónsul de España en Monterrey

ERA un anochecer. La escueta llanura se velaba y aparecían sinuosa de la senda, y las casas esparcidas al pie del peñón, decolorados e imprecisos el verdor del campo yermo, la línea agrio y mondo, que limitaba por el frente la planicie. A la izquierda de esa mole, formando con ella un puerto, se erguía la montaña, y las dos eminencias, denegridas por las sombras, se destacaban sobre el cielo luminoso, sobre un cielo de turquesa en que fulguraba ya un lucero.

Sueltas las bridas, flojas las piernas, bamboleándose en la silla como un ebrio, avanzaba en la llanura devorado por la fiebre, Erazo, el famoso capitán.

Envuelto él en negra y luenga capa, zaino el cordobés en que iba caballero, antojábanse el jinete y el caballo dos fantasmas.

El vascongado hazañoso que así en tierra española, como en el Perú, andaba en lenguas por su ardimiento incontrastable, por su audacia siempre triunfadora, había dejado el noble ejercicio de las armas para convertirse aquí, en la España Nueva, en modesto trajinante. Tenía una recua numerosa y lucida, de la cual eran custodios soldados viejos como él, y arrieros esclavos escogidos.

Traficaba entre México y la Nueva Vera-Cruz y carga que condujera iba defendida por leones.

Entre viaje y viaje se entregaba Erazo a prácticas devotas y con hidalga liberalidad repartía sus provechos entre los pobres, pero, a veces, cedía a su natural aventurero, rijoso e iracundo, y no era sino cintarazos y estocadas lo que, con igual largueza, daba a osados y a malsines.

En ocasiones, por divertir su aburrimiento, cortejaba a alguna

dama honesta, siempre con propósitos sanos, que era él un amador platónico incapaz hasta de aquellas poco transcentes demasías que en amor son usuales.

A pesar de que la nueva ocupación de don Antonio no era de aquellas que dan lustre, se le tenía por persona principal y se le respetaba más que por su pasado glorioso, por sus arrestos y sus bríos.

Enfermó el de Erazo de una fiebre maligna en uno de sus viajes a la Vera-Cruz y, extenuado por las sangrías y ahito de drogas, huyó de los físicos y se partió para Aulizaba. Allí, junto al pueblo de las Aguas Alegres, había una venta en donde hallaba sitio en que descansar de sus fatigas, regocijado por el fulgor de unos ojos y el esplendor de una sonrisa.

En aquel anochecer de que habla este relato, iba el caballero en busca de quien había de curar su dolencia, que gran medicina es el cariño.

Era el de Aulizaba el caserío diseminado al pie del cerro, y en el paso que se abría entre el peñón y la montaña estaba la Venta de la Angostura, objeto y fin del viaje de don Antonio.

Peantón, el ventero, era hombre seriote, de pocas palabras y de muchos puños. Con dinero prestado por el capitán compró el mesón, diligente y éntendido, hizo prosperar el negocio, y hacía tiempo que, libre de deudas, guardaba en un paño, bajo siete nudos, doblas más que suficientes para comprarse en su pueblo una casita y una heredad, y dar a su hija Rosa una dote el día en que se casara.

Rosa era la mujer más bella que habría podido hallarse de la Vera-Cruz a México. Garrida, blanca como la leche, con los cabellos castaños, ondulosos y profusos, era un tipo celtíbero sin mezcla de sangre judía, árabe o goda.

Tenía el rostro oval, amplia y tersa la frente, pardos y grandes los ojos, de mirar dulce y tranquilo, y las cejas como trazadas a pincel; recta y fina la nariz, la boca no muy breve, pero bien dibujada, roja y fresca, y guarnecida de dientes blancos y parejos.

El pecho alto y firme, acusador de reciente nubilidad; la curva arrogante de la espalda, y lo prócer de la estatura, la daban aspecto señoril.

Rosa y su padre tenían a Erazo gratitud, afecto, veneración.

Pudiera ser que en Rosa el cariño a don Antonio tuviera raíces más hondas de lo que ella misma pensaba, que de otra suerte no la parecieran tan cortas las paradas, ni tan largas las ausencias del trajinante. Se había dado cuenta de ello Perantón, mas como sabía

al caballero incapaz de cosa que no fuera honrada y limpia, no se curó de impedir que el afecto de Rosa se trocara en otro sentimiento. Además, miraba la dilección que a su hija tenía Erazo, y como éste no era del todo viejo aún, ni pobre, y sí apuesto y galán, nunca tuvo por insensatas las ilusiones de la doncella, cuya beldad era más preciada que una ejecutoria de simple hidalguía.

Al acabar el llano había un humilladero. Reconoció el sitio el potro y se detuvo. Irguióse el capitán, se destocó devotamente, se santiguó y pasó las cuentas de su rosario. Concluído el rezo se internó en la obscura calleja que tenía en frente.

No había sonado la queda y, sin embargo, no transitaba una alma por el arrabal.

Atravesó el pueblo, desierto, silencioso, alumbrado solamente por las luces de candilejas y velones que ardían en lo interior de las casas. Embocó el puerto y al distinguir la venta pareció olvidarse de sus males: puso espuelas al zaino y éste relinchó y emprendió el trote.

En el portal de la casa de Perantón había un grupo de jinetes, iluminado por la escasa luz de un farol que mantenía en alto un hombre que llamaba a la puerta.

—"¡Abra pronto el muy bergante!, decía en los momentos en que llegó Erazo. "Abra y mire que está haciendo esperar a quienes no acostumbran a hacerlo".

—"Pues si no queréis esperar, pasad de largo", respondió la voz aspera y seca del ventero, Se escuchó ruido de pasos que se alejaban, y desapareció la luz que se filtraba en las rendijas.

Sin desmontar se acercó Erazo al portón, dió en él tres golpes con el pomo de la espada, y con una voz que, por metálica y aguda, parecía la de un clarín, gritó a su vez:

—¡Abre, Perantón".

—¿Sois vos, don Antonio?, preguntó el de la venta, que acudía presuroso.

—Sí tal, pero no vienen conmigo estos que aquí esperan. Mira si has de abrirles a ellos también.

—¿Y qué os importa que abra, o que.....?, comenzó a vociferar el del farol, mas fué tal el espadarazo que le cruzó los lomos, que la frase concluyó en alarido.

—Si el amo de este criado tan mal criado toma a ofensa esta lición, dispuesto estoy a satisfacerlo, a caballo o a pie, de hombre a

hombre, o todos contra mí, dijo en seguida el capitán empinándose en los estribos y cobrando la rienda al cordobés.

Antes de que nadie respondiera a la provocación se abrió la puerta e iluminó el cuadro el velón de tres picos que con la diestra alzaba el ventero.

—Entrad, capitán. Dios venga con vos, dijo al de Erazo, y luego a los jinetes, que no se habían movido del portal: "Para vosotros no hay posada".

—Tampoco lo queremos, replicó uno que parecía caballero.

—¿Qué deseáis, pues?

—"Sólo un vaso de vino añejo para apagar la sed y un beso de los labios de la ventera para alegrar el vino".

—"¿Sabéis que venda besos la ventera?", preguntó don Antonio con los ojos fulgurantes y conteniendo con el gesto a Perantón.

—"A gente hidalga tal vez no, pero cuentan que no es esquiva a los arrieros".

—"Pues menguada ha de ser vuestra fortuna si no lográis lo que consigue gente tan soez. Déjales entrar, Perantón, y llama a Rosa".

—"¡Te dijo que les dejes entrar!", ordenó imperioso al ventero, que obedeció de mala gana.

Desmontaron todos y penetraron en una pieza espaciosa destinada, sin duda, a comedor: así lo decía la mesa descomunal que había en el centro y las sillas y escabeles que la rodeaban.

—"Apartad la mesa y poned en ella dos velones", mandó don Antonio y luego, como entrara Rosa, la hizo sentar en un sillón. "Servid el vino y cerrad las puertas", agregó.

Arrojó lejos de sí el fieltro de anchas alas, sin usar más que del brazo izquierdo se enrolló en él la capa, e hizo centellear en el aire la hoja de Toledo.

—"Ahí está el vino, y aquí la ventera. ¡Que el más osado beba y venga por el beso", dijo arrogante.

Puesto en guardia, saliente el busto y erguida la cerviz, era hermoso, terriblemente hermoso, el capitán: en su semblante, delicado y lampiño, había gesto tan cruel que ponía espanto. Brillaban extrañamente sus ojos, y sus labios exangües se contraían mostrando los dientes en una sonrisa que era una amenaza.

Tenía la belleza triste que se atribuye al ángel caído.

Hubo un momento de vacilación por parte de los caballeros. Al fin se adelantó el más joven, chocaron las espadas y, después de una frase sobria que puso de manifiesto su maestría, se tendió a fondo

el de Erazo y hundió la hoja hasta los gavilanes en el pecho de su enemigo.

Avanzó el segundo.

—"No os mataré para que haya alguien que cuente esta aventura", le dijo don Antonio, y un minuto después el brazo derecho de su adversario pendía casi desprendido.

—"Curad a este hombre y que nadie salga de aquí mientras que yo me alejo", ordenó el capitán. Limpió con la capa la sangre que había quedado en la espada, se apoyó en la doncella, y salió, lentamente, sin volver el rostro.

—"Me estoy muriendo", la dijo. "Pon tu mano en mi frente... Ha muchos días que esta fiebre me devora".

"Vine porque estaba seguro de que habrías de devolverme la salud, y porque si no lo hicieras moriría contento teniéndote a mi lado... ¡Dios no lo ha querido! Me voy antes de que me prendan. Adiós, hija mía", y la besó en la frente.

—"Padre", gritó Rosa, y cuando salió el ventero le dijo firme y resuelta: "Está enfermo, muy enfermo, don Antonio. No puede quedarse con nosotros, y no podemos dejarle que se parta solo en este estado. Con él me voy".

—"¿Adónde vais?", preguntó únicamente Perantón.

—"Al Ingenio. Allí le tendré oculto mientras sana".

Montó Rosa a la grupa, y allá se fueron el capitán y la doncella, protegidos por las sombras.

Duró enfermo muchos días don Antonio, y Rosa veló asidua a su cabecera consolándole, endulzando su padecer con sonrisas y palabras.

Cuando estuvo cercano el instante postrero, después de haberse preparado cristianamente para el viaje sin retorno, se quedó a solas con la doncella y la entregó un paquete que guardaba bajo el cabezal. Asió las manos de Rosa, cerró los ojos, y expiró.

Poco después yacía un cadáver en el suelo, con una piedra por almohada, y vestido con un hábito... ¡de monja dominicana!

... ...

Cuenta la tradición que así acabó, en El Ingenio, cerca de Orizaba, el capitán don Antonio de Erazo, o de Erauso, es decir, doña Catalina de Erauso, la Monja Alférez, célebre por sus hazañas en Chile y en el Perú, en donde militó bajo el nombre de don Alonso Díaz Ramírez de Guzmán.

FRANCISCO GONZALEZ MENA.

LA JOVEN LITERATURA MEXICANA

SECCIÓN A CARGO DE

AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ

CARLOS PELLICER. Es admirable la plasticidad de nuestros jóvenes escritores, y sobre todo de los poetas. Sin razón para que ruboricen las nobles influencias que proyectan sobre los literatos en gestación las fosforescentes cumbres de la belleza, entendidas a la manera que Gide las explica, causan, sin embargo, frecuente perplejidad en quienes con desdeñoso egoísmo mal encubren su impotencia creadora. Nuestro temperamento fuertemente emotivo, dúctil y fácil al contagio de las exterioridades cuando ellas encierran aunque sea una leve vibración, acepta con las sabias limitaciones que el mismo crítico francés le marca, la exacta teoría de las influencias, en cuanto la producción lleve en sí misma auténticas cualidades de belleza. Así se explica, obviamente, que muchos de nuestros jóvenes poetas resulten influídos leve o fuertemente por las vigorosas corrientes líricas provocadas por los máximos poetas. Darío, Lugones, Díaz Mirón, Chocano, y aun Herrera Reissig y Valencia tienen en América abundantes admiradores que leen con demasiado *interés* sus obras, muy a pesar del recelo de algunos de ellos y de la maravillosa profesión estética de *Prosas Profanas*. Sin embargo, la distinción entre los poetas de influencia pasajera y sana y los de imitación servil, la marca fácilmente el talento y la honradez artística.

Lo que pasa en América —inclusive nosotros— con la influencia de Darío, Lugones y Díaz Mirón en corriente centrífuga, acontece en México y se extiende ya en ondas de amplio reflujo a todo el continente con el prestigio lírico del doctor González Martínez. Tal vez la fuerza ascendente de su estética explica el interés creciente que hacia la poesía del autor de *Senderos Ocultos* se percibe en las juventudes de América. Gutiérrez Nájera —por haber sido flor de selección bien tarde descubierta para el resto del hemisferio— Othón y Urbina, por asumir posiciones personalísimas que expresan en su especial sensibilidad la palpitación de su estro, y Nervo a quien salva de toda imitación la manera íntima de sentir y hacer sentir su arte desde planos de tan suave declive que toda valorización de la forma se esfuma, se diluye, casi se pierde en el encanto má-

gico de la hondísima y humana vibración, llevan sólo en su propia obra el seguro de su existir. López Velarde, como González Martínez, tiene en México una compacta teoría de imitadores aun entre poetas casi *seniles*, y Tablada en su última manera de maravilloso colorido y ágil expresión siempre característica en él, conquista numerosos prosélitos.



Carlos Pellicer, temperamento amable y expresivo, de ingénita distinción y bondad espiritual —traicionadas a veces por epidérmicas apariencias— posee innegables calidades de poeta. Poeta de perspicaz contemplación y rumorosa y obsesionante sonoridad, siente la hipnótica tentación del color y la línea en tanto expresen movimiento, agilidad o ritmo.

Fosforeció el prodigio y en rumbos rutilantes
el mar, el cielo, el alma se dieron a volar;
augustas persuasiones como nobles diamantes
fuéronse sagitarias sobre la Obscuridad.

La plástica es para él acción y gracia, danza o mar, ondulación de horizontes o titilación de sombras en las simas.

Y es tal el prestigio que el movimiento y el sonido ejercen en su inquieta inspiración lírica, que el destello de la emoción —pálidamente esbozado— emerge de la fuerza tumultuosa y evocadora del término.

Fué un galope flotante de remotas venganzas
que acaudillaba el rayo desatinando flechas.
Sobre el cielo harapiento vibraron las entrañas
del Sol. Aquella tarde fue sólo una silueta.

El sortilegio de las palabras lo seduce tanto como la fuerza del color y así su apoiínea tentación se antoja metal o tumbo, nácar u ónix, rugido o trino, oros y gemas, múrice o mármol....

Ello explica su temprano verbalismo no carente de valor poético y las influencias de Chocano y Díaz Mirón que se advierten en sus jóvenes poemas.

Una jocunda plenitud de vida, derroche de vigor y sana satisfacción, incontenible desbordamiento de felicidad y juventud, riman sus cantos que parecen por momentos clarinadas épicas sólo para ser oídas de labios del poeta. El léxico, casi de *estilo colosal*, se ajusta a su ideal pictórico por la abundancia de tér-

minos de rugiente onomatopeya, evocadores de proporciones gigantescas y desmesuradas. Descriptivo de fecunda y penetrante mirada, el ritmo y la técnica se subordinan, en ocasiones con manifiesta dificultad, a la espontaneidad de la palpitación plástica o fonética y su pasión por el término lo lleva a un preciosismo peligroso en que parece recrearse: más allá de la paradoja lírica.

Muy joven aún creo hallarlo en plena evolución y prueba de ello son sin duda sus poemas últimos escritos en Suramérica, con una mayor comprensión de la existencia. Atisba, dentro de sus fundamentales excelencias ya esbozadas, la profundidad no de una filosofía que nunca buscará, pero sí de una más honda y silenciosa noción de los valores: el equilibrio de su visión y de su ritmo, el centro de su emoción y la perfectibilidad de su forma expresiva. Purificada la técnica, y quintaesenciada su cultura, la gallarda sutileza inquisitiva florecerá ondulante y armoniosa en sonoras y objetivas evocaciones.

A. L. Ch.



SON DE VIENTO EN LAS PALMAS...

SON *de viento en las palmas. Brinca el mar.*
—Bergantines.
Como púgiles blancos son dos nubes opuestas.
En los triángulos grises de un velamen, en fiestas
de colores errantes, juegan pájaros ruines.

Dos lentos alcatraces, como aéreos rondines,
en monótonos vuelos, vuelven. En las florestas
playeras vibra el júbilo del verano, y a estas
horas llevan al baño marino a los rocines.

Pálida y resonante, toda ritmo y soltura,
y ungiendo con sol y agua la movible blancura
de su cuerpo, una hembra, cabe rocas se mira.

Y una roca que aísla su solemne postura,
después que suena un látigo de ola en su negrura,
con la espuma sonríe, con sonrisa de ira!

Campeche, 1915.

YO NO SÉ QUÉ TIENE EL MAR...

Yo no sé qué tiene el mar,
que se ha vuelto tan callado
desde el último crepúsculo
lunar.....

Novilunio de marfil
se ha escapado de las nubes
por mirarse en el cantil.

Los romances de la noche
abren ala en el palmar,
y dice el viento nocturno:
"Yo no sé qué tiene el mar".

A veces una guitarra
que desgarra
una canción española,
lamenta el silencio humano
y la quietud del océano
que no emerge ni una ola.

Mi vecina está de luto
y hasta esa nota discuto,
pues la oigo suspirar.
Yo creo que está de luto
por la tristeza del mar.

Por la tristeza del mar!.....
que se ha vuelto tan callado
desde el último crepúsculo
lunar.....

Campeche, 1915.

EN NEGRO SE DESAFINA..

EN negro se desafina
la penumbra de la tarde.
¿Y el corazón? Tarde a tarde
a la muerte se encamina.

Arbol negro. La silueta
torna el paisaje elegante.
Una tarde sin poeta,
un amante sin amante.

Aguafuerte inacabada.
La postrer ola en la arena
como una larga pisada.

Playas venezolanas, 1920.



RECUERDOS DE IZA

(*Un pueblecito de los Andes*).

1. *Creeríase que la población,*
después de recorrer el valle,
perdió la razón
y se trazó una sola calle.

2. *Y así, bajo la cordillera*
se apostó febrilmente como la primavera.

3. *En sus ventas el alcohol*
está mezclado con sol.

4. *Sus mujeres y sus flores*
hablan el dialecto de los colores.

5. *Y el riachuelo que corre como un caballo.*
arrastra las gallinas en Febrero y en Mayo.

6. *Pasan por la acera*
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera.

7. *Aquí no suceden cosas*
de mayor trascendencia que las rosas.

8. *Como amenaza lluvia,*
se ha vuelto morena la tarde que era rubia.

9. *Parece que la brisa*
estrena un perfume y un nuevo giro.

10. *Un cantar me despliega una sonrisa*
y me hunde un suspiro.

Sagamoso, Colombia. Agosto de 1919.



HOMENAJE A AMADO NERVO

VIDA.
Vida que te restituyes a ti misma
con la vivaz aurora campesina.
Vida que sobre las rosas bautizadas
soplas el aura de la gracia eterna.

Desnudo el cuerpo, vestida el alma con tus alas
vengo a dejarte el bronce de mi juventud
a cambio de las joyas con que me adorna el alba.
Vida fuerte y prolífica
que me impeles al sol del día máximo
con una gran sonrisa,
y cuelgas de una estrella mi destino
que ha de llevarme a ella.
Vida que me has salvado de otra vida
que en ti está y no me das, porque pudiste
fascinar la serpiente de mi tristeza indígena,
hostil como el nopal en que se arqueaba,
y me lanzaste el águila de tu fuerza optimista.
Joven y redimido, vengo a escuchar la música del campo
y a enriquecerme con tu estío.
Dórame con tu sol junto a los trigos,
vénceme con tus frutos femeninos,
revíveme después con tus intactos vinos.
Hoy es tu fiesta,
hoy es la fiesta de tu mejor hijo,
De aquel que al fin te dijo:
"Vida, nada me debes, vida, estamos en paz".
Ya llegó a tu regazo;
Por eso eres más bella y es más fuerte tu abrazo
y es más noble tu faz.
Hoy es la fiesta concéntrica del mundo.
Si tú le das tus rosas, él te dió sus manzanas.
Llueva la lluvia límpida del cielo matinal,
en tanto en las ciudades de Cristo, las campanas
sobre las hondas Catedrales
sacudan hasta el vaso del altar.
Vida, ya es tuyo el hombre
cuyo nombre es amado por todos y por todas.
Hoy renuevas tus bodas

y renuevas los planes a la Esfinge,
tu animal predilecto.
El tiempo ha amanecido una vez más
de yerba limpia y de jocundo insecto.
Corro sobre los prados
cantándote los cantos de alegría
de la alegría plena
porque llegó a tus bosques el poeta
que ya no va a cantar,
sino que va a escuchar;
que ya no va a decir,
sino que va a oír.
Rímame con un roble
que ramas lanzo y que corteza opongo!
Harás el dístico rotundo
para iniciar el homenaje fuerte.
Vida
generosa y magnífica,
alégrate más, alégrate,
hasta poner las rosas en los árboles
y tu corazón junto a los lirios.
El jardinero de tu flora óptima,
el hermano del agua,
te florece sus manos conmovidas.
En conjunción intensa
miro al cristiano sin liturgias, puesta
la mano con dulzura en la mejilla,
besándote la frente
y lleno de sonrisa en la pupila.
Vida
generosa y magnífica!
alégrate más, alégrate,
el poeta es ya tuyo.
El hijo del Ensueño y de la Esfinge

llegó a tu corazón. Sobre el planeta
cruza la escuadra aérea
de las palomas de la paz.
Abrácense las liras, súmense las Auroras
Ríjase el río por lo que diga la torcaz,
porque integró la vida su prosapia recóndita.

Pasa el solemne soplo del templo de la Paz.

CARLOS PELLICER.

Bogotá, septiembre, 1919.

EL ARTE MUSICAL EN EL MUNDO

SECCIÓN A CARGO DE

MANUEL M. PONCE

Walter Damrosch, director de la "New York Synphony Orchestra", después de la jira artística que esta agrupación realizó por Europa, ha enviado una interesante carta al director de la revista musical "Le Courrier Musical" de París. Entre otras cosas, Mr. Damrosch escribe: "Nuestra jira fué coronada por un éxito completo. Visitamos seis países durante nuestra *tournée*, habiendo dado 29 conciertos en diecinueve ciudades diferentes..." "¿Cuál fué el objeto de nuestro viaje? Yo creo que el de demostrar a nuestros amigos del viejo mundo, en cuyas trincheras combatimos durante la gran guerra, que también intelectualmente la América habla el mismo lenguaje y que, musicalmente, apreciamos con una exacta comprensión las obras de los grandes maestros europeos. La entusiasta acogida que se nos dispensó en los países que visitamos, nos mostró los sentimientos fraternales que abrigan nuestros camaradas hacia nosotros.

El amor a la música, a la música sinfónica especialmente, ha echado profundas raíces en el corazón de América. Existen actualmente doce grandes orquestas sinfónicas que, como la mía, subsisten gracias a la generosidad de ricos Mecenas y que son capaces no solamente de contar con todos los elementos, sino de ensayar diariamente para alcanzar la perfección en el conjunto, imposible de obtener de otra manera... Naturalmente, yo me interesé mucho por el análisis de mis interpretaciones, especialmente las de Beethoven, que hicieron los críticos musicales. No debo quejarme, en verdad; por lo general esas críticas fueron cordiales y elogiosas para mis interpretaciones. Alguno de los críticos, empero, estimó nuestra interpretación de la *Heroica* demasiado sentimental; mientras que otros, en Londres, opinaron todo lo contrario. ¿Quién tiene razón? No lo sé. Las interpretaciones de un director de orquesta son, generalmente, el resultado de cierta educación y de ciertas convicciones tan arraigadas que, a pesar de todos los razonamientos, no pueden cambiarse y sólo se modifican por un secreto impulso.

A un crítico musical, por otra parte, puede fácilmente chocarle y aburrirle la interpretación de un autor clásico bien conocido, muy diferente de la que en su país ha sido ya consa-

grada como tradicional y a la cual se ha apegado toda su vida. Sin embargo, yo he leído con orgullo la carta que escribió el gran maestro Vincent d'Indy en un diario de París, sobre la interpretación de la *Heroica*. Me encuentro realmente confundido y encantado por las muestras de cordial simpatía que recibí de mis colegas de Francia, Italia, Bélgica e Inglaterra.

*

Las vacaciones de los compositores no son, como podría creerse, una época de descanso; antes bien las semanas que todo el mundo dedica a divertirse en las playas de moda o en las montañas, son aprovechadas por los músicos para trabajar, lejos de las labores cotidianas, en las obras que, más tarde, el público apreciará en los escenarios o en las salas de concierto.

La importante revista "Le Monde Musical" abrió una interesante encuesta entre los compositores franceses, respecto a los trabajos realizados por ellos durante las vacaciones del verano que acaba de pasar.

Reproducimos a seguida algunas de las respuestas que la revista musical francesa ha recibido.

Del gran maestro Camilo Saint-Saens: "He preparado una próxima edición de Sonatas para violín de los más célebres maestros del siglo dieciocho, realizando los bajos cifrados y anotando la interpretación de los signos de adorno, con un importante prefacio explicativo".

VINCENT D'INDY: "Me preguntáis si he trabajado... ¡Pero si el trabajo es el objeto principal de mis vacaciones! He terminado una especie de sinfonía o más bien *Suite* en cuatro partes, para orquesta: *El Poema de las riberas*. Está ya terminado el boceto, la *música*, que es lo principal, pues la orquestación, que es un juego, la realizaré el próximo verano. La ejecución de esta obra, por consiguiente, no podrá tener lugar sino durante la *saison* de 1922.

También he escrito una pequeña partitura de música de escena para *Verónica*, un drama de Charles Gos. Siete trozos de bastante importancia la integran.

La próxima semana regresaré a París para asistir a los exámenes de admisión de la *Schola* y dirigir las primeras representaciones de la *reprise*, en la Opera, de *Saint Christophe*.

PAUL VIDAL: "Durante este verano he trabajado mucho. 1o.: Poner en partitura y revisar la segunda Sinfonía de Méhul, que dirigí en los Conciertos Pasdeloup. Esta Sinfonía aparecerá en la Edición nacional de Senart y podrá ocupar el lugar que le corresponde en el repertorio clásico; 2o.: Terminar y orquestar *Pierrot Millionaire*, obra póstuma de Charles Lecoqc, poema de Henri Cain y Spagel destinada al Casino de Monte-Carlo; 3o.: Poner en limpio algunas piezas de piano; 4o.: Componer bailes modernos, *tangos*, *fox-trott*, que aparecerán bajo un seudónimo impenetrable".

LOUIS AUBERT: "En esta abadía laica y ruidosa de Saint-Jacut-de-la-Mer (Cote du Nord) cuyos ciento sesenta huéspedes se disputan los restos deplorables de un viejo y único piano, he terminado una serie de piezas para los biznietos de este pobre instrumento que no me ha prestado en absoluto su ayuda. También tenía yo el proyecto de terminar una Sinfonía y un Quinteto comenzados hace muchos meses: pero el aislamiento es aquí muy relativo y espero estar en calma... en París, para realizar mis deseos".

FLORENT SCHMIT desde D'Artiguemy, Altos Pirineos, escribe: "Ha habido mucha niebla durante estos tres meses y esto es poco propicio para trabajar. Por otra parte, ¿qué se puede hacer en tres meses? El tiempo indispensable para recogerse y meditar. Lo nuevo: un trozo para piano. Todo lo demás, sin terminar. Una ojeada solamente a la *Foret de Magadha* de Mad. de Brismont y Víctor Galoulew, una *féerie* en varios actos. En fin, la reducción para piano a cuatro manos de *Antonio y Cleopatra*, me absorbió bastante tiempo".

P. DE BREVILLE. Compuso dos pequeñas obras para canto y piano y un trozo para flauta y piano *une flute dans les vergers*, que aparecerá próximamente en la casa Rouart et Leroll.

EUGENE COOLS. Orquestó *Nos filles recoivent* para un ballet de niños y trabajó en el *Jugement de Midas*, comedia lírica en tres actos con libreto de G. Spitzmuller.

ALFRED KULLMANN. Terminó el tercer acto de una gran ópera *Satan vaincu* cuya acción se desarrolla en Alsacia. El libreto es de M. Brody.

ALFREDO CASELLA. Concluyó la nueva versión de Pupazzetti para grande orquesta y compuso cinco piezas para cuarteto de arco: Preludio, Berceuse, Valse ridicule, Nocturne y Foxtrott. Estas obras serán publicadas por la casa Chester de Londres, la cual publicará también un libro intitulado: "L'evolution de la Musique a travers l'histoire de la cadence parfaite".

Además, corrigió las pruebas del 3o. y último volumen de la gran edición crítica de las Sonatas de Beethoven que edita la casa Ricordi.

A. MARIOTTE. Corrigió las pruebas de cinco piezas pianísticas, *Impressions urbaines*, comenzadas en 1913, las cuales aparecerán en la casa de Enoch de París.

LEO SACHS. Terminó una Sonata para viola y piano, en cuatro partes: una *Suite* para orquesta; una *Elegié* para violoncello y varias romanzas para canto.

DARIUS MILHAUD. Escribió: cinco estudios para piano y orquesta; *Suite* de danzas sudamericanas para piano intituladas *Saudades de Brazil; Cinema Fantasia* para piano; *Feuilles de temperature*, 4 poemas de Paul Morand para canto y piano y terminó su 5o. Cuarteto de arco.

G. SAMAZEUIL. En Ciboure, Bajos Pirineos, Gustavo Samazeuil ha compuesto un poema para orquesta *Nuit*, inspirado en el país vasco; instrumentó para piano y orquesta su *Fantasía elegiaca* y, a petición de Manuel de Falla, hizo la reducción para un segundo piano de las *Noches en los jardines de España*.

ALBERTO ROUSSEL. Ha terminado una Sinfonía, en Varengeville, cerca de Dieppe.

H. WOOLLETT. Terminó un *Sextuor* para dos violines, viola, dos violoncellos y piano. Escribió también un libreto para un *cuento lírico* en tres actos: *Le Monstre*. Una gran parte de sus vacaciones las empleó en pintar.

GABRIEL GROVLEZ. Trabajó durante el estío en una comedia musical intitulada *Le Marquis de Carabas* con libreto de M. R. Coolns.

JEAN HURÉ. A pesar de su precaria salud, ha terminado la orquestación de *Fantasio* opereta para la Gaité.

ANDRE MESSAGER. Durante las vacaciones ha guardado un absoluto reposo. "Hace mucho tiempo, dice, que no me acontecía cosa semejante."

MAURICE RAVEL. En una apacible campiña del Departamento del Eure, ha empleado su tiempo en la composición de un dúo para violoncello y violín y en una obra lírica destinada a la Opera, con argumento de Mad. Colette.

*

De todas las artes, la música es la que menos ha sufrido bajo el régimen bolchevique. La pintura, la escultura y la literatura, apenas si dan señales de vida; esta última, especialmente, ha sido aniquilada por la literatura comunista. En Petrogrado y en Moscow se publican solamente dos o tres periódicos diarios en cuyas páginas no se encuentra otra cosa que polémicas y desahogos. Ninguna revista literaria ve la luz pública. En cuanto a libros, los comisarios aprovechan el poco papel de que pueden disponer para hacer ediciones de los clásicos rusos e imprimir traducciones de obras extranjeras.

Louis Abbiate, profesor del Conservatorio de Petrogrado, a su regreso a París, ha publicado un interesante artículo acerca de la situación musical en Rusia, del cual tomamos las siguientes noticias.

En Petrogrado abundan los conciertos, los espectáculos y las fiestas danzantes, para los marinos, los guardias rojos y los obreros. A los artistas se les paga con pan u otros comestibles, por ser ésta la única retribución que tiene un valor real. Los músicos necesitan poseer, además de los conocimientos técnicos, una resistencia física muy grande para recorrer con su instrumento en el brazo distancias de varios kilómetros, por la falta absoluta de vehículos en Petrogrado. Los jóvenes, naturalmente, son los que triunfan en esa formidable lucha. En cuanto a los viejos y ameritados maestros, unos han huído, (Auer a Estados Unidos, Cawts a Finlandia, Fittelberg a Polonia, etc.); algunos han muerto y otros como Akimenko, Steinberg y Winkler—profesores del Conservatorio—se han visto en el duro caso de tocar, en medio del Terror y el hambre, para divertir a la canalla, a los pícaros enriquecidos y á los soldados, sobre todo á los soldados omnipotentes.

"El Conservatorio, escribe el profesor Abbiate, obtuvo del Comisariato un poco de leña, por el mes de enero próximo pasado, para calentar algunas clases a las que concurrían pocos alumnos. De cincuenta discípulos que asistían a mi clase de violín, sólo quedaron ocho jóvenes de once a quince años de edad. Pero esas criaturas no pudieron continuar sus estudios por falta de cuerdas o de música impresa. Mi clase de cuarteto, como otras clases de música de cámara y de orquesta, fueron anuladas desde hace tiempo. Subsisten algunas clases de piano, porque los profesores reciben a sus discípulos—señoritas en su mayor parte—en sus propios domicilios.

He aquí algunos datos sobre las relaciones entre los sueldos y el costo de la vida: Un colega del Conservatorio percibía mensualmente, por término medio: once mil rublos, como profesor del Conservatorio; cinco mil, en una escuela de barrio y cinco mil en un teatro o cine. Además, como miembro de la orquesta en dos o tres cuarteles, recibía cuarenta mil rublos en víveres. Trabajando como un forzado,

un músico podía, por consiguiente, obtener sesenta ó setenta mil rublos al mes, los cuales no bastan para la alimentación de una familia, pues el mínimum necesario para no morir de inanición es de 1,000 a 1,200 rublos diarios por persona. De allí que, para procurarse lo indispensable, la ropa, la vajilla, las alhajas, todo va a parar en manos de los campesinos acaparadores de los cereales.

Estos datos sólo dan una pobre idea de lo que un artista sufre actualmente en Rusia.

La conclusión es clara, aunque yo no pretendo analizar las ideas del bolchevismo ni demostrar por qué son irrealizables. Me basta con manifestar que bajo ese régimen, las condiciones de la vida material son tales, que la regresión al estado salvaje es un hecho y que después de haber vivido dos años y medio bajo esa tiranía, no concibo ningún azote más terrible para la humanidad".

*

En la "Revista Musical Catalana", cuenta D. Josef Palomer que encontrándose en Gerona, tuvo oportunidad de hojear el *Diario* de don Joaquín Ma. de Pastor y Campllonch, nacido en Arenys de Mar, en 1816. En las páginas del viejo manuscrito, encontró el señor Palomer las noticias referentes a los acontecimientos de 1839. Y en las que corresponden al día 18 de febrero, se lee: "Una Diligencia de Barcelona se detiene frente a nuestra casa; cuatro personas desconocidas para mí, descienden: una señora de París, muy amiga de mi padre; dos hijos de ella y un señor de aspecto enfermizo que, según me dicen, es un músico".

Los viajeros venían de la isla de Mallorca, para donde habían embarcado el 8 de noviembre del año anterior. En el libro de a bordo del vapor *El Mallorquín* figuran los nombres siguientes entre los de los otros pasajeros; Mad. Dudevant (Jorge Sand) M. Maurice, su hijo; Mlle. Solange, su hija; M. Fréderic Chopin, artista y Mad. Amelia, sirvienta.

Don Joaquín Ma. de Pastor dice en su *Diario*, que acompañó a los viajeros, al día siguiente de su llegada, a visitar la ciudad. "Chopin iba a mi lado, escribe, y no profirió se puede decir, ni una palabra".

Chopin regresaba en condiciones deplorables. En el trayecto de Palma a Barcelona había tenido vómitos de sangre *que consternaron a todo el mundo*. Su estancia en el monasterio de Valdemosa fué un continuo suplicio. "Nos hemos instalado, le escribía a su amigo Julio Fontana, en un monasterio, en medio de las rocas marinas. ¿Me creerás? Mi alcoba semeja un vasto sepulcro en cuya bóveda hormiguean los fantasmas... Y aunque desde mis ventanas puedo contemplar las palmeras y los cipreses altivos, nada, nada me sonríe".

En ese rincón olvidado escribió el Preludio en *si menor*, algunas Mazurkas, la Balada 2a. y dos Polonesas.

Jorge Sand le llamaba *enfermo detestable* y escribía, al regresar de una de sus frecuentes excursiones por la isla: "le encontré pálido, frente a su piano, la mirada feroz y la cabellera como erizada de espanto".

El poeta del piano vivió algunos años todavía. Su existencia atormentada se extingió en el otoño de 1849, en París.

CRÓNICA MUSICAL MEXICANA

Nuestro viejo colega y excelente amigo don Antonio Herrera nos ha proporcionado con su acostumbrada amabilidad, algunos datos interesantes relativos a la celebración del centenario del nacimiento de Beethoven, en la ciudad de México, por medio de dos grandes audiciones organizadas por la Sociedad Filarmónica Mexicana, cuya comisión de festivales estaba integrada por don José Urbano Fonseca, don José María Iglesias, don Manuel M. Saavedra, don Gustavo Guichené, don Antonio García Cubas, don Alfredo Bablot, don Agustín Balderas, don José Julián Gutiérrez, don Germán Laue, don Tomás León, don Melesio Morales, don Aniceto Ortega, don Manuel Payno, don Félix Sauvinet, don Federico Semeleder, don Agustín Siliceo y Dr. Francisco Villalobos.

La primera audición se efectuó el 29 de diciembre de 1870, en el gran Teatro Nacional, bajo el programa siguiente:

PRIMERA PARTE

I.—Overtura de "La flauta mágica". *Mozart.* Orquesta. Director, Sr. Agustín Balderas.

II.—Oda-Himno "A los artistas". *Mendelssohn,* Orfeón alemán, acompañado por instrumentos de latón. Director, señor Germán Laue.

III.—Gran Concierto para Violín. *Beethoven,* con las grandes cadencias de Henry Vieuxtemps. Sr. Luis G. Morán, con acompañamiento de orquesta, Director, Sr. Félix Sauvinet.

IV.—Primer coro final del Oratorio, "La Creación". *Haydn,* por las masas corales del festival. Director, Félix Sauvinet.

SEGUNDA PARTE

I.—Segunda Sinfonía. *Beethoven.* Orquesta. Director, Sr. Melesio Morales.

II.—Coro final "Aleluya", del Oratorio "El Mesías". *Haendel.* Coros y Orquesta.

Nos cuenta don Antonio Herrera, miembro de la orquesta en aquella memorable fecha, que en esa primera noche hubo poca concurrencia, aunque muy escogida. "Como dato curioso, agrega, debemos apuntar que algunos concurrentes a palcos segundos y terceros se durmieron profundamente durante el concierto y algunos otros de galería desfilaban bostezando como si Morfeo les abriera cariñosamente los brazos". Las damas, en cambio, aplaudían emocionadas, según afirma Herrera.

El segundo concierto anunciado para el día 30, se aplazó hasta el 18 de enero de 1871 por haberse enfermado gravemente doña Margarita Maza, esposa del Presidente don Benito Juárez. En esa segunda audición, el programa estaba formado de la siguiente manera:

PRIMERA PARTE

I.—Overtura de "Fidelio". *Beethoven.* Orquesta. Director, F. Sauvinest.

II.—a. Coro para voces solas "La Gloria de Dios". *Beethoven.*

b. Coro de la ópera "Idomeneo", voces solas. *Mozart.* Orfeón alemán. Director, Sr. German Laue.

III.—Gran Sonata op., 92. *Hummel,* piano a cuatro manos. Sres. Tomás León y F. Sauvinet.

IV.—Primer coro final del Oratorio, "La Creación". *Haydn.* Coros y orquesta.

SEGUNDA PARTE

I.—V Sinfonía. *Beethoven.* Orquesta. Director, Melesio Morales.

II.—Coro final de "Mesías". *Haendel.* Coro y Orquesta. Director, Sr. Agustín Balderas.

La concurrencia que asistió a esta segunda audición fué mucho más numerosa que la del primer concierto. El autor de los datos que copiamos no nos dice si en esta ocasión, como durante el primer concierto, algunos de los concurrentes se durmieron. He aquí sus palabras: "En esta función aumentó el número de asistentes de una manera notable, formando un público inteligente y entusiasta."

NOTA DE LA REDACCION: En esta Sección se dará cuenta de todos los acontecimientos musicales importantes de que se reciba noticia y se hará juicio de aquellos conciertos, recitales exámenes, etc., a los cuales haya sido invitado *México Moderno.*

REVISTA DE LIBROS

SECCIÓN A CARGO DE

GENARO ESTRADA

ANDRE GIDE.—*Los límites del arte y algunas reflexiones de moral y literatura*, traducción y prólogo de Jaime Torres Bodet, Méx. Cultura, 1920, en 12o.—André Gide, como Schowb, como Bertrand y otros escritores de Francia, como la mayor parte de los ingleses contemporáneos, parece destinado a la impopularidad en América; impopularidad en el sentido de que apenas se les lee y sólo se les encuentra en las bibliotecas de uno que otro hombre de letras, curioso e interesado por las literaturas de selección. Trascendental resulta, en consecuencia, la labor de la empresa de *Cultura*, que lleva a todas partes el conocimiento de estos artistas del refinamiento, hasta ahora sólo accesibles a ciertas gentes de pluma, aunque en materia de vulgarización de libros exquisitos, las opiniones se dividen, porque no faltan quienes pugnen por el hermetismo y piensen que es mejor conservarlos bajo las siete llaves del misterio antes que ponerlos en las manos indoctas, contra la opinión de los que creen que el arte es el tesoro del mundo, y que debe prodigarse sin reservas por toda la haz de la tierra, para reivindicar de la oscuridad todas las almas.

Los ensayos y conferencias que contiene han sido seleccionados de *Prétextes* y *Nouveau Prétextes*, que contienen lo mejor de los trabajos críticos del gran novelista y pensador. La conferencia sobre los límites del arte —que repite, ni más ni menos, las ideas de Víctor Hugo sobre el genio, el valor permanente de la obra artística y el desarrollo indefinido de la ciencia—; las *explicaciones* sobre el sentido, generalmente paradójico, de las influencias literarias; su magnífico ensayo sobre la evolución del drama y su defensa crítica de Baudelaire, contra la mulatez de Faguet, forman este libro, que es el primer homenaje formal que se hace a André Gide en lengua española.

El prólogo del joven poeta Jaime Torres Bodet, está hecho con amor y conocimiento, (frase que suscribiría Unamuno); pero que resume, ciertamente, la pasión admirativa que se revela en el estudio preliminar, la lectura meditada y repetida del crítico y un conocimiento poco común del idioma francés.

MIGUEL SALINAS.—*Datos para la Historia de Toluca. Fray Andrés de Castro*.—México, Imprenta de José I.

Muñoz, 1920, en 4o.—Fray Andrés de Castro fué uno de esos héroes del Evangelio, cuya memoria casi se había perdido en el estruendo de la historia. Menos afortunado que Gante y que Motolinia, que Las Casas y que los historiadores de la Compañía de Jesús, casi nadie recordaba ya los hechos del insigne misionero franciscano, a cuyos trabajos verdaderamente cristianos tánto debieron los indios del Valle de Toluca y la propia capital del ahora Estado de México.

Don Miguel Salinas, el sabio maestro que con tánto acierto ha presidido las dos corporaciones científicas de más reputación en México, inicia con este folleto la publicación de varias monografías sobre la historia de Toluca. Con raro tino de historiador y con la habilidad de quien, como él, conoce y enseña la lengua española, el señor Salinas da vida a Fray Andrés de Castro y reivindica para México este personaje que ya se consideraba como desaparecido definitivamente, tal la oscuridad en que había quedado por la ausencia de investigaciones. Evangelizador infatigable, filólogo poseedor del *matlazinca* y el *nahuatl*, el franciscano educó muchedumbre de indios, convirtió neófitos sin cuenta; llevó por todas partes los beneficios de su bondad innumerable e hizo construir algunos de los templos que se conservan, en parte, en la ciudad de Toluca. Una de las próximas monografías que prepara el señor Salinas, la de la Iglesia y Convento de San Francisco, adivinámosla de gran interés por sus aspectos histórico y artístico.

ALBERTO J. URETA.—*Florilegio.* "El Convivio", Costa Rica, 1920, en 12o.—Quien no sepa que Ureta es uno de los poetas jóvenes del Perú, la lectura de sus versos podrá sugerirle la impresión de un hombre otoñal, manso y triste, lleno de experiencias vitales y portador de fardos melancólicos. Porque en sus poemas no encontraréis las eclosiones de los años mozos, ni la alegría que suele desbordar la primavera. En este *Florilegio* que acaba de editar el entusiasta mecenas literario de la América Central, señor García Monje, hay composiciones de los dos libros de Ureta: *Rumor de Almas* y *El Dolor Pensativo;* y, en efecto, ambos títulos resumen admirablemente el estro del bardo peruano: voces acalladas que brotan de lo íntimo de un alma, que se recrea en la quieta contemplación de la vida; dolor que apenas va soltando, como el chorrito de un abra penumbrosa, la amargura que rezuma un corazón atormentado.

Suena aquí la lira lánguida y doliente de Bécquer y es a veces la voz de Juan Ramón Jiménez la que se advierte en estos poemas tan nuevos y tan románticos, reveladores de uno de los futuros grandes poetas de América.

LA CAIDA DE CARRANZA.—DE LA DICTADURA A LA LIBERTAD. —México, 1920, en 8o.—Los libros de historia política como es el de que se trata, que mucho tienen de panfleto, es donde queda con más fidelidad fijada la chispa o la llamarada del apasionamiento político y sirven para darse cuenta de los varios aspectos que toman estos movimientos que terminan siempre con el triunfo o la derrota de uno de los partidos contendientes y, casi siempre, por desgracia, con las convulsiones sociales más o menos intensas de todo un país o de una colectividad.

Esta obra, que se refiere a acontecimientos que acaban de transcurrir, viene a ilustrar sobre los antecedentes que tuvieron los hechos militares en

que el Gobierno anterior se vió vencido. El libro está formado por artículos en que aparecen las firmas del general Antonio I. Villarreal, Licenciado José Vasconcelos—quienes desde el destierro no entibiaron para nada la fe de revolucionarios y sostuvieron su intransigencia con la opresión y la tiranía:—el manifiesto del general Obregón y otros discursos y artículos del Dr. Mestre Ghighliaza, del Lic. Urueta, del Dr. Enrique González Martínez y de otras personas más, quienes con buena fe quisieron orientar a la opinión pública y que aún viviendo dentro de la República y expuestas a las persecuciones políticas, con verdadero patriotismo y confianza en el porvenir, se decidieron a luchar contra el Gobierno que imperaba entonces.

Libros como éste deben circular ampliamente, pues representan una obra de conjunto y a pesar de que el material que los forma se ha tomado de fuentes muy diversas, todo él está unido por una idea dominante, y si esta idea ha triunfado, todavía pueden realizar la buena misión de calmar las pasiones políticas excitadas, llevando a muchos espíritus el convencimiento y destruyendo en muchos otros los prejuicios que a veces son tan arraigados.

La presentación del libro no deja qué desear. Es discreta como la de una obra seria y no lleva los dibujos de mal gusto que, queriendo atraer la atención del público, suelen ofrecer en su portada libros de esta índole.—S.

MARIANO SILVA.—*Animula*. México. Editorial América Latina. 1920. en 8o.—Constituye un verdadero acierto, por lo que a las artes del libro se refiere, este volumen. El buen gusto de la portada—que recuerda el primor de los libros ingleses—así como las páginas bien espaciadas e impresas en excelente tipo, satisfacen a nuestros más exigentes aficionados y *conoisseurs*.

He aquí el tercer libro de Mariano Silva. El autor es bien conocido en nuestros círculos intelectuales por su afición a los clásicos latinos, a la buena literatura castellana, a los humoristas y ensayistas ingleses. Si añadimos a esta rápida enumeración los prosistas franceses contemporáneos—descendientes directos de Voltaire en la gracia, escepticismo y en la elegancia del estilo—habremos señalado las principales orientaciones del selecto espíritu de Silva.

El protagonista de *Animula* es, sin duda, la ciudad, nuestra bella y noble ciudad de México que el autor conoce y ama íntimamente. Los deliciosos libros de Lewis Carrol—*Alice in Wonderland* y *Through the looking-glass*—le prestan su mágico ambiente. La deliciosa ideología sobre temas absurdos así como ese dulce calor de simpatía humana que anima a cuanto narra Silva recuerdan a James Matthew Barrie, el celebrado novelista y dramaturgo inglés.

El autor de *Arquilla de Marfil*, como todo erudito que relata historietas para niños, escribe con una fina sonrisa en los labios, rebosa simpatía y humanismo y si por accidente llega a tocar un tema doloroso o un aspecto cruel de la vida multiforme, lo hace con piedad infinita. La piedad y la ironía son los motivos fundamentales de esta suerte de escritores. Asumen ante la vida una elegante actitud de abandono y *insouciance*, pero no les toméis por *dilettanti*. La leve sonrisa encubre apenas los veinte siglos de literatura de Fradique Méndes.

Sólo que de frecuentar la antigüedad grecolatina y de hacer paseos arqueológicos por ciudades milenarias, han aprendido a desentenderse de las

inquietudes de la hora presente, y son así un poco inactuales. Su nihilismo no les impide a veces—como en el caso de Anatole France—participar de las angustias del momento, declarándose abierta y valerosamente por la causa socialista. Es bien sabido que no fueron nunca los ironistas y satíricos indiferentes al mal general.

Mariano Silva es un escritor mexicano por excelencia. Nacido en Michoacán, se educó castizamente en el Seminario de Morelia, donde aprendió latín. Los seminarios conservan de otra edad—acaso del siglo XVIII—una fórmula del trato humano, impregnada de urbano aticismo y de cortesanía sin afeites, que imprimen a cuantos pasan por sus aulas silenciosas y olvidadas. Recuérdese la cortesía incomparable de Amado Nervo. Silva, además de esta suavidad de maneras, trajo de su Michoacán nativa—tan plena de carácter—el sentido de la belleza en la vida de provincia. Nadie como él se complace en descubrir y pintar aspectos de la vida familiar mexicana, que tienden a desaparecer con el menguado cosmopolitismo y el desatentado afán de copiar al yanqui.

Acaso un lector suspicaz entrevea en *Animula* una poca de ironía a costa de ciertos maestros de escuela, ignorantes, atrabiliarios, que con detestables tecnicismos de una pedagogía de tercera mano rompen hostilidades contra todo lo que significa verdadera cultura, alegría y sentido de la vida. Tras estos maestros de escuela viene el prohibicionista presbiteriano y el cuáquero que ennegrece la vida de los niños con su piedad evangélica y su actitud de despecho ante la vida. Así, pues, el autor, entre sus humanidades y sus ironías, nos trasmite su apasionada animadversión por los malos educadores que de modo inconsciente, se preparan a perpetuar entre nosotros los sectarismos, la idolatría por la falsa cultura yanqui, la ignorancia y el mal, en suma, sin percatarse siquiera de que tenemos una vigorosa tradición latina qué seguir y qué defender.

Genaro Estrada, en libro que aparecerá en breve y que será el acontecimiento literario más importante de nuestra época, en México, ha hecho de Mariano Silva esta semblanza:

"Gusta de evocar las cosas de antaño y de encontrarles sutiles relaciones con las de ahora. Como su estatura, sus escritos son breves y encierra en ellos, cual en pequeños vasos preciosos, la esencia de su espíritu, que ama las delicadezas, los matices, las alusiones veladas y lejanas, los labrados de los viejos muebles evocadores, las telas chafadas por la tradición, las portadas en que se amontona el arte bárbaro en hojarascas indescifrables. Su ideal sería escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una virreina".—T.

ALFONSO REYES. *El Plano Oblicuo*. Madrid. 1920. En 8.º—En el grupo de nuestros buenos prosistas —Tablada, López, Orozco Muñoz, Torri, para no citar otros—Alfonso Reyes representa lo que pudiéramos llamar el parpadeo fosfórico del estilo.

Su prosa es fosfórica en el sentido de la titilación cerebral y en el sentido de la emoción, porque aun ésta se tiñe de colores intelectuales, casi siempre graciosos.

Mucho se ha hablado de las capacidades para la prosa en relación con la vocación para la poesía. Lo cierto es que no se puede suscribir una regla terminante. Si hemos tenido grandes poetas, aptos para la prosa (Díaz Mirón, por ejemplo) en otros no ocurre igual.

Lo que sí parece comprobarse es que cuando el poeta sobresale por su disciplina netamente artística, su prosa descuella. Tal es el caso de Reyes, por más que lo prefiramos, en definitiva, fuera de la lírica.

Ni que decir que su personalidad rebasa los límites de una nota volandera.

Para la joven generación es Alfonso Reyes un modelo de perspicacia, de ondulación, de seso y de lectura. Quizá con demasiada experiencia de los libros, en cuanto que ciertas fragancias juveniles se hallan amortiguadas en él.

El volumen a que nos referimos hoy, compuesto de prosas de años muy anteriores, exhibe, como sus libros más recientes, ese donaire intelectivo a que aludíamos al principio, donaire tan vigoroso que se resuelve, a veces, en guarismos de razón pura.

Esta manera de desencarnar los tipos y las situaciones, extrayéndoles su ideología espectral y haciendo que la pasión misma se desenlace en muecas de filósofo, es una de las operaciones principales que ejecuta Reyes, y la señal primera y concluyente de su fuerza.

También es su riesgo... Felizmente, el autor de "Cuestiones Estéticas" atesora fibras vitales, malicia y numen que lo librarán de despistarse en vías discursivas.

Estamos seguros de que seguirá dándonos, como hasta aquí, el esqueleto de la idea y la emoción palpable, la vitrina en que sueñan las materias grises y el tallo en que respiran los cinco sentidos.

Nos lo fían así su virtud humana y su travesura, que no cesa de pestañear.

R. L. V.

MIGUEL DE LA TORRE.—*Tesis presentada en la Academia Nacional de Bellas Artes*, México, Imprenta Franco-Mexicana, (1920), en 4.º—Es una tesis para obtener el título de arquitecto, en nuestra Escuela Nacional de Bellas Artes. El nuevo profesionista desarrolla minuciosamente el tema de la construcción de un almacén de ropa y novedades y presenta también trabajos presentados en otros concursos de la Academia. La edición es excelente y contiene numerosos proyectos, con amplios desarrollos de fachadas, cortes, plantas y detalles escultóricos.

NOTA: Solamente se informará en esta Sección de los libros que los autores o los editores remitan a *México Moderno*.—Las notas sin firma deberán ser atribuidas al encargado de la Revista de Libros.—G. E.

REVISTA DE REVISTAS

SECCIÓN A CARGO DE

JAIME TORRES BODET

[En esta sección sólo se informará a los lectores de las Revistas que sostienen el canje con *México Moderno*].

SUIZA.—La "Revue de Geneve" nos envía galantemente su cuarto número, que corresponde al mes de octubre. Por su lectura pudimos convencernos de que Robert de Traz, su Director Gerente, ha decidido cumplir todas las bellas promesas que había hecho en el primer número.

Jean Aubry publica en éste un breve pero inteligente estudio acerca de Próspero Mérimée, autor que está gozando por ahora de gran predilección en Europa y entre algunos escritores de la América Latina. Quien esto escribe no puede con toda claridad explicarse por qué favorece en estos instantes a Mérimée la misma opinión que aplaude a Tolstoi y el mismo público que está forjando su alma en el yunque de Juan Cristóbal. Sin embargo, nada hay tan contingente y tan fortuito como las modas literarias y es posible que así como se hace hoy ostentación de leer a Mérimée, se haga mañana ostentación de no leerlo. A pesar de esta posibilidad inminente, ni los que hoy lo exaltan con exceso, ni los que traten mañana de deprimirlo, estarán en lo justo. A Mérimée hay que juzgarlo sobriamente, como se juzga en sociedad los modales de un verdadero "gentleman". En todos los tiempos habrá personas a quienes desagrade la concisión elegante de sus maneras y el hermetismo aristocrático de su discreción; pero también en todos los tiempos las habrá capaces de comprender la deliciosa intención de sus novelas y la sana inteligencia de sus obras críticas. A Mérimée lo perjudica a menudo la comparación que se hace de él con Stendahl. Felicitándonos de estar en esto de acuerdo con Jean Aubry, creemos que Mérimée no es como cruelmente se ha dicho de él un "Stendahl maigre". Es Mérimée tipo de escritor discreto, difícil, incapaz de apasionar a nadie, pero incapaz también de dejar a nadie indiferente. En el amor y en la Literatura viajó siempre de prisa, creyendo que la única frase cierta que existe bajo el sol,

es la muy conocida del malicioso Arouet: *l'art d'ennuyer c'est de tout dire.*

J. T. B.

CUBA.—En el número que "Cuba Contemporánea" publicó el mes de octubre último, la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou que, valiéndonos de una frase muy socorrida últimamente, no es sólo una gran poetisa sino también un *gran poeta,* insertó algunos poemas admirables.

Como poemas que son y como mujer que es su autora, estos versos son (ya el lector lo habrá supuesto) versos de amor. El amor, por su esencia misma, vecina del *sentimiento de lo imposible y del recuerdo de lo irreparable,* es la fuente perenne en que se abrevan los labios de todos los cantores. Toda poesía lírica, como quiere Rémy de Gourmont, es eso: un gran himno de amor disperso en bocas humanas. No queremos dar a este fenómeno inefable del génesis lírico una explicación estrictamente biológica y, sin embargo, no podemos hablar de él sin pensar siquiera sea brevemente en el embellecimiento físico que en los seres inferiores resulta de la selección sexual que estudió Darwin como corolario de la tésis central de su doctrina. No obstante, qué lejos estamos en este momento de Juana de Ibarbourou, cuyos excelentes versos originaron estas líneas; cuán poco piensa seguramente ella en Darwin y en la selección sexual, mientras que, apasionada y gozosa vuelve del corazón ardiente de la tarde con los *labios frescos y la cara mojada por el chorro cándido de la fuente...*

LA TARDE

He bebido del chorro de la fuente.
Traigo los labios frescos y la cara mojada.
Mi boca hoy tiene, amado, la estupenda dulzura
De una rosa jugosa, nueva y recién cortada.

El cielo ostenta una limpidez de diamante.
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.
¿No sientes en mis trenzas olor a musgo, amante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Elástica de gozo, como un gamo he corrido
Por todos los ceñudos senderos de la sierra,
Y el galgo cazador que es mi guía, rendido,
Se ha acostado a mis pies, largo a largo, en la tierra.

¡Ah, qué inmensa fatiga me derriba en la grama
Y abate a tus rodillas mi cabeza morena,
Mientras que de una iglesia campesina y lejana
Nos viene un lento y grave llamado de novena!

J. T. B.

CHILE.—"Zig-Zag". El semanario ilustrado que se edita en Santiago de Chile, nos ofrece, en las primeras páginas del último número recibido en México, la satisfacción de conocer los muy justos elogios que tanto la Revista que nos ocupa, como toda la prensa chilena, han dedicado al Dr. González Martínez en ocasión de su reciente arribo a la República del Sur.

No sólo la prensa elogia la personalidad del doctor González Martínez, por lo que vale y por lo que significa, sí que también la intelectualidad chilena, reconociendo los méritos de nuestro gran poeta, le ha prodigado cordial acogida y sincero homenaje.

B. O. de M.

ARGENTINA.—"Caras y Caretas". Buenos Aires.—Excelente Revista de información y literatura. En el último número de septiembre, que tenemos a la vista, el hondamente frívolo escritor Enrique Gómez Carrillo, a propósito de una explicación sobre la coquetería dada a sus discípulas en París por Mlle. Cecile Sorel, actriz de la Comedia Francesa, escribe: "El Secreto de la Seducción Femenina". El espíritu francés de Gómez Carrillo se expresa deliciosamente en lengua española, tratando un asunto tan cosmopolita como éste; intenta la investigación sirviéndose de lo que pudiéramos llamar "tipos históricos" y echando mano de la literatura. Por su estilo ameno y agradable; por la suntuosa frivolidad de que hace gala el autor en su artículo, lo leemos; lástima que el secreto de la seducción femenina, por serlo, no sea tan fácil de descubrir como a primera vista parece; el autor lo confiesa, entraña en su complejidad la fuerza misma de la mujer; conocerla sería vencerla, y ya nos dice M. Paul Bourget: *On n'est plus fort que la femme qu'a la condition d'etre plus femme qu'elle.*

B. O. de M.

BUENOS AIRES.—"Nuestra América", Revista mensual de difusión cultural americana, publica en su número de julio de este año, algunos interesantes artículos de escritores sudamericanos.

Como saben todos los que de esta Revista tienen ya conocimiento, en ella se da lugar, si no preferente, sí al menos muy interesante a la literatura brasileña que es tan digna de elogio y, que, por desgracia, casi totalmente ignoramos.

En el ejemplar que tenemos en nuestro poder, aparecen poemas de José Oticica y Jonás de Silva, dedicado el primero a ensalzar el espíritu poderoso de Alma Fuerte.

Jonás de Silva es un poeta sobrio, con cierto sabor clásico peculiar suyo, que lo hace comparable, de lejos, con Manuel José Othón, a quien, por otra parte, recuerda, por el desesperado espíritu de pesimismo que resalta en el soneto *Corazón* que reproducimos original y traducido:

CORACAO

Meu coracao é un velho alpendre em cuja
sombra se escuta pela noite morta,
o som de um passo e o gonzo de una porta
que a humidade dos tempos enferruja.

Quem vae passando pela estrada torta
que leva ao alpendre, dessa estrada fuja.
Lá, só se encontra a funebre coruja,
e a dar que a prece ao caminhante exhorta.

Se um dia abrindo o casarao sombrio
um abrigo buscasses contra o frio
e entrasses, doce creatura, langue....

Fugirias tremente, vendo a um lado
a Crenca morta, o Sonho estrangulado,
e o cadaver do Amor banhado em sangue!...

CORAZÓN

Mi corazón es como un viejo alero, a cuya sombra se escucha por la noche muerta al són de un paso y el rechinar de una puerta humedecida por la humedad de los tiempos.

Quien va pasando por la torcida calleja que conduce al cobertizo de esa senda escondida, ahí donde se encuentra la fúnebre lechuza, es el dolor que a orar exhorta al caminante.

Si un día abriendo el caserón sombrío, un abrigo buscases contra el frío, y entraras, dulce criatura, languideciente... huirías trémula viendo a un lado a la Creencia muerta, al Ensueño estrangulado, y el cadáver del Amor bañado en sangre!...

J. T. B.

BUENOS AIRES.—"Nosotros".—Año XIV.—Septiembre, 1920.—La interesante Revista de que son Directores Alfredo A. Bianchi y Julio Noé, publica en este número de septiembre tres importantes artículos de crítica filosófica y literaria. Está el primero consagrado por Alberto Palcos al estudio de las personalidades de Wundt y de Ardigó; el segundo, cuyo autor es Paul Groussac, trata del teatro de Dumas y Musset; por último, el de Manuel Gálvez, se llama: Eça de Queiroz novelista.

El señor Groussac daba un curso acerca del romanticismo francés en la Facultad de Filosofía y Letras, del cual cedió a "Nosotros" la cuarta conferencia, que es la que se ocupa en Dumas y Musset como autores dramáticos. El primero de estos escritores es, según la inteligente observación hecha por Bourget en sus Estudios de Psicología Contemporánea, el tipo del *moralista;* es decir, del escritor que piensa, antes que nada, en la influencia social que sus escritos alcanzarán algún día, por remoto que sea; del autor que hace de cada página que escribe un *acto* y que se considera, por tanto, responsable de él. No obstante los méritos que acabamos de señalar en Dumas, hijo, y que lo hacen digno de especial aprecio, el señor Groussac, probablemente para satisfacer ciertas exigencias de método pedagógico, dedica la primera parte de su artículo no al hijo, sino al padre, al poderoso creador de innumerables folletines, a quien el atrabiliario Brunetiere llamó alguna vez "le négre de la literature". La obra de Alejandro Dumas, padre, como dramaturgo, es más importante de lo que pudiera a primera vista suponerse. Hay en ella menos consistencia que brillantez. menos psicología

que imaginación; pero tienen todos sus personajes esa facilidad espontánea de caracterización que es la prueba más fehaciente del poder taumaturgo de la imaginación creadora en el génesis artístico. "*Henri III et sa cour*", es indudablemente la primera obra de "un nuevo mundo en construcción", como dice el propio señor Groussac; se representó en el Teatro Francés el día 11 de febrero de 1829, precediendo así, de un año, a la aparición ruidosa y célebre de *Hernani*.

De Musset merece tan grande elogio como poeta lírico que fué, que como autor dramático. Quizá de todas las producciones del teatro francés, en el siglo pasado, las suyas sean las que por más largo tiempo seduzcan la atención del lector. A ellas caracteriza, sobre todo, un clasicismo sobrio y elegante, un estilo sinuoso y flexible como el de Marivaux, una finura especial de interpretación psicológica, que es muy difícil de definir, y que hubiese seguramente hecho el encanto de Goethe. *On ne Badine pas avec l'amour, Il ne faut jurer de rien, Le Chandelier y Les Caprices de Marianne,* son obras maestras que nadie podrá nunca olvidar. Todas ellas tienen cierto aire de familia que basta para ser de todos reconocidas: el amor, la frivolidad, el desengaño amoroso (lo que tan bien llamó Moliére *Le depit amoureux,*) son pretexto más que suficiente para que la pluma sutil de De Musset pueda bordar los arabescos más fantásticos alrededor del asunto. Obra en su totalidad de amor y de melancolía, son todos estos paseos sentimentales de De Musset a través de la literatura dramática, característicos del delicioso espíritu que en una de sus *Noches* inmortales afirma con un magnífico lamento:

aprés avoir souffert il faut souffrir encore,
il faut aimer toujours aprés avoir aimer.....

J. T. B.

COMO UN CONSEJO

NO vayas por la vida sin que una mano amable te acoja en las noches tranquilas.

La mano será breve. Irá de la frente al pecho, de izquierda a derecha. Cruzado del amor, se fijará en tu sexo la redención.

Viajero cristiano, dejarás en las ciudades vigor y poesía. Si eres débil morirás. Si fuerte, tendrás al amanecer de cada día la dulce tristeza de un hombre de bien.

Yo he sufrido mucho en la soledad de las viejas ciudades.



EN EL MUELLE DE GANTE

¡CASA *de los franco-bateleros, casa de los medidores de grano, casa de la Etapa!......*

El silencio es eterno. ¿Aún "la invitación al viaje" de Baudelaire?...... Sí, y los versos de la condesa de Noailles:

Le confiant espoir, l'allégress naïve
De croir que plus loin d'autres cieux, d'autres mains,
Donneront de plus chers et meilleurs lendemains,
Et que le bonheur est aux lieux où l'on arrive...

Y para no aburrirse iluminar sus ojos con el oro de las nobles casas, hechas como se hace un libro.

AMISTAD

LOS *amigos de mi aldea no quieren a mis amigos de la aldea vecina.*

La otra tarde dos de mis amigos de aquí encontraron en el campo a mi más querido amigo de la aldea vecina, y lo apalearon hasta que la noche ennegreció la luz mala de sus ojos.

Encontré a mi amigo al amanecer, al pie de un árbol, cubierto de sangre y de rocío. La pureza de la mañana le había abierto los lindos ojos azules entre las margaritas de la pradera.

Me permitió que colocara sus espaldas destrozadas sobre mi pecho entristecido.

Allá lejos, donde principia la montaña más roja, salían del aprisco sus cabras blancas describiendo curvas de plata en el sol naciente, y mi amigo, antes de morir, tuvo tiempo de sonreírles y de apretar mi mano fría contra su corazón.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ.

Bruselas, 1920.

EN LA ORILLA

I

JOSÉ Moreno Villa, el poeta malagueño, tuvo la dudosa fortuna de pasar unos cuantos años de su primera juventud estudiando química en Alemania. Después ha vivido en Castilla: experiencia peligrosa si se prolonga. Ha escrito versos y ha estudiado minuciosamente las artes plásticas.

Ahora (¿acaso una de tantas coincidencias, extrañas sólo al parecer, entre Francia y Andalucía?) el poeta andaluz entrega al público su breve libro de divulgación sobre *Velázquez*, perfecto como un libro francés. No precisamente en la forma: aquí y allá la expresión es descuidada o incompleta; y de cuando en cuando el autor se olvida de quitar sus andamios: "pasemos ahora a tratar de..."; "no podemos detenernos en...". Pero, en concisión y densidad de contenido, pocos libros conozco que satisfagan tanto. Desde luego, no pierde el tiempo en insignificancias biográficas. En ochenta páginas, dice de Velázquez todo lo que debe interesar al lector sencillo y no pocas cosas que interesarán al *connaisseur*. Exprime el jugo de la erudición ajena (Justi, Beruete...) y halla espacio para anotar descubrimientos propios: la composición de *aspa*, en sentido horizontal, en *La rendición de Breda*; relaciones de Velázquez con Miguel Ángel y el Pintoricchio. Para la brevedad, pudo encontrar modelo en Walter Armstrong, o en Auguste Bréal, hijo de Michel, aquel filólogo delicioso—sin paradoja—; pero aquí la concisión ha ido mucho más lejos, y no ha hecho daño visible a la claridad ni al vigor de las ideas.

II

Velázquez comienza imponiéndosenos por sus cualidades evidentes: la singular energía de lo que llaman su realismo. Cuando Velázquez no es ya novedad para nosotros, pronto fatiga: espiritualmente parece que no tiene nada que decirnos; vemos que no se propuso hacer psicología en los retratos; su filosofía se nos evade; y nos alejamos de él, como de toda la estética realista del siglo XIX que lo endiosó. En 1896 escribía Armstrong que el cetro de la pintura, privilegio de Rafael medio siglo antes, se dividía entre Rembrandt y Velázquez. En rigor, Rembrandt ocupaba ya segundo lugar: era demasiado romántico. Diez años después, la veleta de la moda señalaba nuevos cambios; y don Marcelino Menéndez y Pelayo hablaba de la juventud versátil "que hoy vilipendia a Murillo y mañana inmolará a Velázquez en las aras del Greco".

Después volvemos a Velázquez, cuadro por cuadro: tal día, nos detiene el esplendor del ambiente en *La rendición de Breda*; tal otro, la desusada tonalidad de *La coronación de la Virgen*—, tonalidad, acaso más que de violeta, de malva, el malva caro a Juan Ramón Jiménez—; luego, el desconcertante esquematismo de *Las hilanderas,* con sus trozos de mágica estenografía pictórica... Atenuado el delirio filosófico de la primera juventud, a medida que renunciamos a desentrañar metafísica alemana de cada estatua o de cada sinfonía, las cosas nos atraen como simples apariencias. El libre discurso del espíritu que se deleita con el fluir de las apariencias cuadra al tono horaciano de los treinta y cinco años. El juego de matices, en los retratos ecuestres o cinegéticos de Velázquez, dejará de parecernos menos fascinador que el juego de las ideas en el *Segundo Fausto.* Y cuando reincidamos en la metafísica (es inevitable: somos humanos), discurriendo en torno a la línea, o a propósito del color, ya no le exigiremos a Velázquez que nos la dé previamente en fórmulas.

III

Moreno Villa no quiere hacer demasiada metafísica en su *Velázquez*: sus razones tiene. Pero, a lo que creo, en las seis páginas finales de su libro llega a la mejor justificación teórica del pintor,

dentro de la estética a que muchos nos inclinamos ahora. Su fama de realista hace daño a Velázquez. Pero he aquí que Moreno Villa nos explica, con argumentación rápida y compacta, que su pintor sólo es realista a medias: en la concepción, no en la ejecución, o por lo menos, no siempre, no en la mejor época. "La concepción puede ser realista... empobrecedora de la realidad... Pero en la factura, el modo, la *manera*... no se ciñó Velázquez al realismo. Aquí estriba su originalidad, su genialidad, y, en resumidas cuentas, su salvación... Los objetos reales y tangibles se fueron retirando del primer plano para dejárselo a la atmósfera, y ésta es llevada a un límite expresivo tal, que sobrepuja a su naturaleza. Velázquez llega a pintar más atmósfera, o por lo menos una atmósfera más condensada, que la normal". La técnica de Velázquez—¿quién lo ignora?—no tiene la exactitud minuciosa de los flamencos del siglo XV. "Es todo lo contrario: es una expresión pictórica convencional".

IV

Moreno Villa se ha dedicado, en ocasiones diversas, a perseguir indicios de la relación entre Velázquez y los italianos—, relación que pretenden reducir a poca cosa los aficionados a concebir el genio como producto de generación espontánea. Ahora, sin advertirlo quizás, al presentar a Velázquez concibiendo la pintura "como serie de problemas que resolver", hace de él, en parte, el continuador de la tradición florentina—, a través de Venecia. a través de Tintoretto y del Greco (*).

Muy curiosa, la influencia del Pintoricchio sobre Velázquez, limitada hasta ahora a la representación de la visita de San Antonio el abad a San Pablo el ermitaño. Tal vez, si se lograse ahondar en sus relaciones con la escuela de Umbría, pudiera determinarse qué impresión hizo en Velázquez la amplitud de los espacios abiertos en los cuadros de Pintoricchio, de Perugino, Rafael. Los vastos cielos inmóviles y la atmósfera diáfana de los artistas de Umbría son cosa distinta de los efectos a que llegó gradualmente Velázquez en sus paisajes, y aun más, naturalmente, en sus interiores; pero representaban una manera de resolver victoriosamen-

[*] A propósito: la rapidez con que toca Moreno Villa muchas cuestiones es causa de que al hablar de Tintoretto, parezca implicar que vivía cuando Velázquez llegó a Italia. Es sabido que murió mucho antes.

te los problemas del espacio, que atraían al maestro de Sevilla y Madrid. Y los retratos de Rafael ¿pudieron serle indiferentes? Las noticias que tenemos de sus opiniones son vagas y a veces contradictorias.

V

"Pacheco, un hombre bueno, generoso y abierto de inteligencia, no fué gran pintor". Declaramos la verdad, pero con repugnancia... No querríamos ver sentenciado con tanta prisa a quien pintó las Concepciones del Museo de Sevilla, irreales, hieráticas, pero llenas de solemnidad a la par que delicadeza. Querríamos que se le estimara en más, como a todo el siglo XVI español.

VI

"El Greco es, como quien dice, la consecuencia española del Tintoretto". Nunca se dirá demasiado. La visita a Venecia, sobre todo a la Hermandad de San Roque, revela cuántas cosas del Greco, aun de su etapa más avanzada, estaban ya en Tintoretto: masas transparentes, con azul y blanco de cristal (cristal veneciano, esencia milagrosa del lujo!), cabezas de Vírgenes, figuras de Cristos. ¡Aquella larga, inmóvil, agobiadora figura de Cristo, en túnica blanca, ante Pilatos!

Y Venecia revela también cuántas cosas del Greco no están en Tintoretto: la representación del movimiento, que es a veces agitación fría, baraúnda teatral, en el veneciano, no es la dinámica llameante del cretense.

VII

Nada más conmovedor que contemplar, en la visita a la Hermandad de San Roque, el trozo de cuadro del Tintoretto que el azar mantuvo cubierto, fuera de la luz del día, durante tres siglos. El luminoso esplendor que fué la pintura veneciana lo vemos hoy, como el misterio cristiano, "a través de vidrio oscuro". ¡Aquel trozo de hojas y frutas pintado por Tintoretto tiene los colores claros, alegres, el frescor y la ternura de Renoir o de Monet!

VIII

De paso en Nueva York: el Museo celebra sus cincuenta años exhibiendo obras maestras que le prestan de colecciones particulares. Asombra la cantidad de cuadros que cruzan el océano; no sólo de pintores fecundos, Rubens, Rembrandt, Ticiano, Ribera, sino aun de aquellos que economizaron su esfuerzo: Velázquez, Giorgione, Mantegna, Piero della Francesca, Vermeer de Delft....

Cinco obras de la escuela de Velázquez: por el momento, no está en su sitio la preciosa cabeza de Baltasar Carlos. "El niño mejor pintado que existe", dice, con su habitual hipérbole, Antonio Castro Leal. Según Diego Rivera y Moreno Villa, este niño revela la mano delicada de Carreño.

¿Será de Velázquez este perfil de muchacha, demasiado *bonito*, de dibujo poco suelto? Algo tiene de aquella mujer sin pretensiones, cuyo retrato figura en el Museo del Prado bajo el nombre de Juana Pacheco, la esposa de Velázquez. De ser ella, tendría diez años menos que en el perfil de Madrid.

Y sea de quien fuere, el mejor de los dos retratos de Mariana de Austria, es elegantísimo: las armonías plateadas irradian de las mariposas blancas prendidas en el tocado profuso.

IX

Entre aquel mar de novedades—desde los paraísos ecuatoriales de Gauguin hasta el enigmático Juliano de Médicis, de Botticelli (¿o de Amico di Sandro, desesperante Mr. Berenson?)—he aquí el paisaje de Toledo, pintado por el Greco.

Día de tormenta: los edificios de la ciudad descienden, en moles grises, por entre masas verdes y masas pardas, empujándose, precipitándose hacia el abismo del Tajo. Sobre el horizonte negruzco se ciernen, amenazadoras, nubes blancas y nubes pardas. Son nubes pujantes: van a abrirse "las cataratas del cielo". Aún más: el cielo va a desplomarse hecho pedazos y va a aplastar, a destrozar toda la tierra.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

MEDITACIÓN DE PRIMAVERA

ESTE *primaveral atardecer*
de sábado, convida
a gozar hondamente del placer
inefable y sencillo de la vida...

"La quietud de un jardín y una mujer"
—murmura el alma entera conmovida
hasta lo más profundo de su sér,—
"y luego, en esta tarde enrojecida
como púber mejilla, fenecer..."

*

Camina por la céntrica avenida
con una prisa insólita la gente,
sin preocuparse de que va vestida
por los áureos telares del Poniente.

No hay a quien no ate del Amor el lazo,
y hasta un viejo conduce por la acera
a una rubia más blonda que el ocaso,
cual si llevara colgada del brazo
la propia señorita Primavera!

Y predominan los enamorados
en el trajín de obreros y empleados,
como si toda la ciudad, de pronto

demente por los hálitos vernales,
fuera en la paz divina del tramonto
a celebrar ardientes esponsales...



En tanto, el alma mía
sola otra vez con su melancolía
y embrujada por este atardecer,
dice, desfalleciendo como el día:
"un jardín, una fuente, una mujer..."

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.

MORELOS

El presente estudio es la introducción a una importante serie de documentos sobre Morelos, que don Genaro García tenía ya preparados para la prensa, cuando llegó su muerte. El volumen estaría formado por ciento cincuenta y cinco documentos firmados por el gran libertador mexicano, muchos de ellos íntegramente escritos de su puño y letra. No está de más señalar en esta nota que los autógrafos de Morelos siempre han sido de gran rareza.

Cuando estos documentos se publiquen, provocarán el mayor interés entre los historiadores, porque sobre abarcar el período de 1795 a 1815, revelan hechos culminantes de la vida de Morelos, destruyen otros que la tradición habíale atribuído y nos hacen conocer íntimamente los móviles extraordinarios de su alma. Once de esos documentos pertenecieron al antiguo archivo del Arzobispado de Michoacán, destruído recientemente; cuarenta y seis se conservan en el Archivo General de la Nación; quince en el Archivo de Indias, de Sevilla; seis son del archivo de don Melchor Alvarez y uno de la colección García. Desde 1911 fueron fotografiados los que existían en Michoacán y copiados los restantes. Varios de los documentos de las colecciones de Morelia y del Archivo General de la Nación fueron publicados en 1913, en Morelia, por don Enrique Arreguín y en la ciudad de México, hace dos años, por don José María Coéllar. Deseoso de reunir en un solo volumen el mayor número de papeles de Morelos, el señor García incluyó algunos que habían sido publicados por la prensa de esta capital, en distintas épocas, y que le habían sido proporcionados por don Luis González Obregón; los que añadió Alamán en su Historia de México; los que insertó Hernández y Dávalos en su colección de documentos y el que apareció en "El Tiempo Ilustrado" de 16 de septiembre de 1906, omitiendo solamente los que el mismo señor García publicó en el tomo XII de la primera serie de sus Documentos Inéditos o muy Raros para la Historia de México.

MORELOS nació en Valladolid de Michoacán, el 30 de septiembre de 1765, y residió allí hasta 1779, en que se trasladó a la Hacienda de Tahuejo, de la jurisdicción de Apatzingán, donde trabajó como labrador durante once años. Hacia 1790 volvió a Valladolid para comenzar la carrera eclesiástica, no obstante que tenía a la sazón 25 años de edad. Hizo sus estudios en aquella ciudad, primeramente en el Colegio de San Nicolás, y luego en el Seminario; tardó seis años en concluirlos. Al mismo tiempo que seguía su carrera, trabajaba a fin de mantener a su madre Juana Pavón, viuda de Manuel Morelos, y a su hermana Antonia Morelos. Ayudaba a su hermano Nicolás Morelos; consta que pagó por él como

fiador a causa de la quiebra de un estanco. Favorecía además a sus ahijados, a veces con sumas considerables de dinero. Vino a graduarse en la Real y Pontificia Universidad de México, y recibió en Valladolid las órdenes eclesiásticas, menores y mayores. La ilustración que alcanzó fué muy deficiente; sin embargo, aprendió a expresar claramente sus ideas con frases concisas.

Consagróse en seguida a enseñar Gramática y Retórica a los niños de Uruapan. Continuaba esta labor, hacia 1798, cuando recibió el nombramiento de Cura de Churumuco, que aceptó fiado en la protección divina, aunque se miraba pequeño para desempeñarlo. Se estableció entonces con su madre y hermana en Tamácuaro de la Aguacana, cabecera de su curato, cuyo clima ardoroso y enfermizo dañó gravemente a los tres, por lo cual Morelos hizo salir de allí violentamente, en silla de manos, a su madre y a su hermana; estrictamente apegado a sus deberes, no quiso abandonar a Tamácuaro, a pesar de su salud bastante quebrantada; poco después tuvo noticia de que su madre se hallaba moribunda en Pátzcuaro; pero ni aun entonces quiso dejar acéfala a su parroquia, sino que se limitó a pedir a la Diócesis que lo mandara a tierra fría: al fin perdió a su madre sin haber tenido el consuelo de verla durante sus últimos instantes.

A causa de que fué nombrado Cura de Carácuaro en aquel mismo año, se radicó en Nocupétaro, de clima más benigno que el de Tamácuaro; pero cuyos naturales, inducidos por la maldad en que vivían, le negaron la obediencia, la tasación y el servicio personal que estaban obligados a prestarle, y elevaron a la Diócesis una queja calumniosa en contra de él, si bien inútilmente, pues Morelos demostró su inculpabilidad.

Predispuesto por su naturaleza vigorosa, el clima cálido del Sur y probablemente también por la soledad de su hogar, entabló relaciones amorosas con una mujer ignorada, de la que tuvo dos hijos: Juan Nepomuceno, nacido hacia 1803, y José posteriormente. Redimió esta falta reconociendo a Juan y a José de una manera pública.

De los años siguientes conocemos un detalle importante: la renuncia que hizo de su jurisdicción sobre las haciendas Cutzián y de Santa Cruz en favor de los curatos de Turicato y de Churumuco para mejorar su administración espiritual, pues estaban mucho más cercanas a aquellos curatos que al de Carácuaro: tal renun-

cia reducía considerablemente las ya exiguas obvenciones parroquiales que recaudaba Morelos. No obstante, pudo adquirir allí, a costa probablemente de continuas economías, una casa que valía "once mil quinientos 43" pesos.

Así vivió hasta 1810, en que Hidalgo inició la primera de nuestras revoluciones ofreciendo a las multitudes la libertad y la riqueza que tanto ambicionaban, porque se sentían oprimidas y pobres: ignorantes de que ambos bienes sólo se alcanzan con el progreso y que éste jamás se fuerza, se insurreccionaron al punto con el mayor entusiasmo y siguieron a Hidalgo sin elementos de lucha, pero seguras de que su patrona celestial la Virgen de Guadalupe les daría el triunfo: las muchedumbres se dejan seducir por cualquier promesa. Aunque Hidalgo se abstuvo de proclamar la independencia y permitía a sus huestes que vitoriaran a Fernando VII, la revolución no arrastró a las clases superiores que son conservadoras siempre, para no exponer las comodidades que han conquistado porque su mayor cultura les enseña que las revoluciones sólo producen ruina y barbarie al destruir las riquezas acumuladas y transformar en loables hábitos los peores delitos; el clero alto de la Nueva España, por ejemplo, combatió el movimiento de independencia, mientras que el clero bajo, por el contrario, lo secundó. Por pertenecer Morelos a este último clero y haber sido además discípulo de Hidalgo en el Colegio de San Nicolás de Valladolid, simpatizó doblemente con la revolución; de modo que apenas le habló Hidalgo en Indaparapeo, la tarde del 20 de octubre de 1810, aceptó el grado de su lugarteniente para "correr las tierras calientes del Sud."

No hemos logrado descubrir cuál fué el plan de guerra y gobierno que los dos se proponían desarrollar. Hidalgo se limitó a decir en su manifiesto de 15 de diciembre de aquel año, que deseaba establecer un congreso formado "de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este Reino"; creía que el americano debía gobernarse por el americano, de igual modo que el alemán por el alemán, según declaró cuando fué procesado. Quizá los caudillos insurgentes carecieron de un plan positivo; el propio Hidalgo aseguró entonces que "no adoptó plan ninguno de organización en todo ni en parte", y Morelos reconoció después que su sistema tendía únicamente a que recayese en los criollos el gobierno que estaba en las manos de los europeos. Se podría inferir de aquí que los

caudillos insurgentes no querían compartir los beneficios de la independencia con los indígenas, a pesar de que eran quienes principalmente la llevaban al cabo: esta exclusión vendría a comprobar que todas las revoluciones son tan falaces como la Francesa, que en vez de otorgar la libertad, la igualdad y la fraternidad que había ofrecido, tiranizó a la misma Francia, convirtió en parias a incontables de sus hijos o los guillotinó sin exceptuar a las mujeres ni a los octogenarios y diezmó a la Europa.

Morelos principió sus campañas contra los realistas en noviembre de 1810 con "16 indígenas de Nocupétaro" solamente y otros escasísimos elementos de guerra; mas a pesar de esto y de su falta absoluta de conocimientos militares, tomó a Tecpan, el Veladero, el Aguacatillo y otros puntos estratégicos antes de que feneciera dicho mes; inspirado exclusivamente por su genio extraordinario, pudo desplegar desde el primer momento una táctica pronta y además fecunda en eficaces ardides. Luego derrotó al esforzado Capitán Paris que mandaba a mil hombres, y ocupó a Chichicualco. Decía entonces: "Se an dado beinte y seis batallas en dhos. rumbos desde 13 de Nbre. de 1810 hasta 23 de mayo de 1811, y, despreciando guerrillas y muchos pormenores, se an ganado beinte y dos y cuatro se an empatado: y en las 22 an acabado los más beteranos y Milisianos de Acapulco, Oaxaca, Puebla y fixo de Veracruz con algunos colorados y Dragones de México que llaman de España: y en todas ellas sólo ha perdido la América 75 soldados." En seguida se apoderó de Chilpancingo y Tixtla; deshizo la fuerza del Teniente Coronel Fuentes que había conquistado renombre en España; se posesionó de Chilapa, Tlapa, Chautla de la Sal, Izúcar, Cuautla, Taxco y Tenancingo, donde derrotó al Brigadier Porlier; volvió a Cuautla y resistió allí gloriosamente durante setenta y dos días el sitio que le puso el hasta entonces victorioso General Calleja con el mejor ejército que había visto la Nueva España; reapareció también en Chautla y en Chilapa desbarató las tropas que estaban a punto de entrar en Huajuapan; se situó en Tehuacán; salvó un botín considerable de plata; venció a la guarnición de Orizaba; conquistó la provincia entera de Oaxaca, y rindió, en fin, el 19 de agosto de 1813, la fortaleza de Acapulco que parecía inexpugnable.

Para conseguir tan importantes y repetidos éxitos, Morelos elegía con singular acierto a sus tenientes y soldados y se hacía obedecer y amar de ellos fácilmente: estimaba más a poca gente

con disciplina que a *un mundo de hombres* sin ella; daba excelente ejemplo a sus subordinados, y a nadie permitía ni aun a la "voz del pueblo" que infringiera la disciplina militar; mantenía en su ejército la unidad de mando, sin la cual se vuelve ilusorio el triunfo; proscribía el sistema corruptor de mantener jefes y oficiales separados de las fuerzas, y reprimía los abusos de sus subalternos sin exceptuar a ninguno, porque juzgaba que la tolerancia en esto constituía una verdadera complicidad: ordenó, así, que se encapillase y ejecutara "dentro de tres horas" al militar que cometiera los delitos de robo o saqueo por valor de más de un peso; a fin de no carecer de ningún elemento de guerra, establecía talleres de armas, fábricas de pólvora, fundiciones de plomo y cobre y casas de moneda; extraño a la envidia, se complacía en premiar, conforme a los méritos de cada uno, a cuantos militaban a sus órdenes, en elogiar a los otros caudillos insurgentes y en honrar a los que morían sobre el campo de batalla; negábase a otorgar ascensos "sin mérito"; quitaba a los oficiales todo manejo de fondos para remediar su "ambiciosa codicia" y obligarlos a que cumplieran mejor con "sus deveres"; proyectaba y maduraba sus planes de campaña con la mayor anticipación posible: se posesionó de Tehuacán, verbigracia, a fin de que le sirviera de base en sus operaciones ulteriores contra Oaxaca; no se dejaba desvanecer por la gloria de las armas, y antes bien reconocía que cualquier cambio de fortuna podía destruirla: "por lo mismo—agregaba— jamás se me ha llenado la cabeza de viento"; no combatía a sus enemigos sino después de haberles ofrecido la paz con el objeto de no dañarlos innecesariamente, y aunque los trataba en lo general "conforme a sus obras" y a la justicia, ordenando que recibieran la pena o el perdón que merecían, optaba por indultarlos cada vez que le era posible, pues se inclinaba más hacia la clemencia que hacia el rigor: cuando en Oaxaca conservó la vida de doscientos españoles, no exceptuó a Pardo ni a Padruns que debían "muertes a sangre fría."

Morelos se distinguió no sólo por su genio militar sorprendente sino también por sus excepcionales dotes administrativas. Humanitario en grado sumo, se apresuró a abolir la servidumbre y la distinción de castas una y otra vez: su bando de 5 de octubre de 1813 comenzaba así: "Porque deve alejarse de la América la Esclavitud y todo lo que a ella huela..." y en sus 23 puntos para la Constitución no toleraba más distinciones entre los americanos que

las del vicio y la virtud; preocupado tanto de los menesterosos como de la misma independencia, dispuso que el cincuenta por ciento de los bienes decomisados a los realistas se diese a los pobres, de suerte que todos quedaran socorridos y ninguno se enriqueciera en lo particular; recomendaba a sus compatriotas que se vieran como hermanos, y confiaba más en la unión y en la concordia que en las armas, por lo cual sacrificaba a aquéllas sus propios intereses personales; acatando las ideas exageradamente religiosas de todo el pueblo de la Nueva España, no toleraba otro culto que el católico, y exigía que la devoción a la Virgen de Guadalupe se mantuviera "en todos los pueblos del reyno." Comprendiendo que las naciones que no entran en el concierto de los demás quedan condenadas a desaparecer, procuraba celebrar tratados con la Gran Bretaña, los gobiernos independientes de la América Meridional y los Estados Unidos; inquebrantable en su propósito de independencia, desoía con altivez los ofrecimientos de amistad de las autoridades realistas: escribió, así, al calce del manifiesto conciliatorio que Calleja expidió al tomar posesión del Virreinato: "Que entregue el bastón de mando a los Criollos y quedaremos en Paz"; ordenaba a todos los mexicanos y mexicanas que trabajasen "en el destino que cada cual fuese vtil", porque la ociosidad es fecunda en malos hábitos, y persuadido de que únicamente sobreviven y prosperan los pueblos de carácter moral, prohibía los homicidios, desafíos, pendencias, provocaciones, el "juego recio", la fabricación de naipes, cualquier "echo, dicho o deceo" que perjudicase al prójimo, y aún el uso del tabaco, que juzgaba un "detestable vicio" muy dañoso para la salud; quería que las leyes atenuasen la indigencia, y abogaba por el aumento del jornal del pobre, mediante su mayor ilustración y mejoramiento de costumbres; respetaba comúnmente los derechos individuales, y opinaba que la Constitución debía resguardar la propiedad de cada uno y convertir el hogar en "un asilo sagrado"; sólo admitía las contribuciones que oprimían poco; cuidaba de que la justicia estuviera "plenamente asistida", por presentir de seguro que sin ella ningún pueblo disfruta de paz y bienestar; atendía con escrúpulo el buen gobierno de los lugares que ocupaba, y, celoso de su propia autoridad, la defendía franca y resueltamente, pero quizá también con alguna presunción, pues se permitía decir entonces: "yo sé bien cómo anda el mundo"; sin embargo, no aspiraba a ejercer

una autoridad absoluta, y condenaba al contrario a quienes reasumían en sí todos los poderes bajo el pretexto de "salvar a la patria", pero a la cual arruinaban, porque "mirándola peligrar", impedían a los otros ciudadanos que acudieran a salvarla.

Morelos fué ante todo un patriota ejemplar. Su mayor anhelo consistió en hacer feliz a su patria, "el blanco de todo" y la "madre común", según decía; gustaba más de llamarse "Siervo de la Nación", que "Generalísimo de las Armas de la América Septentrional", y daba las gracias con mayor efusión por los servicios que otros prestaban a ésta que por los que él mismo recibía. No exceptuaba de la obligación de defender a la patria, ni a los eclesiásticos, mujeres, niños y ancianos, y llamaba infames a cuantos vivían en país realista sin dar pruebas de patriotismo; por lo que hacía a él, aceptaba de antemano cualquier puesto donde pudiera ser útil a la Nueva España.

Naturalmente, Morelos tuvo errores como cualquier otro hombre. Así, por asegurar la ayuda de los Estados Unidos, les ofreció la Provincia de Tejas, suponiendo que el fin de emancipación justificaba todos los medios; ignorante de los principios económicos, procuraba moderar con las leyes "la opulencia", que suele lastimar a los humildes, y fijaba precios, en las leyes también, a los artículos de primera necesidad para combatir los monopolios, criadores del hambre del pueblo; a causa probablemente de que tampoco sabía que uno de los principales corolarios de la justicia es el derecho de propiedad, y que, por tanto, las mismas leyes no pueden destruirlo, propuso la confiscación de los bienes de los enemigos y la del oro, la plata y "demás preciosidades" de las iglesias, si bien ofreciendo el reintegro: es curioso que el propio Morelos condenara a muerte, como observamos ya, a los militares que robaban o saqueaban; con tendencias comunistas llegó en fin hasta proyectar la inutilización de "todas las haciendas grandes", cuyos terrenos "laboriosos" excedieran "de dos leguas", y la destrucción de los acueductos, presas, caseríos y demás oficinas "de los hacenderos pudientes, criollos o gachupines." Pero debemos considerar que todos los revolucionarios han permitido el robo, y que, a pesar de que el comunismo recluta sus adeptos, casi exclusivamente entre los incapaces que envidian las riquezas produci-

das por los aptos, también suele ganar a alguno que otro hombre de noble espíritu y sentimentalismo exagerado, como Morelos.

Una vez que rindió la fortaleza de Acapulco, se despojó del poder supremo que hasta entonces había ejercitado, y lo transfirió al Congreso Insurgente, que él mismo creó para que existiera un cuerpo con la majestad debida que pudiese regir sabiamente a la Nación. Por desgracia aquel Congreso, falto de experiencia política y además de gratitud, depuso a Morelos, quien aceptó estoicamente tal humillación, diciendo que si no se le creía útil como General, serviría de buena voluntad como el último soldado del Ejército Independiente; quizá pensó que era justa su deposición, porque se complacía en reconocer que del yerro "no estuvo esempto ni el primer hombre ni el más sabio de los hombres."

Morelos continuó sirviendo con lealtad al Congreso, y en varias ocasiones impidió que lo aprehendieran sus enemigos. Precisamente por salvarlo en Tamálac, el 5 de noviembre de 1815, no vaciló en sacrificarse conteniendo él solo a las fuerzas realistas y ordenando a la vez al Gral. Bravo que vino a auxiliarlo: "Vaya U. a escoltar al Congreso, que aunque yo perezca, no le hace, pues ya está constituído el gobierno." Morelos salvó así al Congreso por última vez, pero quedó vencido y en poder de los realistas.

Traído a la Capital, lo procesaron luego los tribunales comunes y el del Santo Oficio, que arteramente amenazaba con la condenación eterna a los reos que se negaban a delatar a sus cómplices. Morelos, de bronce antes, se volvió de cera, no obstante que había expuesto su vida en múltiples combates y conservado su serenidad habitual en los mayores infortunios; quizá su confesor le convenció de que el Concilio IV de Toledo tuvo derecho para ordenar que se declarase excomulgado delante del Espíritu Santo a cualquiera que intentara privar a los Reyes de sus señoríos. Morelos era un creyente tan ingenuo que oficialmente se llamaba "Coronel del más privilegiado y distinguido Regimiento del Sr. San Miguel Arcánjel"; no podía dudar, en consecuencia, del infierno ni de sus penas terríficas e inacabables; para siempre sintió, así, un pavor invencible al pensar que se vería sujeto a ellas y además privado de las inefables delicias del cielo si no denunciaba a sus hermanos los insurgentes; de aquí que los delatara no con el objeto

de conservar su vida, sino a fin de ganar a Dios: los delatados no lo culparon: en su caso habrían hecho lo mismo.

Muy pocos días después, Morelos recibió con perfecta tranquilidad las balas de los soldados que lo fusilaron en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de aquel mismo año. Honrado sin mácula, no dejó bienes de fortuna, a pesar de que había manejado caudales enormes.

GENARO GARCÍA.

DESPUÉS DE LA LLUVIA . . .

DESPUÉS de la lluvia, el atardecer estaba lleno de bellezas. Se ponía el sol, y las nubes, teñidas de grana y de carmín, erraban en un cielo de oro.

No lejos de mí, tres hombres, cogidos de la mano, levantaban la cabeza en alto, extasiados.

Me acerqué y les dije:

"¿No es verdad que esta puesta de sol es muy hermosa?"

Y ellos me contestaron:

Somos ciegos; sólo hemos venido a aspirar el olor de la tierra mojada.

EL MARQUÉS DE SAN FRANCISCO.

LA DECADENCIA DE LA DEMOCRACIA Y LA CRISIS DE LA CLASE MEDIA

EL 2 de agosto de 1914, es decir, al día siguiente de la declaración de guerra hecha por Alemania a Rusia, el gran estadista rumano Take Jonescu llegó de Londres a Sinaia, donde se encontraba la Corte. El Rey Carlos lo invitó a cenar, y la Reina, apenas se hubieron sentado a la mesa, le preguntó cuáles creía que serían las consecuencias de la guerra. Take Jonescu le respondió que una de ellas sería una repentina inclinación de la opinión pública hacia una intervención más efectiva de las masas en el Gobierno. Esta idea no llegó a dejar de ser sostenida durante el curso de la guerra. Entramos a pelear, dijo el Presidente Wilson, porque es necesario salvar al mundo para la democracia.

Desgraciadamente, las consecuencias de la guerra han sido precisamente hacer caminar a las naciones hacia el despotismo. Lo mismo han procedido las países en que predominan las clases proletarias que aquellos en que gobiernan las aristocracias. Los bolcheviques lo confiesan francamente. Han instituído en Rusia la dictadura del proletariado y suprimido los parlamentos, porque consideran que éstos son el instrumento político más seguro para que los plutócratas gobiernen. Las últimas elecciones celebradas en Francia a fines del año pasado, se verificaron bajo un régimen tal, que para calificarlo basta citar el caso de que el capitán Sadoul fué condenado a muerte para rodar su candidatura. En Italia, el gran Ministro Nitti se vió obligado a disolver el Parlamento para aprobar por una decisión de la Corona el tratado de Versalles. En los Estados Unidos el Presidente Wilson ejerció una dictadura sin precedentes desde Cromwell y en el Estado de Nueva York no hace mucho que fueron expulsados varios miembros del Congreso Lo-

cal, a pesar de que fueron legalmente electos, alegándose que estaban incapacitados para ejercitar sus derechos políticos por el solo hecho de ser socialistas. Inglaterra, la tierra clásica del parlamentarismo, Inglaterra misma, ha relegado el Parlamento a un segundo lugar en el Gobierno. Mucho tiempo el Primer Ministro dejó de asistir a las sesiones de la Cámara de los Comunes limitándose a enviar a otro miembro del Gabinete a que informara. El mismo Primer Ministro celebra arreglos de todo género con los obreros y con los industriales para someterlos simplemente a la aprobación del Parlamento. La situación política de Inglaterra realmente ha sido la de la época de la *Cámara estrellada,* cuando las órdenes del Consejo fueron más poderosas que las decisiones del Parlamento. La comprobación de los gastos, durante siglos, el gran contrapeso contra las invasiones del poder, dejó de estar, durante la guerra, en manos del cuerpo legislativo. A tal grado llegaron las cosas que al entrar en receso el Parlamento, en agosto del año pasado, Lord Cecil protestó contra "la censurable indiferencia que el Gobierno había manifestado a la dignidad y soberanía del Poder Legislativo".

¿Cuáles son las causas de este retroceso? Sin duda alguna que se trata de una manifestación debida a muchas razones. Sin embargo, queremos señalar una que para nosotros es muy perceptible, por venir a constituir la causa principal de nuestro atraso político. Nos referimos a la debilidad de la clase media.

La riqueza es el poder, dijo Hobdes. Por ello en los tiempos primitivos y durante la edad media, el poder social estuvo vinculado con la posesión de la tierra. Lo mismo en las civilizaciones primitivas del Oriente, que en el mundo Greco Romano y que en el Feudalismo, la posesión de la tierra dió el derecho político al noble o al ciudadano. La clase de los caballeros en Roma participó del poder político cuando fué una aristocracia de fortuna capaz de hacer contrapeso a la aristocracia de nacimiento. La disociación de los dos poderes de la autoridad y de la riqueza vino a realizarse cuando el siervo se transformó en colono libre, cuando la burguesía se sobrepuso a la nobleza y cuando el sistema de las corporaciones y de los gremios se disolvió. La causa fué que, habiendo obtenido la independencia económica la gran mayoría del pueblo, y por lo mismo siendo la poseedora de la mayor parte de la riqueza, en ella vino a radicar el poder político. Ahora bien, las clases medias son las únicas que, siendo sufi-

cientemente fuertes para no ser esclavizadas, no son bastante poderosas para esclavizar a las demás. Toqueville hace notar, en su obra sobre la Democracia en América, que entre los pueblos democráticos el gusto del bienestar desvía a los hombres del Gobierno, de manera que las clases medias tienen horror al despotismo. Además, en las democracias en que domina la clase media, el poder está repartido en tantas cabezas, suficientemente independientes, que la opresión es imposible, porque la tiranía exige que unos cuantos sean los que gobiernen y esos no pueden ser electos por hombres que no se sindicalicen. En los Estados Unidos, donde, por no existir la nobleza, el dinero da el poder más considerable, ya se hubiera establecido un formidable despotismo a no ser por la clase media agrícola que puebla los campos. Sin embargo, he aquí cómo juzga Tarde del ejercicio del poder por los ricos: "Los millonarios americanos llevan con razón el nombre de reyes. Han hecho la elección de McKinley. Su imperialismo financiero pretende nada menos que conquistar el mundo y, mientras esto sucede, gobernar a los Estados Unidos. Todos los Estados contemporáneos asisten al mismo espectáculo del dinero dueño del país, por la prensa que compra y que fabrica la opinión, cuando no se trata de la compra de funcionarios o de parlamentarios corrompidos. Nuestras democracias son ya plutocracias. El dinero hace contrapeso al número". Nada más natural, pues, que cuando el poder se encuentre en manos de los plutócratas, éstos gobiernen completamente a su antojo. Cuando el Gobierno cae en manos de las clases proletarias, la anarquía es inevitable, mientras no aparecen los Jefes que las dirijan, porque al contrario de lo que pasa en las clases medias, todos los individuos de las clases populares desean intervenir en el Gobierno, para poner remedio a los males que sufren. Cuando los jefes aparecen, como Dantón durante la Revolución francesa y Lenine y Trotzky en la Rusa, se ven obligados a ejercer una autoridad sin límites para poder organizar la sociedad. Como no tienen la riqueza a su disposición, les es necesario apoyarse en la violencia. Los mismos revolucionarios se ven obligados a crear intereses económicos bastante fuertes para poder sostenerse y estabilizar su gobierno sin la violencia. Por eso Guillermo III fundó el Banco de Inglaterra oponiendo a la riqueza de la tierra la riqueza financiera e industrial y por eso también la Revolución francesa dividió las propiedades de los nobles y

de las iglesias. La Reforma se sostuvo entre nosotros debido, principalmente, a la creación de algunos ranchos.

Simplemente para hacer las elecciones de funcionarios se necesita dinero. Estamos acostumbrados a oír mencionar los millones de pesos que se gastan en los Estados Unidos durante las elecciones presidenciales. La propaganda exige tremendos gastos de publicidad, sueldos de propagandistas, considerables viáticos, pago de recepciones y hasta de diversiones populares. Cuando los ricos son los únicos que pueden sufragarlas, pasa lo que sucedió en Roma: donde durante tres siglos los publicanos y los banqueros dominaron la política interior y fueron dueños de la guerra y la paz. Cuando el pueblo no tiene dinero para sufragar los gastos electorales, no le queda otro camino que el de la violencia para imponerse transitoriamente. No hay, pues, otro medio de gobernar democráticamente que el de crear las clases medias.

Ahora bien, la comprobación de estas consideraciones se encuentra en la condición actual del mundo. La crisis de la democracia en estos momentos, coincide con la decadencia de las clases medias.

Efectivamente, la acumulación de capitales en la grande industria; la ausencia casi completa de concurrencia extranjera; el establecimiento de fuertes monopolios; la necesidad de economizar las materias primas y la mano de obra, que ha impuesto la centralización de la adquisición y de la repartición de materias primas; la movilización de los jefes de familia; la baja del poder de compra del dinero; la irregularidad de los transportes, la agitación en el seno de las clases obreras; la falta de producción; la deterioriación de las fábricas; la falta de materias primas, la falta de mano de obra en la agricultura; la enorme deuda pública, la sobreemisión de billetes de Banco de curso forzoso y la carestía de la vida, han provocado un desalojamiento considerable de la riqueza pública.

En la industria las grandes fábricas han arrojado del comercio a las pequeñas. "La guerra, dice un economista alemán, ha traído una era de grandes fusiones, las grandes industrias se hacen cada vez más grandes. Muchas de las pequeñas, al contrario, se preguntan si podrán conservar su independencia económica en esta lucha durante la guerra". "The Statist", el famoso periódico de la economía política inglesa, declara que es

cada día más difícil la concurrencia de las pequeñas compañías con las grandes. Por ello se ha visto desarrollar en el Reino Unido un imperialismo más violento que el que predicó Chamberlain hace diez y seis años. En cuanto a la agricultura, dice Michelson en su obra sobre las Finanzas Públicas después de la Guerra, "Repetimos que la grande y la media propiedad se han aprovechado de la guerra; en cuanto a la pequeña propiedad, su situación está muy lejos de ser satisfactoria. La guerra la ha afectado considerablemente. La proletarización progresiva de los pequeños agricultores ha tomado durante la guerra un carácter casi general". En Francia, como en Alemania, muchas tierras están abandonadas y el Gobierno francés se ha visto obligado a establecer la siembra obligatoria o la ocupación por la autoridad para contratar la explotación, cuando sea posible. Los funcionarios públicos han sufrido por su parte una reducción indirecta de sus sueldos por el alza de los artículos de primera necesidad y de los servicios públicos. Los pequeños rentistas han disminuído enormemente, porque sus ingresos, que han permanecido nominalmente los mismos, no les proporcionan el medio de adquirir lo que basta para las necesidades de la vida. En Francia, particularmente, ha sido la crisis más grave, por la repudiación de las inversiones rusas que suben a veinte mil millones de francos en oro. La prueba más evidente de la crisis de la clase media, está en que ha disminuído el número de contribuyentes. El profesor Eulemburg publicó en 1918 dos cuadros elocuentemente demostrativos, y que prueban tanto la disminución del número de contribuyentes, como que las rentas de los grupos acaudalados han crecido a expensas de las de los grupos de mediana posición. El último censo de los Estados Unidos, arroja por primera vez en la historia de este país, una cifra cargada de graves consecuencias sociales: el número de habitantes de las ciudades y por lo mismo de proletarios, es mayor que el número de agricultores, que forman la medula de la estructura social.

Si las condiciones del mundo no se modifican en el sentido de reorganizar a los hombres independientes, de mediana fortuna, el gobierno representativo está destinado a caer, porque no puede haber igualdad de derechos políticos donde, como dijo Abad y Queypo respecto a nuestro país: "No hay graduaciones o medianías; son todos ricos o miserables, nobles o infames".

F. GONZÁLEZ ROA.

INICIAL

FUE mi libro de texto un amor escolar;
fué una muchacha triste, la que llegó a querer-
me tan hondamente, que dejó al pasar
por sobre de mi vida, todo su atardecer.

Aún de la colegiala traía la manteleta
azul de las internas, allá cuando en la escueta
sala de dibujo, en la gran sala,
fué nuestra primera, recóndita estafeta,
una violeta.

Esbeltez de gacela,
sabidurías de abuela,
arranques de graciela,
y los dulces resabios de la escuela.

Sus manos, lenidades de paloma,
sus manos escolares que me empeñé en besar;
sus manos que exhalaban el aroma
de un lápiz acabado de tajar.

....

¡Qué funestos augurios los de aquellas ternezas!
¡Qué tristezas tan hondas las de aquellas tristezas!
¡Qué la vida tan irreconstruible y fatal!

No volvió a vacaciones....
Hoy un huerto la esconde....
Fué una página en blanco; fué una página en donde
comenzada aún, se mira una roja inicial.



PSALMO A LA TARDE

ES *tu hermana la mañana,*
pero no se te asemeja;
alma de samaritana
tienes tú; pero tu hermana
me ve exánime, y se aleja.

La mañana es alegría,
tarde mía;
es reina que arrastra un manto,
y eres tú monja profesa;
pero yo te quiero tanto
porque tú eres la tristeza.

Busca tu algibe dormido
para abrevarse mi anhelo,
y al iniciar sus nociones
el deshielo de tu cielo,
sus vuelos alzan mis penas,
en cansadas procesiones
de falenas.



MOMENTO VESPERAL

SE *esfuma tu silueta en la cohibida*
distancia nemorosa, que es el raso
que octubre borda de oros. El ocaso
va hermanando tristezas con mi vida.

En la arena del parque, humedecida,
voy leyendo el poema de tu paso,
y de tus huellas en el hueco escaso
levanté una hoja que pisaste. Urgida,

la arboleda es un órgano, y el viento,
un "Maese Pérez" de ideal convento.
Y bajo el dombo, donde vesperales
maitines el crepúsculo levanta,
comulgan mis amores otoñales
besando la hoja que pisó tu planta.

FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN.

GENARO GARCÍA, SU VIDA Y SU OBRA

I

LAMENTO y me felicito a la vez de trazar este boceto de la vida y obra de Genaro García, uno de los más fervorosos cultivadores de la literatura histórica mexicana. Lo lamento, porque el mal estado de mi vista me impide escribir un estudio minucioso y analítico como él merecía; y me felicito, porque se me presenta la oportunidad de consignar un debido homenaje de gratitud, al amigo cariñoso que en vida me llenó de toda clase de atenciones y de obsequios valiosos.

Genaro García fué uno de los últimos representantes de aquellos insignes y preclaros bibliófilos y eruditos, que como García Icazbalceta, del Paso y Troncoso, Hernández y Dávalos, Agreda y Andrade, han desaparecido sin dejar hasta ahora, sino uno u otro sucesor distinguido por su ciencia en la historia y su amor a los libros.

La vida de Genaro García puede resumirse, como la de los mencionados, en el estudio constante y en el trabajo infatigable.

Nació en el Fresnillo, Estado de Zacatecas, el 17 de agosto de 1867, hijo de don Trinidad García, que desempeñó altos e importantes empleos y cargos públicos, y de doña Luz Valdés, amantísima de comprar infinidad de plantas y aves de toda especie, de quien quizá heredó Genaro sus aficiones de coleccionista.

Hasta la edad de doce años fué muy enfermo. Sin embargo de su delicada salud, hizo los estudios primarios con buen éxito en San Luis Potosí; los secundarios en la ciudad de México, en los colegios particulares de Zambrano y de don Emilio Baz, y una vez concluídos, ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria,

después a la de Jurisprudencia, donde dobló los cursos, hasta recibirse de abogado.

La profesión la ejerció poco, y él mismo dejó escrito que no le agradaba, por lo convencional que es la llamada Justicia. No obstante obtuvo un triunfo jurídico, como apoderado de la viuda de Verástegui, pues logró sentencia enteramente a su favor, cuando ella se constituyó parte civil, en contra del que había matado a su esposo en un duelo.

Con motivo de este duelo, Genaro García comenzó a figurar como escritor y polemista. Sostuvo en los periódicos, discusiones bastante enojosas con don Antonio Tovar, autor de uno de los que se dicen *Códigos* del duelo, y logró que por mucho tiempo no se verificaran nuevos desafíos en esta capital.

Por aquellos años, Genaro García inició su inclinación a las letras con dos pequeños volúmenes de novelas que intituló *Inelda* y *Pobre Belem*, esta última publicada bajo el seudónimo de *Franco Leal*. Publicó, también, unos *Apuntes sobre la condición de la mujer*, y varios artículos en los diarios políticos y en los periódicos literarios de entonces.

Su amor al estudio y la buena posición que gozaba en la política el señor su padre, pronto llevaron a Genaro a ocupar una curul en la Cámara de Diputados, para la que fué reelecto como representante, las más veces, de su Estado natal, en sucesivas legislaturas; y desempeñó después una defensoría de oficio, en la que no duró mucho, y los empleos, en diversas épocas, de profesor de literatura y de indumentaria en el Conservatorio Nacional de Música, de historia en el Museo, y fué jefe de profesores de la misma materia en la Escuela Preparatoria. Además, fué Director del Museo de Historia, Arqueología y Etnología y de la mencionada Escuela. En una y en otra institución, reveló su espíritu organizador, renovador, y desplegó estricto método y disciplina severísima, si bien es cierto que sus predecesores en el Museo nunca contaron, como él contó, con amplia y cuantiosa dotación por parte del Presidente de la República; empero, Genaro le correspondió con todo su saber y toda su labor, convirtiendo el Museo en un riquísimo arsenal de reliquias arqueológicas e históricas, dotándolo de un cuerpo de selectos profesores en las materias de su facultad y estableciendo un taller artístico y tipográfico, de cuyo mérito son muestras elocuentes las bellísimas ediciones de

sus *Anales* y de las obras allí impresas, entre otras, *La Arquitectura en México*, que por desgracia quedó trunca.

Todavía más. Si el Museo progresó material e intelectualmente bajo la acertada dirección de Genaro, supo también como profesor de historia, del mismo establecimiento, formar una pléyade de aprovechados discípulos, entre los cuales son bien reputados los nombres de Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Manuel Gamio, Juan B. Iguíniz, Ignacio B. del Castillo, Alfonso Teja Zabre y el extinto joven Agustín Agüeros. Todos ellos, aparte de haberse distinguido por sus propias obras, colaboraron con su maestro en las colecciones de éste, tanto oficiales como privadas.

La gestión de Genaro García en la Preparatoria, no puede juzgarse, porque caída la administración huertista que lo puso en la dirección, los frutos no aparecían aún.

No se contentó Genaro con ejercer la profesión de abogado, con enseñar con provecho en las cátedras, con publicar folletos sobre el problema educativo, como el que lleva por título *La educación nacional en México;* imprimió también obras suyas o ajenas, pero adaptadas a nuestras escuelas, tales como las *Nociones de Derecho Constitucional*, las de *Derecho Usual,* las de *Economía Política* y las de *Instrucción Cívica,* ajustada la última a la Constitución flamante de 1917; y entre las adaptaciones figuran *Una vuelta a la República Mexicana por dos niños* y el *Frascuelo.*

Pero no solamente ocupaban su tiempo los asiduos trabajos intelectuales a que se consagraba. En temporadas ausentábase de la Capital, a fin de visitar los minerales en donde tenía acciones, y en alguna ocasión él mismo dirigió las tareas de los mineros.

II

Si el ejercicio de su profesión de abogado no fué del todo estéril y bastante fructuosa su labor como profesor, como director del Museo, y de planteles de enseñanza, como autor de libros escolares, pero en materia histórica fué vastísima y fecunda.

No discutiré si sus obras originales, tan eruditas, adolecen de cierto criterio apasionado, en tal o cual sentido, como la intitulada *Carácter de la Conquista Española en América y en México,* a la que censuran de proyectar sólo las sombras de la gloriosa epopeya hispánica, o como la de *Don Juan de Palafox y Mendoza,* Obispo de

Osma y de Puebla, Arzobispo, Visitador y Virrey de la Nueva España, que tildan de ser acusación sin defensa de la Compañía de Jesús; pero sí pregonaré en alta voz, que estos libros y los de compilación que dió a la estampa, son materiales copiosos para el verdadero y futuro historiador que escriba los pretéritos sucesos patrios.

Es ciertamente positiva y fecunda su labor como traductor, editor, compilador y anotador de obras y documentos.

Inició sus aficiones históricas con la versión al castellano, en unión de su hermano Daniel, de dos obras del filósofo inglés Herbert Spencer, *Los antiguos mexicanos* y *El antiguo Yucatán*; no conformándose con corregir los textos citados, y adulterados en las versiones extrañas, de que se valió el autor, sino que en la segunda de las obras mencionadas restituyó las citas, tomándolas directamente de los cronistas primitivos y en vista de las primeras ediciones.

Como editor, nos legó dos obras muy estimables: las *Dos Relaciones de la Florida*, documentos preciosísimos y de un gran interés dramático uno de ellos, y la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* por Bernal Díaz del Castillo.

Como es sabido, el texto impreso de la pintoresca crónica del ameno escritor y conquistador, lo había impreso adulterado el P. Remón, en el siglo XVII, y tal texto había servido para hacer las sucesivas ediciones castellanas y las traducciones al inglés, al alemán y al francés. Genaro García logró que el Presidente de la República de Guatemala le enviase una copia del manuscrito original que se conserva en esa ciudad, y con ayuda de una mala pero íntegra reproducción fotográfica, que existe en nuestra *Biblioteca Nacional*, reprodujo el prístino texto, tal como le escribió la arrugada mano del viejo Bernal, con todo su selvático lenguaje, enmarañado de abreviaturas y de letras mayúsculas o minúsculas, que salpicaba al azar, como igualmente los signos de puntuación.

De las compilaciones publicadas por Genaro García, son monumentos de su incansable y prolífica labor, los siete gruesos volúmenes en 4.° mayor, intitulados *Documentos históricos mexicanos*, y los treinta y siete volúmenes en 8.°, intitulados *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*.

La primera de estas compilaciones fué publicada bajo su dirección por el Museo Nacional, como obra conmemorativa del primer Centenario de la Independencia en 1910, en edición que es mo-

delo tipográfico de las prensas mexicanas, y que honra a los artistas que la ilustraron. Su contenido es de suma importancia, pues aparecieron en ella, por primera vez, documentos desconocidos referentes al movimiento inicial de nuestra emancipación en 1808; procesos inéditos de los caudillos de 1810 y posteriores, como los de Allende y Leona Vicario; noticias contemporáneas e ignoradas de las heroínas de aquella lucha sangrienta; facsímiles de los periódicos insurgentes; autógrafos impresos de la época; partes oficiales, etc., etc. En resumen, que sin esta compilación y la de Hernández Dávalos, no se podrá escribir a conciencia la verdadera historia de México desde 1808 hasta 1821.

Más extensa por el período secular que comprenden, es la compilación de los *Documentos inéditos o muy raros.*

En los 37 volúmenes pueden hallarse autos de fe, descripciones de fiestas, motines, memorias y relatos, autobiografías, pero principalmente las correspondencias de cada uno de los hombres más notables que figuran en la historia nacional, sobre las principales épocas, como son la dominación española, la independencia. el Imperio de Iturbide, las guerras fratricidas precursoras a la invasión norteamericana y sobre esta misma invasión; la dictadura del general Santa-Anna, el Plan y la Revolución de Ayutla, la intervención y el segundo Imperio. De las últimas épocas mencionadas se encontrarán muchísimos documentos ignorados, pues el compilador tuvo la suerte de que le franquearan de continuo, el Gobierno y los particulares, los archivos casi íntegros y hasta entonces no registrados de los generales Paredes, Santa Anna, Comonfort, Degollado, Doblado, Riva Palacio, Bazaine y de muchos intervencionistas, civiles y militares.

Genaro García perdurará por estas dos compilaciones más que muchos escritores que han intentado hacer historia original, porque sin tan vasta documentación, a pesar de lo mucho que aún quede inédito en archivos nacionales y extranjeros, los anales patrios escritos sólo con talento o arte, se derrumbarán por falta de cimientos sólidos.

Apuntaré aquí los títulos de otras obras y opúsculos de Genaro García, a saber: *Juárez,* refutación a don Francisco Bulnes; *Porfirio Díaz, sus padres, niñez y juventud; Bernal Díaz del Castillo,* noticias biobibliográficas; los *Calendarios Mexicanos* de don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia; *Leona Vicario,* heroína insurgente, dos ediciones, de las cuales la segunda es una refundi-

ción de la primera; *El Conde Raousset-Boublon en Sonora; Indice Alfabético* de los "Documentos para la historia de México", cuatro series que aparecieron anónimas, pero que se sabe fueron formadas por Orozco y Berra; *Indice Alfabético* de la "Colección de Documentos para la historia de la guerra de Independencia" de Hernández y Dávalos; *Crónica Oficial de las fiestas del Centenario en 1910,* obra que publicó en colaboración de distinguidos literatos, y que es una de las más hermosas ediciones que hizo el Museo Nacional, por su impresión e ilustraciones. Imprimió, en fin, su *Discurso* leído en la solemnidad fúnebre consagrada a don Benito Juárez el 18 de julio de 1906 y *La Constitución de 1857,* con sus reformas y leyes reglamentarias.

Muchas corporaciones del país y extranjeras, que apreciaron el mérito de sus obras y de sus labores, le nombraron individuo honorario o de número. Citaré las siguientes:

NACIONALES

Academia Mexicana de la Historia.
Sociedad Científica Antonio Alzate.
" Mexicana de Geografía y Estadística.
" para el cultivo de las Ciencias y de las Artes.
" Manuel María Contreras.
" Indianista Mexicana.
" de Geografía y Estadística de Michoacán.
" Antialcohólica Nacional.
Círculo de Obreros Victoriano Cepeda, del Saltillo.
Ateneo Mexicano Literario y Artístico.
Liceo Mexicano.

EXTRANJERAS

Hakluyt Society y
Royal Society of Arts, de Londres.
Société Académique de Histoire Internationale de Paris, que le concedió medalla de oro.
Société de Americanistes, de Francia.
American Antiquarian Society, de Filadelfia.

American Historical Asociation, de Texas.

Real Academia de Bellas Letras, de Barcelona.

También se le distinguió con nombrarlo delegado a diversos Congresos científicos y a representar a su país en fiestas conmemorativas, como se verá por la lista que copio a continuación.

Delegado en México de la Unión Ibero-Americana.

" del Primer Congreso Universal de Razas celebrado en Londres.

" del Primer Congreso Pan-Americano de Santiago de Chile.

" de México al XIV Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas de Ginebra, en 1912.

" de México al VIII Congreso Prehistórico de Francia. (Renunció.)

" de México en las fiestas celebradas en Cádiz para conmemorar el Centenario de las Cortes de 1812.

Secretario General del Comité Mexicano de Organización del XIV Congreso de Americanistas que había de celebrarse en México.

Comisionado para hacer Estudios de la Instrucción Rudimental en México.

Debo advertir también, en su honor, que de algunas de las sociedades extranjeras mencionadas fué el único individuo mexicano que a ellas perteneció; y que fué uno de los pocos miembros que forman la Society for National Resarch of London.

III

No quiero resistir a la tentación de consagrar las últimas líneas de este boceto, al coleccionista y al bibliófilo, que ha legado a sus hijos una copiosa colección de objetos y una riquísima biblioteca que cuenta alrededor de 25,000 títulos, incluyendo los folletos.

Genaro García tuvo el gusto costoso, pero inocente, de estos placeres entretenidos. Coleccionó pinturas, acuarelas, estampas, fotografías, medallas, bronces, mármoles, azulejos, tibores, ídolos y, en general, toda clase de antiguallas artísticas o de reproducciones modernas exactísimas.

Su pasión dominante, sin embargo, fué la de los libros y manuscritos. Poseía obras de todas materias, de bibliografía, de geografía, de religión, de ciencias, de jurisprudencia, de literatura, de historia universal, y sobre todo de historia de México.

Su colección de libros relativos a asuntos nacionales, contiene aproximadamente 18,000 títulos. Abraza desde los códices prehispánicos hasta los libros más modernos; y sólo sobre la última revolución tenía ya pletórico un estante de su biblioteca. Esta colección mexicana, es quizá ahora la única en su género existente en nuestro país, porque comprende innumerables obras, folletos, hojas sueltas y periódicos.

Genaro era un enamorado de los libros. Los estimaba por su contenido, por su rareza, por el precio, por la belleza de las ilustraciones, por la hermosura de su impresión y por lo artístico de las encuadernaciones.

Olvidaba todo por los libros. Los buscaba en los mercados de viejo y en las librerías. Viajaba en busca de ellos y regresaba feliz con sus conquistas.

Tenía fondos especiales situados en el extranjero, para que en un momento dado sus corresponsales, a un pedido suyo, le enviasen luego las obras que deseaba. Y en las testamentarías estaba alerta cuando se remataban las bibliotecas de los difuntos.

Y lo que he dicho de su amor a los libros lo extiendo a los manuscritos, que en su género es también aquí, única colección.

Este gusto, este placer que no pueden comprender sino los que lo han sentido, le costó a Genaro una fortuna; y su pasión extremada por los viejos libros, no le abandonó ni en los últimos días, pues todavía una o dos semanas antes de su muerte, le ofreció al heredero de un bibliófilo amigo mío, la suma de 700 pesos por una Doctrina de Zumárraga y una Crónica de Cogolludo, y accediendo a su oferta, el trato quedó cerrado en 800 pesos.

Su afán de coleccionista no se limitó a las clásicas ediciones de los grandes impresores; coleccionaba diversas ediciones, a fin de agotar un asunto o de formar una bibliografía completa, o por lo menos copiosísima.

Retirado desde el triunfo de la última Revolución a la vida privada, se consagró en los postreros años de su existir, a los cuidados de su numerosa familia, al fomento de sus negocios particulares, a acrecentar el fondo numeroso de su rica biblioteca, a preparar una edición de la correspondencia de Morelos, y otra de do-

cumentos referentes a la *Junta Secreta de los guadalupes*, y a escribir su obra sobre don Juan de Palafox y Mendoza.

Entregado por completo a tan distintas tareas, quizá agotado física e intelectualmente por el estudio continuado, a la postre de larga y penosa enfermedad, que a ciencia cierta no pudieron determinar cuál fuesen los más expertos facultativos, expiró mansa y cristianamente en su casa de la 5a. calle del Carmen núm. 75, a las 10 de la mañana del día 26 de noviembre de 1920; con la tranquilidad y resignación de uno de aquellos justos varones, cuyas vidas él había leído en los vetustos incunables y en los viejos pergaminos de su amada biblioteca; después de haber estado varios meses yacente en el lecho, ayuno completo de sus lecturas favoritas, privado de consagrarse a sus investigaciones predilectas, atormentado mentalmente por penas morales; pero confortado con la virtud y la abnegación de su esposa, con los cuidados cariñosos de sus hijos y los consuelos continuos de sus amigos.

Al día siguiente de su muerte fué sepultado en el Panteón del Tepeyac. La ceremonia religiosa estuvo a cargo del R. P. Mariano Cuevas S. J., Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, e hizo su elogio fúnebre el Académico mexicano, señor profesor Alberto María Carreño.

Genaro García será juzgado por su buena fe. Fué ingenuo como Bernal Díaz del Castillo; sentimental como Fr. Bartolomé de las Casas; activo, fecundo y pasional como don Juan de Palafox y Mendoza, a quien consagró el último y el más erudito de sus libros.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

EL PRÍNCIPE AZUL

A Pedro Henríquez Ureña.

ELLA había soñado con un hombre así. Un alma que se expresara por medio de notas; que dijera de sus cuitas, de sus alegrías, de sus ilusiones, de sus esperanzas, en el lenguaje alado de la música....—La palabra es bella en los libros de los poetas; en la realidad no, porque no revela todo lo que quisiéramos decir; porque, aun revistiendo con ella los pensamientos más hermosos y elevados, si la depuramos, suena a afectación, y si le damos paso, sencilla y naturalmente, codéase con la vulgaridad.

Cecilia, al menos, no era extraña a tan sutil modo de pensar. De cuantos galanes la cortejaron, y de cuantos novios había tenido —¡pocos, en verdad, para sus veintiséis años!—ni uno solo la regaló con la canción madrigalesca apetecida. Entre los conceptos de amor oídos y las cuentas que todos los sábados tomaba a la lavandera, apenas si percibía diferencia. Ningún parlar fino, ningún delicado discurrir, como aquel de gentiles caballeros con quienes se tropezaba en sus novelas favoritas, vió que brotara jamás de humanos labios.

Y como estaba picada de la tarántula literaria, y como era medio marisabidilla, allá en su fuero interno se regocijaba y envanecía de que las pasajeras y endebles pasiones que en esta su dulce y regalada mocedad la habían turbado, jamás hubiesen llegado a tener en su alma ni en su vida arraigo, y la dejaran sola y tranquila en el rincón de su casa colonial, junto a la mamá viuda, quien se miraba en las niñas de sus ojos. Más valía que fuera así. Que los días, y las semanas, y los meses—¡tal vez los años!—siguieran corriendo. ¿Casarse con uno de tantos? ¡Dios la librara! Aguardaba al Príncipe Azul.

¿Lo sería este que ahora, todas las mañanas; por las tardes, al obscurecer, y hasta no muy avanzada la noche, escuchaba desde su cuarto de enferma?

Cierto que lo escuchaba por el intermedio del piano. Jamás le había visto, ni conocía siquiera el metal de su voz. Pero, ¿es preciso ver a las gentes para conocerlas? ¿No resulta más nuevo, más distinguido, más raro, colarse lentamente—como quien entra de puntillas—en las almas, y descubrir sus secretos?

Cecilia lo había hecho. Y mostrábase encantada de la aventura. Cuando cayó enferma—una tifoidea que por poco la deposita en el sepulcro,—mamá le dió la buena nueva de que había encontrado inquilino para el piso alto. Vivían las dos en una añosa casa de la calle de la Moneda. Aquella mansión, en otros tiempos sin duda ilustre, bastara para sostener con decoro, desde la muerte de papá, a la viuda y a su hija única. Pero vinieron los años malos; la Revolución, y, con ella, los dichosos "bilimbiques". El producto de los alquileres de la tienda, del estanquillo y de los billares de abajo, volvióse agua de cerrajas. La aristocrática señora vendió carruaje y caballos por no poder sostenerlos. Fueron despedidos el cochero y una criada. Amenguaron las visitas a los teatros. Cecilia se las arregló de modo que su bien provisto guardarropa, sin aumentar en un arrequive, se estirase hasta adaptarse a las sucesivas exigencias de la moda. Y, al fin—¡cosa que jamás antaño se les hubiera ocurrido!—redujéronse las dos al entresuelo, y pusieron papeles en el piso superior.

—Ya tenemos aquí al huésped—habíale notificado mamá aquel día, en que la elevación de la temperatura la tenía ya amodorrada y medio inconsciente.

La aventura tuvo sus comienzos más tarde.

Fue en los primeros días de la convalecencia. Lo recordaba muy bien. Tendida en el lecho, con sus cabellos color de caoba desparramados sobre la almohada, sentía algo así como miedo a la vida—la sorpresa del súbito retorno, después de un pesado sueño—mirando al sol que resbalaba con blandura sobre los nítidos muebles de laca. Nunca había sufrido tristezas; pero entonces, con el cansancio de sus miembros desfallecidos, sentía gana de llorar. Estaba sola en aquel momento la estancia. A los oídos de la enferma llegaba apenas, difuminado, el rumor vario y monótono—rumor matinal—de la calle. De pronto, un murmullo de notas cristalinas, como el caer del agua en una fuente, se escucha. Insinúase

después, entre arpegios, una melodía. La melodía canta, risueña, vivaracha, fresca. Se enlaza con otros motivos. Hay un no sé qué de gorjeos y de arrullos de céfiro en las notas altas. Las del registro medio aseguraríase que celebran el júbilo de la naturaleza, en un cándido y argentino amanecer de sol. Cecilia, vagamente, reconoce—ella también, aunque incipiente, era pianista—una miniatura primaveral de Grieg.

No tornó a resonar aquel día la voz cordial del piano. Pero al siguiente, si bien un poquito más tarde, mientras la opulenta gata amarilla ronroneaba en el cuadro de sol que proyectaban las maderas entreabiertas del balcón, y Cecilia le sonreía tímidamente, volvió a descender del techo el enjambre de notas. Una música diáfana y calmante; la transcripción de un *lied* de Schúbert: *Tú eres la paz*....

Y lo era, en efecto. Si la fresca y seductora gracia del trozo del día anterior, aunque regocijándola, había lastimado un tanto sus nervios todavía débiles; la sensibilidad de la enferma renacía ahora, calmosa, suavemente, fortaleciéndose, rehaciéndose, gozándose con la paz tranquila que fluía de aquel lindo poema musical; de aquel lindo poema que ella misma había deletreado en el piano pocos meses antes.

Por la tarde Cecilia estaba fatigada e inquieta. Las campanas de Santa Inès sonaban melancólicamente, en el lento declinar de la luz. El ruido de afuera acrecía, con la cesación del trabajo. Y Cecilia, revolviéndose en la cama, no encontraba postura que le acomodase.—"¿Te sientes mal, hija?—preguntaba mamá, interrumpiendo su eterno, su inacabable tejido de gancho, que desde las cuatro había reanudado junto al balcón. La enferma respondía a medias. Entablábase luego un corto diálogo. Un corto diálogo; bien que no pueda apellidarse así, en puridad, a la charla que la venerable señora desbordaba, agitando con presura el gancho, sin encontrar réplica.—Y he aquí que, súbitamente, se escuchan pasos leves en el piso alto. Una vibración rítmica desciende: la de una escala discreta, a modo de la frase inicial de una plática.

Cecilia entorna los párpados. Y oye, primero sorprendida, a seguidas embelesada, una mazurca de Chopin. Ella nota, a medida del discurrir de las manos desconocidas sobre el teclado invisible, que su murria se atenúa. Aquel baile ideal representado por la mazurca, en que damas de peluca se deslizan en brazos de

lozanísimos garzones de calzón corto, le trae a la memoria el borroso capítulo de una novela leída y ya casi olvidada.

—¡Qué bien toca el señor Ruiz!—comenta, al final, la buena de mamá, quien, prendada de la de sus verdes años, en realidad maldita la gracia que le hace "esta monserga de música clásica" que hoy se estila, y que a ella suele dormirla en los conciertos.



Se llamaba, pues, Ruiz; Gonzalo Ruiz.

Quizá, por el momento, no parase mientes en tal nombre. Mas, a partir del siguiente día, y en los que a éste sucedieron, empezó, insistente, a darle vueltas en el magín. Primero le pareció eufónico y elegante. Después, a medida que más y más asistía al soliloquio musical de arriba, lo fue aderezando con varios y muy gallardos atributos. Invariablemente a las mismas horas—por la mañana, al atardecer y en la noche,—el pianista desconocido se hacía escuchar.

Y cumple decir que "se hacía escuchar", no ya porque Cecilia, hallándose, como se hallaba, recluída en su cuarto de enferma—el cual correspondía exactamente al del piso superior,—aunque no quisiera, tenía que oír; antes bien porque en el oír ponía ella toda su atención y todo su encanto. Agarrábase a aquella impresión primera, en su nueva existencia de convaleciente que va en camino de recobrar la salud. Y en lo que oía vislumbraba un puntillo de la galanura cortesana del huésped. Nunca las piezas eran largas, ni, al principio, difíciles ni tristes. Clasificaríaselas como pertenecientes a una suerte de mesurada "dieta musical". De clásicos, románticos y modernos elegía el artista obras de energía, de juventud y de gracia. De la *Pastoral variada* de Mozart llegaba a las coloridas visiones españolas de Albéniz, pasando por las *Novelettes* de Schúmann. Y la muchacha, tímidamente, para su sayo, y como en un lento y dulce abrir de sus ojos a la luz, pensaba:—"El sabe que estoy enferma, y quiere curarme".

Tal concepto, no formulado sino en la mente, revelador era de que en el ánimo de la convaleciente, junto con la simpatía inicial hacia el desconocido, empezaba a florecer el agradecimiento.

Se aferró a la idea de la piedad. El huésped incógnito tenía piedad para ella; pensaba en ella, y quería aliviarla con el noble

elíxir de su arte. Cecilia meditó una mañana en esto; y, cuando en el piano invisible se extinguió la postrera vibración, ella levantó los ojos hacia el techo, arrasados de lágrimas.

Comenzaba a perfilarse, en su imaginación, la silueta del anhelado Príncipe Azul. La loca de la casa siempre había privado, sobre cualquiera otra facultad, en aquella moza que como planta de invernadero, nacida del matrimonio de dos viejos, alentó en la solitaria casa colonial, regalada con mimos de hija única.

¿Cómo sería Gonzalo Ruiz? Se lo imaginaba, a través de la música, pálido y esbelto. Frisaría, sin duda, en los treinta años. Tendría la frente ancha y despejada; cabello y leve bigote color de oro viejo; los ojos de un azul denso, casi de acero. ¡Pero qué valían las galas y perfecciones físicas al lado de las hermosuras espirituales que el ignorado artista había llegado a cobrar en el ánimo de la joven! Todos los brillos y arrestos de lo caballeresco; cuantas ponderaciones de lo fino puedan sorprenderse en las historias, era poco junto a las imaginaciones de Cecilia en estos importantes respectos. Contraponiendo a los defectos sorprendidos en hombres que conociera, las cualidades que se alzaban gallardas en el polo opuesto, Cecilia acabó por forjarse un tipo que equivalía, punto por punto, que se asemejaba, como una perla a otra perla de igual oriente, al gentil caballero de sus sueños.

Por eso, andando las semanas, y a medida que más se acercaba a la plena salud, y, con ella, a la realidad del conocimiento, dió en inquietarla la incertidumbre. Haciendo un paréntesis en el espontáneo afán de achacar prendas; naturalmente, y aun sin quererlo, daba paso a dudas.... —¿Sería, en efecto, Gonzalo Ruiz, en lo corpóreo e incorpóreo, tal y como se lo figuraba?

De propósito, y no bien su imaginación holgóse en la tarea de revestir a su ideal, se cuidó mucho de pedir pormenores a mamá acerca del huésped. Hizo más: alguna vez que ella quiso dárselos, le atajó el paso con un gesto que quería ser, y de verdad era, doliente. La buena señora atribuyó aquello a orgullo herido ante la realidad cruel de un intruso en casa, traído por la mano de vergonzante pobreza.—Y no volvió a decir más. Apenas si, una ocasión, en el tercero o cuarto día de convalecencia, insinuó: —"Hija: el señor Ruiz, que es la persona más fina que puedas suponer, me preguntó esta mañana si no te molesta oír música". Y otro día: —"Cecilita, estoy encantada con nuestro inquilino: no amanece día sin que me pregunte por tu salud".

Al cabo llegó el momento de abandonar la cama. Pálida y ojerosa, con el leve y delgadísimo cuerpo envuelto en una bata de color malva, y los pies breves metidos en chinelas bordadas de oro, Cecilia, no bien pretendió dar un paso, llamó a mamá, con ahogada exclamación de susto. Temía caer. Los objetos de la habitación giraban en derredor. El balcón se le aparecía lejano, cual meta distante de un camino escabroso.

Del brazo de su madre avanzó despacio, exhalando grititos de alegría y de miedo, acompañados de una ondulante risa nerviosa. La sentaron en un deslucido sillón, cerca de la vidriera. ¡Qué espectáculo nuevo el de la calle! ¡Qué apresurado ir y venir de gente, y de tranvías, y de automóviles! Ella lo imaginaba todo, más que lo veía. Estando tan próxima al balcón, a un paso del barandal donde tantas veces solía acodarse, venía a su mente la perspectiva con la cual se había familiarizado desde su niñez: en el término de la arcaica vía, la torre de la Catedral, destacando del azul del cielo; a la derecha, las viejas casas del Mayorazgo de Guerrero, con sus encajillerías de piedra gris sobre el rojo tezontle y sus nichos esbeltos, tan distintas, por su arcana gracia, del antiguo Palacio Arzobispal, cuyos muros lisos y austeros se columbraban un poco más allá. ¡Y todo, lo que Cecilia en aquel instante veía, y lo que sólo por añoranza acertaba a ver, bañábase en una luz dorada, apacible; luz otoñal de México!

Embebida en tales contemplaciones, casi no percibió el ruido que hizo la puerta al abrirse. Entraba mamá. Venía risueña, con un júbilo en el rostro que armonizaba con la blancura del pelo que descendía sobre la frente rugosa en finos aladares. —"Mira—dijo, mostrando un haz de rosas fragantes,—te las manda el señor Ruiz. Se puso contentísimo al saber que te has levantado".

Y a partir del mediodía, toda la tarde, hasta al obscurecer, en que sonó el andante de la *Appassionatta*, en torno a las rosas vagó, tomando a veces combada forma de interrogación, la silueta del Príncipe Azul.



Fue una mañana, expedida ya por el médico la patente de cabal salud, cuando inopinadamente supo que estaba a un paso de la resolución del enigma. Gonzalo Ruiz vendría a verla. Ansiaba presentar sus respetos a la viuda y sus parabienes a la buena y sana.

Cecilia creyó sentir alegría. Y, en efecto, suave y dulcísima le retozaba por todo el cuerpo, en el que salud y vida se expandían a torrentes, saturándolo de beatitud. Mujer al fin, asaltóle la preocupación de si, a pesar de la enfermedad, o justamente por ella, estaría guapa y hechicera moza. Consultó al espejo. Puso en armonía su interesante palidez con los toquecillos discretos de ciertos mal comprendidos afeites. Sus cabellos castaños, sus castaños ojos, las cejas leves, la sombra de los párpados, el finísimo carmín de los labios: todo se fundía como acorde elegíaco de un nocturno chopiniano. Entonces vislumbró Cecilia por qué los románticos habían discurrido tanto, embelesados y engreídos, por los aledaños de la muerte. Estaba atractiva, sí, como nunca sospechó estarlo.

¡Pero, demonio de gusanillo roedor el de la duda! ¿Por qué había sentido, de pronto, en el alma, su cosquilleo importuno, su lento deslizarse, que le producía súbito calosfrío?

¿Sería Gonzalo Ruiz el esperado Príncipe Azul? La duda surgía de nuevo. Y surgía ahora insistente, lancinante, ansiosa. Harto lo reveló así el mohín de su rostro, fijado con precisión fugitiva por la alinde del espejo.

Lo de menos era resolverla luego. Bastaría una preguntita a mamá. Pero Cecilia tuvo miedo de la desilusión, y calló. Como quien, poseedor de un billete de lotería, se obstina en no consultar la lista, con ánimo de prolongar la felicidad de la esperanza,— ella quiso vivir algunas horas más, en amable soliloquio interior, ante la imagen del Príncipe Azul. Inminente como era la posibilidad de saber, el fin último y decisivo de averiguar, tan presto hubiera deseado que corriesen las horas, como que quedaran detenidas para siempre las manecillas del reloj de bronce que, sobre una consola de la sala, parecía hablar en secreto; pues tal era su casi imperceptible tic-tac.

Echando viajecillos entre la susodicha sala y su vecina alcoba se la pasó. Mostraba predilección por la primera y allí estuvo lo más del tiempo. De igual manera que el escenario a los actores, atraíala aquel lugar que sería teatro del desenlace temido y aguardado. Iba y venía por aquella estancia alhajada a la moda de medio siglo atrás. Flotaba en el ambiente un vago aroma de cedro y de arcaicos cortinajes. El piano de cola parecía encerrar todavía, de tan viejo, complicadas transcripciones de Gottschalk. En el tes-

tero, recortando el obscuro tapiz, afinaba el bisabuelo su rostro cenceño, de negras patillas, encerrado en pesadísimo marco de oro. Y el grande espejo biselado, de molduras barrocas, dijérase que se complacía en reproducir, de cuerpo entero, el anacronismo de aquella ansiosa figurilla siglo XX, la cual, en vez de la abultada crinolina, lucía sobre su cuerpo esbelto gráciles paños.

Hacia las cuatro, rumor de voces en el corredor la hizo volver los ojos hacia la puerta, estremecida. Era mamá que pronunciaba un insinuante "pase usted, amigo Ruiz, pase usted".

Huyó escapada hacia la alcoba. El corazón se le salía del pecho. Susurros indistintos poblaban sus oídos. Se llevó, con instintivo movimiento—el que era usual y gracioso en ella—las manos a las sienes, para arreglarse el pelo, y hubo de notar que las tenía temblorosas. Se ahogaba. Menester fue que pasaran algunos momentos a efecto de que se rehiciese.

Los pesados cortinajes de la sala opacaban las voces. Hasta ella llegaba un bisbiseo confuso. Se aproximó, curiosa, de puntillas. ¡Nada, ni una palabra distinta! Le vino gana de entrar; pero en seguida se resistió a hacerlo. —¿No sería mejor ver, ver primero?...

Y acordando la acción con el pensamiento, e inclinándose hasta tocar casi con los rizos de su cabecita inquieta las anchas cortinas que descendían sobre la puerta de la sala, miró, miró al sesgo. Su mirada fue a parar en derechura del gran espejo de molduras barrocas, el cual justamente reflejaba la escena del estrado
—¿Y qué vió, ¡Dios mío!, qué vió?

Pues vió, en escorzo, reproducida por el espejo, la figura de un caballero. De un caballero muy gentil, muy fino, muy aristocrático, ciertamente; pero con una edad que se andaría allá por las vecindades de los sesenta, a juzgar por la elegante perilla blanquísima que resaltaba de la tez morena, y por la calvicie, asaz bien defendida mediante los arrestos de dos ondas de pelo, nítido también, que caían sobre la frente.

No quiso avizorar más. Acaso con el correr de los días, aunque desilusionada—ella, que era medio literata, con sus ribetes de romántica—se consolaría pensando en la eterna juventud de las almas: tema éste caro a los poetas cuando llegan a viejos, y que

no es raro encontrar al abrir el primer libro de versos que salga al paso.—Mas, por el momento, lo único que pudo hacer Cecilia fue irse a un rincón de su cuarto, y ocultar allí el rostro entre las manos.

Así la encontró mamá, cuando vino a avisarle que Gonzalo Ruiz estaba presente. No sospechó la inocente señora que en aquella habitación, donde tanto temiera por la vida de su hija, acababa de morir el Príncipe Azul.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA.

México, diciembre, 1920.

EN DEFENSA PROPIA

Rompiendo con nuestros propósitos de no tratar en estas columnas nuestros asuntos personales, hoy, sin embargo, nos vemos obligados a separarnos —aunque momentáneamente— de la línea de conducta que nos habíamos trazado, para refutar ciertos cargos tan ilógicos como malévolos que nos dirigen desde Mérida, a propósito de la canción *Soñó mi mente loca......*

Los amables lectores de esta sección sabrán disculparnos en vista de la justicia que nos asiste, con la seguridad de que el caso no se repetirá en lo sucesivo.

SE ha dicho y se repite con frecuencia que la pasión es mala consejera; que quien se deja arrastrar por su influencia avasalladora, pierde la ecuanimidad y la reflexión—los ojos de la razón—y, ciego ya, se precipita en lamentables errores, difíciles de corregir.

Estas o parecidas ideas nos produjo la lectura de dos artículos que una mano anónima nos envió desde Mérida. En el primero se nos acusa de haber plagiado la canción "Soñó mi mente loca..." En el segundo se trata de demostrar que el *arreglo* que de esa canción hicimos, es defectuoso.

Procedamos con orden.

Desconocemos por completo el origen de los artículos que a propósito de "Soñó..." y en contra nuestra se han publicado en Mérida. ¿A qué se deberá esta tardía reclamación? Ocho años de mutismo absoluto (desde la publicación de "Soñó...") ¿no justifican nuestra extrañeza al ver que, cuando menos podíamos esperarlo, se nos ataca con ímpetu desusado, con destemplada voz, que apenas se explicaría si la ofensa fuera reciente? La pasión que encendió el deseo de venganza y llevó la pluma a la mano trémula de ira no fué, sin embargo, una pasión hija del momento, no; la pasión que ha inspirado los artículos que nos ocupan es,

más bien, una pasión casi senil. ¡Ocho años de espera, ocho años de alimentarse en lo más sombrío del corazón, atisbando el momento de estallar! ¿Cuál fué la causa de la explosión? ¡Misterio!

Pero vamos al asunto.

Un señor Tamayo, desde las columnas de un diario yucateco, reclama con tono descompuesto, con ademanes de energúmeno, la paternidad de la canción "Soñó..."—"Yo soy el autor, grita, yo soy el único y legítimo padre de esa canción..." Perfectamente. Nosotros jamás hemos presentado como *nuestras* las melodías que creemos obra de la masa popular. En cuanto a las canciones de autor conocido para nosotros, nuestros escrúpulos nos han llevado hasta el extremo de no tocarlas. Ejemplos: "Guarda esa flor", "La Paloma" y "Las Golondrinas." ¿Por qué no habíamos de seguir igual conducta con "Soñó...?" No hemos negado ni ocultado a sabiendas el nombre del autor de esa canción, porque...no lo conocíamos. Estamos, pues, dispuestos a otorgar la paternidad de la melodía "Soñó..." al señor Tamayo, como otorgaríamos ese privilegio mañana o pasado a quien se presentase—fuese cualquier hijo de vecino—diciéndose autor de "Marchita el alma" o la "Valentina", ponemos por caso.

Dice Mauclair. que "resulta imposible, salvo en casos muy raros y con grandes reservas, determinar la fecha de la aparición de un *lied* ni quien fué el autor de la letra ni la manera como la música hubo de adaptarse al poema." "El rastro de una canción en el alma de un pueblo, agrega, es tan intangible como el vuelo de un pájaro en el aire." Ya ve el señor Tamayo. que sin más datos que la melodía aprendida de labios de un amigo, no pudimos adivinar el nombre del autor; él, en cambio, pudo hacernos conocer los datos necesarios para una aclaración que hubiera dejado a cada cual en su puesto. ¿Por qué, a raíz de la publicación de "Soñó..." *hace ocho años,* el señor Tamayo no pidió una rectificación? ¿Por qué durante tantos años permaneció callado como un muerto?

Alguna vez hemos considerado al grupo de canciones publicadas por nosotros, como nuestro *orfanatorio.* Las melodías anónimas, como chiquillas desvalidas, corren por plazas y barriadas desnudas de armonía, desfiguradas en las bocas de remendones que, al compás del martillo que pugna por restaurar unos tacones absurdos, las ahogan entre los hipos de su dipsomanía incorregible; entran a las pocilgas donde se las viste con el andrajoso

acompañamiento de una guitarra descordada; corren al campo y alegran los caminos polvorientos, en los labios de los trabajadores rústicos; acompañan, en fin, en sus alegrías o en sus dolores, a la masa anónima que las creó. Nosotros hemos recogido algunas de esas melodías; las hemos limpiado y fijado; hémosles arreglado trajecitos armoniosos—bien modestos por cierto— y, perfumadas con su propia gracia, han invadido los salones y los teatros, recibiendo buena acogida por doquiera.

Nuestro *orfanatorio*, por lo visto, ha tenido buena suerte, Tan buena suerte ha tenido, que otros colegas han emprendido con entusiasmo tarea semejante a la nuestra. Las *huerfanitas*, como es natural, siguen siéndolo, a pesar del nombre de quien las vistió y arregló. Y quien las vistió y arregló no tiene ningún interés en titularse padre de ellas y escribe en la portada con toda claridad "Arreglo de salón para piano." ¿A qué conclusión nos conduce este hecho? ¿Puede aplicarse el nombre de plagiario a quien *nunca ha visto escrita* la canción "Soñó..." y la consideró como melodía anónima, como tantas otras? Pero no; este señor Tamayo es más tozudo que un patán vizcaíno y ¡vaya usted a convencerle! Su *mente loca sueña* con plagios que no han existido, con fantásticos despojos.

Ante tan extraña obsesión, hemos recurrido a nuestros recuerdos para reconstruir la historia de "Soñó mi mente loca..."

Corría el año del Centenario de nuestra Independencia—si nuestra memoria no nos es infiel—cuando nuestro amigo el inteligente *amateur* D. Julio Pani (hermano de D. Alberto, ex-ministro de México en Francia), conociendo nuestros deseos de recoger y estilizar nuestras melodías vernáculas, nos indicó la conveniencia de escribir dos canciones que él había aprendido y cuyo origen, según nos aseguró, era enteramente popular. Se trataba de "Soñó..." y "Trigueña hermosa." La primera, nos decía nuestro amigo, es de Zacatecas, donde se canta frecuentemente; la segunda es de Chihuahua. Y con la mejor voluntad y una voz pequeña pero entonada, nos cantó ambas melodías, las cuales anotamos sin dificultad. Las canciones se publicaron y el año de mil novecientos dieciséis, encontrándonos en la Habana, la distinguida escritora señora Bolio de Peón nos dijo que "Soñó..." era "de su tierruca" (Yucatán). El señor Tamayo, aprovecha como argumento contundente estas palabras de la estimable poetisa y pregunta

muy ufano: "Si Ponce sabía que "Soñó..." es canción yucateca y el nombre del autor (según la gentil Lolita) ¿por qué no lo hizo conocer al imprimirse las otras ediciones?

El señor Tamayo ignora, por lo visto, que la casa editora *es propietaria* de las referidas canciones y en tal virtud no está obligada a solicitar nuestra conformidad para lanzar nuevas ediciones. Y así aconteció durante nuestra ausencia de la patria, que duró varios años. La nueva edición apareció antes de nuestro regreso a México y no pudimos, por tanto, hacer ninguna modificación en el texto.

Buena prueba de nuestra rectitud es el hecho de haber señalado con la palabra "original" las canciones compuestas por nosotros ("Estrellita", "Por ti mi corazón", "Todo pasó", etc.). Creíamos sinceramente que el subtítulo "Arreglo de salón para piano" demostraba claramente que las canciones que no llevaban la indicación de "original" eran melodías de autores desconocidos. ¿Que no pusimos al frente de cada canción la nota de "autor desconocido?" Pero hombre, ¡por Dios! si el subtítulo lo indica con bastante claridad y ¿acaso Bach, Haydn, Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Brahms, Chopin, Liszt y Grieg, por no citar una docena más, acaso, decimos, escribieron "autor desconocido" en sus arreglos o transcripciones de melodías populares? ¿Por qué Albéniz y Granados procedieron de idéntica manera? ¿Cree el señor Tamayo que los maestros que acabamos de citar merecen el calificativo de plagiarios por haber publicado melodías *que no eran suyas* sin la consabida notita?

Además, acusar a quien ha escrito un centenar de composiciones de su propia cosecha de haberse apropiado una melodía de veinte compases, es tan risible como si al dueño de una joyería le acusara un pobre diablo de haberle robado, en mitad de la calle, una piedra falsa.

Sólo una ceguera voluntaria y una obstinación inexplicable, podrán mantener al señor Tamayo en su error, con los oídos cerrados a toda lógica y a todo razonamiento.

Agotado este asunto, pasemos al segundo artículo.

No viene firmado, como el anterior, por el compositor (?) Tamayo, sino por un señor D. Cornelio, amigo suyo y "muy concienzudo armonista", según el presunto autor de "Soñó."

Este señor D. Cornelio, tipo perfecto del *Dómine* provinciano,

salta a la defensa de su amigo y nos endilga una especie de catilinaria (con latinajos y todo) que suponemos acabará con rayos y truenos, pues lo pequeño y borroso del tipo (de imprenta) agregado a nuestra natural miopía, nos impidió su completa lectura. Dimos, pues, una ojeada a los ejemplos musicales que ilustran el escrito y pudimos sacar en claro que D. Cornelio nos acusa de haber cometido *graves errores* en el *arreglo* de "Soñó..." Los más importantes, según parece, son: 1o. no haber prolongado la nota inicial (anakrusis) al primer tiempo del primer compás para completar el acorde; 2o. haber hecho saltar el bajo una séptima mayor (fa-mi) del 2o. al 3er. tiempo del primer compás.' Esto lo califica D. Cornelio, además de grave error, como un *enorme salto,* (sic) y como *movimiento antiestético, ilógico* y... *cursi.*

Nos imaginamos a D. Cornelio con el "Tratado de Armonía y Lecciones de Clave" por D. Benito Bails en una mano; en la otra, una palmeta y dispuesto a aniquilarnos. Mire Ud., amigo D. Cornelio: mejor será que cambie el ceño adusto en plácida sonrisa; así, charlaremos un poco.

—Yo, señor D. Cornelio, estoy de acuerdo con Ud. en creer que no merezco los títulos de folklorista, rápsoda, etc., con que los amigos, los chicos de la prensa, qué se yo quiénes más, me han honrado, a veces...

—...

—Sí, señor, es cierto: lo de folklorista, sobre todo, me está mal; la palabreja es fea y difícil de pronunciar...

—...

—Pero ¿cómo impedir que le apliquen a uno ciertos calificativos? ¿Acaso pudo Ud. impedir que su amigo Tamayo le calificase a Ud. de "culto Maestro y concienzudo armonista?"

—...

—¡Ah! ¿Lo es Ud.? Ahora comprendo la suficiencia con que su señoría señala los *graves* defectos en el modesto *arreglo* de "Soñó..."

—...

—¿Lo confirma Ud. plenamente? Está bien. ¿No pecaré de importuno insistiendo sobre este asunto?

—...

—¿No? Muchas gracias. Tal vez Ud., D. Cornelio, no ha tropezado con los Nocturnos de Chopin...

—. . .

—Se comprende, el aislamiento en que vive la Península... ¡Si hubiera Ud. tropezado alguna vez con los Nocturnos de Chopín!

—. . .

—¿Para qué? Hombre, pues en primer lugar para que Ud. los conociera y después... para que Ud. pudiese comprobar que en las primeras notas de los números 2, 18 y 19, Chopin cometió un *error* tan *grave* como el que Ud. señala en nuestro *arreglo* de "Soñó..." al no prolongar las notas iniciales (anakrusis) para completar los acordes siguientes.

—. . .

—Sí, señor. Y lo peor del caso es que este *grave error* se repite al iniciarse la Mazurka núm. 44 (¿no la conoce Ud., verdad?) del mismo autor, en el Nocturno III de Liszt, en la Danza Alemana núm. 3 de Schubert, en la "Primavera" de Mendelssohn, en el *allegretto* final que expone el tema de la Rapsodia XII del ilustre abate...

—. . .

—Sí; los ejemplos se atropellan para llegar primero a la pluma. Ud. podrá encontrarlos a porrillo en los más célebres compositores.

—. . .

—¡Ah! Es verdad; me había olvidado que Ud. sólo lee su tratado de armonía; por eso ha llegado Ud. a ser tan "concienzudo armonista."

—. . .

—¿Respecto al segundo *grave error* que señala Ud. como *enorme* salto de séptima mayor?

—. . .

—Sí, no me olvido que califica ese movimiento del bajo como *ilógico, antiestético* y... *cursi*. Respecto a ese *grave error*, podría yo citarle a Roberto Schumann... pero ¿sabe Ud. por casualidad quién fué ese señor?

—. . .

—¿No? Me lo imaginaba. Pues bien, Schumann cometió el mismísimo movimiento *antiestético, ilógico* y *cursi* que Ud. señala en "Soñó..." Abra Ud. el "Trío" I para piano, violín y violoncello y en el primer tiempo encontrará Ud. el caso.

—. . .

—¿Las páginas? Imposible de decírselas a Ud. Estoy citando de memoria, porque no hay tiempo de hojear libros...

—. . .

—¿Cuál otro ejemplo? Pues verá Ud.: Bach, al final de la *Courante* correspondiente a la Suite Francesa núm. 3; al principiar el *Air* de la núm. 4; en la *Allemande* de la núm. 5; en el *Allegro* de la núm. 6...

—. . .

—¿Que si las citas no se van a acabar? Abundan tanto esos movimientos *antiestéticos, ilógicos* y *cursis* en las obras de ese Maestro, cuya gloria ha llenado el mundo entero y que, quizá por esto le conozca Ud....

—. . .

—¿De nombre? Ahora me agradecerá Ud. que, por la curiosidad de comprobar mis citas, le haya proporcionado la oportunidad de ponerse en contacto con Bach.

—. . .

—¿No lo necesitaba Ud.? Pues entonces que se queden las *Suites* en paz.

—. . .

—¿Cree Ud. que es demasiado viejo? Le citaré a Ud. a Verdi. ¿Recuerda la frase de "Aida", en el 4o. acto: "O terra addio"? Verdi cometió el *grave error* del *enorme salto* de séptima mayor, movimiento, según Ud., *antiestético, ilógico* y... *cursi.* Pero Verdi, por lo visto, no era tan "concienzudo armonista" como D. Cornelio...

—. . .

—Sí, señor. Y los lectores también estarán fatigados. Una palabra más, amigo mío: si Ud. quiere ser verdadero armonista, estudie en las fuentes vivas de la armonía, en las obras de los grandes maestros, no en los secos y áridos tratados, en cuyas páginas, por lo general, corre más petulancia que savia fecunda...

★

Tanto el señor Tamayo como su amigo D. Cornelio, deben estar ya convencidos, si son personas bien nacidas, como yo creo que lo son, de que *yo no he plagiado* "Soñó mi mente loca..."

Como prueba definitiva de mi rectitud, haré las gestiones necesarias para que dicha canción no aparezca bajo ninguna forma en las futuras ediciones de mis arreglos y canciones originales.

Espero que el señor Tamayo sabrá estimar esta prueba de mi sinceridad y tanto él como su amigo, me permitirán una última palabra para terminar:

Señores, ¡Feliz Año!

MANUEL M. PONCE.

México, Dic. 21 de 1920.

EL ARTE MUSICAL EN EL MUNDO

SECCIÓN A CARGO DE

MANUEL M. PONCE

Dos colosos del piano, Eugen d'Albert y Moriz Rosenthal, han aparecido recientemente ante el público de Berlín. D'Albert, cuyos recitales pianísticos son cada vez más raros, tocó a beneficio de la Festspielhaus de Salzburg. La sala de la Filarmonía se llenó por completo, a precios dobles.

Había expectación por oír al célebre pianista y compositor. Apenas comenzada la Sonata en fa menor de Brahms, (primera obra del programa) el públioo se dió cuenta de la falta de dominio del pianista sobre sus dedos y, a medida que el programa se desarrollaba, se hacía más evidente el fracaso del que en tiempos no muy remotos fuera una soberbia figura en el mundo de los artistas del teclado. La "Sonata de Liszt", dice un cronista, fué *una desgracia*. El resto del programa —Nocturno de Chopin op. 9 núm. 3; Mephisto Waltz; Tempo di Minuetto, de Zanella; Menestrels, de Debussy, etc— no tuvo mejor suerte.

¿Este desastre de d'Albert como pianista será pasajero o decidirá de su carrera como virtuoso? He aquí una pregunta difícil de contestar, ya que en muchas ocasiones estos fracasos son el aguijón que despierta a los artistas que se han dormido en sus laureles.

Moriz Rosenthal, el técnico más estupendo que existe en la actualidad, tocó con la Orquesta de Nikisch, el concierto en *mi menor* de Chopin.

Rosenthal, dicen los críticos, ha ganado en musicalidad y su interpretación fué calificada de artística. En cuanto a su técnica, el corresponsal del "Musical Courier" de Nueva York, dice que es insuperable y absolutamente precisa, pues durante la ejecución del concierto no llegó a dar ni una sola nota falsa.

*

En la República Argentina, según nos informa nuestro estimable colega "Música de América", el Ayuntamiento ha aprobado la cantidad de cincuenta mil pesos para premiar anualmente las mejores obras que produzcan los poetas, músicos, escultores y pintores argentinos. "En una de sus últimas sesiones extraordinarias —dice "Música de América"— el Consejo Deliberante aprobó la reglamentación de los Premios Municipales a la producción literaria, artística y musical".

"Sabido es que la comuna destina al efecto la suma de cincuenta mil pesos a distribuirse anualmente por partes iguales entre la poesía, escultura, pintura y música.

"La reglamentación de esta última comprende los artículos 14, 15 y 16 de la Ordenanza.

"Art. 14.—Los premios a las obras musicales se distribuirán en la siguiente forma: $4,000 a una sinfonía o poema sinfónico; $2,500 a una obertura o "Suite" para orquesta; $2,500 a una obra instrumental de música de cámara; $1,000 a la mejor serie de piezas para canto y piano no menor de tres números o para piano solo u otros instrumentos."

El comentario no puede ser más doloroso. Mientras en naciones hermanas como la Argentina, los ediles se preocupan del progreso de las bellas artes, en nuestro país se piensa sólo en el medro personal, en la forma más rápida de enriquecerse; se cierra el corazón a toda idea noble y altruista; se labora por la total destrucción del Ideal, por el triunfo del utilitarismo desenfrenado...

¿Hasta cuándo nos será dable ser los heraldos de una noticia tan halagadora como la que "Música de América" nos comunica?

CRÓNICA MUSICAL MEXICANA

Aunque en esta Revista no se recibió ninguna invitación para el "Festival Beethoven", nos propusimos asistir a la repetición de los programas ejecutados en la primera serie de conciertos.

El teatro elegido para celebrar esta segunda parte del "Festival", fué el "Iris", el menos adecuado, tal vez, para audiciones sinfónicas; el más apropiado, sin duda, para contener un número de personas mayor que el que puede caber en el Anfiteatro de la Preparatoria o en el teatro Principal. Creemos que esta última consideración decidió al maestro Carrillo a ocupar el escenario del "Iris" para la segunda audición de las Sinfonías beethovianas.

Los conciertos *prendieron*, como se dice en jerga teatral. Se agotaron los abonos para la primera serie y el público, nuestro público —¡quién lo creyera!— llenaba todas las localidades del Principal, ávido de escuchar música de Beethoven. En esta segunda serie de conciertos no se repitió el caso, por más que la concurrencia fué bastante numerosa y selecta.

No repetiremos en estas líneas ¡líbrenos Dios! la lista de fechas, de anécdotas, de frases más o menos auténticas que algunos colegas agotaron durante la primera serie de conciertos, en la prensa metropolitana. Al lector que desee conocer la vida de Beethoven y la crítica histórica de sus obras, le recomendamos la *Vie de Beethoven*, de Romain Rolland —una obra maestra— en la que encontrará, junto al dato preciso y al comentario oportuno, una creciente y profunda emoción en su lectura.

Nos ocuparemos, pues, de las versiones que la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección del maestro Carrillo, nos ha

dado, de la obra sinfónica de Beethoven.

La Orquesta.—Se nota ya más precisión en el ataque, más comprensión del pensamiento del director. Las violas y los contrabajos se oyen poco. Los instrumentos de viento-madera, en general, desafinados. Los *latones*, brillantes y precisos, exceptuando los cornos, cuya afinación incierta, en muchas ocasiones, llega a comprometer el éxito de las ejecuciones. Los instrumentos de percusión, especialmente los timbales, exagerando los *forte*.

Esperamos que el maestro Carrillo, pasados los conciertos del festival Beethoven, seleccionará definitivamente el personal de la Orquesta Sinfónica, en bien de las futuras audiciones.

Los solistas.—Desempeñaron con discreción su cometido. La nerviosidad, en algunos casos, impidió que la tarea artística a ellos encomendada, tuviera toda la brillantez que era de esperar de su talento, sin dejar de merecer, por esto, las calurosas ovaciones que el auditorio les tributó.

La interpretación.—La interpretación que el maestro Carrillo dió a las Sinfonías de Beethoven, fué, por lo general, apegada a las prescripciones anotadas en las partituras. Hubo, sin embargo, detalles muy personales, como la manera de atacar las primeras notas de la V Sinfonía. El maestro Carrillo marca los primeros cuatro compases en movimiento lento, acentuando fuertemente las tres primeras corcheas. Beethoven escribió: *allegro con brío*, desde el principio, lo cual indica que el maestro deseaba una ejecución rápida de las tres corcheas iniciales.

Sobre este punto hay divergencia de opiniones. Unos dicen que el sentido filosófico de esas primeras notas, es la idea del Destino, expresada por Beethoven en las palabras que Schindler le atribuye: "Así llama el destino a nuestra puerta" y que, por tanto, deben tocarse enérgicamente acentuadas. Otros creen que siendo esas notas las que determinan el carácter de todo el trozo, deben tocarse en tiempo rápido, ya que el *aire* de *allegro con brío* rige todo el primer tiempo de la Sinfonía.

Mendelssohn y Schumann se inclinaban a esta última interpretación Wagner y Hans Richter, a lo que parece, opinaban de igual manera. Jules Rietz, por el contrario, daba gran importancia a las tres primeras notas y sostenía extraordinariamente el *calderón*, según nos cuenta Maurice Kufferath.

Nuestra personal manera de sentir ese pasaje, nos hace partidarios de la interpretación de Mendelssohn, que es la indicada en la partitura, sin que esto quiera decir que no aceptemos la interpretación del maestro Carrillo, la cual, por otra parte, tiene muchos adeptos en Europa.

En la IX Sinfonía nos pareció un poco lento el primer tiempo (56 negras por minuto). El *Scherzo*, bien ritmado, con discretos contrastes de claro-obscuro.

La índole de esta Sección nos veda entrar en un análisis detallado de la versión que la Orquesta dió de las Sinfonías beethovianas.

Sería injusto negar al maestro Carrillo ciertas cualidades muy relevantes como director de orquesta: posee una memoria sorprendente; su temperamento, más bien reposado, resta, a veces, brillantez a la ejecución; pero las frases, en cambio, ganan en claridad y *cuadratura*.

Injusto sería también negar a Julián Carrillo el triunfo que acaba de alcanzar con la celebración del CL aniversario del nacimiento de Beethoven. Gracias a su actividad innegable y a su energía poco común, pudo realizar

una serie de conciertos casi sin preparación, los cuales, por más defectuosos que hayan podido parecer a los exigentes, han contribuído, sin duda, a despertar en el público el gusto por los espectáculos cultos, tan despreciados en los últimos tiempos.

*

Malos vientos han soplado a la modesta compañía de ópera de Mercedes Capsir. La abnegada *troupe* ha tenido que luchar nada menos que con el formidable huracán del delirio taurófilo, que Gaona y sus colegas han creado en esta temporada.

Los tres días siguientes a una corrida no se habla más que de los incidentes ocurridos en ella; el resto de la semana, toda la atención del público se dirige al próximo domingo... En ese ambiente poco propicio, los estudiosos artistas del "Esperanza Iris" han sostenido, con dificultades, una temporada de ópera si no brillante, sí digna de ayuda y aplauso. Y han hecho más: han exhumado *Lohengrin*, la melodiosa creación de Wagner, por tantos años desaparecida de nuestros carteles.

La representación acusó falta de ensayos, sobre todo en la parte coral. Por lo demás, tanto las primeras figuras como el maestro Baratta, un veterano de la batuta, recibieron largas ovaciones.

*

En Pachuca, el prestigiado profesor de piano, don Angel Badillo, ha celebrado con lucimiento el CL aniversario del natalicio de Beethoven, habiendo cooperado los más valiosos elementos artísticos de Pachuca para la formación de los programas que se efectuaron con ese objeto.

Además de una *Semblanza* de Beethoven, del profesor Badillo, se tocaron el *Andante favorito* por la señorita Silvina García; la Sonata op. 27 núm. 2 por la señorita María Luisa Rodríguez; la Sonata op. 24, núm. 5, para violín y piano, por el señor profesor Heriberto López y la señorita María C. Arias; "A la amada ausente", canto por la señorita María Vázquez Orozco y la Sonata op. 57, por la señorita María Arias.

*

"Academia de Música". Profesores Ramón y María Guadalupe Serratos. Guadalajara.—Programa de la audición de alumnos efectuada en el teatro "Degollado", el 17 del actual.—La cajita de música, Liadow. Valse Cromático, Godard, Fernando M. Orozco. Romanza, de M. H. Lomelí. Preludio Galante, Ponce. Valse de Moszkwski, María Garibay. Au jardin, Balakirew. Prel. sol men., Rachmaninoff, Guadalupe Valdés. Sevilla y Navarra de Albéniz, Aurora Garibay. Romanza de Schubert-Liszt y Polonesa de Paderewski, Elisa Brizuela. Otoño de Chaminade. Estudio de Henselt y Vals de Moszkowski, Mercedes Guzmán. Prel. do sost. Rachmaninoff. Nocturno y Balada II de Chopin, Elena Tovar. San Francisco de Paule, Liszt. Amalia Sánchez. El Ruiseñor, Liszt; Estudio japonés, Poldini y Staccato-Caprice de Vogrich, Lucila Berjan. Dance des Gnomes y Rapsodia núm. 6 de Liszt, Aurora Sánchez Noriega, Fausto, Gounod-Liszt, Marina Loreto.

*

Academia de Piano del profesor José F. Velázquez.—Tercera audición de alumnos. Sala Wagner. Diciembre 4 de 1920.—I. Gavotte, Wilm; Ungarisch, Hofmann; En dansant, Philipp, María Cristina Gontis.—II. Consolación, Liszt; Polonesa I, Chopin; Valse en re bemol, Chopin, Josefina Guevara. III. Ruiseñor, Mevin; Arlequín, Chaminade; Valse Bluette, Castro, Josefina Gonzá-

lez.—IV. Barcarola op. 30, Rubinstein; Las dos alondras, Leschetisky; Valse en la bemol, Moszkowski, Consuelo de Elías.—V. Sonata op. 31 núm. 3, Beethoven; Melodía italiana, Moszkowski; Arabesco II, Debussy; Valse en la bemol, Chopin, Salvador Casas.

*

Escuela Libre de Música y Declamación. Director José F. Vázquez.—Pruebas prácticas de instrumentación y examen de Armonía. Diciembre 18 de 1920. Obras de Grieg instrumentadas por los alumnos Luis Rodríguez, Guadalupe Caso, Irene Suárez, María Caso y César Quirarte Ruiz.

*

Academia de piano del profesor Pedro Luis Ogazón.—Tercer Recital de piano de su discípula señorita María de la Luz Larrañaga. México, Diciembre 10 de 1920. Programa. I. Preludio-Estudio, Saint-Säens; Pastoral Variada, Mozart; Sonata op. 53, Beethoven.—II. Nocturno fa sost.; Impromtu la bemol; Valse núm. 2; Balada sol menor, Chopin.—III. Nocturno núm. 3; Liszt; Gavotta, Ogazón; Rapsodia III, Dohnanyi.

NOTA DE LA REDACCIÓN: En esta Sección se dará cuenta de todos los acontecimientos musicales importantes de que se reciba noticia y se hará juicio de aquellos conciertos, recitales exámenes, etc., a los cuales haya sido invitado *México Moderno*.

REVISTA DE LIBROS

SECCIÓN A CARGO DE

GENARO ESTRADA

VENTURA GARCIA CALDERON. —*En la Verbena de Madrid*, París.— Ediciones América Latina, 1920, en 12.o —Ventura García Calderón va sin duda—como me escribe el conocido crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña—a la cabeza de los prosistas jóvenes de Hispano-América, con Gonzalo Zaldumbide, Alfonso Reyes y algunos más.

Este libro es, para los que aún no hemos viajado por España, una deslumbradora anticipación. Al autor, como a Théophile Gautier, le importa sobre todo lo pintoresco, cuanto resta de la España que amó Merimée. Aún nosotros, acá en las antiguas colonias, perseguimos anhelosamente esos aspectos románticos de la vida española, elementos primordiales de nuestra ubérrima tradición latina.

A cada paso se delata en estas páginas el autor, con su simpática y vigorosa personalidad. Y es éste, a mi juicio, el mayor mérito del libro. Por lo general, el escribir es una manera fácil y cómoda de disimular y esconder el propio *yo*. García Calderón aparece de continuo en estas páginas en toda su sana humanidad de varón cabal y fuerte. Citemos al azar: "....los que amamos la vida a borbotones como los hombres solares". "Y son muchos—tal vez yo entre ellos — quienes prefieren que el escritor ande en mangas de camisa por Nueva York, apasionado y plebeyo como Whitman, a verle retirarse con un desdén santificado pero triste, a la colina en donde brilla, bajo un sol polar, el antipático laboratorio de Goethe".

"Consideraciones sobre don Juan" (el primer ensayo del libro) rebosa sabiduría humana; el problema femenino está planteado y entendido por un hombre de madura y jugosa experiencia. Hábilmente se nos va revelando la esencia del donjuanismo. (Nada tan grato para nosotros como la agilidad intelectual sin su acostumbrado y siniestro gran aparato). Hablando del Tenorio de Zorrilla, se pregunta el insigne escritor hispano-americano: "¿Confesaré que me place la obra entrañablemente?" Pérez de Ayala (con quien concuerda García Calderón en más de una apreciación crítica, verbigratia sobre Benavente y Ricardo

León) defendía al gran drama romántico, en reciente y brillante artículo, de los tiros de la vulgaridad contemporánea. Nada caracteriza mejor a nuestra época que la crisis del género dramático. El público tiene acaso en parte la culpa—como en el siglo XVII, —que el teatro en español no sea de primera línea, como el griego y el inglés. De todos modos la tontería ambiente ha amontonado prejuicios y chocarrerías sobre el drama zorrillesco. Ya es un bello espectáculo la conservación de esta costumbre, de viejo arraigo en España y América, de sacar a escena una pieza sobre don Juan, en el día de difuntos. Pocos héroes de leyenda seducen como el sempiterno burlador sevillano a espíritus de todas las épocas, naciones y matices. Diríase que don Juan usa con los poetas y artistas de su irresistible sortilegio. Desde el lírico mercenario español, conquista a Molière, a Byron, a Mozart, a Baudelaire, a Merimée, a Richard Strauss... a George Bernard Shaw.

El "Nocturno Madrileño" es de una singular elegancia y musicalidad de emoción. "Ricardo León en la Academia" contiene el desdén y repulsión que a todo hombre culto inspiran los novelones del retrasado "protegido de Maura". Decididamente los jesuítas y *neos* padecen ahora penuria de escritores, y en general, de hombres.

Unamuno está tratado por mano de maestro. A través de los elogios merecidos se entrevén las pequeñas debilidades y la parte menos consistente de la obra del gran inquietador espiritual español.

"Azorín" nos parece el ensayo central del libro. Se da uno cuenta cabal aquí de lo que puede alcanzar—tratándose de análisis psicológico,—en sutileza de visión y en expresión justa y precisa el estilo del autor. El francesismo de Azorín y la reacción que representa contra la garrulería tradicional, están vistos con ojos penetrantes y consignados con mano firme. García Calderón enfoca a Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset, y a don Joaquín Costa, sobre todo desde el punto de vista de la corriente intelectual española. Señala con toda justedad el papel de cada uno y su importancia en la historia del pensamiento español.

En este grupo de ensayos trata el alto crítico peruano de los problemas de España. Como substancialmente son éstos los problemas de la América Latina, hay en estas páginas un hondo y patético interés, y también una consciente e iluminada fe en el porvenir de nuestra civilización y nuestra raza.

Al final del precioso libro se hallan algunos artículos de crítica pictórica. Del gran renacimiento contemporáneo español, lo que más interesa a García Calderón "es un hondo rumor anónimo", que alienta a los que confían en las potencialidades insondables de la raza.

Ojalá que este autor—lo deseamos fervientemente—alcance entre nosotros mayor difusión. Un fino espíritu como el suyo y un hombre de su cultura será para nuestros jóvenes valioso orientador y maestro lleno de amabilidad y refinamiento.—J. T.

LEÓNIDAS ANDREIEFF.—Cuentos.—México, Cultura, 1920.—La reciente desaparición de Leónidas Andreieff, los resonantes acontecimientos de su patria y la propagación que de las letras rusas está haciendo en México una excelente colección española, da a este escritor una actualidad que ha sido hábilmente aprovechada por la popular revista antológica que

acaba de editar los cuentos de este artista magnífico.

La novela rusa—la primera novela contemporánea, por su vigor, por su fuerza doliente, por su espíritu profundamente humano, por sus claras visiones, por su influencia social,—la novela rusa, decimos, tiene en Andreieff, en Gorki, en Tolstoi, sus más preclaros varones. Una literatura que ha producido *El Camarero*, ese libro que los gobiernos y las universidades deben difundir en América, como doctrina de alteza, de generosidad y de cristianismo, debe ser considerada como definitivamente triunfadora.

Andreieff es el trágico de lo mínimo y el ángel de lo oscuro; el angelito de su cuento es él mismo, que sabe iluminar con los resplandores de su corazón desbordante la miseria sombría de los humildes, la casa tétrica en donde hay niños lánguidos que mueren de amor y de pobreza, rodeados de cosas impuras y de corazones sórdidos. Es el espíritu gentil que sabe acariciar todo lo que toca, con dulzuras de bálsamo.

FRANCISCO CONTRERAS.—La Varillita de Virtud, Santiago de Chile. Casa Editorial "Minerva", 1919, en 8.°—La obra de Francisco Contreras es, en su conjunto, de las más variadas de los escritores de América: abarca la poesía, la crítica, la historia, los relatos de viaje, y si no tiene todavía médula de cosa continental, es ya ampliamente conocida entre nosotros por la gracia y la actividad mental que la anima.

Desde *Toisón*, la obra que en 1906 diera a conocer rápidamente al escritor, Contreras es considerado como uno de los artistas americanos más en contacto con la evolución literaria de Europa. Es un artista chileno con carta de naturalización francesa. París ha sido el campo de su desarrollo y allá ha ganado sus mejores laureles, hasta conquistarse un puesto de honor en las columnas de *Mercure*. Heterogéneo y todo, su obra conjunta tiene ya una personalidad inconfundible. Quizás por lo mismo que es multánime en sus expresiones estéticas.

La Varillita de Virtud es eso: cosa mágica y breve, encantadoras hechicerías en donde hay un hada madrina que os cautivará con un muestrario joyante: poemas, cuentos, ensueños y, para que no falte nada, la voz grave de la crítica que os irá explicando, no tan grave como en una cátedra, lo que es el *mundonovismo*, esa corriente de modernidad americana que triunfa en Europa, a partir de la victoria de Rubén Darío.

CRISTIÁN ROEBER.—Poemas, Biblioteca Poética, Buenos Aires, 1920 en 8.º—Este es el primer fascículo de una publicación antológica argentina. Cristián Roeber, español de origen, era en su patria Federico Leal de Saowe, Vizconde de San Javier y emigró a la Argentina, en donde fue lo que se llama generalmente un hombre raro y, en realidad, un extraño misántropo que hacía versos hondamente románticos y, con frecuencia, poesía festiva, de esa pasada de moda que ya no arranca ni una generosa sonrisa en esta época en que tal género literario va desde el *humour* de los ensayistas hasta la astracanada de los comediógrafos. Hay que remontarse a 1850, para explicarse la literatura del vizconde tristón y malhumorado que escribía, no obstante, versos festivos.

ARTURO CAPDEVILA.—Melpómene, Buenos Aires, Biblioteca "Buenos Aires", 1917, en 8.º—Hasta ahora recibimos este libro de poemas publica-

do hace más de tres años, allá lejos, por el doliente bardo de la Córdoba argentina. Desde su aparición era ya Capdevila nuestro conocido y contaba con nuestras simpatías. Sus voces de dolor, que Lugones hubo de reprocharle, por lo fáciles y desbordadas, llegaban a nosotros, como un eco recóndito de infelicidad que se refugia en un rincón distante de la tierra.

La entusiástica presentación de Manuel Gálvez, invita irresistiblemente a justificar los grados de excelencia que se atribuyen al bardo. Hojeando el libro es fácil creer en la alta calidad de poeta de Capdevila: con Enrique Banchs, con Fernández Moreno, es la floración más bella de la lírica meridional. No hablamos de Lugones: claro está que ése permanece en la cumbre todavía no escalada por otro de su generación, desde la muerte de Darío.

La diosa trágica asoma aquí su rostro de agria armonía; es Melpómene quien nos va mostrando, envuelta en las blancuras de su manto de funeraria languidez, hoja a hoja, los cantos en donde zumban los vientos amargos de la desolación. El poeta está asomado al abismo y se complace en sondear el fondo y en contemplar sus lobregueces, con ojos en donde las lágrimas van brotando en silencio, como las estrellas en la tranquilidad de un crepúsculo.

M. VICENZI.—*Crítica Trascendental.* San José de Costa Rica, Imprenta M. V. de Lines, 1920, en 8o.—El autor intenta una explicación psicológica de los materiales de la crítica: el mundo exterior y el mundo subjetivo con relación al crítico; capacidades mentales del individuo para establecer los juicios; poder de los sentidos para la percepción y examen de cada uno de los elementos fisiológicos de aquéllos; elementos físicos que intervienen en la percepción crítica, etc. Es, en suma, un estudio en donde se averiguan las posibilidades de consorcio del arte, la ciencia y la filosofía, para determinar los límites de adelanto o de regresión de la vida.

Se cierra el libro con algunos ensayos en donde Vicenzi muestra sus facultades de agudeza filosófica para apreciar aspectos trascendentales del mundo, y lo precede un gran número de opiniones de los literatos y de la prensa, opiniones que tan dados son a exhibir algunos publicistas, y que Vicenzi no necesita en modo alguno para recomendar su interesante obra.

JOSE E. SUAY, (Secretario de Hacienda de El Salvador).—*Memoria de Hacienda y Crédito Público*, Correspondiente al año de 1919, presentada a la Asamblea Nacional en sus sesiones ordinarias de 1920, San Salvador, Imprenta Nacional, 1920, en fol.

NOTA: Solamente se informará en esta Sección de los libros que los autores o los editores remitan a *México Moderno*.—Las notas sin firma deberán ser atribuídas al encargado de la Revista de Libros.—G. E.

INDICE DEL TOMO I.

Número 1

Número 2

Número 3

Número 4

Número 5

Número 6

